
BUCHANAN
LIONS
BUCHANAN
LIONS
JUEGO
DURO
ALISSA BRONTË

ALISSA BRONTË

JUEGO DURO

Tercer Tiempo II

Alissa Brontë

Juego Duro

Tercer Tiempo II

Copyright © Alissa Brontë 2026
Publicado de manera independiente
2ª edición julio 2026

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código penal).

Nota de la autora:

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Dedicado

A todas esas mujeres que no creyeron las palabras «no puedes», que lucharon, se revelaron y pelearon para que se convirtiera en un «tal vez, pero será difícil» y más tarde, en un «sí». A todas esas valientes que se arriesgaron a pesar de la sociedad, del que dirán, de su familia. Gracias por renunciar a tanto para derribar barreras, para hacernos el camino más fácil a las que venimos detrás.

Gracias por creer en una sociedad igualitaria que ponga en valor las aptitudes de las personas sin tener en cuenta su género, porque no queremos más, tan solo igualdad. Gracias a todas, por no conformaros, por seguir adelante teniéndolo todo en contra, por darnos una oportunidad.

Gracias, Alhambra, por ser una de esas mujeres que no se achantan ante el «no puedes» y hacen real el «sí puedo».

A todas, gracias, sois pura inspiración.

Nota de la autora

La historia de Adriana y Kenneth se forjó en mi cabeza incluso antes que Juego sucio, sin embargo, el destino tenía para ella unos planes diferentes que la dejaron relegada con solo un bosquejo de los personajes y algunas escenas sueltas entre ellos, porque, ¿cómo iba a documentarme sobre una mujer que había decidido arbitrar rugby en la máxima categoría masculina? ¿Acaso había alguna mujer que lo hubiera logrado? Esos miedos, esas dudas, me hicieron dejar aparcada su historia.

Así que mientras ellos se tomaban alguna que otra cerveza en el lugar en el que los había dejado aparte, nació Juego sucio y Daniel Evans y Yas me robaron horas de sueño con la documentación, con sus ideas, conversaciones y encontronazos.

Cuando decidí empezar por fin la historia de Kenneth, en parte gracias a la acogida que tuvo este personaje en Juego sucio, decidí que tenía que ponerme con la documentación para dar forma a esta historia: había llegado su momento y, si no existía ninguna mujer que hubiera logrado lo que yo quería para mi protagonista, no me importaría. Adriana sería la primera, aunque fuera solo sobre el papel. Tal vez por eso me llevé una gran sorpresa cuando descubrí que sí existía una mujer que representaba todo lo que quería transmitir con mi personaje: Alhambra Nievas.

La alegría al descubrir que en realidad sí que había una mujer arbitrando en máxima categoría del rugby masculino, que había arbitrado en campos como Eden Park o en los juegos olímpicos, me hizo arder de emoción. Quizás, con suerte, podía localizarla y que me contara su experiencia como mujer que ha roto barreras, como mujer que no se ha conformado con un no, derribando mitos, caminando hacia la igualdad.

Si me sorprendía cada cosa que encontraba sobre su profesionalidad, la guinda del pastel fue saber que, al igual que mi protagonista, era de Granada. Parecía que el destino me había obligado a dejar esa historia en standby para que pudiera descubrir a esta gran mujer.

Ha sido un placer enorme poder documentarme sobre su profesión de primera mano, escuchar su forma apasionada de hablar ese deporte que tanto ama, ayudándome a dar forma a un personaje que, si en mi cabeza era real, después de hablar con Alhambra ha tomado forma de tal manera que casi puedo sentirla fuera de mi cabeza.

Así que quiero dar las gracias a Alhambra Nievas por atenderme, por ayudarme con los miles de preguntas que tenía preparadas y resolver todas las dudas que han nacido al sumergirme en el mundo del rugby que, he de añadir, me ha robado un pedazo bien grande de corazón.

Por supuesto, la historia de Adriana es ficticia, pero sus logros, sus conquistas y su pasión por el rugby son reales. Por todo lo que he aprendido, gracias, Alhambra. Espero que disfrutes la historia de Adriana.

Y, vosotros, lectores, ojalá os robe un trozo de corazón este par de dos que, sin duda, me ha dejado sin aliento en más de una ocasión.

Índice

Capítulo 1 — ¿Me delata el acento?
Capítulo 2 — A punto de saberlo
Capítulo 3 — Sin aire
Capítulo 4 — Es-una-mujer
Capítulo 5 — Kenneth Buchanan
Capítulo 6 — Demasiado poco
Capítulo 7 — Algo mágico
Capítulo 8 — Maldito eco
Capítulo 9 — Por la vida
Capítulo 10 — Tan corto como intenso
Capítulo 11 — Las brumas de un sueño
Capítulo 12 — Pletórica
Capítulo 13 — Un par de cervezas
Capítulo 14 — ¡Dios!
Capítulo 15 — Odiaba los nervios
Capítulo 16 — Ese mensaje tan revelador
Capítulo 17 — Impresionante
Capítulo 18 — Aunque doliera
Capítulo 19 — Clavada en ella
Capítulo 20 — Jadeos
Capítulo 21 — Bajo las sábanas
Capítulo 22 — Errores del pasado
Capítulo 23 — No solo el campeonato
Capítulo 24 — Aguantar el tipo
Capítulo 25 — En su salsa
Capítulo 26 — Tercer tiempo
Capítulo 27 — Maldita noche
Capítulo 28 — ¡Maldito highlander!
Capítulo 29 — Deseo
Capítulo 30 — Silencio
Capítulo 31 — «Gracias»
Capítulo 32 — Cierra las fauces, león
Capítulo 33 — En pie

Capítulo 34 — La noche del campeón
Epílogo
Escenas inéditas
- La semana que no pudo olvidar
- La boda del highlander

Juego Limpio
- Prólogo — El capitán no habla
- Capítulo 1 — El resultado

Agradecimientos

Capítulo 1



¿Me delata el acento?

Edimburgo, 2013.

—Te ha dicho que la dejes en paz —tronó la voz masculina de un desconocido.

Adriana lo agradeció, ese chico se había puesto muy pesado con el tema de querer «conocerla mejor». Y sabía bien a qué se refería con ese conocerla mejor. No era que tuviera ninguna norma especial sobre las relaciones esporádicas, era solo que ese chico no le interesaba. Aunque, si era sincera, nunca había estado con un chico una sola noche y no creía que fuera el momento adecuado justo ahora que su beca terminaba y regresaría a España en breve.

—¿Y tú quién eres para ordenarme que me vaya?

—Su novio. ¿Quieres que te lo tatúe en la cara? —bramó, serio.

Adriana vio, divertida, como el joven se retiraba en silencio y con el rabo entre las piernas. Era curioso porque había hecho mucho ruido hasta ese momento. Miró al hombre que la había «rescatado» y se dio cuenta de lo atractivo que era. Alto, fuerte, de cabello oscuro y con un par de ojos verdes profundos que le recordaron al color de las colinas de ese país del que se había enamorado aún más.

«Solo te queda una semana más aquí», se recordó.

—Gracias, aunque no era necesario, lo tenía todo controlado —dijo al desconocido.

—Kenneth —se presentó, extendiendo la mano.

—Adriana —dijo a su vez, aceptándola.

Cuando se la estrechó, se dio cuenta de que tenía las manos grandes y fuertes, lo que la dejaba claro que o trabajaba con ellas, o era deportista. Y estando en Edimburgo lo más probable era que, si practicaba algún deporte, fuera *rugby*.

—¿De dónde eres?

—¿Me delata el acento? —interrogó a su vez sin darse cuenta de que sus manos seguían unidas.

—Un poco —sonrió.

Y esa sonrisa casi la mató. Y, además, la dejó sellada al asiento y con las bragas acartonadas. ¿Podía un chico causar tantos estragos sin saber nada de él? Supuso que era posible, no en vano lo primero que llamaba la atención de una persona sobre otra era su físico y este tenía uno hecho para pecar durante toda una noche, o varias…

—Soy de Granada —contestó, creyendo que no sabría situarla en el mapa.

—Es una ciudad muy bonita, toda Andalucía lo es —contestó, dejándola sorprendida.

—Vaya, sabes ubicarla.

—Claro que sí, las cosas hermosas me gustan y Granada lo es. Me encanta la Alhambra.

—¿Te refieres al monumento o a la cerveza? —interrogó con una media sonrisa.

—A las dos —sonrió—. Te invito a una Alhambra —ofreció, y Adriana aceptó.

Kenneth se sentó en el taburete que había libre junto al de la chica. Estaba fascinado con ella. Era preciosa, el contraste entre sus ojos azules y su tez morena era para él como la luz para las polillas: irresistible.

—¿Qué haces aquí, tan lejos?

—Estoy estudiando este año fuera gracias a una beca Erasmus.

—¿Qué estudias? —preguntó con interés.

—Ingeniería.

—Así que… ingeniera —dijo a la vez que esbozaba una sonrisa.

—No lo tengo claro, también me encanta la fotografía. Así que quizás me dedique a eso en el futuro.

—Vaya, guapa, lista y con talento. Brindo por eso —afirmó, levantado la botella para chocarla con la de ella.

—Gracias —murmuró, dando un sorbo a su botellín tras el brindis —. Y tú, ¿a qué te dedicas? ¿Geógrafo? —bromeó.

—Sí, estoy en mi último año de universidad con una beca de deportes.

—Así que geógrafo y deportista —repitió, sorprendida. Había dado en el clavo.

—Sí, *rugby* —confirmó sus sospechas.

De pronto, el lugar parecía vacío, como si solo existieran ellos dos. Había música de fondo, pero no escuchaba la letra, los murmullos le confirmaban que había más gente con ellos, pero era incapaz de enfocarlos. Toda su atención estaba en él. Era mayor que ella tres años. Era su primer año en la universidad y él estaba en el último curso.

—Vale, eso lo explica todo.

—¿Explica todo? —preguntó, confuso.

—Sí, todo esto… —sonrió, señalando su voluminoso cuerpo.

—Bueno…, supongo que sí, aunque gran parte de culpa la tiene la genética —defendió.

—Pues tienes buenos genes. ¿Deberíamos brindar por ellos? —dijo, alzando la cerveza de nuevo.

Kenneth volvió a reír, parecía que la risa entre los dos llegaba fácil.

—Los mejores, soy un Buchanan —afirmó, rotundo.

—Lo dices como si fuerais reyes —rio, divertida, por la solemnidad con que hablaba de su apellido.

—Casi. El clan Buchanan ha sido siempre uno de los mejores considerados a lo largo de la historia. Con grandes hombres y mujeres. Con guerreros fieros. Duros.

—Sí, me ha quedado claro. ¿Eres de esos que nunca tienen frío? —bromeó.

—Nunca. Soy un salvaje guerrero de las Highlands que duerme tan solo con su *kilt* sobre la húmeda calidez de mi tierra y bajo el frío manto de estrellas —aclaró con tono solemne, aunque Adriana sabía que bromeaba.

—Vaya, pareces sacado de una novela de romance histórico. ¿No me irás ahora a decir que eres un *highlander* hechizado que ha viajado en el tiempo hasta nuestra época solo para conocerme?

Kenneth la miró, serio, tratando de hacerla creer que su teoría era acertada, y ella estalló en una carcajada tan limpia y bonita que su corazón latió algo más deprisa.

—Has dado en el clavo, *sassenach* —rio a su vez.

—¿*Sassenach*? —interrogó, porque no conocía el término.

—Es una palabra gaélica que significa extranjera.

—*Sassenach* —repitió dándole la misma entonación que él.

—En realidad, se usaba de forma despectiva para referirse a los ingleses

—aclaró.

—Bueno, pues soy medio inglesa, así que has dado de lleno —aclaró para sorpresa de Kenneth.

—Entonces, ¿por qué Escocia? —interrogó, interesado.

Adriana lo miró, la verdad era que nadie le había preguntado sobre su elección. Y tampoco quería contarle nada de su vida personal, prefería dejarlo todo más en la superficie que rascar más adentro. El problema era que ese chico la hacía sentirse cómoda y podría dejarse llevar con facilidad.

—Siempre me ha gustado. Desde niña. No sé por qué. ¿Nunca has tenido esa sensación de enamoramiento con algún país aun sin verlo ni conocerlo? ¿Sin haber estado allí? ¿Esa certeza de que te va a gustar, de que vas a encontrarte bien en un sitio en el que nunca has estado y al que nada te ata?

Pues eso sentía yo con Escocia. Por eso, cuando me planteé ir a estudiar un año fuera, no dudé y elegí Edimburgo.

—¿Y… te gusta lo que ves? —interrogó, acercándose a ella.

El gesto no era agresivo, quizás por eso se puso nerviosa y su estómago dio un vuelco. De repente, se puso en guardia, ¿se refería a la ciudad o a él? Era un chico muy guapo, además, tenía ese tipo de personalidad que resultaba tan atractiva, no parecía peligroso, todo lo contrario, aun así, había algo de misterio en él. Algo que te abría las ganas de seguir indagando.

¿Sería esa pregunta una invitación? Nunca había tenido un polvo de una noche, pero no lo descartaba. Era joven, soltera y sin compromiso y hacía tanto que no estaba con nadie… que no le parecía muy mala idea terminar la noche o empezar la mañana en su cama.

—Me gusta lo que veo. Mucho —confesó para su propia sorpresa.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Él la observó con los ojos oscurecidos. Sabía que no le era indiferente. Podía verlo con

claridad. Igual que, estaba segura, él era capaz de ver que ella no le iba a cerrar la puerta.

—Adriana, no nos conocemos apenas, pero, si sigues mirándome así —murmuró, tomándola por la barbilla para poder mirarla a esos ojos en los que se podía perder con demasiada facilidad—, no puedo prometerte que siga comportándome como es correcto.

—¿Y qué se supone que es lo correcto? —lo tentó con esa voz suave como el terciopelo.

—Pues como un caballero.

—Nunca he dicho que me gusten los caballeros, creo que me gustan más los salvajes *highlanders* que duermen bajo el frío manto de estrellas…

Y su frase quedó en el aire. Las manos del joven se apoderaron de su delicado cuello y colocaron su rostro hacia él. Su boca se estrelló en la de ella. Sin delicadeza. Sin pedir permiso. Era un guerrero dispuesto a ganar la batalla y no iba a perder ni la más mínima oportunidad.

Su lengua sabía a la cerveza que estaba bebiendo y a libertad. Y, por un momento, cuando sus jadeos se volvieron uno solo, Adriana creyó sentir el sabor de la noche húmeda y ver el brillo de las estrellas que la salpicaban.

Era libertad. Era deseo. Era fuego. Sus manos bajaron por sus hombros y se quedaron en la estrecha cintura, que apretó contra su cuerpo, y, maldita fuera, creyó que iba a arder. Nunca antes le había pasado eso. Sentir tanto con un solo beso. Era algo que nunca creyó posible, era una leyenda urbana que contaban para justificar un arrebato, pero por todos los santos que sentía su cuerpo sin voluntad. Todo había desaparecido y lo único que había quedado eran ellos dos. El calor. El deseo. La necesidad de llevar ese beso un poco más allá.

Tras acabar el beso, ambos se miraron con el anhelo palpitando entre ellos, en sus venas, en la base del cuello. No hacía falta decirse nada. No iba a quedar la cosa ahí. El joven puso un billete sobre la barra y la agarró de la mano. No preguntó, no dijo nada, tan solo dejó que la guiara. Una vez en la calle, con el frío manteniendo a raya el calor, él habló:

—Adriana, estás a tiempo. Hace frío, pídeme que te acompañe a casa.

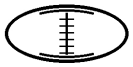
—Llévame a «tu» casa —soltó sin dudar.

No era lo que esperaba oír. Era lo que deseaba oír. Y le encantó escucharlo de su boca. Podía acostumbrarse. Maldita fuera, no era lo que necesitaba, no ahora. Pero no iba a poder dejarla ir. Estaba seguro.

—Me lo estás poniendo difícil, *sassenach.*

—Bueno, supongo que me gusta jugar duro —sonrió.

Capítulo 2



A punto de saberlo

Edimburgo, 2013.

Antes de darse cuenta, entraban sin poder quitarse las manos de encima en la habitación de Kenneth. Sus besos eran adictivos, después de ese primer beso en la taberna no había dejado de pensar en cómo serían los siguientes ni tampoco había podido dejar de imaginar cómo sería tenerlo entre sus piernas. Y estaba a punto de saberlo.

Solo le quedaba una semana allí y no le parecía una mala despedida pasarla con él. Al menos, esa noche. Se olvidaría de todo y tan solo se dejaría llevar. Y él se lo ponía muy fácil, sus besos la hacían olvidarse hasta de ella misma.

—Adriana —rugió en voz baja, y eso la hizo sentir que moría de placer.

Su aliento en el cuello, sobre sus labios, era lo más sensual que nunca había experimentado.

—Kenneth —susurró a su vez.

—¿Estás segura? Apenas nos conocemos…

—Tanto como de que el sol saldrá mañana.

Y no hizo falta nada más, la besó de nuevo con una urgencia poco propia de dos extraños, aunque no se sentía así con él. Tenía la misma sensación que había tenido siempre con ese país, la de estar donde debía.

Las manos de Kenneth le arrancaron la ropa con un hambre tan intensa como la que ella sentía. Sus manos acariciaban cada centímetro de ese cuerpo esculpido a base de ejercicio y se deleitaba al sentir cada músculo, cada ondulación, cada parte de su cuerpo.

Cuando el calor no podía aumentar más, Kenneth la cogió y la colocó sobre el escritorio en el que tantas horas pasaba estudiando, tras apartar todo con un fuerte gesto de la mano que provocó un sinfín de ruidos sordos: los que producían los libros al golpear el

suelo, el rítmico tintineo de los lápices y los bolígrafos al rodar, el susurrar de los folios flotando hasta llegar a su destino…

Y todo eso acompañado de los jadeos y gemidos que se formaban en sus pechos y escapaban por sus bocas, incapaces de pronunciar palabra alguna. Kenneth se detuvo, ella estaba a la espera, lo acogía entre sus largas piernas y su sexo anhelaba albergarlo.

El joven apoyó la frente contra la de ella y recuperó algo del aliento que le robaba con cada beso. Con los ojos cerrados y en esa postura, Adriana se dio cuenta de lo íntimo que era lo que iban a compartir, le estaba entregando una parte de ella que solo había compartido con otro par de chicos antes. La diferencia era que este apenas sabía nada de ella y que esa relación tenía los días contados. Siete, como mucho, eso si volvían a verse.

—Adriana, esto va a sonar a locura, pero… es como si no acabara de conocerte. Siento…

—Kenneth, deja de hablar y fóllame de una vez —exigió.

Él la miró a los ojos y pudo ver cómo de intenso era su deseo por él, sonrió, satisfecho, y luego la tomó por la cintura, la acercó un poco más al filo del escritorio, sacó un condón de uno de sus bolsillos traseros y, sin dejar de mirarla, mordió el envoltorio para liberar el condón, que se colocó sin dejar de agarrar su cintura con la mano disponible.

Adriana bajó la vista, ver cómo la goma se adaptaba a su sexo fue todo un espectáculo que le secó la boca. Y luego decían que el tamaño no importaba…, que se lo dijeran a ella, que no dejaba de babear ante la expectación de tener dentro de ella un arma de ese calibre.

Y en el momento en que su sexo penetró en ella, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos cuando el placer la atravesó de arriba abajo. Tenerlo en su interior se sentía lo más natural del mundo. Sus movimientos estaban acompasados y no necesitaba decirle dónde o cómo tocarla. El placer nacía con cada roce, con cada jadeo, se intensificaba, y antes de darse cuenta clavaba sus uñas en la firme espalda del hombre que tanto placer la hacía sentir. Hasta el punto de creer que podría romperse.

Y eso sucedió: estalló y su clímax la dejó exhausta y jadeante, satisfecha cuando escuchó el orgasmo del hombre abrirse paso a través de sus labios, que se deformaron en un gruñido de placer.

Kenneth no daba crédito, era la primera vez que tenía una relación sexual con una desconocida y, sin embargo, ella le había hecho sentir cosas que nunca había experimentado. Sin salir de ella, se aproximó más, la abrazó y la inclinó hacia su torso. Quería…, no, necesitaba compartir el retumbar de su corazón bajo el pecho. Quería que ella lo escuchara, que supiera cómo de loco lo había vuelto tras solo unas horas juntos.

—Ha sido… increíble —susurró con los labios sobre su cabello, húmedo por el intenso ejercicio.

Adriana pasó sus manos alrededor de la cintura del hombre y disfrutó del tronar de su agitado corazón. Ella misma estaba sin aliento y las preguntas la asaltaban con fuerza. ¿Cómo podía haber sentido tal conexión con alguien a quien acababa de conocer? En realidad, daba igual lo que fuera o lo bueno que hubiera sido porque en una semana regresaría a su ciudad natal.

—Lo ha sido… —afirmó. Y era cierto. Se sentía más plena que nunca.

—Quédate a pasar lo que queda de noche —pidió, pasando sus dedos bajo la nuca para enredarlos en su larga y oscura melena.

—Yo… —dudó. ¿Debería? No era que alguien la estuviera esperando, aun así…

—Es muy tarde, Adriana —añadió. ¡Demonios! Deseaba que se quedara, quería pasar más tiempo con ella.

Todo el que pudiera: conocerla más a fondo, volver a estar dentro de ella. Escucharla reír otra vez y mantener una buena charla. No había llegado en el mejor momento, pero le daba igual. Las oportunidades había que tomarlas cuando se presentaban, agarrarlas fuerte y no dejarlas escapar. De eso se trataba la suerte, de saber ver las señales y seguirlas, fueran cuales fueran las consecuencias.

Adriana dejó escapar el aire que acumulaba. Algo había entre los dos, aunque sonara a locura. Algo fuerte, intenso. Salvaje. Como lo

era ese hombre. Así que decidió que iba a dejar de plantearse todo y pasaría esa noche con él.

—Está bien, pasaré la noche contigo. Pero quiero advertirte una cosa —apuntó—, en una semana regresaré a mi país.

—Entonces, tendremos que aprovechar bien esa semana que te queda para que te lleves un buen recuerdo de Escocia.

—Ya veo. ¿Así que lo haces por mí? Qué amable de tu parte —bromeó.

—Que no se diga que no somos cálidos los escoceses.

Eso la hizo reír a carcajadas y Kenneth no evitó la sonrisa que llenó su cara al escucharla. La tomó del escritorio entre sus brazos y la llevó a la cama. De momento, la dejaría descansar, quería conocer más sobre esa intrigante mujer. Más tarde, de madrugada, volvería a follársela. Porque si tenía claro algo era que, con una sola vez, no iba a tener suficiente.

Las manos de Kenneth sobre su cuerpo la hicieron regresar del placentero sueño en el que se había sumergido, gracias a las cervezas, la charla y la calma que siguió a la tormenta que ese escocés había creado dentro de su pecho.

Las manos de Kenneth se movían a lo largo de su espalda, provocándole miles de escalofríos de placer que la hacían gemir sin parar. Su mano apartó la larga cabellera oscura hacia un lado y su boca besó su cuello. Notar su virilidad entre las piernas casi la hizo morir de placer y su cuerpo se arqueó para facilitarle el acceso.

—Tu espalda es preciosa…

—¿Mi espalda o lo que hay un poco más abajo? —interrogó con descaro.

—Toda tú —susurró junto a su oído a la vez que la penetraba desde atrás.

Las manos de Kenneth la rodearon, una la pasó por su cuello y la otra la colocó sobre la cadera, a la que se aferró con fuerza. Notaba su pecho firme y duro en la espalda y con cada movimiento se arqueaba para notarlo más y más adentro.

Antes de darse cuenta, jadeaba sin control y se apoyaba sobre las manos para elevarse un poco en esa posición en la que estaba. La mano que Kenneth tenía en su cuello bajó hasta su cintura, ahora

tenía mejor acceso y la apretó con fuerza mientras sus movimientos se aceleraban al ritmo de sus gemidos.

—¡Dios! No pares…, no pares… —balbuceó casi sin aliento.

—Nunca —rugió tan poseído por la excitación como lo estaba ella.

Y sucedió, el orgasmo fue tan intenso que temió romperse en miles de pedazos, y al suyo siguió el de él cuando todavía disfrutaba de los últimos espasmos, y eso los intensificó.

Agotada y con manos temblorosas por el esfuerzo de aguantar la postura, se dejó caer de nuevo sobre el colchón. Sobre él, que siguió en su interior y la abrazó hasta que el sueño los venció.

La mañana los sorprendió enredados entre las sábanas y no fue hasta pasado el mediodía que decidieron abandonarlas para ir a comer algo. Paseaban por el centro de esa ciudad tan hermosa cuando sus manos se rozaron y Adriana sintió que su estómago se agitaba. Y lo hizo con más fuerza cuando los dedos de Kenneth se entrelazaron entre los suyos. Y deseó, en ese momento, no soltar su mano jamás. Aunque todo era una quimera, una ilusión que se desvanecería en breve porque su lugar no estaba ahí junto a él, sino a un mar de distancia. En otro país. En otro lugar.

Había escuchado eso de que no era que no fuera la persona adecuada, sino el momento, y eso pensaba en ese instante de Kenneth. No era el momento, aunque, tal vez, era la persona.

Los siguientes días fueron… mágicos. Los fueron. No había palabra más acertada para describirlos. Kenneth la hizo perderse en su cuerpo, en sus manos, en su piel. Y también en esa ciudad de cuento de hadas como bien avisaban los carteles. Recorrió sus calles con una visión diferente, disfrutó de la vista de la misma desde las alturas, recorrió en los museos parte de su historia como pueblo, se deleitó tratando de encontrar a Nessy y grabó todo con fuego, que esperaba fuera eterno, en su mente.

Y a él. Él se metió bajo su piel tan profundo que supo que nunca olvidaría su última semana en Edimburgo. Nunca.

Y como todas las cosas inesperadas de la vida, su encuentro solo estaba destinado a ser un parpadeo fugaz. Solo un instante que perduraría en sus recuerdos. Y el día en el que debía dejar la ciudad y regresar a su realidad había llegado.

Frente a la puerta de la habitación de Kenneth, dudó, un solo instante, de si debía tratar de mantener alguna relación con él o dejarlo estar. Pero tras meditarlo supo que lo suyo no tenía sentido. Él no iba a dejar su vida y su futura carrera por ella, y ella no estaba preparada para dejarlo todo por un polvo de una noche que se había alargado algunas más.

Era bonito pensar que, tal vez, en otro momento, hubieran tenido la oportunidad de conocerse más, pero no había sido ese. Llamó a la puerta y le abrió sin camiseta, tan solo con un pantalón de deporte que dejaba al aire ese torso en el que se había recreado durante toda una semana. Siete noches que no olvidaría jamás.

—Vengo a despedirme, Kenneth. Salgo para el aeropuerto.

—Así que ha llegado el día —susurró, llevándose la mano a la nuca.

—Sí, tal vez nos volvamos a ver cuando vengas a España a jugar alguno de tus partidos.

—Tal vez, me gustaría.

Adriana notó la tensión entre ambos, era incómodo y difícil, como si no correspondiera con el momento y, aun así, no pudieran esquivarlo.

—Cuídate —pidió, dándole un abrazo, notando su aroma masculino por última vez.

—Tú también, *sassenach*, ha sido un placer —musitó en su oído.

—Lo ha sido —afirmó.

Y es que follar con Kenneth Buchanan había sido lo mejor de su estancia en Escocia.

Capítulo 3



Sin aire

Auckland (Nueva Zelanda), Estadio Eden Park, 2022.

Lo había imaginado muchas veces, tantas que había perdido la cuenta. Sin embargo, no se acercaban para nada a lo que de verdad sentía en ese momento. Adriana puso el pie sobre el verde y cuidado césped del campo y la emoción la dejó sin aire, justo como aquella primera vez que, siendo todavía una niña, se enamoró.

El sonido se colaba por sus oídos y llenaba cada poro de su piel. La emoción la contenía a duras penas en sus ojos color azul, herencia de su madre, lo único que había sacado de la parte inglesa de su genética.

Estaba nerviosa pero concentrada. Los jugadores pasaban a su lado para tomar posiciones y, cuando vio a ese jugador, ya retirado, al que había adorado desde hacía tantos años, su corazón dejó de estar en silencio para latir a toda pastilla.

¡Dios! ¡Le temblaban las piernas! Era la primera mujer que arbitraría un partido de *rugby* internacional y nada más y nada menos que a los All Blacks contra el equipo argentino Los Pumas. ¿Cómo no iba a faltarle el aire? Le fallaba todo el organismo, estaba a punto de sufrir una parada cardiaca o un fallo multiorgánico. Tanta emoción era imposible de contener.

Sacudió un poco las manos y los pies. Colocó las manos en las caderas y volvió a mirar hacia las gradas. Lo cierto era que mareaba. Había tanta gente, tanta expectación. Y estaba tan nerviosa… Solo esperaba hacerlo bien, no cometer ningún error grave. A veces los demás se olvidaban de que los árbitros también eran humanos y, por ello, imperfectos, y que, a veces, cometían errores. Por eso esperaba hacerlo bien. Era la primera vez que una mujer arbitraba un partido internacional y sabía que había miles… millones de ojos sobre ella.

Los jugadores se colocaron en el césped. Los Pumas, previendo lo que llegaría a continuación, se abrazaron formando una fila: hermanados. Dejando claro que ellos también eran uno.

Pero todo cambió en el ambiente cuando los jugadores de los All Blacks, guiados por su capitán, comenzaron a colocarse y a entonar su famosa haka. Si verla por televisión la emocionaba hasta los huesos, contemplarla en directo iba a terminar con ella.

Los jugadores estaban a punto de transformarse en guerreros que invocarían a sus ancestros, convirtiéndose en uno con los espíritus de los que ya no estaban físicamente, pero que siempre formarían parte de ellos.

Y todo quedó en silencio. Los observaba sin respirar. Imponentes. Así los sentía. Mágicos. Estar pisando el mismo suelo que ellos mientras gritaban en respuesta a su capitán, retorciendo sus cuerpos al son de esa danza antigua que invocaba a sus antepasados, que los unía a la tierra que pisaban, que los llenaba de esa fuerza que nacía de la unidad de equipo, de la seguridad de que todos ellos, dentro del campo, eran uno solo.

Se arrodillaron unos segundos, entrando en contacto directo con la tierra, su tierra, para después alzarse todos en perfecta sincronía; renovados. Haciendo enloquecer a todo el estadio, ganándose la admiración de los contrincantes, que sabían, sin lugar a dudas, que tenían unos rivales dignos frente a ellos.

Cuando los All Blacks terminaron su danza ancestral, el estadio se levantó y aplaudió con el mismo sentimiento de orgullo y admiración que ella sentía. Y se unió a esos aplausos.

Segundos después, ambos equipos hicieron un círculo para darse ánimos, desearse suerte y comentar cómo iniciarían el juego. Adriana casi no podía respirar. Verlos había sido una de las cosas más impresionantes que había presenciado.

Una de las mejores decisiones de su vida había sido empezar a jugar al *rugby* cuando regresó de Escocia. Y este momento tan especial le trajo el recuerdo de Kenneth a la mente. Había sido imposible no seguirle la pista, él no sabía nada de ella, estaba segura, pero ella no había dejado de observar su carrera. Sus éxitos. Al final, se enamoró de ese deporte: de sus normas basadas en el respeto, de la lealtad, de la pasión… Y ahora, años después, estaba en Eden Park a punto de arbitrar uno de los partidos más importantes del mundo. Y ella era la árbitra principal. No el

asistente, ni la primera reserva: el principal. El dios en ese campo de juego. Una mujer que había cambiado las reglas del *rugby*.

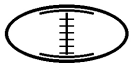
Se llevó una mano a la cara y se limpió unas cuantas lágrimas con disimulo; se había prometido no llorar, tenía que parecer fuerte, más que sus compañeros, para evitar que le echaran en cara que no tenía el suficiente carácter como para estar ahí, en mitad del campo, pero, cuando algo te toca el alma, es complicado mantener a raya las emociones: ahora empezaba todo.

Caminó con toda la seguridad de la que pudo echar mano hasta el centro del campo, desde donde se daría la primera patada al balón para comenzar. Sabía que los ojos de todos estaban puestos en ella; en ese momento llamaba la atención más que ningún otro dentro del campo.

Dio el pitido de inicio y, en ese instante, justo en ese segundo, todo cambió. Ya no había espacio para el ruido, ni los gritos de las gradas, su parte fan se adormeció para más tarde, ya la dejaría salir después de que el partido terminara, durante el tercer tiempo1, ahora era la árbitra. Y solo importaba aquello que sucediera sobre el campo de juego. Lo demás, todo lo demás, incluida ella misma, dejó de existir tras ese primer pitido.

1 Se denomina tercer tiempo (third half en inglés y troisième mi-temps en francés) a una tradición del rugby por la cual, una vez finalizado el partido (de dos tiempos o partes), los contrincantes se encuentran para compartir una bebida y/o una comida.

Capítulo 4



Es-una-mujer

—¿Has visto, capitán? —interrogó Duncan a su capitán, Buchanan.

—¿Qué tengo que ver? —interrogó de mala gana.

—Hay una árbitra en el campo de los All Blacks.

—¿Y eso qué tiene de especial, Duncan? —volvió a preguntar con un bufido.

—Es. Una. Mujer —recalcó el joven con la mirada llena de brillo. Una mezcla de admiración y sorpresa.

Y lo era. Una sorpresa. Y algo tan insólito que lo hizo levantar la mirada de la jarra de cerveza y dirigirla hacia la televisión donde proyectaban el partido. Su cerveza casi se cayó de las manos. No podía estar seguro porque la estaban enfocando de lejos, pero juraría que era ella.

Y, en el momento en que la cámara se acercó más, se dio cuenta de que era cierto. No podía creerlo. Por primera vez en meses, algo llamaba de verdad su atención y era ella. Precisamente ella.

Había estado algo apático desde que Yas había elegido a Evans y esa apatía había continuado durante un largo periodo de tiempo, ni siquiera después de presenciar la pedida de mano en directo y saber que estaba embarazada le habían hecho más fáciles las cosas. No era la primera vez que sentía por una mujer más de lo que esta sentía por él y la prueba la tenía frente a sus ojos: esa mujer en el Eden Park, el campo de los All Blacks, había despertado su curiosidad y solo él sabía que no solo había sido porque fuera una mujer arbitrando.

—¿De verdad? —preguntó otro de sus compañeros, sentándose donde ellos y mirando la pantalla—. ¡Joder! Encima está cañón —afirmó. Nada que los demás no pensaran.

—Sí, es muy guapa —convino Duncan.

—¿Eso qué importancia tiene? Lo que tiene importancia es que pite bien. ¿Una mujer arbitrando partidos masculinos

internacionales? No lo hubiera imaginado nunca —murmuró, dando otro sorbo a su pinta.

—Acabo de buscarla *online*. Está en todos lados la noticia, capitán. Se llama Adriana, española, y la primera y única mujer que ha logrado llegar al arbitraje internacional.

—¿Por qué no me sorprende…? —resopló, llevándose la jarra a los labios para dar un largo sorbo esta vez.

—Además, pone que fue jugadora de *rugby*, buena, por lo que veo. Su equipo ganó varios de los grandes campeonatos de *rugby* femenino. ¿Cómo es que no sabíamos nada? —interrogó Izan, uno de los más jóvenes del equipo.

Kenneth los miró, hacía pocos meses que había renunciado a una oferta para regresar a su Escocia natal. Pero estaba feliz: siempre se había propuesto jugar su última Copa Mundial de Rugby con la selección escocesa y después…, después se retiraría, por lo que le parecía justo terminar su carrera con los Lions, el equipo al que había dedicado toda su vida.

—Por lo general, del único *rugby* que se habla es del masculino, y es una pena porque hay verdaderas joyas en el femenino —aclaró Duncan, adelantándosele.

—¿Por qué dejaría de jugar para convertirse en árbitra? —interrogó Izan, más por curiosidad que porque esperara una respuesta de los demás.

—Quizás es lo que de verdad le guste, por lo que he escuchado, las pruebas para las plazas son las mismas, no hay diferencia por sexo —añadió Kenneth. Debía darle algo de crédito, si estaba ahí era porque se lo había ganado, sin duda alguna.

Otra cosa era la pregunta que rondaba por su cabeza, ¿era jugadora cuando se conocieron? ¿Era el motivo por el que estaba allí? ¿Sabía de antemano quién era él?

—Pues ha quedado muy bien, por encima de muchos de otros árbitros masculinos —informó Izan, que seguía buceando por el mar de información que había sobre ella en internet.

—Me gustaría que me arbitrara. ¡Dios si me gustaría! Aunque me temo que no dejaría de mirarla a ella en vez de al balón. Qué morbo tener a una mujer así en el campo, dando órdenes, imponiendo su

autoridad… —aduló Duncan con una admiración que no se molestaba en contener.

Buchanan volvió a echarle un vistazo, debía reconocer, por más que le jodiera, y le jodía, que los años le habían sentado muy bien. Estaba muy guapa y el hecho de que fuera la primera mujer en hacerse con el título de árbitra la hacía todavía más interesante. Diferente. Aunque siempre lo había sido.

En ese instante, la cámara enfocó su rostro y eso lo dejó sin aire por un segundo. Incluso sin maquillaje estaba preciosa. Esos grandes y rasgados ojos azules que destacaban en su piel morena y su oscuro cabello lo habían perseguido durante semanas. Hasta que tuvo que darse por vencido sin saber dónde buscarla o dónde estaría.

—No está mal —dijo, sin embargo, ocultando sus pensamientos.

—¿No está mal, capitán? ¿En serio? Ya quisiera yo encontrar una mujer así. No puedo dejar de pensar en cómo sería hacerle un placaje en la cama… —susurró Izan con los ojos perdidos en la pantalla.

Las risas estallaron entre todos, incluso Buchanan sonrió, otro milagro. Desde hacía tiempo sus sonrisas estaban más cotizadas que los diamantes.

—Quizás tengamos suerte y nos pite en algún partido —deseó Duncan.

—Preferiría que tocase «mi pito» —bromeó Cam.

Kenneth frunció el ceño por el comentario. Pero no podía impedirlos. Ella no era nada para él. Ya no. A pesar de aquellos días tras su marcha en los que se arrepintió por haberla dejado escapar sin preguntarle su apellido, sin pedirle su número de teléfono o su perfil en cualquier red social. Esos días en los que no dejó de darle vueltas a que, quizás, ella lo podía haber sido todo: su pasado, su presente y su futuro.

—¿Y a ti, capitán? ¿No te llama la atención? —preguntó Izan.

—Claro que sí, a quién no, ¿verdad, capitán? —afirmó con rotundidad Duncan.

—Está para pedirle matrimonio. ¿No te animarías, capitán? —preguntó Bruce en tono de broma.

Los observó a todos, jóvenes llenos de vida y con un futuro brillante por delante, él ya no era como ellos. Esa temporada sería la última, cuando jugaran el campeonato, fuera cual fuese el resultado, se retiraría. Su cuerpo no era tan ágil ni aguantaba tan bien los golpes. Además, quería hacer algo diferente. Quizá dar clases de Geografía e Historia, nunca había llegado a ejercer, pero ahí estaba el título que decía que podía hacerlo. También podía aventurarse en alguna prospección o trabajar para el gobierno gestionando el rico patrimonio escocés. Ya lo decidiría. Todavía tenía que cerrar esa etapa de su vida como jugador profesional de *rugby*.

—Si consigue hacer que los All Black pierdan la concentración y, de paso, el partido contra Los Pumas, estoy dispuesto, en cuanto surja la oportunidad, a pedirle matrimonio.

Las risas no se hicieron esperar y Buchanan se unió a ellas. Sería divertido ver a los All Blacks perder, por una vez.

—Es un trato, capitán, si pierden, cuando nos crucemos con ella, tienes que pedirle matrimonio —dijo Duncan mientras extendía su mano para estrecharla con la de su capitán, sellando el trato.

—¡De rodillas y todo! —gritó Izan.

—¡Y en el campo de juego! —añadió Cam.

Buchanan dio otro sorbo a la cerveza, eso nunca pasaría, los All Blacks eran mucho más fuertes que sus oponentes, que no tenían ni un uno por ciento de posibilidades de ganarles.

—Está bien —se unió a la broma—, si pierden, cuando nos la encontremos arbitrando un partido, estoy dispuesto a pedirle matrimonio: de rodillas sobre el césped y hasta con un anillo —bromeó—. El anillo de mi abuela irlandesa —añadió para darle más emoción.

—Capitán, ¿sabes lo que estás diciendo? ¿Estás dispuesto a darle el anillo de tu abuela? —interrogó con sorpresa Aiden, que había estado callado hasta el momento.

Buchanan sonrió, sabía que, si alguien comprendía el significado de esa reliquia familiar, era Aiden.

El partido iba siguiendo su curso y no podían creer lo que estaba sucediendo. Pero, cuando sonó el pitido final con un marcador favorable a Los Pumas y los periodistas que retransmitían el partido

alucinaban con la derrota incomprensible de los All Blacks, Buchanan perdió el color de la cara y se arrepintió de inmediato de haber hecho esa apuesta.

Aunque cuando la había hecho había estado seguro de que el equipo neozelandés se haría con la victoria sin problema. Debía de tener claro que, en esta vida, no había nada seguro al cien por cien: se había pasado de listo.

—¡¡Capitán!! Ya no tienes que buscar más; te presentamos a tu futura esposa —se burlaba Duncan sin parar.

—¡Bienvenida a la familia, Adriana! —gritó con la cerveza en alto Izan entre risotadas.

—¡Bienvenida, capitana! —siguió con la broma Bruce, arrancando las risas de los demás.

—¿Os imagináis que arbitre el primer partido del mundial del año que viene de la selección escocesa y tengas que pedirle matrimonio frente a millones de espectadores? —interrogó sin aguantar la risa.

—Ve contratando gaiteros, solo por si acaso —se mofó Aiden.

Ninguno sabía el huracán que acababa de despertarse furioso en el pecho de Kenneth debido a sus comentarios. Tenía que estar loco para haber apostado algo así. ¿Pero en qué mundo alternativo los All Blacks perdían ese puto partido?

—A ver, a ver, un momento, chicos. Era todo una broma, lo sabéis, ¿no?

—preguntó tratando de calmar los ánimos. Todo se le había ido de las manos, ¿en qué maldita hora se le había ocurrido entrar al trapo?

—Ya se está rajando el capitán —protestó Izan.

Y a esa protesta la siguieron otras tantas.

—Voy al baño, ahora vuelvo —informó, aunque no fuera necesario.

Kenneth no necesitaba ir al baño, pero quería alejarse de allí, ¿de verdad pensaban que iba a pedirle matrimonio? Estaban locos si habían creído que de verdad haría eso. Se echó agua en la cara para despejarse. Verla lo había impactado más de lo que estaba dispuesto a reconocer, había sido como una buena patada en los huevos.

A veces había soñado con volverla a ver, pero nunca imaginó que, cuando volviera a verla, sería… así: arbitrando un partido de *rugby* masculino. De los All Blacks ni más ni menos. ¿No habría finalizado sus estudios de ingeniería? ¿Cómo había terminado ahí? No podía evitar que las preguntas surgieran como setas en otoño dentro de su cabeza. Había pensado muchas veces en ella. Demasiadas. Más, incluso, de las que estaba dispuesto a admitir.

Cuando salía del baño para regresar a su sitio, escuchó a sus compañeros hablando de él. Oculto en la esquina de la pared que separaba los baños del resto del local, aguzó el oído para saber qué decían sobre su capitán.

—No lo va a hacer, ya no tiene los huevos de antes, parece que aquella periodista española se los cortó —se mofaba con tono hiriente Andrew, uno de los más antiguos del equipo.

Sabía que su rechazo a la oferta que el Edinburgh Rugby le había hecho le había jodido los planes de ser el próximo capitán, pero lo cierto era que la oferta que le hicieron, aunque irresistible, tendría que esperar. Los Lions habían sido su hogar y no podía dejarlos tirados justo cuando la competición estaba por empezar.

—Está mayor, tenían que haberlo cedido a ese otro equipo. Ya mismo vamos a tener que pensar en otro capitán que le eche más huevos a las cosas

—apoyaba Graham.

Sabía que la mitad del equipo, los más mayores, no habían aceptado de buen grado que se quedara y, por lo que escuchaba, a pesar del tiempo transcurrido, seguían pensando igual.

—Tiene cierta edad, pero todavía está en forma y le quedan varios años en activo —defendió Duncan.

—¿Varios? Muchos me parecen a mí. Con suerte, un par de ellos —añadió Dave.

—Bueno, sois todos de la misma promoción —les recordó Cam de mal humor. Parecía no estar muy contento con las críticas a su capitán.

Tras esas palabras dejaron de hablar y siguieron con los ojos fijos en la pantalla. Las imágenes de esa mujer lo ocupaban todo, incluida la atención de sus compañeros.

Kenneth cerró los ojos con fastidio, no podía echarles nada en cara, porque lo cierto era que su mejor momento ya había pasado. Incluso su mayor rival, y no solo en el campo de juego, Daniel Evans, se había retirado hacía meses. Era algo inevitable, pero no por ello lo molestaba menos. De todas formas, quizás, ya no estaba tan en forma como antes, pero huevos le seguían sobrando y se lo iba a demostrar. A todos.

Capítulo 5



Kenneth Buchanan

Dos meses después.

Adriana estaba nerviosa, no debería, ya que solo era un partido amistoso y en su tierra, por lo que la tensión no debería estar ahí, pero, claro, no contaba con que el otro equipo eran los Lions y eso no tendría importancia de no ser porque su capitán era Kenneth Buchanan. Y seguía pareciéndole tan malditamente atractivo que la hacía salivar. Un escocés en toda regla, de esos que recordaban a los *highlanders* de las novelas románticas a las que era adicta. Bien lo sabía ella.

Entró en el campo de juego con los nervios en el estómago, así que se llevó la mano a él y tomó una profunda bocanada de aire. Debía tranquilizarse, no podía imponer más que los All Blacks interpretando su haka, ¿verdad?

El partido estaba a punto de comenzar y los jugadores fueron llegando. Y allí estaba, abriendo la comitiva de su equipo. Trató de mirar a otro lado, pero era imposible que pudiera apartar la mirada de un hombre así. Estaba enganchada a la manera en que su cuerpo se movía mientras caminaba, como un guerrero preparado para la batalla que se avecinaba. Y tenía ganas de guerra, podía verlo en su mirada. ¿Habría pensado en ella durante estos años? Ella sí.

Kenneth tragó saliva, si verla por televisión había sido jodido, ahora lo era mucho más. Desde luego la pantalla no le hacía justicia, porque no transmitía la seguridad y el carisma que, con el paso de los años, había ganado. Ahora era toda una mujer. Nada quedaba de aquella joven con la que pasó la mejor puta semana de su vida.

—Capitán, ¿te atreverás? —interrogó Duncan entre risitas.

Kenneth carraspeó, apretó los puños y los miró: todos tenían la mirada puesta en él y en lo que haría. Estaba a punto de decir que no cuando vio la risa de medio lado de Graham y eso le trajo el recuerdo de aquella noche en la que dijo que no tenía huevos y en su promesa de que demostraría que no era así: lo haría.

—Adriana, venga, desvía la mirada, lo vas a desgastar… —se dijo a sí misma, tratando de girar la cabeza a otro lado, pero no era posible. El magnetismo de ese hombre era animal. Siempre lo había sido. Desde el primer minuto.

Como si hubiera escuchado sus palabras, lo observó, sin dar crédito, desviarse del camino que debía seguir.

—¿Adónde demonios va? —susurró—. Joder, ¿será posible que se esté acercando a mí? ¿Para qué? ¿Va a presentarme sus respetos o algo así? O algo peor…

Y, de nuevo, como si leyera su mente, lo observó sin poder pestañear frente a ella. La miraba con tranquilidad, estudiándola. Su cara tenía que ser un poema porque no tenía ni la más remota idea de qué hacer o decir. Lógico, ¿qué mujer en su sano juicio sería capaz de pensar frente a un hombre como él?

Y cuando creyó que no aguantaría más la presión, el capitán hizo algo que la dejó más perpleja aún: arrodillarse frente a ella. Nunca, ni en sus mejores y más húmedos sueños, había imaginado que su primer reencuentro cara a cara con ese hombre sería de esa forma. ¿Por qué demonios Kenneth Buchanan, el capitán de los Lions, se arrodillaba frente a ella?

—Hola, Adriana —la saludó, mirando hacia arriba desde el suelo.

—Kenneth… —logró balbucear—, cuánto tiempo —susurró sin fuerza en la voz.

—Nueve años, para ser exactos —carraspeó.

El dato llamó la atención de Adriana, ¿había llevado la cuenta? Eso sí que era jodido.

—¿Nueve años? —preguntó sin saber cómo continuar una conversación así.

— Sí, el tiempo pasa muy rápido.

—¿No vas a levantarte? Todos nos están mirando… —dijo sin atreverse a mirar a su alrededor. Estaba segura de que todos, pero todos, los estaban mirando.

—No, todavía no. Supongo que no te lo esperas, pero tengo algo que darte. Algo que quedó pendiente entre los dos —murmuró, acercando a ella la caja con el anillo.

Ahora se sentía ridículo y, ¡demonios!, lo último que esperaba era que esa mujer lo dejara sin respiración y con las palmas de las manos sudorosas después de tanto tiempo, ¿cuánto hacía que no le sucedía algo así? Desde que la conoció aquella maldita noche en aquel maldito *pub*.

—¿Qué demonios…? —murmuró, sorprendida y nerviosa a la vez. ¿Por qué demonios parecía que le hacía una petición?—. ¿Esto es una broma, capitán? —preguntó, molesta, con su perfecto acento inglés.

—No, para nada.

—Está bien, Kenneth, voy a creer que de verdad no te estás riendo de mí.

Pero, por ética, tengo que rechazar el regalo que me ofreces, de rodillas —apuntó—, porque, si lo aceptara antes del partido y lo ganarais, todos creerían que os he favorecido y no será así. En el campo no conozco a nadie. Ninguno tenéis rostro: sois solo números. Así que, capitán, gracias, pero no puedo aceptarlo.

—¿Me rechazas, Adriana? —preguntó, alzando esta vez la voz, y mirando a sus chicos.

Adriana se giró y le dedicó una mirada feroz. Parecía una leona defendiendo a sus cachorros.

—¿Quieres que te saque una roja antes de comenzar, capitán? —amenazó.

Kenneth sonrió, se levantó con la cajita en la mano y respiró con tranquilidad. No sabía qué hubiera hecho si de verdad hubiese aceptado el anillo. Regresó a la fila y siguió el recorrido hasta el lugar donde se saludarían ambos equipos.

—¿Te ha rechazado, capitán? —interrogó Duncan.

—¿Es que no ha quedado claro? —contestó con otra pregunta a Graham, que no podía disimular que le había encantado que lo pusieran en su sitio—.

Me ha rechazado y me ha reñido. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me riñó? —dijo entre risas, tratando de quitarle importancia a lo que había sucedido.

Los Lions se detuvieron frente a sus rivales, el equipo de la selección española, el mismo que entrenaba Evans, y en su interior

el león que formaba parte de él rugió. Quería destrozar al equipo contrario, quería marcar un punto tras otro y demostrar que estaba a la altura.

Con disimulo, buscó a Evans y lo localizó justo cuando saludaba a su entrenador. En realidad, no tenía que estar molesto con él, nunca nadie dijo que el juego sucio estuviera mal cuando se trataba de amor, y Daniel había sabido jugar sus cartas mejor que él.

Saludó al capitán del equipo rival y no le sorprendió que fuera tan joven. Ya rozaba los treinta y dos y no había muchos jugadores de su edad en activo. Adriana se acercó a ellos y el joven no pudo evitar mirarla con una gran sonrisa en la cara.

Sin embargo, ella lo ignoró, como si no lo hubiera visto, se posicionó en su lugar, alzó la mano y pitó para dar comienzo al partido. El equipo español dio la patada de salida y los escoceses se hicieron pronto con el control del balón y marcaron.

El partido no dejaba de ser impresionante a pesar de ser un amistoso, la rivalidad entre ambos se palpaba, sin embargo, el juego era limpio. Adriana disfrutaba como nunca, desde que había logrado una plaza para arbitrar partidos internacionales, en cada arbitraje. Atrás quedaban sus años de jugadora y ahora vivía, sentía y respiraba *rugby* gracias al arbitraje. Y a él.

Cuando el partido terminó a favor de los visitantes, se sintió satisfecha por haber rechazado el regalo del capitán. Al pensar en él, de rodillas frente a ella, su estómago dio un vuelco: por un instante, había creído que le iba a proponer matrimonio. ¿Estaba loca?

La imagen de hacía unos meses del capitán de los All Blacks en el campo, arrodillado, pidiendo matrimonio a la mujer que amaba la golpeó con fuerza. Quizá por las similitudes entre ambas escenas se había quedado sin habla. Pero todo había sido un tonteo del capitán escocés, tal vez una burla al gesto de Daniel Evans por su rivalidad.

—Adriana, espera, por favor. —Lo escuchó llamarla. Nunca olvidaría su voz.

—¿Otra vez quieres tentarme, Buchanan? —interrogó, tratando de sonar entera, aunque por dentro todo su cuerpo temblaba.

Ese hombre era un puto guerrero de las tierras altas. Y esos malditos ojos verdes la invitaban a rodar por las laderas de sus

valles junto a él. Enredados en un abrazo que terminaría por consumirlos.

—La verdad es que quería disculparme —dijo, llevándose la mano a la nuca, nervioso.

—¿Disculparte?

—Bueno, por lo de antes, sé que no ha sido apropiado, por eso quería pedirte disculpas y decirte que eres una gran profesional.

—¿Lo dudabas, Kenneth? ¿Acaso eres de esas raras excepciones que creen que no me merezco el puesto porque soy mujer?

Kenneth la miraba sin pestañear, no quería perderse detalle de esa joven que le robó el sueño durante las increíbles noches que pasó con ella. Aquel tiempo en el que era joven, inexperto, y se dejó llevar por la magia que vivió junto a ella. El destino la volvía a poner en su camino y no podía dejar de comparar a la mujer que tenía frente a él con la de sus recuerdos: una versión más madura, poderosa, con un magnetismo que no era fácil de ignorar.

—Por supuesto que no. No creo en la distinción de sexos, sí en las diferentes categorías, y no creo que la dificultad de arbitrar bien o no la defina el sexo del árbitro, sino el nivel de competición —afirmó, serio.

Adriana lo miró a esos ojos que aún la perseguían en sus noches solitarias y pudo ver en ellos que era sincero, o eso quería creer. Ese hombre la había dejado sin habla desde la primera vez que sus miradas se cruzaron. Y, cuando lo vio debutando como profesional por primera vez, supo que nunca lo olvidaría. Era el único hombre que hacía que su cuerpo y su mente se pusieran patas arribas, incluso tras la pantalla de un televisor.

Verlo era brutal, no solo por su físico, ese del que ella conocía cada centímetro, sino por su imponente presencia en el campo de juego.

—Me alegra saber que piensas como yo. Hasta luego, Buchanan, nos vemos en el tercer tiempo.

—Adriana… —la llamó de nuevo.

Sin prisa, se giró. Lo cierto era que el impacto de volver a verlo había sido brutal. No esperaba toparse con él en esta ocasión, sí más adelante, ya que era algo irremediable: ambos acudirían a

competiciones internacionales, a pesar de que tuvieran puestos diferentes, pero no esperaba verlo hoy. Tal vez debía haber preguntado quién era el rival de la selección española antes de dar el sí a la propuesta.

—¿Sí, capitán? —interrogó.

Pero los compañeros de equipo de Kenneth lo llamaron entre risitas, interrumpiéndolos. Algo que Adriana agradeció. Si cuando lo conoció, sus ojos verdes, su físico perfecto y su cabello oscuro la habían seducido, la versión que tenía frente a ella iba a hacerla arder sin tocarla. Se había convertido en un hombre del que sus ancestros, guerreros de las Highlands, se sentirían muy orgullosos.

—Nada… —musitó a la vez que se alejaba de ella.

Adriana lo imitó y se alejó también. Kenneth se giró para mirarla y no dejó de hacerlo hasta que se perdió por las puertas del vestuario. Se llevó las manos a las caderas y sonrió. ¿Cómo era posible que volviera a hacerlo sentir como aquella lejana noche? Cabeceó al recordar que le había plantado cara sin titubear, había rechazado su regalo, había hecho un gran trabajo arbitrando y, por si fuera poco, tenía las cosas muy claras: una bomba. En eso se había convertido, y él estaba deseando probar suerte, tentar al destino y ver si le explotaba en la cara o en la cama.

Y el deseo de saber un poco más sobre su vida lo tentó tanto que sacó el móvil para hacer algo que nunca se imaginó haciendo: buscar información sobre ella. Lo primero que encontró fueron datos como su edad: veintiocho años. Su estatura, metro setenta y dos, su peso, sesenta y dos kilos. Color de pelo, de ojos…

Pero él quería saber más, ya que nunca tuvo la oportunidad de hacerle muchas preguntas que se quedaron sin respuesta y que ahí seguían: suspendidas en el tiempo.

Hizo cálculos y estaba seguro de que, cuando se conocieron, tendría dieciocho o diecinueve años. No era que fuera una cría: había dejado de ser ilegal mirarla y tener ciertos pensamientos sobre ella. La frase de su compañero «un placaje en la cama» resonó dentro de su cabeza.

«Si ellos supieran…».

—¿De qué te ríes, capitán? —interrogó Cam a su lado.

—De nada, estoy feliz por haberles ganado.

—Han comentado que el partido ha recaudado bastante y todo será donado a una ONG.

—Eso es genial.

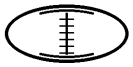
—Sí, yo también lo creo. Vamos a cambiarnos, estoy deseando ese tercer tiempo.

—No hay nada como el tercer tiempo: cerveza, charla y buen rollo.

—Sí, capitán, es lo mejor del *rugby*: lo que pasa en el campo se queda en el campo. Y, no voy a negarlo, estoy deseando conocer a la árbitra.

—Supongo que será el centro de atención hoy…

Capítulo 6



Demasiado poco

Adriana se miró por última vez en el espejo, ahora se arrepentía de haber llevado solo ese vestido. No tenía ni idea de cuándo le había parecido una buena idea… Estaba segura de que sería la única mujer entre todos. Quizás, si la suerte la acompañaba, habría alguna que otra camarera en el lugar donde se iban a tomar una buena cerveza. Estaba deseándolo, pero su vestido seguía sin convencerla. Tal vez debería haber elegido unos pantalones corte sastre o algo así. Ahora le parecía demasiado formal, demasiado corto, demasiado ajustado: demasiado poco.

—Pues ahora te jodes. No has traído nada más y no puedes presentarte allí con la equipación de árbitra —se dijo a sí misma—. Tampoco es que tengas nada que temer, no has llegado hasta aquí sin vencer tus miedos y llevar un vestido no es el peor de ellos —continuó con su monólogo frente al espejo—. No, claro que no, lo peor va a ser él. ¡Dios! ¿Por qué después de tanto tiempo sigo temblando cuando estoy frente a él?

Dejó escapar el aire, se arregló el cabello, colocó un poco de brillo en los labios y se dio el visto bueno para enfrentarse a todos esos tipos que le sacaban más de una cabeza y que hacían dos, en algunos casos tres, de ella.

El lugar elegido era el bar restaurante del propio club. Al entrar, todos los allí presentes se volvieron a mirarla. Debería estar más acostumbrada, sobre todo, porque desde que era árbitra en la liga masculina las miradas sobre ella eran algo usual. Sin embargo, ahora no llevaba su ropa de trabajo y eso la hacía sentir un poco intimidada.

Caminó sin tener claro hacia dónde dirigirse; en otro tipo de competiciones había más árbitros y solían hacer piña, pero esto había sido algo diferente, un favor que le habían pedido porque Evans quería ver el estado de su equipo y no podía haber elegido a otro rival, no, tenía que elegir al equipo con el que jugaba Kenneth y, claro, había sido tonta al no caer en la cuenta de la relación amor-odio que tenían esos dos. ¿Debía acercarse a la barra, tomar asiento y quedarse allí, estática? ¿Debía presentarse a los entrenadores

formalmente? ¿Sentarse en una de las mesas y beber una buena jarra de cerveza sin más? O mejor un barril entero, le iba a hacer falta.

—Vamos, Adri, ¿qué coño te pasa? ¿Dónde está tu arrojo? —murmuró.

«Se ha quedado en el campo de juego, justo en el lugar en el que Buchanan se ha arrodillado».

—Hola, soy Daniel Evans —la interrumpió la voz del entrenador de la selección española.

Por supuesto que sabía quién era, pero nunca los habían presentado oficialmente, de hecho, si no se equivocaba, era la primera vez que coincidían en un evento. Y si Daniel Evans era atractivo en los pósteres publicitarios, en persona no se quedaba atrás. No necesitaba ni maquillaje ni fotos para lucir… así. Imponente. Atractivo. No la extrañaba que las mujeres perdieran la cabeza por él a pesar de la fama que le precedía: de donjuán y de ser un poco cavernícola.

—Señor Evans, es todo un placer conocerlo por fin. Capitán de los All Blacks, jugador número 10, en la posición de *fly-half2*: hábil y explosivo.

Además, uno de los jugadores con mejor técnica de pie —lo aduló. Aunque no eran palabras vacías, había sido uno de los mejores en sus años en activo.

—Gracias —dijo con sorpresa—, quería felicitarla por el gran partido que ha arbitrado. Se nota que conoce el juego desde dentro —la halagó—, aunque ahora me parece poco reconocimiento después del estudio que ha hecho de mí.

—Gracias, señor Evans. Es un gran halago viniendo de un jugador cuya fama lo ha catapultado hasta el nivel de leyenda dentro del *rugby* —confesó

—. En cuanto al estudio…, fui jugadora y usted, uno de mis jugadores favoritos. De ahí que sepa tanto sobre su trayectoria.

Lo cierto era que estaba feliz porque un grande de ese deporte que tanto amaba y respetara hubiera notado su gran arbitraje.

—Gracias de nuevo —sonrió—. ¿Conoce al entrenador de los Lions? —interrogó, tomándola del codo y arrastrándola hasta el

pequeño grupo donde estaban reunidos los capitanes y los entrenadores.

Una vez allí, su mirada se dirigió a la de Kenneth. Recién duchado, limpio y con ropa de calle era un espectáculo, pero no podía comparársele al jugador lleno de tierra y dispuesto a pelear cada balón. En el campo, Kenneth Buchanan parecía un auténtico león: fiero, elegante, veloz, fuerte y audaz. Solo su presencia hacía que su cuerpo entrara en calor, no podía entender qué tenía ese hombre que la hacía sentir arder.

Había sido de esa forma desde la primera vez que lo vio y ni el paso del tiempo había menguado el deseo que despertaba en ella. Lo extraño era que no le sucedía con nadie más, solo con él. Había sentido deseo por otros hombres, claro, pero no sin apenas conocerlos.

Se decía a sí misma que todo era a causa de su apariencia y de su juego en el campo, un cóctel molotov que le estallaba en la cara cada vez que ponía sus ojos sobre él. De hecho, no tenía ni idea de cómo había sido capaz de arbitrar sin empezar a arder por combustión espontánea, ni de cómo había conseguido estar pendiente del juego y no solo del capitán de los Lions, pero no podía mentirse: había tenido esa sensación con él desde que lo vio por primera vez.

Llegaron justo a la pequeña reunión y la conversación se detuvo. El rubor bañó enseguida su rostro al saberse el centro de atención de todos ellos, pero lo que más nerviosa la ponía era saber que ese hombre con el que compartió varias noches la miraba sin pestañear.

—Señorita Adriana de Vera —pronunció su nombre completo Evans, lo que logró hacerla volver a la realidad—, estos son el entrenador de los Lions, Conrad Rowell, el capitán, Kenneth Buchanan, al que creo que ya conoce —añadió, disimulando una sonrisa—, y el capitán de la selección española: Jaime Alonso. Una gran promesa de este deporte —terminó la presentación.

—Encantada, soy Adriana —saludó a todos, estrechando las manos.

Menos a él.

Sin que lo esperara, se acercó y la saludó dándole dos besos en las mejillas. No estaba acostumbrada a que la saludaran así desde hacía tiempo. Por lo general, era algo muy de España y hacía tiempo que viajaba tanto fuera de su país que había tomado por costumbre dar la mano. Siempre.

Tal vez por eso la pilló tan de sorpresa la reacción de Buchanan. O quizás lo que la dejó aturdida fue su olor: masculino, sensual, tan atractivo como él mismo.

—Un placer, señorita Adriana —susurró a su oído. Y una pequeña corriente la recorrió por entero, electrizando su vello y su piel.

—¿Qué hacías de rodillas en el campo de juego, Buchanan? ¿Le pedías matrimonio? —bromeó Evans.

Adriana los miró con sorpresa porque, a pesar del tono amistoso y desenfadado, podía escuchar de fondo uno más tirante. Suponía que la causa no era otra que la mujer que fue objeto de deseo de ambos. Había sido todo un escándalo dentro del mundo del *rugby* cómo los dos capitanes habían peleado por los campeonatos y por la atención de una joven periodista española que se las apañó para atraer a los dos, así como la brutal entrada que Evans le hizo a Buchanan, de tal magnitud que estuvo a punto de tirar por la borda su carrera por ese incidente.

Adriana no entendía por qué esa mujer prefirió a Evans, Buchanan era mucho más… todo. Aunque apenas pasó tiempo con él, y la gran parte de ese tiempo lo perdieron entre las sábanas, por lo que no conocía apenas al hombre, solo al jugador. Quizás era el motivo por el que esas ganas insatisfechas por saber más del hombre persistían. O, tal vez, sus ganas habían aumentado al verlo. Porque si observarlo en el campo a través de la pantalla era un deleite, tenerlo delante le iba a costar la cordura.

—Solo le mostraba mi admiración. No es algo común lo que ha conseguido —se justificó.

—¿Algo común, Buchanan? —preguntó el joven capitán español —. Lo que ha logrado no tiene precedentes. Es la primera mujer que llega al arbitraje internacional masculino de primera categoría. La primera. Y tiene sangre española. Es un orgullo para nosotros como jugadores de *rugby* y como compatriotas.

—Gracias. Lo cierto es que no ha sido un camino fácil —murmuró, de repente se sentía algo cohibida al ser el centro de atención de todos.

En ese momento, por suerte para ella, un camarero se acercó a ellos con una bandeja repleta de jarras de cerveza. Todos tomaron una y ella los imitó. Agradeció que ninguno le hubiera ofrecido una, le gustaba jugar en igualdad de condiciones por muy duro que fuera el juego.

—¿De qué parte de España es? —se interesó Conrad.

—De Granada —contestó, y no pudo evitar recordar una conversación similar que ya había tenido con Kenneth en su primer encuentro.

—Granada… La Alhambra, ¿cierto? —interrogó el entrenador inglés.

—Entre otras maravillas —añadió con una sonrisa.

—Salta a la vista —-bromeó Evans, lo que le hizo ganarse una mirada furibunda de Kenneth—. Mi esposa es de Sevilla, una ciudad hermosa también.

—Sí, lo es. España está a rebosar de lugares mágicos y con encanto.

—¿Cómo fue que dejó de jugar para convertirse en árbitra? —curioseó Conrad.

Adriana lo miró, era un hombre maduro, aunque se conservaba bien para su edad, calculaba que estaba rondando los sesenta años y se notaba que no había dejado de practicar el deporte que amaba porque su forma física era envidiable.

—Llegó un momento en mi vida en el que tuve que decidir. Y, bueno, soy mucho de leer las señales que nos da la vida.

—¿Y esas señales qué te dicen ahora?—interrogó en voz baja Kenneth, que se había ido acercando a ella hasta rozarla. Y eso la ponía nerviosa. ¡Joder! No podía ser que después de tantos años la hiciera temblar así.

—¿Me echabas de menos? —los interrumpió una suave voz femenina.

Adriana desvió la mirada hacia la recién llegada, a la que reconoció enseguida; era la periodista y esposa de Daniel Evans:

Yasnaia Lira. Sus manos se enroscaban en la cintura de Daniel y su cabeza descansaba en su cuello.

—Siempre, *pakeha* —contestó este, acariciando las manos de su mujer.

Cuando la mujer salió de detrás de su esposo, pudo ver que en persona era más atractiva que por televisión y que su sonrisa era sincera.

—Kenneth, cuánto tiempo. ¿Has estado bien? —lo saludó con un abrazo lleno de cariño.

—Y tan bien, ¿no lo has visto? Se ha declarado a la árbitra nada más verla —bromeó Daniel.

—Vaya, entonces, ¿ella es…? —preguntó a la espera de una presentación más formal, sin apartar la mirada de la joven que tenía frente a ella.

—Soy Adriana de Vera, la árbitra del partido. Nada más. El capitán ha querido… agradecerme mi buen hacer, solo eso.

—Pensé, por un momento, que hasta querías una pedida como la mía —azuzó Daniel.

—Nada más lejos de la realidad —afirmó, rotundo.

—Lo cierto es que no ha sido una pedida —aclaró Adriana—, ha sido una ofrenda, pero no la he aceptado. No me parecía correcto.

—¿Una ofrenda? —volvió a la carga Evans—. ¿De paz? ¿Acaso conocías a la árbitra?

—Así que es ella… —susurró Yas al reconocer en ella a la joven que, en alguna que otra ocasión, Kenneth había mencionado con cariño, una joven española de su época universitaria con la que tuvo una tórrida aventura que terminó de forma abrupta.

—¿Ella? ¿Debería conocerla? —preguntó Evans a su esposa.

Kenneth miró a Yas y Adriana supo que la periodista había mencionado algo que él no quería que se supiera.

—¿Alguien quiere una cerveza? —preguntó Adriana al notar la tensión entre ellos.

—Yo, gracias —contestó Yasnaia, la única.

Adriana se alejó del grupo, incómoda. Aunque sabía algo sobre la relación de ese trío, lo cierto era que ver en directo la tensión no la agradaba y, además, no iba con ella. Esperaba en la barra a que

algún barman apareciera y le diera un par de jarras de cerveza cuando se vio sorprendida por algunos jóvenes del equipo de los Lions.

—Hola, somos parte del equipo de los Lions —dijo uno de ellos en inglés.

Adriana sonrió, ¿quizá pensaban que no los conocía?

—Lo sé. Eres Izan, él es Duncan, Cam y Bruce, ¿cierto? —contestó en su idioma, señalándolos unos a uno.

Para arbitrar partidos internacionales el inglés era necesario porque era el idioma oficial, muchos partidos se jugaban fuera y el inglés lo tenían que manejar todos los que se dedicaban a este deporte, así era mucho más fácil cuando se unían en campeonatos equipos de todos los países y de diferentes lenguas, pero ella, además, tenía la ventaja de que su madre era inglesa y había puesto todo su empeño en que su hija fuera bilingüe, algo que ahora agradecía hasta el infinito.

—¿Nos conoce? —interrogó Cam, fascinado.

—Sí, a todos. Durante mis años de jugadora conocí a muchos de los que ahora arbitro, pero, además, me confieso admiradora incondicional de los Lions —reveló.

—Vaya, eso es un honor.

—Para mí lo es. Creo que sois un gran equipo.

—Tal vez lo que pasa es que tenéis un gran capitán —los interrumpió Buchanan, acercándose a ellos.

Adriana lo miró un segundo. Su mirada era seria, oscura, y los recuerdos la ahogaban sin darle tiempo a tomar bocanadas de aire entre unos y otros.

—Sí, a eso también. Es uno de los mejores jugadores del mundo. De eso no tengo la menor duda.

Los chicos rieron, el barman apareció y pidieron cervezas para todos y una extra para Yasnaia.

—Esta es para la mujer de Evans, ¿quieres llevársela tú? —interrogó en voz baja.

—Sí, claro —contestó.

Sin apartar la mirada de él, lo vio acercarse a esa mujer y charlar con ella. En ese instante se sintió fuera de lugar. Se disculpó con los

chicos y salió un momento a la terraza, necesitaba un respiro.

2 Apertura o medio apertura (en inglés, fly-half) es la denominación que recibe una posición en un equipo de *rugby*. El apertura integra el grupo de defensores o *backs*, donde forma parte de la línea de tres cuartos. Generalmente, el apertura lleva el número 10.

Capítulo 7



Algo mágico

Miraba todo a su alrededor. El verde del campo de juego, a pesar de la oscuridad que empezaba a teñirlo todo de sombras, resplandecía. Al menos para ella. Tenía algo mágico, algo que la relajaba y la excitaba al mismo tiempo, como estar con la persona correcta.

Al principio probó por insistencia de una de sus compañeras que ya jugaba, nunca pensó que podría llegar lejos con la edad que tenía. ¿Quién se inicia en un deporte a los diecinueve años y tiene éxito? Ella, así había sido. Probó una tarde en la que el cielo estaba nublado, nunca lo olvidaría, y ya no hubo marcha atrás. Se enamoró de ese deporte.

—Tiene unas vistas espectaculares —susurró a su lado.

No tuvo que girarse para saber que era él, su voz se había quedado grabada en su mente.

—Sí, el césped tiene algo especial.

—Lo tiene. Por eso todo el que lo prueba queda atrapado por él. ¿Eso te sucedió a ti, Adriana?

¡Maldita fuera! ¡Cómo había echado de menos escuchar su nombre de su boca! Esa pronunciación que tenía, que arrastraba las erres convirtiéndolo en vez de en un nombre más en un susurro sensual.

—Algo así —murmuró a su vez.

No podía moverse. De pronto su cuerpo tiritaba y no de frío, sino de expectación, de anhelo, porque quería volver a estar con ese hombre. Había perdido la cuenta de todas las veces que se había imaginado con él, sobre él, debajo de él, encima, en cualquier postura mientas fuera con él.

Solo le sucedía con él, cada vez que lo veía en el campo de juego, su cuerpo temblaba, quizás porque sabía lo que era estar con él, lo que sentía estando con él. Ahora lo tenía frente a ella y, aunque su aspecto era más maduro, más rudo incluso, seguía viendo en el

fondo de sus ojos aquel joven al que entregó su cuerpo, aquel joven con el que disfrutó tanto en tan poco tiempo.

—Estás preciosa, Adriana. Ha sido toda una sorpresa verte en el campo de juego —confesó.

Demasiado cerca. Tanto que si se acercaba un centímetro más podría prenderse fuego. Sabía que estaba esperando a que dijera algo, pero, cuando abría la boca para decirle lo que fuera, uno de los chicos del equipo los interrumpió.

—¡Capitán! ¡Sois virales! ¡Estáis por todos los malditos lados! —exclamó, emocionado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kenneth, confuso.

E Izan le acercó su teléfono móvil con una imagen congelada. Kenneth lo sostuvo y Adriana se acercó más para tener una mejor visión de lo que se fuera a reproducir a continuación.

Las imágenes del campo de juego aparecieron y se escucharon las voces de los comentaristas que iban a retransmitir el partido.

—Aquí estamos hoy una vez más para ver buen deporte, deporte del sano, del de verdad. Y el partido de hoy es especial porque lo recaudado con las entradas se donará a una ONG. Nuestros jugadores nunca dejan de sorprendernos.

—Efectivamente, hoy el partido es especial por esa circunstancia y es que nuestros jugadores se implican en todas las buenas causas. Y ahí están, entrando cada uno desde su túnel de vestuarios a la pista.

—El equipo de la selección española se ve espectacular.

—Sí, pero los Lions no se quedan atrás, qué imponente la figura de su capitán, Kenneth Buchanan.

—Tienes razón, aunque ya está rozando los treinta y dos, le queda cuerda para rato.

—¿Sabes? Me recuerda a un guerrero escocés listo para entrar en batalla.

—Tampoco es una observación equivocada. De casta le viene al galgo, que dice nuestro refranero.

—Un momento, un momento, ¿qué sucede con el capitán de los Lions? ¿Por qué se desvía de su camino y se acerca a la árbitra?

—No lo sé, ¿será que el león quiere rugir a la leona?

—No tengo ni… ¡¡¿Qué?!! ¡¿Estoy viendo visiones?! ¡¿Está sucediendo lo que creo que está pasando?!

—¡Lo parece! ¡Lo es! ¡Lo es! ¿Está de rodillas frente a la árbitra?

—Esto es… ¿Se está declarando? ¡Maldita sea! ¿Se está declarando a la árbitra?

—¡Dios! Esto me recuerda… Esto me recuerda a la petición de mano que Daniel Evans nos regaló no hace mucho.

—¿Quizás sea una broma del escocés? Los rumores sobre su enemistad han sido muchos desde aquel partido en el que expulsaron a Evans por una entrada bastante peligrosa a este.

—¿Crees que se está burlando de la petición de mano de Evans?

Sabemos que su relación no es muy buena, pero ¿qué hay de la árbitra? ¿Qué le estará diciendo De Vera?

—No tengo ni idea, pero te aseguro que pagaba por estar ahí y escuchar qué le dice.

—Un momento, ¿lo ha rechazado?

—¡Sí! ¡Lo ha rechazado! ¡El león se larga con el rabo entre las piernas y el anillo de vuelta a su caja!

Adriana miraba la pantalla sin poder creer lo que veía.

—¿Ese número de visualizaciones lleva ya? —preguntó sin poder creerlo

—. ¡Pero si solo han pasado unas horas! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza.

—Menos mal que no aceptó, señorita Adriana, sino hubiera pensado todo el mundo que nuestro capitán la había comprado con joyas… —se burlaba Izan, que parecía tomárselo todo a broma.

—Sí, menos mal que no acepté… Aunque tampoco es que hubiera sido una petición en serio… —murmuró esto último para ella.

—Adriana, yo… —comenzó Kenneth a decir.

Pero no le dio tiempo, salió de la terraza, se disculpó con los entrenadores y dejó el lugar. No estaba para bromas. Estaba molesta. ¿Acaso no había pensado Buchanan en el daño que esa idiotez podría causarle a su carrera?

—¿Adónde vas? —La frenó la voz de Kenneth, que resonó con fuerza.

Adriana se giró para enfrentarlo, pero en realidad no sabía qué decir. ¿Pedirle explicaciones serviría para algo?

—Al hotel, Kenneth.

—¿Por qué de repente?

—Porque estoy molesta contigo y no quiero dar otro espectáculo.

—Adriana, espera, vamos a hablar —soltó, rotundo, tomándola por la mano.

—Kenneth —se quejó en protesta.

—Dime, Adriana… —murmuró sin soltarla.

Ella lo miró a los ojos y supo que no tenía el coraje de decirle que no. Entre otras cosas porque desde que lo había visto sobre el césped lo único que había deseado era tenerlo un rato para ella, a solas. Charlar, ponerse al día y, ¿por qué no?, terminar la noche entre sus brazos.

Creía en las señales, era cierto y, en esta ocasión, estaban unidos por el *rugby* e iba a ser inevitable no coincidir, no verse, no hablarse…

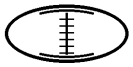
—Nada. Vamos a tener una buena charla —claudicó.

—Han pasado muchos años, creo que necesitaremos más que una charla

—afirmó.

Y, sin soltarla de la mano, salió con ella del club, dejando atrás el campo de juego e internándose en la ciudad que los acogía y en la noche que despertaba.

Capítulo 8



Maldito eco

—¿Dónde vamos? —se atrevió a preguntar después de llevar un rato caminando en silencio, tomados de la mano.

—Todavía no lo sé, a un lugar tranquilo para charlar. Un sitio en el que pueda tenerte solo para mí.

«Tenerte solo para mí» resonó en la cabeza de Adriana. Un maldito eco que no iba a desaparecer con facilidad.

—¿Solo para ti? ¿No crees que es pedir mucho, Kenneth?

—Tal vez, pero no me importa.

—Sigues siendo igual de caradura —bromeó.

—Tampoco veo mucha diferencia entre aquella joven que conocí y la mujer en la que te has convertido.

—Tampoco tú has cambiado tanto. Algunos años más, algunas arrugas nuevas…, pero el mismo ego de siempre —lo picó.

—¿Ego? ¿Yo? ¿De dónde sacas eso, *sassenach*? —«Sassenach», era escucharlo llamarla así y dejaba de ser persona, no era más que una llamarada de fuego que necesitaba arrasarlo todo a su paso. Arder con él—.

La verdad es que odio ser tan *sexy*, pero, lo siento, soy jugador de *rugby*. —Fingió que lo sentía encogiendo los hombros.

—Salta a la vista que lo odias —siguió con la broma.

Kenneth se detuvo, pero se negó a soltarle la mano. La verdad era que se sentía bien y en su cabeza, aunque los recuerdos se habían ido disipando, la sensación de que siempre le había gustado caminar con ella con las manos entrelazadas se sentía real.

—No recordaba lo bueno que era charlar contigo —susurró.

Se había detenido, pero seguían sin soltarse. Durante unos segundos se contemplaron, pero fuera lo que fuese lo que Kenneth iba a decir se lo guardó y reanudó la marcha.

El corazón de Adriana palpitaba como loco. ¿La había echado de menos?

Ella pesaba que la había olvidado, pero ¿estaba equivocada? Y, para qué mentir, lo había seguido a lo largo de su carrera profesional y había estado al tanto de lo poco que trascendía de su vida sentimental porque siempre había sido él. No había sido el momento, ni el lugar, pero sí la persona adecuada. Lo supo al montarse en el avión de regreso a España, su corazón se rompió de dolor por lo que dejaba atrás. Esa promesa de un futuro con él que ya nunca sabría si hubiera tenido o no porque desechó la posibilidad antes de dársela.

Caminó en silencio, como un autómata que siguiera las órdenes silenciosas de su dueño. Cuando llegaron a un pequeño restaurante, entraron y lo escuchó pedir una mesa con privacidad. Lo oía todo, pero no era capaz de decir nada, su mente seguía enredada en esa confesión que le había hecho. Era un sentimiento extraño, porque habían compartido algunas noches, tenía un grato recuerdo de sus días junto a él, sin embargo, en realidad, solo eran dos extraños que conectaban por alguna extraña razón. Siempre lo habían hecho.

Un joven los acompañó a una mesa para dos, en una de las esquinas más apartadas del local. A su lado no había ninguna otra cercana. Así que estarían a solas.

—¿Qué te apetece cenar, Adriana? —interrogó sin apartar la mirada.

—No lo sé, ¿y a ti?

—A mí me apetece comerte a ti —soltó sin dejar de mirarla.

Y era cierto, desde que la había visto arbitrar el partido no había pensado en otra cosa. Esa mujer siempre había tenido algo diferente que lo hacía desear más. Hubo un tiempo incluso en el que se arrepintió de no haber preguntado nada sobre ella. Cuando pasaron unos días de su despedida, se lamentó de no haberle preguntado algún dato más para buscarla por redes sociales, como su apellido, o haber tenido su número de móvil español para mantener el contacto. Trató de no perderlo, pero el número dejó de funcionar en un pestañeo y, al final, se cansó de enviar mensajes o hacer llamadas que sabía que no iban a tener respuesta. Aunque, si era sincero, después de aquellos días su vida cambió tanto que pronto

dejó de pensar en ella. La vorágine que lo había atrapado lo había absorbido tanto que no dejó tiempo para nada más.

Ahora, de nuevo frente a ella, tenía la misma sensación que aquella primera vez lo embargó; como si fuera la correcta. Parecía una puta locura, lo sabía, pero lo sentía así. La atracción que sentía por ella era tan intensa que lo hacía decir cosas como la que acababa de soltar, y ahora no podía dejar de mirarla, hechizado. Tal vez era por la falta de iluminación en la zona en la que estaban, pero juraría que estaba sonrojada y eso empeoraba la atracción que sentía por ella. Ahora no solo quería comérsela, quería follársela sin piedad. Sin compasión. Llevarla al éxtasis hasta que gritara su nombre y cayera rendida sobre su pecho. Dejar que las sábanas, una vez más, se enredaran en sus cuerpos desnudos, que el amanecer los sorprendiera perdidos entre abrazos, besos, jadeos y pasión.

—Pues lo siento, capitán, pero no estoy en el menú —dijo al cabo del rato, tragando toda la saliva que se había acumulado en su boca.

—Es una lástima. Voy a pedir la carta de postres por si aparecieras en ella

—continuó la broma para relajar el ambiente.

Y lo consiguió, logró que Adriana soltara una gran carcajada que intensificó el rubor de sus mejillas.

—Vaya, Adriana, apenas has cambiado. Parece increíble con todos los años que han pasado…

—Lo sé, mentiría si dijera que me sorprende verte porque lo cierto es que he seguido todos estos años tu carrera —reveló para sorpresa de Kenneth.

—¿Por qué, entonces, nunca trataste de retomar el contacto? —interrogó ante la revelación que lo había dejado fuera de juego, aunque, por otro lado, debería haber sido fácil de adivinar; ella jugaba y luego había arbitrado y no era tan complicado dar con él porque sabía su nombre y, si la memoria no le fallaba, había dejado claro que era un Buchanan.

—Bueno, no sé, la verdad es que nunca parecía el momento adecuado y, además, tú subías como la espuma dentro del *rugby* mientras yo trataba de adaptarme a todo.

—¿Cómo terminaste jugando al *rugby*? ¿Cómo has terminado siendo la primera mujer en arbitrar partidos internacionales masculinos? —preguntó sin poder aguantar más la curiosidad que esa parte de la vida de Adriana despertaba en él.

—Bueno, por dónde empiezo… —dudó.

En ese instante, la joven camarera se acercó a tomarles nota de la comida y cogió la carta para pedir, porque había estado distraída con la charla con Kenneth y ni siquiera sabía a qué tipo de restaurante habían ido.

—¿Te parece que pidamos el menú degustación? Así podemos probar de todo un poco —sugirió.

—Me parece genial.

—¿Hay alguna cosa que te provoque alergia o intolerancia? —se interesó.

—La verdad es que no —contestó con sorpresa, no era lo normal que alguien se preocupara por cosas así, ¿verdad?

—Pues el menú degustación para dos y, ¿de beber?

—Cerveza, claro —afirmó con una sonrisa.

—Dos cervezas, por favor.

—Alhambra, si puede ser —especificó.

Kenneth soltó una risita entre dientes porque, de nuevo, el recuerdo de parte de aquella conversación que tuvieron por primera vez hacía aparición en su cabeza de golpe y porrazo. Era como si hubiera dejado todo aquello que sucedió en *standby* y ahora le hubiera dado al *play*.

La joven camarera se retiró y volvió a dejarlos solos.

—¿Y bien…? —la animó a continuar.

—Cuando regresé a España, una amiga insistió en que jugara un partidillo amistoso con su equipo. Solo iba a ser algo esporádico, y acepté.

La verdad es que me llamaba la atención conocer algo más del deporte que practicabas, así que me lancé. Y, bueno, cuando puse el pie en el campo de juego, se obró la magia. Y me enamoré del deporte, de las normas, de los valores… Y, para mi sorpresa, era buena. Y, bueno, supongo que no es lo normal comenzar en un deporte a una edad tan tardía, tenía ya diecinueve años, y mucho

menos normal que en poco tiempo pases a ser titular y comiences a ganar campeonatos…, pero así fue.

—Wow, no dejas de sorprenderme, Adriana.

—Bueno, a ti tampoco te ha ido nada mal.

—Sí, pero, no he sido el primero en nada.

—No sé qué quieres decir…

—Bueno, tú eres la primera mujer en arbitrar partidos masculinos internacionales. Has roto barreras. Y eso hay muy pocos que lo logren. Eres una luchadora, eso lo tengo claro y, además, una privilegiada porque has conseguido derribar murallas. Serás el ejemplo de muchas otras que tratarán de llegar también a un lugar que antes creían vetado. Ahora ya no lo será nunca más.

Sus palabras la hicieron ahogar un gemido, seguía siendo ese chico en aquel bar, pidiéndole que se pensara las cosas, rogándole que no lo mirara con deseo porque quería ser un caballero y, de nuevo, ella deseaba que diera rienda suelta a ese *highlander* en el que se convertía cuando entraba en el campo de juego.

—Vaya, Buchanan, ya eras bueno con las palabras en aquellos años, pero desde luego que la edad te ha hecho mucho mejor con ellas.

—¿De verdad? Quizás esté usando todas mis armas para… —se interrumpió.

La camarera apareció con las cervezas y tras ellas dejó el resto de platos sobre la mesa. En un principio, Adriana pensó que no iban a caber todos en ella.

—El chef me ha pedido que le traiga también una botella de Retsina —explicó, poniendo en mitad de la mesa una botella de un vino con un tono rosado.

—Muchas gracias —agradeció Kenneth.

—¿Necesitan que les comente algo sobre los platos? —se ofreció.

—No, gracias, me gustaría hablarle de ellos.

La mujer asintió con la cabeza y se retiró de su lado para volver a su trabajo. Adriana miraba, alucinada, el espectáculo que acababan de colocarle frente a los ojos.

—Déjame adivinar … —pidió antes de que Kenneth pudiera decir nada.

—Adivina —pidió con una gran sonrisa.

—Vale, no tengo claro qué son la mayoría de los platos, pero este de aquí

—señaló—, sé que es musaka. Así que…, ¿estamos en un restaurante griego?

—Premio.

—¿Y qué he ganado? —interrogó sin pensar.

Kenneth la miró a los ojos y se inclinó sobre la mesa. Adriana podía escuchar su respiración entrecortada y el latido de su corazón que, de pronto, se había vuelto loco.

—¿Qué deseas? Pídeme lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —preguntó de nuevo con la garganta seca.

Kenneth asintió. ¿Por qué demonios seguía haciéndola temblar? ¿Por qué tenía tantas ganas de recordar cómo era estar con él? Y, sobre todo, ¿por qué demonios tenía que sentirse tímida con él? Así que decidió que lo que debía hacer era sacudirse de encima a esa chica de diecinueve años que parecía haberse encaramado a su espalda y comportarse como la mujer de veintiocho que era.

—¿Y si lo que deseo es al capitán de los Lions? ¿También estarías dispuesto a darme lo que pidiera? —se atrevió a preguntar.

Lo cierto era que deseaba saber si estaba o no disponible, desde aquel incidente entre ambos capitanes no se había vuelto a relacionar al capitán de los Lions con ninguna otra mujer, lo que no necesariamente significaba que estuviera solo.

—Sin dudarlo —susurró, y Adriana pensó que se fundiría junto al hierro del que estaba hecha la silla.

Su estómago estaba del revés, las manos de sus palmas, tan húmedas como el valle entre sus piernas y su corazón parecía incapaz de latir a un ritmo normal. No podía esperar a volver a probar un trocito de ese hombre que tanto la hizo disfrutar hacía años, ¿sentiría lo mismo? ¿Quizás, ahora desde la distancia y siendo más experimentada, no le parecía tan bueno como en aquellas noches?

—Si sigues mirándome así, *sassenach*, no voy a poder prometerte comportarme como debo —la amenazó usando las mismas palabras que en el pasado.

—Tiene mala memoria, capitán, ¿se le ha olvidado que no me gustan los caballeros, sino los salvajes *highlanders*?

Kenneth se agarró a la mesa con tanta fuerza que juraría que, si hubiera sido de madera y no forjada, hubiera sido capaz de romperla. Esa mujer volvía a hacerlo arder de expectación, le secaba la boca y humedecía su sexo, que no dejaba de recordarle, bajo sus pantalones, que estaba hambriento, de ella.

Adriana supo que la cosa estaba cogiendo una calentura que no era sana para ninguno, así que se obligó a retirar la mirada del hombre que tenía frente a ella y dio un largo sorbo a la cerveza, que había perdido la temperatura. Era obvio que el calor entre ambos afectaba a todo lo que se encontrara en un radio de un kilómetro, o más.

El sorbo fue largo y refrescó algo su cálido interior. Soltó la jarra y notó cómo una gota del líquido ambarino resbalaba desde la comisura de su labio hacia la barbilla, pero, antes de poder limpiarla, el dedo de Kenneth estaba ahí, atrapándola, para, segundos después, llevársela a la boca y saborearla. A ella. Porque eso parecía. No era la gota, no. Era, de alguna manera, a ella y eso la excitó tanto que tuvo que aguantar un jadeo y tragárselo junto a la cerveza.

—De momento, el postre promete —murmuró de nuevo.

El sonido de su voz en ese tono, rudo, ronco y suave era una combinación que tenía un mágico efecto en ella, era como su punto G. Lo escuchaba y su cuerpo reaccionaba, ¡maldita fuera! Tenía los pezones inflamados, buscaban el calor que esa voz les prometía.

Debía preguntar por otra cosa, algo que la distrajera de las tórridas imágenes que bullían en su cabeza, porque no estaba segura de guardar la compostura y la idea de raptarlo y llevarlo al baño cobraba fuerza en su cabeza.

Capítulo 9



Por la vida

Tras un carraspeo fuerte, miró de nuevo la mesa y señaló el primer plato que vio, aunque estaba claro que era una ensalada.

—¿Qué tipo de ensalada es esa? —interrogó, tratando de que su voz sonara normal, de que ella pareciera normal.

—Es una ensalada muy típica de Grecia, su nombre en *horiakiti*. Lleva tomate, pimiento, queso feta, aceitunas negras, pepino, cebolla y una mezcla de hierbas aromáticas tradicionales.

—Vaya, conoces la cocina griega.

—Tuvimos un campeonato en Grecia y me enamoré del país y su gastronomía, cada vez que puedo visito algún restaurante griego para recordar aquellos días.

—Suena a que fueron especiales.

—La vida llena de *rugby* lo es, ¿cierto?

—Cierto. Casi todos mis recuerdos giran en torno a él.

—Esta botella de vino es vino Retsina, lo llaman así porque sellan las botellas con resina, lo que le da a vino un sabor muy particular —explicó mientras servía en las copas un poco del rosado líquido—. Ese cuenco tiene *tzatziki*: una salsa de yogur con zumo de limón y eneldo, cuyo sabor es indescriptible. Puedes tomarlo untado en ese pan de pita. —Señaló el trocito de pan.

Adriana lo tomó y extendió un poco de la salsa sobre el pan, que luego se llevó a la boca. Y tenía razón, la explosión de sabor la obligó a cerrar los ojos.

—Está delicioso —afirmó con una gran sonrisa—. ¿Qué es aquello?

—Eso es *spanakópita*, es un pastel de hojaldre relleno de espinacas y queso feta. Aquello de allí —continuó señalando otro plato más alejado—, *souvlaki*. Son brochetas de carne. Esas parecen de ternera, aunque también las hay de cerdo y pollo. Puedes usar el *tzatziki* para darles más sabor. La musaka, que sabías bien qué era, y aquello de allí se llama *dolmadaika*; son hojas de parra rellenas de

arroz con otros ingredientes, creo que cambian según quién las cocine. Las he probado con pasas, piñones, con cebolla…

Adriana tomó una brocheta y la metió en el tarro con la guarnición. La verdad era que esa salsa convertía cualquier cosa en un manjar de dioses.

—Ahora entiendo por qué los dioses eligieron vivir en Grecia, seguro que fue por esta salsa —soltó con la boca llena.

A Kenneth lo divirtió el comentario y sus carcajadas la contagiaron.

—Tienes razón, yo también lo pensé.

—Vamos a brindar —pidió.

—¿Por? —preguntó con la copa de vino en alto, a la espera.

—Por el *rugby*, por los reencuentros y por la buena comida.

—Por la vida —terminó él.

—Por la vida —susurró, conforme, y sus copas se tocaron durante algo más de lo esperado.

Y no fue porque no pudieran quitarse la mirada de encima ni porque las copas parecieran una extensión de ellos y se imaginaran juntos, rozando la piel del otro… No, claro que no.

La camarera apareció para romper la magia y Adriana lo agradeció, su encuentro con Kenneth la había dejado alucinada, pero no dejaba de estarlo ni un segundo. De nuevo todo lo que ese hombre decía le encantaba y la enganchaba a él. Quería saber más. Mucho más.

—¿Todo bien por aquí, señores? —interrogó.

—Todo perfecto —asintió Kenneth.

La joven se retiró y Kenneth se centró en Adriana y en la necesidad que bullía en la punta de sus dedos, ansiosos por tocar su piel una vez más. ¿Le abriría las puertas de su cielo? ¿O lo dejaría sumido en el infierno?

—Todavía no sé cómo sucedió —susurró.

—¿El qué?

—Que terminaras como árbitra.

—Bueno, fue… la vida —dejó escapar, echándose un poco hacia atrás, perdida en los recuerdos—. No ganamos la final de un campeonato muy importante, nos quedamos a las puertas, y me

había dicho que, si no lograba ganar, me retiraría. Pero tuve la suerte de que me llamaran para arbitrar un partido algo más serio. Pasaba el tiempo entre entrenamientos, partidos y arbitrar en escuelas infantiles. Pero soy muy de señales, ¿sabes? Creo que el destino está escrito y que solo hay que darse cuenta de lo que te susurra, a veces se pierde entre tanto ruido, pero, si prestas atención, ahí está. Esperando a que le des la mano, a que te des cuenta de que ese es el camino correcto y cuando me ofrecieron pitar un partido de más categoría, acepté. Tras ese partido vinieron más y fui creciendo como árbitra, abandoné el juego y me centré en estar en el campo, pero de otra forma. Al final me decidí a intentar llegar a árbitra internacional y… bueno, lo conseguí.

—Has tenido años moviditos.

—Sí, lo han sido, pero no me arrepiento, soy muy feliz con mi vida, Kenneth.

—Puedo verlo. La verdad es que no podía creer que fueras tú cuando te vi al otro lado de la pantalla. Habían pasado tantos años… y, aun así, sigues siendo tú.

—Creí que no recordarías algo así. Una española que solo estuvo en tu vida durante una semana escasa…

—Estabas equivocada —sonrió—. Estabas impresionante en el Eden Park y, además, me jodiste la apuesta, ¿sabes?

—¿Apuesta? ¿Qué apuesta? —interrogó con interés.

Ahora había cambiado la postura, de nuevo se había inclinado hacia él y es que tenía algo magnético que la obligaba a orbitar alrededor de su espacio.

—Verás…, a los chicos se les ocurrió comentar que la árbitra era una mujer para mí, claro, ellos no conocen nuestro… pasado común. Y yo, siguiéndoles el juego, les dije que, si hacías que los All Blacks perdieran contra Los Pumas, te pediría matrimonio cuando te viera, de rodillas, en el campo y hasta con el anillo de mi abuela —soltó entre risas.

—¿De verdad? ¿Por eso has hecho esa pantomima? —Él asintió con mucha rapidez—. ¿No se te ocurrió pensar que podría perjudicar mi carrera? —preguntó, algo molesta.

—Lo cierto es que no, por eso debo pedirte disculpas, tampoco esperaba que lo retransmitieran, ni que el vídeo se hiciera viral… —confesó, llevándose la mano a la nuca para frotarla con nerviosismo. Le gustaba que mantuviera viejas costumbres.

—Bueno, lo cierto es que ha dado de qué hablar, quizás ganemos algunos aficionados al *rugby*, así que te perdonaré, pero solo esta vez y a cambio de la cena. —Kenneth sonrió y alejó la mano de su nuca, más tranquilo—.

Sigues haciéndolo —susurró.

—¿El qué?

—Llevarte la mano a la nuca cuando estás nervioso, avergonzado o inseguro —puntualizó.

—Los malos hábitos son difíciles de olvidar —confesó.

—Así que, por tu regla de tres, soy un mal hábito para ti… —murmuró, aunque él llegó a escucharlo.

—Uno que estoy deseando retomar…

—¿Qué hay de ti? —preguntó para cambiar de tema, a pesar de que ella sí le había seguido la pista.

—Poco, la verdad. Me dediqué a mi carrera en cuerpo y alma. Ya sabes que los deportistas profesionales tienen una carrera corta y, bueno, la mía llega a su fin. Ya no soy tan fuerte, ni ágil, ni tan rápido como antes. Así que, cuando juegue la Copa del Mundo junto a la selección escocesa, tengo pensado retirarme, regresar a Edimburgo. Tal vez unirme a un equipo más pequeño con el que seguir disfrutando del *rugby* con menos presión. O ejercer una profesión relacionada con mis estudios, no lo sé…

—Ya veo. ¿Hay alguien en tu vida? —preguntó, tragándose la vergüenza junto a un sorbo de vino. Sabía genial.

—No, todavía no. Al parecer, el destino no me da señales o soy muy torpe para verlas —bromeó.

—Por el destino —volvió a brindar.

Y él la acompañó, estar con ella era liberador. Siempre había tenido esa sensación de comodidad con ella, parecía increíble que apenas sin conocerla pudiera sentirse así con alguien, ¿sería esa una de las señales del destino que no era capaz de ver?

La velada pasó entre charlas, risas y buena comida. Era extraño porque parecía que hubiesen vuelto atrás en el tiempo y que la diferencia radicara en que eran más maduros, más experimentados. Adriana disfrutó los postres como una niña, la baklava, que era una pasta de pistachos, la enamoró porque, además, el pistacho era de sus frutos secos favoritos y los *loukoumades* fueron la guinda perfecta para su pastel: buñuelos fritos recubiertos de miel y canela. Canela. ¿Sería cierto que era afrodisiaca? De todas formas, daba igual, el mejor afrodisiaco para ella era Kenneth Buchanan, lo tenía claro.

El tiempo se escapaba a una velocidad asombrosa, se sentía como un reloj de arena por el que los pequeños granos dorados se escurrían sin control. Así se sentía al lado de Kenneth. Tras pagar la cuenta, despedirse del chef, que resultó ser un gran admirador, y darle las gracias por todo, salieron a la fresca noche para regresar.

—Te acompaño a tu hotel —ofreció.

—Está cerca de aquí de todos modos.

—Entonces, supongo que nos alojamos en el mismo.

—Es de esperar, ya sabes que suelen juntarnos en los campeonatos, así que lo lógico para simplificar era que nos alojaran juntos.

—Sí, era de esperar. No el hecho de encontrarte aquí, la verdad es que fue toda una sorpresa.

—Para mí también —susurró.

Caminaban despacio, la luna lucía traviesa con esa media sonrisa pícara tan característica y el cielo, a pesar de la contaminación, estaba despejado, por lo que los dejaba ver algunas estrellas parpadear en la oscuridad.

Cada paso que daban se acercaban más y llegó un momento en que sus manos se rozaron. Kenneth estuvo a punto de volver a tomarla, pero ella se alejó y eso lo hizo detener el movimiento.

—¿Vas a arbitrar en la Copa del Mundo?

—Sí, me lo han ofrecido y, por supuesto, he dicho que sí. Será una experiencia única.

—Lo será. Espero llegar a la final.

—A mí también me gustaría llegar a pitarla, pero este campeonato va a ser duro —susurró.

—Me gusta el juego duro, ¿todavía no lo sabes?

—Sí, te gusta el juego duro, y a mí también —confesó.

La conversación se tornó, de repente, muy sensual, o eso pensaba Adriana, que no podía dejar de imaginar lo duro que sería su juego con él.

Entraron en el hotel y se dirigieron a la puerta del ascensor. Al subir, Kenneth esperó que le dijera a qué planta iba o que ella misma pulsara el botón, pero nada de eso parecía que iba a suceder.

—¿A qué planta vas?

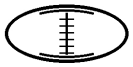
—La verdad, Kenneth, es que no estoy muy segura de si es una buena idea que me acompañes a mi habitación.

—¿Tienes miedo? —provocó.

—El que debería tenerlo eres tú —afirmó, pulsando el botón de su planta.

La puerta del ascensor se cerró con un quejido, el mismo que ella aguantaba porque se sentía una bocazas; no había nada de malo, de todos modos, los dos estaban solos, si sucedía algo, sería pasajero y, ya puestos, ¿a quién le amargaba un dulce? A ella no.

Capítulo 10



Tan corto como intenso

El trayecto en ascensor fue tan corto como intenso. Ninguno se atrevía a hablar, Adriana supuso que Kenneth seguía pensando en sus palabras. Habían sido una invitación en toda regla.

¿Estaría pensando en tentarla? ¿Y ella? ¿Estaba dispuesta a caer en la tentación? Lo estaba, claro que sí. Había deseado a ese hombre tantas veces como lo había visto jugar. Y ahora…, ahora la provocaba con su juego y ella recordaba muy bien lo intenso que había sido entre ellos.

Al llegar junto a su puerta, se apoyó contra la pared. Kenneth la miraba sin pestañear, frente a ella y con las manos en los bolsillos. Al parecer, no tenía ni puta idea de lo *sexy* que eso lo hacía ver. Esa mezcla entre tipo duro y a la vez inocente que tan irresistible le resultaba. Adriana sonrió, parecían dos adolescentes en su primera cita en vez de dos personas adultas con las ideas claras.

—¿Esta es tu habitación? —Adriana no dijo nada, tan solo asintió, expectante—. Supongo que he de darte las buenas noches.

—O los buenos días, dadas las horas… —susurró.

—¿Sabes? —preguntó, acercándose un paso más a ella, eso la hizo morderse el labio inferior y colocar sus manos atrás, entre su espalda y la pared. Quizás para evitar la tentación de tocarlo, o de echárselas al cuello y besarlo como deseaba hacer desde que lo vio en el puto campo de juego de rodillas, a sus pies—. Hay algo que me gustaría recordar de nuevo, porque casi lo he olvidado… —susurro, acercándose otro paso.

Ahora estaba tan cerca que su cálido aliento le nubló la mente por unos segundos, los que dedicó a mirar la boca de ese hombre y recordar el hambre que rugía en su estómago, de anhelo.

—¿El qué, Buchanan? —Trató de sonar fría, pero nada más lejos de la realidad.

—A qué saben tus labios —susurró.

Y sus manos, grandes y fuertes, la tomaron por la nuca y su boca se estampó contra la de ella en un beso voraz que la dejó sin aire, agitada y jadeante cuando este acabó. Lo miró a los ojos, parecía tan afectado como lo estaba ella. Se alzó de puntillas y esta vez fue ella quien tomó la iniciativa comenzando una secuencia de besos, gemidos y jadeos, que continuaron en su habitación, una vez que fue capaz de abrir la puerta con manos torpes.

Buchanan estaba fuera de sí, todo lo demás había dejado de existir, menos esa mujer y su recuerdo, que ahora lo abrumaba con una fuerza que lograba que sus rodillas flaquearan. Con el pie empujó la puerta, que se quejó del trato con un sordo golpe al cerrarse, y la arrastró hasta la pared cercana.

Necesitaba besarla, tocarla, acariciarla, enterrarse entre sus piernas de una maldita vez o iba a prender fuego a toda la maldita habitación; no, no a la habitación, a todo el puto hotel.

Tenerla contra el frío tabique era toda una tentación, sus manos la tomaron por la cintura y las manos de ella se enredaron en su cuello. Sentir sus labios en los suyos lo excitaba de una manera que no sabía explicar, y notar su lengua jugando con la suya era una deliciosa tortura por la que cualquier hombre estaría dispuesto a morir.

Subió las manos por su estrecha cintura, acarició la zona sobre las costillas y terminó en su cuello, sosteniéndola mientras la besaba con intensidad, quería que sintiera todo el deseo que despertaba en él en ese instante.

Y cuando la lengua de ella jugó con la suya, un gruñido animal escapó de su boca y necesitó detenerse. Interrumpir todo y apoyarse en la frente de Adriana, que observaba cómo ese hombre, fuerte y rudo, necesitaba tomar aire.

—Adriana, si sigues así, voy a olvidarme de que soy un hombre y voy a ser tan solo un animal.

—Te he dicho muchas veces, capitán, que no me gustan los caballeros.

Me gustan los *highlanders* guerreros, rudos y cubiertos de barro. Los que juegan duro y no les importa ensuciarse —susurró, recordándolo en los partidos—. Me gusta cuando juegas en el

campo, y esta noche tu partido lo juegas en el mío, entre estas cuatro paredes.

—¿Quieres jugar duro, *sassenach*? —preguntó con la voz ronca y la mirada, decidida.

Adriana se mordió el labio inferior, expectante. No podía esperar más a tenerlo bajo su cuerpo, cabalgarlo hasta llegar al clímax y gritar su placer. No podía esperar a jadear su nombre, a sentirlo dentro de ella.

—Sí, capitán, ¿estás preparado? —preguntó, colocando sus manos en los hombros del hombre.

La sorpresa lo dejó sin saber qué hacer más que dejarse llevar. Adriana lo empujó con suavidad por los hombros, hasta que tropezó con la cama y cayó sobre ella. La joven se colocó entre sus rodillas, que abrió con sus propias piernas para acomodarse mejor. Sin dejar de mirarlo, dio un fuerte tirón de la camisa que llevaba y disfrutó, con una media sonrisa, de los botones que salieron disparados como pequeños proyectiles azulados.

—Eso sería para una tarjeta roja, señorita árbitra.

—En el campo de juego soy una diosa, no lo olvides, capitán, y estoy exenta de tarjeras rojas o amarillas… —continuó la broma, sacándose el vestido que usaba y del que ahora ya no estaba tan arrepentida de haber llevado.

—Vaya… —susurró Kenneth al verla frente a él.

La luz de la luna entraba por la ventana y se filtraba por la suave cortina que los ocultaba de miradas indiscretas. Golpeaba sobre su piel coloreada de canela por las horas intensas al aire libre dada su profesión. Llevaba un conjunto de ropa interior negro de encaje que dejaba poco a la imaginación y sus manos la tomaron por esas caderas perfectas que tanto deseaba acariciar.

Colocó las manos y dejó que estas subieran y bajaran por ellas, cerrando los ojos ante su tacto suave. Tenía una piel que parecía seda y no pudo evitar la tentación de subir y bajar por su cuerpo, sin apenas ropa, para averiguar si el resto de su cuerpo tenía esa misma suavidad.

—¿Te gusta lo que ves, Buchanan?

—¿A quién no le gustaría mirar a una diosa? —murmuró sin apenas voz, tan solo un suave ronquido.

—A mí también me gusta lo que veo —susurró a su vez, arrodillándose entre sus piernas.

Buchanan se tensó mientras la joven desabrochaba el cinturón, el botón y después bajaba la cremallera el pantalón. Lo empujó hacia atrás para que fuera menos complicado bajarle los pantalones y, una vez en la cama, solo con la ropa interior, se subió sobre él y se deleitó con ese torso que tantas veces, más de las que estaba dispuesta a reconocer, se había imaginado acariciando. Incluso, en más de una ocasión, se había masturbado con esa imagen en su cabeza y los recuerdos de aquella semana en Edimburgo.

Sus dedos rozaron cada uno de sus músculos y las de Kenneth la tomaron por las caderas, mirándola como si de verdad la adorara. Y, con toda seguridad, era lo que hacía en ese instante.

—Me gustas tanto, Kenneth —confesó para su sorpresa.

—A mí también, Adriana, eres preciosa —musitó.

Se inclinó hacia delante para besarlo y, al hacerlo, el movimiento de su sexo sobre el de él la hizo estremecer y a él, gemir. Un sonido gutural y profundo que la excitó aún más. Con una sonrisa maliciosa, volvió a moverse y esta vez tomó a su vez el labio inferior de Kenneth, del que tiró con deseo incontenido.

El hombre sonrió y la apretó más fuerte contra él, quería que notara cómo su deseo explotaba bajo su ropa interior. Y se sintió bien al notar que la humedad de la mujer traspasaba también la suya.

Las manos de Adriana bajaron hasta donde sus cuerpos se unían y metió la mano entre ambos sexos, acariciando su polla y rozando su propio clítoris, lo que la hizo soltar un jadeo profundo que llenó toda la habitación de la misma excitación que sentían en ese momento.

—La cosa se ha puesto… dura —murmuró con una sonrisa en la cara que la hizo más atractiva a los ojos de Kenneth.

—Y más que se va a poner —rugió, levantándose para poder sentirla más.

Así, levantado sobre sus piernas, la tenía más cerca. Todavía podía notar la humedad de la mujer, su mano había quedado atrapada entre ambos cuerpos y su boca ahora la tenía tan cerca que no dudó en besarla con esa hambre salvaje que había despertado en él.

Sus manos acariciaron sus senos, perfectos, suaves, redondeados y turgentes, entreteniéndose con sus pezones, sensibles por el placer. Bajó la boca a uno de ellos y lo besó y lamió hasta que ella inclinó la cabeza hacia atrás, golpeando con su larga melena sus rodillas. Repitió el gesto con el otro y la mano libre de Adriana agarró su cuello para decirle sin palabras que quería su boca justo ahí, en su pezón, lamiéndolo, acariciándolo, mordiéndolo, volviéndola loca.

—¡Oh, mi dios! —gritó cuando este la mordió un poco más fuerte de la cuenta, un escalofrío extraño la recorrió. Una sensación que caminaba entre el dolor y el placer intenso.

—Una diosa no merece menos que un dios —murmuró con la boca todavía sobre su pecho.

—Me vuelves loca, Kenneth Buchanan —confesó entre jadeos.

—No más que tú a mí —fue su respuesta antes de levantarse con ella entre sus piernas y volver a buscar el apoyo de la pared.

Cuando la espalda de Adriana golpeó el muro, jadeó y notó como Kenneth se bajaba los calzoncillos y apartaba sus bragas.

—Espera, Kenneth, no te has puesto protección —jadeó.

El rugido del hombre le dijo que pensar en protegerse lo jodía, que no quería tener nada entre los dos, ni esa fina capa que los protegería.

—Estoy sano, sabes que me hacen análisis cada dos por tres y llevo sin tener relaciones varios meses. ¿Tomas la píldora? —interrogó, mirándola a los ojos.

Y, aunque no había suficiente luz, Adriana podría jurar que sus ojos brillaban de deseo. El hombre empujó entre sus piernas y cerró los ojos por el intenso placer y ella… ella perdió la poca cordura que le quedaba y se movió a su vez. Sentirlo dentro fue una jodida maravilla que la obligó a cerrar los ojos y deformó su rostro por el placer que sintió.

¡Joder! Seguía siendo como en sus recuerdos, no, mejor. Era mejor todavía porque era real y no un recuerdo que empezaba a desvanecerse y del que no estaba segura de cuánto era real y cuánto había sido producto de su cabeza. Ahora sabía que era real. Que ese placer que la hacía sentir Buchanan había sido así de intenso.

—Mierda, *sassenach*, quiero morir entre tus piernas —gruñó, moviéndose dentro de ella.

Adriana lo tomó por el cabello y afirmó sus piernas entre su cintura. Sus movimientos la volvían loca, pero quería más. Mucho más, sentirlo profundo, hasta el alma. Kenneth parecía adivinar lo que ella deseaba, volvió a entrar tras salir de su interior, despacio, para que notara su dureza, su deseo.

—Llévame a la cama, Kenneth —pidió cuando pensó que no aguantaría más.

Él no rechistó, tan solo regresó a la cama con ella entre sus brazos, sin salir de su interior.

—Siéntate —ordenó.

Kenneth lo hizo, tampoco se encontraba en una posición como para protestar; se sentó con ella y las manos de la mujer volvieron a empujarlo hacia la cama. Se levantó y volvió a bajar sobre él, dejando que toda la longitud y grosor de su polla resbalara dentro: profundo, suave, intenso. Repitió la operación sin prisa, disfrutando de ese instante que tanto había imaginado y, cuando miró al hombre bajo ella, con los dientes apretados, tratando de contener tanto placer, supo que había llegado el momento, así que aceleró sus movimientos y se dejó llevar.

Solo pasión. Solo deseo. Solo intensidad. Solo placer. Eso eran. Cabalgó a ese hombre con una pasión que la sorprendió hasta a ella, pero con él siempre había sido fácil, siempre se habían entendido en la cama de una manera que pocas personas podrían comprender, se creaba entre sus cuerpos una complicidad que no era propia de su tipo de relación.

Fuera de sí, se apoyó en sus hombros y aceleró los movimientos hasta que gimió su clímax con un grito liberador que fue el detonante para que Kenneth liberara el suyo. Sus jadeos se

mezclaron, las manos de Kenneth apretaron tanto sus caderas que en otras circunstancias le habría causado dolor, pero no ahora. En ese momento, ese agarre era lo que necesitaba para intensificar los espasmos de placer que la recorrían de arriba abajo, por todo su cuerpo que cayó, sin fuerzas, sobre el hombre, que seguía disfrutando de su propio orgasmo.

Permanecieron así, sin moverse ni hablar, tan solo emitiendo suaves gemidos y jadeos que se iban apagando poco a poco, durante un largo tiempo. Tanto que el sol los sorprendió todavía uno en brazos del otro.

Capítulo 11



Las brumas de un sueño

Adriana sabía que debía separarse de Kenneth, obligarlo a levantarse y salir de su habitación, pero no podía. Estar a su lado, relajados, con la mente perdida en las brumas de un sueño que ambos necesitaban era agradable.

Se acomodó de lado y Kenneth pasó el brazo por encima de su cintura, el contacto la reconfortó y, antes de darse cuenta, se dejó llevar por el sueño, que la arrastró sin que opusiera resistencia.

El peso al otro lado de una cama que solía estar vacía la despertó, se giró, frotándose los ojos, cuando lo vio sentado en el filo de la cama con el móvil en la mano, parecía contestar un mensaje.

—Buenos días, capitán —lo saludó con la voz seca y ronca.

—Buenos días, Adriana —la saludó a su vez—. ¿Has dormido bien? —se interesó.

—Sí, muy bien. Estaba agotada —la confesión provocó una sonrisa en Kenneth, que se sentía responsable de parte de su cansancio.

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Regresas a Granada? —Asintió, tirando de la sábana para cubrirse, se había incorporado y parecía que la tela no era bastante para taparla.

—El avión sale esta tarde —informó—. ¿Y tú? ¿Cuándo regresas?

—Esta tarde también, me acaban de escribir los chicos preguntando dónde estoy. Están haciendo las maletas y quieren saber dónde vamos a comer antes de ir al aeropuerto.

—Entiendo. Pues…, no los hagas esperar, Kenneth —susurró.

No era como si no supiera que cada uno tenía que retomar su vida. Aun así, una vez más se quedaba con las ganas de pasar más tiempo con él.

—Sí, supongo que debería irme —dijo en voz baja, llevándose de nuevo la mano a la nuca para frotarla. Algo que le sacó una sonrisa. Había cosas que no cambiaban.

—Sí, deberías irte, Buchanan.

—Adriana… —la llamó titubeando.

—¿Sí? —lo animó a proseguir.

—¿Me darías tu número de teléfono? Es que no me gustaría perder el contacto otra vez…

Adriana lo miró. Se había puesto los pantalones y la camisa que ella había destrozado. Aunque el arreglo disimulaba que no tenía ni un botón en su sitio, no estaba para lucirla. Al menos no tenía que ir lejos, ya que se alojaba en el mismo hotel.

Esbozó una sonrisa y pensó en si de verdad quería mantener el contacto con él o no. Ahora, de vez en cuando, se verían obligados a verse porque coincidirían, al menos mientras él estuviera en la misma liga que ella. Y algo en su interior gritaba que sí, que no tenía nada que perder. Así que asintió.

—Dame tu teléfono —pidió.

Kenneth se lo ofreció y ella marcó su número para después llamarse a sí misma. Así tendría su teléfono grabado.

—Ya está —informó, devolviendo el teléfono a su dueño.

—Tengo que irme —dijo a su vez, aunque parecía reacio.

—Lo sé —susurró.

—¿Puedo…? —pidió permiso, acercándose a ella. ¿Quería besarla? Eso parecía, así que asintió, sería extraño decirle que no después de la noche que habían pasado.

Kenneth la besó en los labios, un beso ligero, cargado de cariño y vacío de la pasión de las pasadas horas. Se alejó de ella hacia la puerta, esa iba a ser su despedida, sin embargo, cuando su mano estaba en la manilla para abrir, se giró y caminó de nuevo hacia ella, que seguía en la cama peleando con la sábana. Por un momento creyó que la iba a besar, pero no, su boca se detuvo en su frente y la besó. Ahí. En la frente. Con su gran mano en la nuca de ella, presionando contra sus labios cálidos.

Y ese beso inocente la hizo sentir extraña, rara y, de alguna forma que no comprendía, hambrienta.

—Hasta pronto, Adriana. Cuídate mucho, *sassenach* —pidió sin apartar sus labios de la frente de ella.

Solo pudo cabecear, la emoción cerraba su garganta, aun sin saber de dónde venía, y siguió mirando la puerta un buen rato después de que él se hubiera ido y, en ese momento, se preguntó si

él también había percibido eso tan extraño que sintió cuando se despidió de él hacía tanto tiempo atrás.

Kenneth caminaba hacia el ascensor, iba tarde, lo sabía. Había querido irse de su lado, pero no había sido capaz. El calor de esa mujer era demasiado atrayente y adictivo para dejarlo escapar.

Entró en el ascensor y fue cuando se dio cuenta de lo que había sucedido horas antes: su camisa era la prueba de ello. Estaba destrozada, pero, de alguna manera, le encantaba. Ahora tenía personalidad, ahora tenía algo que contar.

Las puertas se abrieron en su planta, dos por encima de la de Adriana, y caminó por el pasillo con prisa para llegar a su habitación. No pudo ocultar lo que había hecho tras salir del restaurante porque varios compañeros de su equipo lo esperaban en la puerta. Tampoco serviría de nada mentir porque sabían que se había ido con ella, así que nada de lo que dijera, a no ser que fuera la verdad, serviría de excusa.

—Capitán —lo llamó Izan—. Estábamos preocupados.

—¿Acaso soy menor de edad? —interrogó medio en broma.

—No, claro que no, es solo que nos ha parecido muy raro que no estuvieras en tu habitación —añadió Cam.

—Pues ya he llegado, deja que abra y haga la maleta —pidió.

Y, al hacer un brusco movimiento con el brazo, la camisa se abrió y todos se dieron cuenta del estado en el que estaba.

—Vaya, vaya…, así que el capitán ha roto su regla —murmuró Aiden.

—¿Qué regla? —interrogó Izan, que era el que menos tiempo llevaba en el equipo.

—La de no dormir con ninguna mujer tras el sexo… —aclaró Aiden.

—No voy a hablar del tema —dijo, seco.

—No me extraña, si ha pasado la noche con Adriana, no sería para menos. Yo no me movería de su lado. Nunca. Jamás. Ni aunque hubiera un incendio —afirmó Izan con una sonrisa.

—Incendio el que tuvo que haber anoche entre los dos para que se haya olvidado de regresar —bromeó Duncan.

—Los hay con suerte —suspiró Bruce.

—Sí, nuestro capitán tiene un trébol en el culo —se mofó Cam.

—Dejad que haga la maleta o perderemos el vuelo —pidió, tratando de alejar a todos de su puerta—. Voy a proponer al comité que cambie el nombre del club, en vez de los Lions, los Buitres, que es lo que parecéis —gruñó, aunque solo despertó las risotadas de los allí reunidos.

—Capitán —insistió Izan, entrando tras él en la habitación—, pero ¿has pasado la noche con ella o no? Porque si no ha sido con ella, voy a buscarla antes de irnos y pedirle su número de teléfono porque esa mujer es toda una mujer.

—Demasiado caballo para tan poco jinete, Izan, no te hagas ilusiones.

Además, ¿con quién más pasaría la noche? No hace falta que lo confirme —dijo en su lugar Cam, que también se había colado en su habitación.

—¿De verdad vais a seguirme todos aquí también?

—Cama sin deshacer… —señaló Bruce como si no fuera obvio.

—Sois solo una panda de cachorros —bufó.

—¿No me digas que aceptó el anillo? —inquirió Aiden con gesto y tono preocupados.

—¡No! Claro que no, solo cenamos y se nos hizo tarde.

—¿Aquí, en España, a «eso» se le llama cenar? —interrogó Izan.

—Vale, está bien, os lo cuento si me dejáis en paz y no volvéis a sacar el tema —pidió, desesperado, mientras se quitaba la camisa. En un primer momento iba a tirarla, pero, después pensó que estaría bien tener un recuerdo de esa noche con ella, así que la guardó dentro de la bolsa de viaje, de la que sacó una muda limpia—. No es lo que pensáis, ya nos conocíamos. Y se nos hizo tarde poniéndonos al día.

—Espera, espera, espera… —repitió sin parar Bruce—. La árbitra y tú os conocíais. ¿Desde cuándo? ¿Cómo…?

—La conocí en mi último año de carrera. Ella estaba con una Erasmus en Edimburgo y coincidimos en el mismo *pub*. Había un tipo muy pesado y borracho que no dejaba de molestarla y me acerqué a echarle una mano…

—¿Adónde, capitán? —lo interrumpió Izan.

Buchanan le tiró lo primero que pilló en la cama: la almohada.

—Ya no cuento más —amenazó.

—Ya se calla, capitán —afirmó, rotundo, Bruce mientras le tapaba la boca al joven.

—La ayudé a deshacerse de ese tipo y nos tomamos una cerveza juntos.

Después…, después pasé una semana con ella, sin datos, sin apenas intercambiar nada personal, solo disfrutando el uno del otro y, luego, se fue. Fin de la historia.

—Sí que teníais mucho de lo que hablar… —masculló Aiden.

—¿Pero seguíais en contacto? —se interesó Cam.

—No, no sabía nada de ella, hasta que la vi arbitrando a los putos All Blacks.

—A eso se le llama destino, capitán.

—¿Por eso aceptaste la apuesta? ¡Nos has engañado!

—¿Engañado? No fui yo quien lo propuso.

—Es que era algo imposible de adivinar que conocieras a la primera y única mujer, de momento, que arbitra en nuestra categoría.

—También me sorprendió, desde aquella semana no había sabido nada de ella.

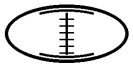
—Pero… ella de ti sí, ¿verdad? Si ha sido jugadora y luego árbitra…, habrá sido fácil para ella saber de ti.

—Supongo —dijo, encogiendo los hombros—. Bueno, voy a la ducha. Se acabó. Esperadme fuera, no tardo.

Los chicos salieron de su habitación con un murmullo inapagable en el que las teorías sobre lo que acababan de descubrir no dejaban de bailar en sus labios.

—Por cierto —los llamó—. Que quede claro para todos que tengo huevos para eso y para más. No quiero que ninguno vuelva a poner eso en duda. La palabra de un escocés es sagrada, incluso más que la sangre.

Capítulo 12



Pletórica

Salió del taxi a toda prisa, tener a Kenneth en su cama durante tanto tiempo había atrasado todo el horario que había previsto. Aunque saltarse las normas, de vez en cuando, sentaba genial. Y se sentía así: pletórica.

Pasar con él toda la noche, refrescando los recuerdos que tenían juntos y que con el paso del tiempo había comenzado a dudar de si eran reales o no, había sido genial. Igual que él. ¿Sería consciente de lo bueno que era en la cama? No tenía ni idea, pero ella sí: follar con Kenneth Buchanan era lo mejor que había hecho en mucho tiempo.

Entró y se dirigió hacia la zona de embarque, solo llevaba una maleta como equipaje de mano, así que no tenía que hacer nada más que dirigirse hacia allí.

—¡Árbitro! —gritó una voz que resonó por encima de las demás—. ¡Aquí! ¡Estamos aquí! —insistió.

Adriana giró la cabeza y los localizó sin esfuerzo, no era como si fuera algo muy difícil teniendo en cuenta el número y la envergadura de los chicos del equipo de los Lions. Parecían leones y Kenneth, al que divisó enseguida, ya que sus ojos se vieron atraídos sin remedio hacia el hombre en el que estaba pensando segundos antes, lo parecía más que ninguno de ellos: fuerte, ágil, elegante, con ese cabello oscuro y esos ojos verdes que lo convertían en un imán.

De hecho, más de una fémina los miraba babeando, ella también lo estaba, solo que por uno de ellos. El grupo al completo se acercó a donde estaba y, nerviosa, miró el reloj. No solo porque iba justa de tiempo, sino por él, siempre era por él.

—Adriana —la saludó al llegar a su lado—, ¿tu vuelo sale ahora?

—Sí, está a punto de salir —contestó.

—¿Qué tal la noche, árbitra? —preguntó Izan.

Y, en ese momento, se dio cuenta de que todos lo sabían. El grupo al completo. Algunos de los más jóvenes del equipo, como Izan, la miraban con la sonrisa bailando en sus ojos y los más

mayores, con maldad en ellos. No había que ser superdotado para saber que se lo había contado a todos. Y eso la molestó. Mucho. En realidad, estaba furiosa y herida.

—¿Para qué preguntas si, por lo que veo, estáis al día de todo? —inquirió, furiosa.

Sin esperar respuesta alguna y ansiosa por poner distancia y evitar comentarios que no la agradarían, se dio la vuelta y se marchó hacia el sitio donde estaba su puerta de acceso.

Caminaba todo lo rápido que podía cuando la detuvieron agarrándola por la muñeca. Sabía quién era, ¡joder! Reconocería su puta forma de tocarla entre millones de personas.

—Suéltame, Buchanan, no merece la pena perder el vuelo de regreso por ti —dijo con voz seca.

—Adriana, no es lo que piensas.

—¿Y entonces qué es, Buchanan? —preguntó, girándose para enfrentarlo.

La mano masculina seguía sosteniendo su muñeca y parecía molesto también, pero ¿por qué demonios lo estaba?

—No he dicho nada. Solo… —se interrumpió para llevarse la mano libre a la nuca.

—¿Solo…? —lo animó, no tenía todo el tiempo del mundo.

—Me vieron llegar a la habitación con la camisa destrozada, ¿qué crees que pensaron? No tuve que decir nada más porque todos sabían que me marché del lugar de reunión tras de ti.

Adriana fue a abrir la boca, pero volvió a tomarle la delantera.

—Y no, no hubiera servido que negara nada, porque ya sabían que habíamos pasado la noche juntos, pero, más allá de lo que haya imaginado cada uno, no he contado nada sobre lo que pasó.

—¿Y qué pasó, Kenneth? No, deja que te conteste —lo cortó antes de que diera su respuesta—. No pasó nada.

—¿Eso para ti fue nada?

—Nada. Solo un desliz. Un reencuentro entre viejos conocidos que se les fue de las manos, nada más.

—Por como gritabas parecía mucho más —soltó, molesto. ¿A qué venía que dijera que no había sido nada? Él había albergado la esperanza de mantener el contacto, de conocerse mejor, de ver a

dónde los llevaba eso que había entre ambos desde que se vieron por primera vez, fuera lo que fuese.

—Eres un gilipollas —replicó, ofendida—. Ahora, déjame —ordenó, tirando de su mano para liberarla de su agarre—. No merece la pena perder el vuelo por nada.

Y, sin más, se alejó hacia su puerta de embarque. Kenneth la miró, impotente, no tenía tiempo de perseguirla, a él no le importaba perder el vuelo por ella, pero no era lo mismo en su caso.

Kenneth la vio alejarse, colocó las manos en las caderas y resopló, molesto. Iba a coger a Izan por las orejas y lo iba a obligar a hacer cien sentadillas, como poco. Tentado estuvo de echar a correr y explicarle todo con tranquilidad, pero, por lo que parecía, el destino no estaba por la labor de colaborar tampoco esta vez, así que se giró y caminó hasta donde lo esperaban los demás para embarcar.

Al llegar, Izan parecía arrepentido, sabía que era cosa de la edad, un chico de veinte años no podía dejar de sucumbir a la energía propia de esos años, ni a pensar con otra cabeza que no fuera la que tenía entre las piernas, mucho menos en valorar las consecuencias que sus palabras o actos pudieran ocasionar a él o a otros.

—Capitán, yo… —comenzó.

—Tendrás una semana de entrenamiento doble. Y no quiero protestas.

—Sí, capitán —aceptó con la cabeza baja.

El equipo al completo embarcó y, ya acomodados en sus asientos, se permitió cerrar los ojos y pensar en todo lo que había sucedido.

Cuando el avión tocó tierra, Adriana se desperezó, había dormitado la escasa hora que duraba el vuelo desde Madrid a Granada. Al bajar, el aire frío que llegaba desde Sierra Nevada la activó por completo: ese aire tenía la receta de la vitalidad. De la vida eterna, decían otros.

Salió de la pequeña terminal y se dirigió al aparcamiento, allí había dejado su propio coche, no iba a estar fuera mucho tiempo y creyó que era más cómodo conducir ella misma hasta su ático, situado en una urbanización en las afueras de la capital.

Nada más arrancar, entró la primera llamada a través del manos libres, era Laura, su mejor amiga desde la universidad, la misma que tuvo la culpa de que entrara en ese mundo desconocido que era el *rugby* para ella y que, al final, se convirtió en el suyo.

—Hola, Laura.

—¿Hola, Laura? ¿Solo eso? ¡Vamos! ¡Cuéntamelo todo! ¡Pero todo! A ver, lo primero, has aterrizado ya, ¿no? ¿Necesitas que me acerque a recogerte? —preguntó.

Eso provocó una sonrisa y la relajó, siempre podía contar con ella.

—No, gracias, dejé en el aparcamiento del aeropuerto mi coche. Ya estoy de camino a casa.

—¿Estás muy cansada o puedo pasarme y cenar contigo? Así me pones al día.

Miró la hora, eran las siete. Todavía era temprano y podrían charlar un rato, estaba segura de que hablar con ella la relajaría y rebajaría la intensidad de su enfado.

—Con una condición, tienes que traer la cena.

—¡Hecho! ¿Qué te apetece?

—*Pizza* —soltó.

—¿*Pizza*? Vaya, eso huele a problemas. Está bien, dos *pizzas* medianas y dos tarrinas de helado de chocolate. Ahora nos vemos. Conduce con cuidado. ¡Bessoooosss! —se despidió con esa manera tan típica suya en la que alargaba las eses y las oes.

Adriana dejó escapar el aire, la única que sabía qué había sucedido entre ella y Kenneth Buchanan cuando estuvo de beca Erasmus era ella. La misma con la que se había embarcado en esa aventura, la misma con la que comenzó a jugar, la misma que siempre había estado a su lado.

Cuando entró por la puerta del garaje de su edificio, respiró con más tranquilidad, todo había quedado atrás, ahora solo podía, y debía, centrarse en su carrera. Había peleado mucho para llegar tan alto y no iba a dejar que nada, ni nadie, le jodiese todo el esfuerzo. Ni el sensual capitán de los Lions que la volvía loca.

Abrió la puerta de su ático y dejó la maleta abandonada en la entrada, se descalzó y caminó sin nada en los pies hasta la terraza. Le encantaba poder ver desde ella Sierra Nevada, la relajaba como

nada en el mundo. Eso fue, precisamente, lo que la decidió a comprar ese ático en particular; aunque no fuera demasiado amplio, para ella era suficiente.

Tras un rato, entró de nuevo en la casa para sacar del frigorífico una cerveza y regresó a la terraza. El móvil pitó justo cuando daba un sorbo largo a la botella verde, creyó que era Laura, pero se equivocaba. Era un mensaje de él.

—Joder, Kenneth, ¿por qué tienes que insistir? —susurró para sí misma.

Abrió el mensaje y lo leyó varias veces.

—Pues genial, ¿para qué me escribes? —farfulló a la pantalla.

Miró la hora, si habían salido los vuelos más o menos a la misma hora, acababan de llegar; si no recordaba mal, el vuelo a Heathrow era de unas dos horas y media, si habían pillado viento de cola, podrían haberse ahorrado unos minutos.

No contestó, sin embargo, abrió la imagen de perfil y se recreó en ella. Sus grandes ojos verdes, esos mismos que tanto la ponían. Verlos cerrarse de placer era algo indescriptible, sus facciones marcadas por el paso de los años que lo hacían más varonil… Estaba vestido de calle, con una camisa informal abierta sobre una camiseta de un gris desvaído, como si la hubiera lavado muchas veces, y un vaquero. Nada más. Ese hombre no necesitaba nada más para dejarla sin aliento. Era un puto dios.

Salió de la imagen de perfil y se dio cuenta de que estaba escribiendo de nuevo.

Apareció en su pantalla.

Tecleó rápido. Y, cuando se dio cuenta de que volvía a escribir, dejó el teléfono sobre la mesa, bloqueado, y dio otro largo sorbo a la cerveza. El móvil pitó, signo inequívoco de que había llegado otro mensaje, pero no iba a caer en ese juego. Entre ellos no había nada y así debía seguir.

Por suerte, el ruidoso timbre del portero automático la distrajo. Se levantó a abrir y se relajó cuando vio que era su amiga con dos cajas de *pizza* y dos tarrinas de helado sobre ellas. La pobre mantenía el equilibrio como podía, así que se dio prisa en abrir.

Dejó la puerta abierta y tomó la maleta para quitarla de la entrada. La dejó en su dormitorio, más tarde la desharía. Se colocó las zapatillas de estar por casa y corrió de nuevo para recibir a Laura.

—¡Holaaa! ¡Tengo una amiga famosa! ¡Estás por todos lados! Lo sabes, ¿verdad? —gritó a la vez que hacía equilibrios para abrazarla con una mano y no tirar lo que llevaba en la otra.

—Lo sé. Y no estoy contenta —dijo, molesta.

—Bueno, lo primero es lo primero. Tráeme una cerveza y luego me pones al día. Te vas un par de días y no veas la que lías, chiquilla.

—Sí, parece mentira…

—Pues no lo es. Tengo aquí la prueba —afirmó, mostrándole en la pantalla del móvil el vídeo.

—¿Lo tienes preparado? —inquirió, sorprendida.

—¿Lo dudabas? Es la película del año y estoy deseando que me cuentes lo que sucedió tras las cámaras.

Capítulo 13



Un par de cervezas

Adriana salió de la cocina con un par de cervezas. A la suya apenas le quedaba y sabía que iba a necesitar un buen extra para conciliar el sueño esa noche. Al menos tenía a Laura, con ella se desahogaría y liberaría un poco de la presión que sentía en el pecho y que amenazaba con explotar de un momento a otro.

Al llegar a la terraza, fijó la vista en Laura: eran amigas desde hacía tanto que no necesitaban hablar la mayoría de las veces para comprenderse. Se sentían cómodas la una con la otra y, desde luego, la complicidad entre ellas era evidente. Solo una mirada era suficiente para saber qué pensaba la otra. Y eso la jodía porque era algo que solo sentía con ella y con… Kenneth. El problema era que al capitán apenas lo conocía y tener ese mismo sentimiento la descuadraba.

—Ven, siéntate a mi lado y empieza a contármelo todo. Pero todo todo.

No te dejes ni una coma.

—La verdad, Laura, no sé por dónde empezar.

—Pues por el principio, no hay otra. ¿Sabías que los Lions eran el equipo contrario?

—No, fue toda una sorpresa verlo allí. Quiero decir, sí lo supe después, pero no cuando acepté. Y, la verdad, pensé que estaba preparada para verlo cara a cara de nuevo, pero no fue así. Me temblaba todo, Lau.

—Lógico, has estado enamorada de él desde siempre.

—No estoy enamorada.

—Bueno, encoñada, me da igual.

—¿Encoñada? No —bufó, rotunda.

—«No ni ná»3 —se mofó su amiga—. Babeas cada vez que lo ves jugar en un partido y, créeme, he visto muchas babas gracias a ti.

—Eres idiota —masculló.

—¿Por decir la verdad? Sí, lo soy. Vamos, Adri, llevas colada por él desde que estuvimos en Edimburgo. No lo niegues. Siempre lo has

vendido como un polvo de una noche que se alargó algo más, pero no es verdad. Ese chico no fue como otros…

—Da igual, de todas formas, no tenemos futuro. Ni antes ni ahora.

—Vale, ¿qué ha pasado? ¿Por qué se te declaró en el campo? Se te declaró, ¿verdad? El problema del vídeo es que solo se os ve, no se os escucha ni aislando el ruido externo.

—¿Has tratado de aislar el ruido de fondo? —preguntó sin dar crédito.

—Yo no, se me da como el culo la informática, pero a Marcos se le da genial y le he pedido ayuda.

—De verdad que flipo contigo, después de tantos años y lo sigo flipando.

—Esa es la magia de nuestra relación… —bromeó, mordiendo un trozo de *pizza*—. Coge un trozo, está de muerte. Ese restaurante italiano de debajo de tu casa es puro vicio.

—Lo sé, nos va a tocar hacer algo de ejercicio extra esta semana.

—Bueno, ya lo has hecho, ¿no?

—A ver, deja que te cuente, que me lías. Estaba esperando para pitar cuando entraron en el campo. Verlo fue… Joder, Laura, es que ese tío tiene algo que me pone de una manera que no es ni normal.

—¿Tiene algo? Tiene todo, Adriana. A ver, que no sé si será un gilipollas o no, pero está para follárselo día sí, día no y el del medio, también.

—El caso es que pensé que no se acordaría de mí, pero me equivoqué y, cuando se puso de rodillas frente a mí con el puto anillo, Lau…, ¡casi me da un patatús!

—¿Pero qué te dijo? ¿De verdad te hizo una proposición?

—No, nada de eso. Después me explicó que todo había sido una absurda apuesta con los chicos de su equipo. En el tercer tiempo charlamos, pero me molesté mucho por el vídeo. ¡Joder! ¿Has visto cuántas visualizaciones tiene?

—Sí, es una puta pasada. ¿Sabes lo bien que le sentará a tu carrera?

Además, tu arbitraje fue impecable, no te dejaste influir ni dejaste que él te nublara el juicio en el campo. Cuando acabó el partido, los

comentaristas no dejaron de repetirlo y, sea por el motivo que sea, esto ha hecho que ganes visibilidad y, de paso, al *rugby*. Tal vez en nada haya otra mujer arbitrando en liga masculina y eso, Adriana, eso sería la hostia.

—Lo sé, pero me molestó, ¿sabes? Es como si todo lo que he luchado para conseguir llegar dónde estoy no fuera importante, como si todo se redujera a una broma de tíos.

—Mirándolo así…

—Es que es así como debo verlo, no puedo permitirme estas chorradas porque empañarán todo el trabajo que hay detrás.

—¿Y qué te dijo?

—Nada, que lo sentía y me invitó a cenar para ponernos al día.

—¿Y?

—Y acabamos en la cama, qué más… —suspiró, rendida a la evidencia.

—¿Y luego?

—Luego se fue y yo también. Nos encontramos en el aeropuerto y adivina…

—¿Qué? No me irás a decir que volvió a ponerse de rodillas —se carcajeó.

—No, todo el equipo lo sabía.

—¿El qué?

—Que habíamos pasado la noche juntos. Y me cabreó tanto que me largué de allí. Él me siguió y me explicó que se lo habían imaginado todos, pero no sé…, me molestó tanto pensar que había estado alardeando de nuestra relación sexual.

Laura dio otro gran bocado a la *pizza*, pensando en las palabras de su amiga, después bajó la comida con un gran trago de cerveza, que soltó antes de volver a hablar y después de eructar.

—Supongo que es normal que especularan y más si os fuisteis de allí los dos. Quizás no contara nada.

—Puede ser, pero, claro, no nos conocemos lo suficiente como para confiar en él sin dudas.

El teléfono vibró seguido del sonido de un mensaje, Adriana lo levantó y vio que era otro mensaje de Kenneth, pero no tenía ganas de leerlo.

—¿Quién es?

—Él.

—¿Él? ¿Buchanan? ¿Tienes su número de teléfono?

Asintió sin más, no le apetecía hablar más de él.

—No, no, no asientas y ya. ¿Por qué tienes su número?

—Quería seguir en contacto —confesó.

—Vale, vale, espera —dijo, frenándola con la mano y dando un sorbo a la cerveza—, ahora, sigue. ¿Quiere seguir manteniendo el contacto?

—Ya te lo he dicho.

—Entonces, para él tampoco eres solo algo de una noche, ¿lo captas?

—No, no lo capto. No sé si es eso o si es solo que en la cama somos geniales.

—Todo empieza por ahí, ¿no? No conozco a nadie que tenga una buena relación si en la cama no se entienden.

—Es solo sexo.

—¿Para ti también? —quiso saber, porque ella no estaba segura.

—Para mí también. Puede que tenga un encoñamiento con él, pero es platónico. En realidad, no conozco apenas al hombre, solo al jugador.

—Creo que tienes que tener cuidado. Si fuera solo algo pasajero…, lo habrías dejado atrás cuando regresamos.

—Vamos, Lau, sabes que lo dejé en el pasado, he tenido otras relaciones…

—Que no han funcionado.

—Pero no por él.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —bufó, metiéndose un trozo grande de *pizza* en la boca.

—No, no lo estás. Eres más que una amiga para mí, lo sabes, ¿verdad? —Adriana asintió, mirándola—. Eres como la hermana que nunca tuve, por eso te voy a decir algo: siempre he creído que ninguna de tus relaciones ha salido adelante porque siempre ha estado él en medio de todo, sin ser consciente. Sé que apenas pasaste tiempo con él, pero ese tiempo te marcó.

Fuera por el motivo que fuera, a veces no se trata de cuánto tiempo estás con alguien, sino de conexión, y sé que con él hubo, y mucha.

Adriana desvió la mirada hacia el horizonte, apenas quedaba el último rastro de sol en el cielo, que había cambiado el azul brillante por un fondo más oscuro que se iba salpicando, poco a poco, de parpadeos plateados.

—No lo sé, Laura. Sí que es cierto que con él todo es fácil, cómodo. Me hace sonreír sin esfuerzo, no tengo que ser de otra manera, ni disimular mis defectos. Tampoco suavizar mi forma de ser, brusca en algunas ocasiones.

No me intimida decirle lo que quiero, cómo lo quiero y cuándo lo quiero. Pero… eso no es bastante para sentir amor, ¿verdad? Además…

—¿Además…?

—Además, te olvidas de que no puedo tener nada con un jugador al que voy a tener que pitar en alguna ocasión, y no en un partido amistoso, sino en una competición real.

—Bueno…, las relaciones no nos están prohibidas.

—Lo sé, es por ética. No me sentiría cómoda con ello.

—¿Qué piensa tu capitán? Creo que por la cantidad de mensajes que llegan tiene algo que decir.

—No lo sé. Tampoco sé si estoy preparada, Laura. ¿De qué sirve si esto sale adelante? Vivimos en países diferentes, aunque coincidamos en campeonatos no es como si pudiéramos vernos con frecuencia.

—¿Te gusta?

—Claro que sí, ¡joder! Tú lo has dicho antes, ¿a qué mujer con ojos en la cara no le gustaría alguien como él?

—Pues ya está. Debes tomártelo así, deja que suceda lo que tenga que suceder. Si todo eso, lo que sea que tenéis, tiene que terminar bien, lo hará, si no, eso que te has llevado para el cuerpo, niña. ¡Y qué cuerpo! —añadió, levantando la cerveza—. Se merece un brindis.

Adriana dejó escapar una suave carcajada, su amiga siempre la hacía reír. Siempre, sucediera lo que sucediera. Y esa ocasión no iba

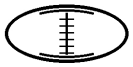
a ser diferente. Levantó el botellín verde de cerveza y brindaron en alto.

—Por la vida. Por el buen sexo. Por el *rugby* —dijo Laura.

—Por todo —añadió Adriana, brindando con su amiga.

3 La expresión «no ni ná» (con reflejo gráfico del acortamiento oral de «nada» en «ná» que se da en la pronunciación popular andaluza) se usa en el habla coloquial para afirmar enfáticamente que es cierto lo que otro acaba de negar.

Capítulo 14



¡Dios!

Adriana se levantó con dolor de cabeza. Parpadeó para enfocar bien lo que había a su alrededor y se dio cuenta de que se había ido a la cama con la ropa puesta. Los pies le pesaban mucho y no podía moverlos, se incorporó para ver qué era lo que le sucedía cuando se encontró con su amiga, Laura, tirada a lo largo en los pies de la cama, sobre sus piernas.

—Lauuu —la llamó—. Laura —insistió, moviendo lo que pudo las piernas—. ¡Laura! —gritó esta vez, y eso logró que su amiga gruñera, se girara para cambiar de postura y cayera al suelo.

—¡Joder! —La escuchó gritar desde el suelo—. ¿Qué coño ha pasado?

—Te has dormido sobre mis piernas, llama a un médico, creo que me las van a tener que cortar. ¡Dios! No tengo sangre en ellas —se quejó, tratando de que la sangre volviera a circular por ellas dando palmadas en sus pantorrillas.

—¿Me quedé dormida aquí?

—Nooo, ¿por qué lo dices?

—Menuda hostia he dado. ¿O me has empujado tú?

—¿Yo? Para nada, has sido tú sola —afirmó, tratando de ponerse de pie.

Laura hizo lo mismo y se levantó, se estiró porque le dolían todos los músculos del cuerpo.

—¿Qué diablos sucedió anoche? —interrogó.

—No recuerdo nada después de sacar el tequila.

—Joder, todo me da vueltas. Veo estrellas y eso que ya ha salido el sol.

Tu teléfono —la avisó.

—¿Qué?

—Que tu teléfono está sonando.

—Voy. ¿Quién será? Es un número de teléfono raro… —murmuró, enseñándole la pantalla a su amiga.

—Ese teléfono es inglés. Estoy segura. Lo recuerdo.

—¿Será él?

—Ojalá sea él —dijo Laura con los dedos cruzados.

Adriana descolgó con el pecho latiendo como loco, parecía que tenía dentro en vez de un corazón un tambor o un tractor. ¿Sería él? Estaba tan nerviosa ante la posibilidad…

—¿Sí? —contestó en español hasta que la voz al otro lado sonó en inglés y cambió de idioma.

Laura esperaba mordiéndose la uña del pulgar mientras su amiga paseaba teléfono en mano de un lado a otro, describiendo círculos sin parar hasta que colgó al cabo de varios minutos.

Adriana miró a su amiga con los ojos abiertos como platos y el rostro lívido.

—¡Joder, Adri! Di algo, que tienes una cara que me está acojonando.

—Acaban de informarme de que … —se interrumpió y se sentó en el filo de la cama—, espera. Necesito sentarme.

—¿Ha pasado algo grave? Me estás asustando —dijo en tono serio.

—No, no, para nada. Es solo que no me lo esperaba.

—¿El qué, Adri? ¿El qué? Me va a dar un tabardillo.

—Me han nominado a la mejor árbitra de *rugby* de la temporada —soltó, y en ese instante se materializó en su mente.

—¿¡Qué coño!? ¿Es en serio? —gritó.

Adriana asintió con la cabeza sin poder hacer nada más, estaba emocionada y sin palabras, algo que pocas veces le ocurría.

—¡Eso es la bomba! ¡Adriana! ¿Te das cuenta? Valoran tu trabajo como árbitra. ¿Sabes quiénes son los otros árbitros?

—No, no lo sé —confesó—, solo me han dicho que estoy nominada y que me enviarán una invitación por *mail* con los datos de la ceremonia.

—¿Dónde se va a celebrar?

—En London, *of course*.

—¡Capitán! ¡Capitán! —lo llamaba con insistencia Izan. Pero él no quería saber nada que no fuera de la pinta que tenía delante.

—¿Qué pasa, Izan? ¿Por qué tienes que gritar tanto?

—Porque la árbitra está en la televisión y te lo estás perdiendo —explicó a toda prisa.

«¿La árbitra? ¿Adriana?», resonó en su cabeza. Esa que giró de mala gana hasta la pantalla. Y la vio. Sí, era ella.

—¿Ha sido nominada? —susurró.

—Sí, capitán, como mejor árbitra. Y la ceremonia será aquí, en Londres.

Iremos, ¿verdad?

—Hay que tener invitación para ir, Izan, no es que sea algo para todo el mundo.

—Pero nosotros no somos todo el mundo, somos los Lions. Si hay un evento así aquí, tenemos que estar sí o sí.

Su teléfono vibró en el bolsillo y lo sacó para ver quién era. Yas. Era Yas.

Kenneth miró la pantalla, era raro, porque, aunque los demás pensaran que mentía, era una realidad: hacía mucho que había dejado de tener sentimientos por Yasnaia que no fueran de amistad. No lo veía tan raro, no era el primer caso ni sería el último, igual que de una amistad se podía pasar a algo más, de algo más se podía pasar a una amistad y ahora la mujer que ocupaba su mente desde que regresó de ese maldito partido amistoso no era otra que Adriana. La misma que no contestaba sus mensajes y que rechazaba sus llamadas.

Contestó antes de bloquear el teléfono. Iba a guardarlo de nuevo en el bolsillo cuando lo desbloqueó y tecleó a toda prisa.

Envió el mensaje y se quedó mirando la pantalla durante un largo rato. Lo cierto era que estaba jodido porque no le había contestado ni uno solo de los mensajes. Y porque lo había juzgado sin preguntar. Aunque, para ser honestos, él hubiera estado molesto en su lugar.

¿Cómo podía haber pensado que iba a contar algo sobre lo que había sucedido esa noche? ¿Acaso solo para él había sido… diferente? Y, ahora, todo empeoraría. Sabía que se verían una y otra vez, era irremediable y no estaba seguro de tener el temple suficiente para contemplarla solo desde lejos. Esa mujer tenía algo que no había encontrado en ninguna otra y, aunque no tenía claro qué era, deseaba averiguarlo.

La pantalla vibró tras un tiempo y, al mirar, vio que le había contestado con un escueto «gracias» que le supo a poco. Aun así, sonrió, la noche que habían pasado juntos estaba fresca en su mente y, si algo le había quedado claro cuando se despertó por la mañana, era que no había tenido bastante.

Quería más y ahora no era un jovenzuelo con un sueño por cumplir, ahora era un hombre y había estado con tantas mujeres como para saber cuál era la indicada.

Se arrepentía, vaya si se arrepentía. Se había prometido no contestar a sus mensajes, pero al final había caído. Se paseó hasta la terraza, sopesando lo que podría suceder si entablaba una relación más continua con él, aunque fuera a través de WhatsApp. Lo cierto era que se imaginaba, sin ningún esfuerzo, teniendo sexo telefónico con él.

Tal vez, por estar perdida en esos pensamientos, se sobresaltó tanto cuando el móvil vibró en sus manos. Miró la pantalla y un número larguísimo, sin duda de una centralita, ocupó toda la pantalla.

Dudó, no sabía si descolgar o no, la verdad era que no tenía ningunas ganas de aguantar a ningún vendedor telefónico, pero la duda de saber si era algo relacionado con el premio la obligó a cogerlo.

—¿Sí? —dijo al descolgar.

—¿Señorita Adriana de Vera? —preguntó una suave voz femenina al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Encantada de saludarla y disculpe las horas, soy Blanca Ordóñez, una de las redactoras del programa *Entrevista a…*, conducido por la periodista Yasnaia Lira, ¿lo conoce?

Claro, claro que lo conocía.

—Sí, por supuesto que lo conozco.

—El motivo de mi llamada es saber si estaría interesada en acudir al programa para una entrevista. Tras la noticia de su nominación como mejor árbitra de *rugby* en la máxima categoría masculina, hemos pensado que sería una gran idea que acudiera al programa; estaríamos encantados de que asista.

—Vaya, me pilla por sorpresa, la verdad. ¿Puedo preguntar cuándo sería?

—Sí, sería justo la semana antes de los premios.

—Está bien, ¿le importaría darme un par de días para pensarlo? —interrogó, confusa.

Para nada se hubiera esperado una invitación a un programa con tanto éxito como ese. ¿Sería cosa de Yasnaia?

—Por supuesto, solo déjeme recordarle que la magia de nuestro programa es que la presentadora nunca sabe a quién va a entrevistar, de elegir a los candidatos nos encargamos nosotros, así que, por favor, no haga pública la información. Tanto si decide aceptar como si no.

—Por supuesto, no se preocupe por eso, Blanca, es solo que me ha pillado totalmente por sorpresa.

—Lo entiendo, en un par de días la volveré a contactar.

—Gracias. Hasta entonces.

Adriana colgó la llamada y miró el móvil con incredulidad, como si este guardara los secretos del universo. La invitación la había cogido por sorpresa y ahora solo podía pensar en si acudir a ese plató era buena idea. En realidad, no era que tuviera nada en contra de la presentadora, a decir verdad, apenas la conocía; sin embargo, saber que Kenneth había estado loco por ella… no la agradaba demasiado.

La semana antes de los premios…, eso era en nada. Buscó la aplicación del calendario en el móvil y miró la fecha, al contar los días, se dio cuenta de que sería en diez días. No sabía qué hacer, la verdad era que sería muy bueno para el *rugby* y eso era lo más importante.

Capítulo 15



Odiaba los nervios

Las manos le sudaban, ahora se arrepentía de haberle hecho caso a Laura, en todo. Odiaba los nervios, odiaba la ropa que llevaba y odiaba sus fuertes piernas descubiertas. Debería estar acostumbrada, ya que el pantalón de la equipación era corto también, pero con esa falda se sentía extraña.

Se miró de nuevo en uno de los espejos que había en el pasillo de entrada a plató. La falda negra le llegaba a media pierna y la blusa que llevaba era ajustada y se ceñía a su busto. Lo único bueno era que la falda tenía bolsillos y era amplia, algo que agradecía, porque se sentía más cómoda con las manos dentro de ellos. Una tontería, lo sabía. Pero así eran las cosas.

Le habían dejado la larga melena suelta y habían hecho algunas ondas que le daban más volumen. Además, su pelo brillaba como nunca y olía de una manera única. Tendría que preguntar qué era lo que habían usado.

El maquillaje era sencillo, apenas parecía que llevara y, sin embargo, ese poco resaltaba sus ojos azules y sus labios llenos.

—Señorita De Vera —la llamó una voz de mujer—. Acompáñeme, está a punto de comenzar todo.

Adriana se colocó en la marca que la mujer le dijo y desde allí observó todo a su alrededor. El plató era más pequeño de lo que parecía por televisión y había también menos espectadores, eso la hizo respirar con un poco más de sosiego, aunque no dejó de llevarse las manos al estómago, nerviosa.

Una voz masculina la obligó a dirigir la mirada hacia el plató de nuevo.

—En tres, dos, uno… ¡En el aire!

—Buenas noches y bienvenidos a *Entrevista a…* —comenzó la voz en *off* la apertura del programa—. Una nueva semana, estamos aquí para conocer más a fondo al invitado de hoy. ¿Qué sorpresa le tendremos reservada a nuestra querida presentadora? ¿A quién

tendrá el placer de poner contra las cuerdas esta noche? En breve, tras treinta segundos de publicidad, lo averiguaremos. ¿Listos?

Los asistentes comenzaron a aplaudir y la chica que la había maquillado entró para retocar a la presentadora. La misma mujer que la había colocado en la marca se acercó de nuevo y le dio indicaciones.

—Ahora, cuando la voz en *off* vuelva, las luces se apagarán por completo y será el momento en que tome asiento. ¿De acuerdo? —preguntó.

Adriana asintió para que supiera que lo había pillado, aunque pareciera que no.

—Genial, no esté nerviosa. Todo irá sobre ruedas, nuestra presentadora tiene muchas tablas.

—Eso espero —susurró justo a la vez que la mujer la guiaba por la cintura para que ocupara su sillón.

—Después de esta pequeña pausa publicitaria, está todo listo para que nuestra presentadora conozca a nuestro invitado sorpresa de esta noche —prosiguió la voz en *off*. Adriana caminó despacio, no quería tropezar, aunque unas pequeñas luces en el suelo que le recordaron a las de los cines ayudaban en su camino. Se sentó en el sillón y colocó las manos en los reposabrazos—. Así que, en tres, dos, uno, comienza *Entrevista a…*

Y, tras esas palabras, llegó la magia. Las luces iban ganando fuerza, todos permanecían en silencio y su sillón comenzó a girar. Lo había visto muchas veces, sabía que el asiento de Yasnaia giraría a su vez y que, cuando estuvieran cara a cara, las luces habrían alcanzado la intensidad adecuada y la presentadora descubriría que su invitada era ella.

¿Por qué le palpitaba tanto el corazón? Con disimulo, metió las manos en los bolsillos un momento, el tiempo justo para secarse el sudor que se había concentrado en la palma de sus manos.

El estallido de aplausos la pilló desprevenida, ¿era por ella? No, no podía ser, no era tan conocida ni tan importante. Pero ahí estaban, la luz seguía iluminando más y los aplausos no hacían más que crecer. Su respiración se aceleró: expectante.

Ya casi estaban cara a cara, nunca se le había hecho tan larga una espera. El griterío del publico se sintió con más fuerza y, cuando creyó que no iba a soportar la presión en su pecho, que amenazaba con hacerla reventar como una olla a presión, se encontró frente a ella.

—Buenas noches, Adriana, ¡qué sorpresa tan agradable tenerte aquí! —exclamó de manera efusiva Yasnaia.

Lo cierto era que habían pillado a Yasnaia con la guardia baja, si no hubiera sido porque la conoció de casualidad en el tercer tiempo del partido amistoso, no habría sabido quién era. Ahora se alegraba de su naturaleza curiosa, que la obligó a buscar información sobre la mujer que tenía frente a ella y, además, le debía una a su marido, que le había comentado que estaba nominada como mejor árbitra. Por esta vez, iba a escapar por los pelos.

—Muchas gracias, Yasnaia, para mí también lo es.

—Bueno, nuestra invitada de esta noche es Adriana de Vera. Granadina, jugadora de *rugby* femenino y primera mujer en llegar a arbitrar partidos internacionales en categoría masculina. Además, hace unos días la nominaron para optar al premio como mejor árbitra. Una mujer que rompe reglas, que no se rinde y que no deja que un «no» la detenga. Un ejemplo para todas —terminó la presentación.

—La verdad es que me halagas. Diciéndolo así parece que he logrado algo muy importante —comentó, nerviosa.

—Y lo has logrado. Ser la primera mujer que consigue arbitrar en la categoría masculina máxima y, además, en partidos internacionales es algo que pasará a los anales de la historia. Cuéntanos, ¿ha sido muy complicado abrirte paso en ese mundo gobernado casi en su totalidad por hombres?

—Bueno, lo cierto es que no ha sido fácil, aunque quiero puntualizar que nunca lo es. Da igual el género. O la profesión. O el deporte. Llegar arriba siempre requiere esfuerzo, tesón, dedicación y sacrificio. Por eso supongo que no lo veo como algo excepcional, tengo el mismo mérito que mis compañeros, ya que las pruebas son las mismas para todos, con independencia del sexo o de la altura —añadió.

—Cierto. Llegar a la cima es duro. ¿Cómo empezó todo? Porque creo que también fuiste jugadora, ¿cierto?

—Sí, lo fui. Pues fue todo un cúmulo de casualidades. Estuve el primer año de universidad con una beca Erasmus en Edimburgo y allí vi por primera vez un partido de *rugby*; aunque me impresionó, fue una experiencia más. Pero al volver, una tarde, mi amiga Laura, una gran jugadora, me hizo acompañarla a uno de sus entrenamientos y, antes de darme cuenta, estaba disfrutando como nunca y… me enamoré de este deporte. A partir de ahí seguí con mi carrera como jugadora, luego comencé a arbitrar partidos infantiles, compaginándolo con los entrenamientos y mis propios partidos y al final me llegó la oportunidad de continuar mi carrera en el *rugby* arbitrando y acepté.

—Se podría decir que no tuviste un comienzo normal, ¿no?

—La verdad es que no —rio—. Creo que no es corriente empezar a practicar un deporte con diecinueve años y llegar a competir, aunque en mi caso fue así. Durante los años de universidad, mis compañeros, el campo de juego, mi entrenador… se convirtieron en mi segunda familia, en mi segundo hogar. Si he logrado todo esto, es gracias, en parte, a todos los que han apostado por mí estos años, a los que han confiado, a los que me han animado y a los que me han acompañado. Incluso he de agradecerles a esos pocos que me han puesto la zancadilla, porque me hacían caer, pero me levantaba más fuerte. Más convencida. Con más ganas de arrasar.

Y sucedió algo inesperado, Yasnaia no pudo evitar emocionarse y, en cierta manera, sentirse identificada con esa mujer fuerte y segura de sí misma que tenía frente a ella. Se levantó y aplaudió, emocionada. Mismo sentimiento que se había extendido a las personas que veían el programa en directo y que la imitaron. Todo el plató estaba de pie y la ovación la emocionó. Se levantó y se inclinó a modo de agradecimiento. No se lo esperaba para nada, pero tener un reconocimiento a su trabajo, dedicación y esfuerzo como ese fue algo mágico.

—Creo que nuestra invitada de hoy es un ejemplo a seguir —susurró la periodista, secándose una lágrima—. Bueno, cambiemos de este tema tan emocional a uno más… controvertido. Hay un vídeo

que se hizo viral hace unas semanas y que me gustaría que todos viéramos —informó.

Tragó saliva, sabía a qué vídeo se refería y estaba segura de que no era, precisamente, ninguno de ella jugando, sino en el que Buchanan se arrodillaba frente a ella. ¡Maldito Kenneth!

—Por tu expresión, adivino que ya sabes de qué se trata… —incidió Yasnaia.

—Lo puedo imaginar —contestó con una sonrisa fingida. Estaba nerviosa y algo molesta, ¿por qué debían poner ese vídeo en concreto?

—Hace un par de semanas tuvo lugar un encuentro amistoso entre la selección española de *rugby*, que, como sabéis, entrena mi marido, y los Lions. Para sorpresa de todos, la árbitra era Adriana y sucedió esto —comentó.

Y en ese instante la imagen, congelada hasta el momento, cobró vida y Adriana vio cómo Kenneth se acercaba a ella, cómo se arrodillaba y cómo lo rechazaba. ¡Dios! El público estaba como loco. Gritaba, se emocionaba, aplaudía y hasta suspiraba. También hubo alguna que otra que murmuró algo así como «qué suerte tiene» y alguna más que se indignó porque el capitán había sido rechazado.

—Lo cierto es que después de este vídeo pensé que el entrevistado podría ser Buchanan, aunque me alegra tenerte aquí. Cuéntanos, ¿qué sucedió? ¿Es cierto que, como dicen los rumores, se te declaró? ¿Cuál fue tu respuesta? ¿Te ha molestado que se haya convertido en viral? Ha tenido más de cuatro millones de reproducciones; todo un logro.

—Sí, bueno —tragó saliva para que la bola de nervios que apretaba su garganta bajara—, para mi sorpresa, el vídeo se hizo viral. No, no se me declaró, ¡ojalá! —soltó para su propia sorpresa, ¿estaba loca? ¿Había dicho eso en directo? ¡La madre que …!—. Y el regalo que me ofrecía lo rechacé porque no es ético aceptar regalos de ningún jugador, por muy guapo que sea ese jugador —añadió más leña al fuego.

Las mujeres del público estaban como locas, aplaudían y no dejan de murmurar halagos hacia Kenneth, dándole la razón en todo lo que contaba y conformes con la explicación que daba.

—Y fue una decisión acertada, así nadie podrá decir que te compró con joyas —bromeó.

—O tal vez la joya no era lo suficientemente grande ni brillante —bromeó a su vez Adriana.

—Creo que Kenneth no está acostumbrado a los rechazos, algo me dice que se metió bajo la falda de su madre… —comentó Yas, divertida.

—No lo necesita, se habrá puesto la suya —bromeó a su vez haciendo alusión al *kilt* escocés.

Eso logró que los allí presentes estallaran en carcajadas, al menos había capeado bien el tema del vídeo. Sabía que iba a darle más de un quebradero de cabeza.

—Lo cierto —continuó— es que Kenneth y yo somos viejos conocidos.

Como he indicado al principio del programa, estudié un año en Edimburgo y nos conocimos allí. Todo fue una broma que…, bueno, ha recorrido medio mundo.

—Así que sois viejos conocidos y todo fue una broma. Lástima, me hubiera gustado que el capitán de los Lions hubiese encontrado a la mujer perfecta para él —confesó Yasnaia en un arranque de sinceridad del que se arrepintió enseguida.

—¡Estoy aquí! —gritó una voz entre el público.

Yasnaia y Adriana miraron hacia las gradas en busca de la joven que lo había dicho con una gran sonrisa en la cara. La entrevista estaba resultando ser de lo más amena y divertida.

—Sí, estoy segura de que candidatas no le faltan —agregó.

—Desde luego podrías haber recibido una petición peor, Buchanan está entre los tops de los tops, no solo por su calidad como deportista, también por su atractivo indudable —añadió a la vez que en la pantalla tras ellas aparecían imágenes de Kenneth en varias poses y en todas ellas su maldita mirada verde destacaba, haciendo que su pecho latiera a mil—. Adriana, para terminar, ¿cuál es tu sueño sin cumplir? ¿Qué deseas conseguir en tu carrera que no se haya materializado todavía?

—Fácil, pitar como árbitra principal la final de la Copa Mundial de Rugby. Esa es mi máxima, es por lo que he trabajado tanto. Sería un

sueño hecho realidad.

«Ojalá». La maldita palabra había dado vueltas por su cabeza todo el puto día. «Ojalá». Rebobinó de nuevo el programa para estar seguro. ¿Sabría que la estaría viendo? ¿Era una indirecta o había sido solo cosa del momento? No tenía ni idea, de lo que estaba seguro era de que se iba a volver loco dándole vueltas a la cabeza.

Las había visto juntas, al principio con algo de miedo porque una cosa era ver a Yas con su marido, frente al que tenía que guardar la compostura, y otra muy diferente admirarla desde la seguridad que le brindaba la pantalla del televisor. Por supuesto que nunca se perdía el programa de la española, era de lo poco que veía en español.

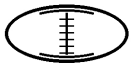
Y lo cierto era que lo había sorprendido que, a pesar de estar las dos, a pesar de poder observar a Yas a su antojo, sus ojos no se habían desviado de Adriana ni un segundo: ella era la que ahora ocupaba su mente. Ahora, por fin, podía decir que lo que sintió por Yasnaia años atrás había quedado reducido a una simple amistad, sin más.

Dudaba sobre lo que hacer, no sabía si llamarla o si coger un avión y plantarse allí. No, no podía ser tan impetuoso, de todas formas, en unos días la tendría en Londres, en la gala de premios, y él estaba invitado. De hecho, algo que ella no sabía porque no se había desvelado el programa, era que él daría el premio al ganador de esa categoría y, con un poco de suerte, se lo llevaría ella.

Y la tendría esa noche, no la dejaría escapar. Había soñado con ella cada maldita noche desde que la volvió a ver, desde que la volvió a tener, desde que todos sus recuerdos, entumecidos por el paso del tiempo, despertaron con fuerza. Y es que estar entre las piernas de esa mujer era un glorioso infierno.

Tomó el móvil, miró el WhatsApp y se dio cuenta de que aparecía en línea, así que tecleó:

Capítulo 16



Ese mensaje tan revelador

Montada en el avión miraba, nerviosa, el móvil. No había podido dejar de hacerlo desde que recibió ese mensaje tan revelador de Buchanan. Estaba claro que la atracción entre ellos no se había apagado con un solo encuentro. Quizás, lo más razonable fuera alejarse de él todo lo que pudiera o repetir para ver si ese anhelo desaparecía. No lo tenía claro, estaba hecha un lío.

Cerró los ojos para relajarse durante el vuelo, nunca había estado nominada para un premio tan importante y eso la ponía un poco ansiosa. También, estaba segura, el saber que Kenneth estaría presente en la ceremonia. Eso la ponía más tensa aún.

Se arrepentía de no haberle insistido más a Laura para que la acompañara, no debería haber ido sola. Necesitaría alguien a quien abrazar si ganaba o si perdía. Los World Rugby Awards eran los premios más importantes del deporte que tanto amaba. Solo estar nominada ya era un gran reconocimiento, de hecho, solo dos españoles habían logrado hacerse con esa ansiada estatuilla hacía ya varios años.

Kenneth estaba nominado como mejor jugador, y se lo merecía. Se merecía ganar el premio; había hecho una temporada impresionante. Puede que la última, así que esperaba que se hiciera con el preciado galardón, pero temía encontrárselo. Más después de ese mensaje que le dejaba claro que él estaba dispuesto, pero ¿dispuesto a qué?

Solo había dos caminos: o lo averiguaba de una vez, o lo evitaba a toda costa. Y la verdad era que, cuando se trataba del maldito Kenneth Buchanan, su seguridad y su fuerza de voluntad desaparecían como humo al viento.

Lleyó una vez más.

—Maldito seas, Kenneth Buchanan.

El resto del viaje lo pasó en un duermevela que le dejó un terrible dolor de cabeza. Escuchar al capitán informándolos de que estaban a punto de aterrizar fue lo único bueno de todo el vuelo. Cuando la

rueda del avión tocó suelo, respiró aliviada y fue de las primeras en abandonar el aparato.

Quería llegar al hotel temprano y descansar. La organización le había reservado habitación en el mismo hotel en el que se llevaría a cabo la ceremonia y la cena posterior. Mejor, así podría beber como un cosaco y no correr peligro de regreso a otro lugar. Ahí lo más que podía pasarle era que se equivocara de planta, o de habitación, o de chico…

Salió del aeropuerto maleta en mano y en busca de un taxi cuando se dio cuenta de que la esperaba.

—Esto no puede ser. ¿De verdad, Buchanan? ¿Has venido a por mí? —masculló, deteniéndose junto a él, que la miraba con una gran sonrisa en su atractiva cara.

—No sé de qué me hablas, *sassenach*. No es a ti a quien espero. Ni siquiera sabía que llegabas hoy —dijo en tono serio y cortante.

Adriana, que lo miraba a los ojos, desafiante hasta ese instante, bajó la cabeza para que no notara que se sentía avergonzada. Su cara estaba roja como un tomate, no le hacía falta ningún espejo para saberlo: quemaba. Se llevó una mano a la mejilla de manera inconsciente y dejó que esta, más fría, la refrescase.

—Siento la equivocación, entonces. Adiós —susurró.

—Era broma, Adriana, era broma —repitió, frenando su marcha—. ¿A por quién más vendría? ¿Crees que me molestaría en dejarlo todo para recoger a alguien que no fueras tú?

—Claro que lo creo, ¿quién soy yo de todas formas?

Kenneth la miró a los ojos, se mordió el labio inferior y dejó que sus ojos se recrearan en su visión. Hasta sin maquillaje lucía espectacular. Y ese rubor que teñía sus mejillas la hacía tan apetecible que su polla protestó bajo los vaqueros. Quería salir y saludarla.

—Vamos, he venido como enlace. La organización pidió que alguien te recogiera porque venías sola y me ofrecí. No iba a dejar que…

—¿Que llegara al hotel sola?

—Vamos, Adriana, ¿todavía estás molesta por el vídeo o es por lo que pasó aquella noche? De verdad que no dije nada, fueron ellos

los que adivinaron que, bueno…, algo había pasado.

—No, Kenneth, no estoy molesta. Solo es que me duele la cabeza. Estoy agotada, han sido días muy movidos. De eso que hablas ya ni me acuerdo.

—¿Ya ni te acuerdas? —interrogó, molesto, acercándose más a ella—. ¿Quizás necesite refrescarte la memoria, *sassenach*? —amenazó, tomando uno de los mechones que se habían escapado de la cola de caballo que llevaba.

¡Joder! Es que era increíble, ¿cómo podía un hombre hacerla sentir tan… así? Era como si se derritiera, así se sentía, como una vela de cera expuesta al fuego. Derritiéndose gota a gota.

—¿Quién te ha dicho que quiera volver a recordarlo? ¿No has pensado que tal vez lo haya olvidado a propósito? —se defendió.

—Pues sería una pena porque yo no he podido olvidarme de esa noche ni un solo segundo.

Su voz, maldita fuera su voz, se volvió más suave, ronca, y su acento, ese mismo que trataba de disimular, la dejó sin aliento. Solo podía mirarlo. Estaban en mitad de un aeropuerto hasta los topes de viajeros. Cualquiera podría reconocerlos y hacerles una fotografía o, peor, un vídeo, y ya había tenido bastante con el de la pedida.

Se obligó a alejarse de él unos pasos para tomar una bocanada de aire que no estuviera infectada de su olor, ese mismo aroma que la hacía temblar de arriba abajo de anticipación.

—Si de verdad estás aquí para llevarme al hotel, vamos. Estoy agotada y mañana nos espera un largo día —susurró, comenzando a andar aun sin saber a dónde debería dirigirse, aunque cualquier excusa que la alejara de él le venía como anillo al dedo.

Kenneth sonrió, con ella no le costaba trabajo esbozarla ni siquiera tenía que fingirla, le salía de forma natural. Como lo era ella.

—No es por ahí, ven, tengo el coche aquí —explicó, tomándola de la mano.

Una vez más iban de la mano, sin soltarla, tomó el equipaje y lo llevó también. Adriana estaba jodida porque le gustaba ir de la mano con él. Debía alejarse, mantener la relación a raya, pero cada vez que lo veía tenía el mismo efecto en ella y al final acababa perdiendo la lucha. Preveía que esa noche no iba a ser diferente.

«¿Y por qué debería serlo? Disfruta, mantenlo ligero, sin presiones, sin obligaciones, solo dos adultos que se sienten atraídos el uno hacia el otro y de vez en cuando tienen sexo. Un sexo es-pec-ta-cu-lar».

Llegaron al aparcamiento y, al acercarse a un Jaguar de tono gris con un diseño más que atractivo, este pitó y las luces se encendieron a la vez que el maletero se elevaba. Esperándolos.

—Wow, ¿ese es tu coche? —interrogó, alucinada.

Se notaba que era un modelo caro, muy caro, uno que ella no podría permitirse quizás hasta dentro de… Nunca, jamás, en verdad.

—¿Te gusta, *sassenach*?

—Me encanta, pero…

—¿Pero?

—No parece tu tipo de coche.

—¿Por?

—Es muy… familiar. Esperaba que tuvieras un descapotable o algo así.

—Me gustan los SUV y me gusta cuidar el medioambiente en la medida de lo posible, y este coche es eléctrico. Además, espero tener familia algún día y en un descapotable no creo que fuéramos cómodos.

—Vaya, nunca lo hubiera dicho. De todas formas —continuó mientras entraba en el automóvil y ocupaba el asiento del copiloto—, podrías tener dos —terminó.

—¿Dos? No necesito dos coches.

—Ya veo…

—¿No crees que me juzgas muy a la ligera, *sassenach*?

—Deja de llamarme así —refunfuñó.

—¿Ya no te gusta, Adriana? —susurró a su lado. ¡Qué demonios! Se había inclinado hacia ella, mucho. Demasiado para poder soportarlo. ¿Qué pretendía? ¿Besarla? Lo parecía y lo peor de todo era que incluso cerró los ojos, esperando el contacto de su boca contra la suya. Pero no ocurrió nada. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que se lo pasaba genial mirándola.

—El cinturón, Adriana, no lo tenías puesto —explicó, tirando de la cinta y encajándola en su lugar—. ¿Qué pensabas que iba a hacer?

—la atormentó más, por si no era poca la dosis de vergüenza que se reflejaba en su cara.

—Nada, no sé por qué lo dices, *highlander*.

—Me gusta que me llames así —susurró.

—¿Sabes dónde me alojo?

—Claro que lo sé, en el mismo hotel que todos —afirmó, rotundo —. El Park Plaza Westminster Bridge London; el Park Plaza, para abreviar.

No dijo nada, tan solo se llevó el pulgar a la boca y comenzó a morderse la uña sin apartar la mirada del frente.

—¿Conoces Londres? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Sí, conozco toda Gran Bretaña.

—Eso sí que me resulta curioso.

—¿No puede una chica hacer turismo?

—Claro que sí, pero no sé, me resulta raro que conozcas toda la isla.

—Mi madre y mi abuela materna eran inglesas y, además de eso, tengo predilección por Escocia. Por eso elegí cursar un año aquí. Me asignaron Edimburgo y durante ese año viajé todo lo que pude por Inglaterra y Gales.

—Me pones difícil el proponerte hacer algo que nunca hayas hecho antes aquí… —murmuró.

—¿Algo como qué? —preguntó con curiosidad, ¿qué era lo que quería hacer con ella?

—¡Lo tengo! ¿Has conducido alguna vez aquí?

—Ni loca, no sé conducir por el lado contrario.

—Es muy fácil, si yo conduzco en España, por qué no vas a ser capaz tú de conducir aquí.

—¿Porque vais del revés? —interrogó con ironía.

—Vamos, es muy fácil —la animó, parando el coche.

—¿Pero es que vas en serio? —preguntó sin creerlo al verlo bajarse del coche.

—Claro que sí, venga, cámbiate de lado —pidió, desabrochándole el cinturón, y una vez más lo tenía tan cerca que su corazón se aceleraba y latía alocado. Estaba segura de que podía oírlo, por eso

se mordía el labio inferior, otro gesto que hacía con frecuencia y que la volvía loca.

Sin poder contener más tensión, puso sus manos sobre el pecho de

Kenneth y lo empujó con suavidad para que la dejara salir, necesitaba aire, por todos los dioses del mundo. Todos.

—Estás loco, si sucede algo, no es mi culpa, que conste que tú me has obligado —farfulló camino al asiento del conductor.

—Verás que es muy fácil —repitió, montándose en el lugar que antes ocupaba ella.

—Bien, vamos, dime, ¿qué tengo que hacer?

—Conducir —se burló. Adriana hizo el gesto de salir del coche y él la detuvo—. No, no te molestes, vamos. Toma esta calle y sigue recto hasta que te avise, ¿vale? —explicó.

Adriana se colocó en el asiento bien, lo movió para adaptarlo a su altura, comprobó los espejos.

—Debo estar loca —murmuró.

—Así que el color de tus ojos es heredado de tu madre, ¿verdad? —Adriana asintió sin dejar de mirar hacia delante, estaba tensa. A punto de romperse en dos, como si fuera la cuerda de una guitarra —. ¿Cómo es que acabó casada con un español?

El suspiro que dejó escapar fue hondo, profundo, como si tras él se escondiera algún secreto que no quería revelar.

—Lo siento, no quería incomodarte.

—No es eso, Kenneth, es que… mi padre conoció a mi madre mientras hacía un curso de la universidad aquí.

Su carcajada fue suave, más de sorpresa que de otra cosa, y al final ella se dejó contagiar.

—Eso no me lo esperaba. ¿La hija reviviendo la historia del padre?

—¿Revivir? Ni de lejos, no tengo intención de casarme, mucho menos con alguien que vive en otro país —dijo, seria. Convencida de sus palabras.

—¿No quieres casarte? —preguntó sin dar crédito, como si todas las mujeres del mundo desearan casarse por encima de cualquier otra cosa.

—No —soltó, cortante.

—No digo ahora mismo ni a corto plazo, sino en el futuro.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de atarme a nadie —aclaró sin pestañear.

Iba tan despacio que los demás conductores no dejaban de tocar el claxon, pero le daba igual, estaba aterrada. Parecía un flan. O una gelatina.

—¿Por qué casarte sería atarte a alguien? Y, de todas formas, si lo consideras así, ¿qué hay más bonito que atarte a la persona que amas?

—Capitán Buchanan, me está dejando petrificada. Nunca imaginé que tras esa imagen de chico *sexy* y duro hubiera un corazón romántico. No te pega para nada. Pero nada de nada.

—¿Y qué va conmigo? ¿Follarte hasta dejarte sin sentido, Adriana?

Esas palabras la hicieron perder la concentración y no pudo evitar girar la cabeza para mirarlo porque, ¿qué demonios había sido eso? Y sucedió: el golpe, el grito, el susto… Había perdido el control del coche por culpa de sus palabras, pegándose a la izquierda más de lo que debía y había estrellado el lujoso y reluciente auto contra otro. Uno que estaba aparcado.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Te lo he advertido! ¿Cómo se te ocurre decirme eso mientras conduzco, Buchanan?

—Lo primero, Adriana, ¿estás bien?

—¡No! Acabo de estrellar tu carísimo coche contra otro, ¿cómo voy a estar bien? —protestó, nerviosa.

—Sal del coche. Vamos a arreglar lo sucedido, para eso están los seguros, lo importante es que estés bien, ¿OK?

—Vale —susurró, bajando.

Una vez fuera, Kenneth la abrazó con fuerza. Temblaba, asustada.

—Adriana, no pasa nada, solo es un coche…, bueno, dos. Pero no pasa nada, para eso están los seguros. Ellos se encargarán de todo —repitió para tranquilizarla.

—Lo siento, es que… ¿cómo me dices esas cosas mientras conduzco por un lado que no es el mío y por una ciudad que apenas conozco?

—Por eso no te voy a pedir disculpas, Adriana. Ya te dejé por escrito que tus «ojalás» puedo volverlos realidad en cuanto quieras.

Capítulo 17



Impresionante

Tras arreglar todo con el dueño del vehículo, que estaba en un comercio cercano y fue testigo de todo, llegaron al hotel. El coche, por suerte, no tenía nada demasiado grave, solo estético. Adriana no dejaba de sentirse culpable y es que no debería haberle hecho caso, pero ¿cómo se le ocurría decirle algo así mientras conducía?

Al pasar por la puerta del hotel camino al aparcamiento, Adriana se dio cuenta de lo lujoso que era. Tenía una estructura diferente; la parte de abajo, donde se encontraba la recepción, era más estrecha y por encima sobresalía el gran edificio de cristal con una forma un tanto peculiar, ya que donde debía haber esquinas, no las había; era ovalado por los lados.

—Vaya, la organización no escatima en gastos.

—Es impresionante. Y por dentro, mucho más.

—¿Lo conoces?

—Hemos estado aquí alguna vez de celebración tras las competiciones —explicó.

Aparcaron el coche y Kenneth se hizo cargo de la maleta.

—Puedo llevarla yo.

—Lo sé, pero mi madre me tiraría de las orejas si se enterara de que no he tratado bien a un invitado.

Adriana sonrió, el tirón de orejas le había recordado a la broma que Yasnaia hizo en el programa sobre que estaría bajo las faldas de su madre, ¿sería cierto? No lo parecía…

—Y no, no me meto bajo las faldas de mi madre, aunque sí uso mi *kilt* cada vez que puedo, y me encanta… —susurró a su lado, provocándole un cosquilleo en el cuello y una sonrisa boba en la cara.

Si imaginaba que había visto el programa, esto acababa de confirmarlo: lo había visto, sin duda. A lo mejor hasta lo tenía grabado…

—¿Es cierta la leyenda? —preguntó, sin embargo.

Su boca se movió y se dio cuenta de lo cerca que volvían a estar. Siempre terminaban muy cerca, tanto que el calor los consumía de inmediato.

—¿Cuál? Leyendas hay muchas.

—Que no usáis nada debajo del *kilt* —soltó a bocajarro.

Kenneth abrió mucho los ojos y luego dirigió la miraba a la boca de esa mujer que lo volvía loco. Antes de poder frenar el impulso, su mano estaba en el cuello de la joven y con el pulgar acariciaba el labio inferior de Adriana, que ahogó un gemido y apretó las piernas.

—¿Quieres averiguarlo, *sassenach*? —preguntó con apenas voz, pegando sus labios a su oído.

Adriana cerró los ojos y se mordió el labio, no podía estar cerca de ese hombre, no podía, punto. La desarmaba. No entendía por qué a su lado se sentía tan… atraída. Así había sido y así era: como si uno fuera madera y el otro la chispa acechando la oportunidad para iniciar el fuego.

—La verdad es que me muero de ganas —confesó.

Y Kenneth no pudo reprimirlo más, la besó. Un beso intenso, hambriento y corto porque era consciente de que el aparcamiento no era el lugar adecuado. La tomó de la mano y entraron en el hotel.

Una vez registrada y con la habitación asignada fueron a la zona de ascensores. En cuanto uno abrió las puertas, se lanzó dentro con ella. Otro cliente quiso tomarlo, pero, para sorpresa de Adriana, Kenneth le cortó el paso.

—Disculpe, señor, pero necesitamos privacidad. Si no le importa, tome otro, por favor —pidió.

Ella observó sin poder creerlo cómo las puertas se cerraban y, una vez solos, Kenneth la besó. A conciencia. Sus manos tomaron su cuello y la besó con el mismo deseo que hervía dentro de ella. Su lengua la torturaba, cada roce dentro de su boca, como por arte de magia, causaba estragos entre sus piernas, que, cada segundo que pasaba, estaban más húmedas.

Las manos de Kenneth soltaron su cuello y buscaron las manos femeninas, que tomó y colocó una de ellas alrededor de su cintura. Una vez que notó como la mano de Adriana agarraba su jersey, con

la otra tomó la de la mujer y la entrelazó, colocándola sobre la pared fría del ascensor.

La dejó un segundo, necesitaba alejarse y tomar aire, al hacerlo, la vio con los ojos abiertos, jadeante, con esa boca que era perfecta de labios ni demasiado gruesos ni finos, redondeada e inflamada por el contacto.

—Me vuelves loco, Adriana, me vuelves loco —confesó en un susurro.

Y volvió a tomarla por el cuello, esta vez con más rudeza y el beso fue más brusco, más intenso, voraz. Quería devorarla, y ella a él.

Antes de darse cuenta, se aferró a su cuello y las manos del hombre bajaron a su cintura, la elevó y empujó contra la pared y ella aprovechó el impulso para rodearle la cintura con sus largas y fuertes piernas.

—Joder, Adriana, vas a matarme.

—Supongo que lo vamos a averiguar en breve —murmuró junto a su boca, mordiendo el labio masculino.

El gruñido de Buchanan la dejaba claro que no había marcha atrás, las puertas se abrieron en ese instante y Kenneth no esperó, la tomó en brazos: a ella y a la maleta. Como si no pesaran nada.

Adriana sonrió porque lo veía buscar como loco la habitación y, cuando dio con ella, se las apañó para abrir la puerta, entrar con ella y la maleta, que lanzó donde primero pilló, y cerrar la puerta con el pie.

Y en ese instante, cuando estaban a salvo de miradas, el deseo se apoderó de ellos, que dejaron de pensar para solo sentirse el uno al otro, a ellos mismos.

Kenneth no dejaba de besarla, enredaba las manos en su nuca para luego deslizarlas a lo largo de su pelo y eso la hacía cerrar los ojos con fuerza, porque no había nada en el mundo mejor que tener a Buchanan así, desesperado por estar con ella.

A Adriana también le costaba contenerse, sus manos no se saciaban nunca de ese cuerpo esculpido a base de trabajo durante años. Era firme, suave y duro a la vez y, cuando su polla rozaba su sexo, gruñía de éxtasis. No había nada mejor en el mundo. No lo

había. De eso estaba segura, había tenido otros compañeros sexuales, sin embargo, con él era diferente. Lo que la hacía sentir no tenía explicación.

Era capaz de lograr que en su mente solo hubiera espacio para el placer, para el momento, y dejara de pensar en todo lo demás.

—Fóllame, capitán, fóllame —rogó, desesperada.

—Todavía no —murmuró con la mirada velada por el deseo.

Adriana lo vio arrodillarse con lentitud a la vez que tiraba de su pantalón, dejando al descubierto la escasa ropa interior que llevaba. Sus ojos se centraron en su pubis, que acarició con reverencia cuando lo despojó de la prenda para dejarlo libre ante sus ojos.

Antes de poder decir nada, la lengua de Kenneth acariciaba su clítoris y ella tan solo dejó caer su cabeza contra la pared y disfrutar del momento. La lengua del hombre seguía haciendo estragos en ella, que no podía dejar de gemir y jadear, describía círculos suaves y rítmicos que la volvían loca. Sus manos, en un intento de contener algo de ese placer que parecía a punto de hacerla estallar en pedazos, se aferraron a su cabello oscuro y lo apretaron con fuerza entre sus dedos.

—Parece que, si es así, no te importa que me arrodille.

—Así puedes arrodillarte todas las veces que quieras, Buchanan.

—Tú lo has dicho, Adriana, luego no te retractes.

Y hundió su lengua más a fondo. Las manos del hombre, hasta ahora quietas, apretaron sus glúteos y los acariciaron sin darle tregua hasta que sus dedos se colaron dentro de ella.

La acariciaba de arriba abajo, sus dedos llegaban hasta su vagina y luego se deslizaban hasta su ano. La humedad hacía que la caricia fuera como seda y el contoneo de sus manos dentro de ella junto con su lengua en el punto exacto la hicieron gritar una y otra vez sin poder contenerse, sin importar si la escuchaban hasta en España, y podía jurar que se la oiría hasta allí.

—Me vuelves loca, Kenneth, me vuelves loca… —repitió, presa de ese instante que precede a la liberación, al orgasmo.

—No más que tú a mí —confesó.

Tras esas palabras, se levantó del suelo, la levantó y la penetró con desesperación. Sentirlo dentro era la puta gloria y el infierno a

su vez. Todo mezclado. Una mezcla extraña y adictiva.

Sin salir de ella, caminó con pasos torpes hasta la gran cama del hotel. Adriana no dejó de besarle la boca y el cuello, sus manos acariciaban una y otra vez su nuca, sus hombros anchos, la firmeza de sus brazos.

Y cuando llegaron a la cama, la dejó caer con cuidado y volvió a penetrarla. Mirándola a los ojos, dejándola saber cuánto le gustaba estar con ella. Y, aunque Adriana quería verlo, la emoción que la embargaba era más fuerte que su control y la obligaba a cerrar los ojos. Algo que no hacía más que intensificar las sensaciones que recorrían su interior, su carne, su piel…

Kenneth se movía en su interior, salía y volvía a hundirse, logrando que se retorciera de placer, subió sus piernas hasta la espalda del hombre para darle más acceso y, cuando la penetró tan adentro que sintió que su sexo iba a llegarle hasta la garganta, jadeó su nombre fuera de sí, al borde del abismo al que se lanzaría de cabeza.

—Eres preciosa —susurró sin dejar de moverse dentro de ella.

Adriana esbozó una sonrisa y clavó las uñas en la espalda del hombre que tanto la hacía sentir, animándolo a que acelerara sus movimientos dentro de ella. Lo necesitaba, si no se corría ya, iba a romperse en pedazos diminutos.

—Voy a correrme, Kenneth —confesó sin dejar de mirarlo con los ojos velados.

Sabía que la expresión de Kenneth debía ser, tan solo, un reflejo de la suya.

—Córrete, Adriana, nada me gusta más que escucharte jadear mi nombre

—rugió como el león que llevaba dentro.

Aceleró sus movimientos y Adriana no pudo soportarlo más.

—Córrete, Kenneth, lléname de ti —pidió a la vez que el grito, que el placer usó para liberarse, rompía su garganta, que no dejó de jadear y gemir.

Su cuerpo se retorcía bajo el cuerpo del hombre, sobre las sábanas que tenía entre sus manos apretadas. Y cuando se unió a ella, arañó el colchón, presa de un éxtasis que nunca había sentido.

Cansados, jadeantes, en busca de un aire que les faltaba con desesperación, se quedaron enredados durante un buen rato. En silencio, sin saber qué decir tras la experiencia tan intensa que habían vivido.

—Adriana —la llamó con voz entrecortada—, no me digas que no puede ser. Quiero… quiero intentarlo —confesó cerca de ella, abrazándola, como si tuviera miedo de que escapara.

Lo escuchaba, claro que lo escuchaba, su corazón también, que latía como un loco sin poder recuperar el ritmo normal, lo cierto era que dudaba de volver a recuperarlo algún día: Kenneth Buchanan había cambiado ese compás para siempre.

—Kenneth —lo llamó, colocándose de manera que quedaron cara a cara

—. No puede ser, lo nuestro no puede ser —recalcó con esfuerzo, todavía no había recuperado ni el aire ni la razón.

—¿Por qué? No te estoy pidiendo un compromiso de por vida, Adri, solo quiero que nos demos una oportunidad.

—Es que no puede ser.

—Algún motivo habrá que puedas darme. Porque yo no le veo tanto problema a ver a dónde nos lleva esto. Quizás naufrague, pero ¿y si llega a buen puerto?

—No es el momento, Kenneth.

—Cuando nos conocimos, tuve la sensación de que podríamos ser, pero que no era el momento, ahora no opino lo mismo. Lo he pensado y no creo que haya trabas insalvables. No somos niños, podemos intentarlo.

—Es que no puedo. No sería… ético, Kenneth.

—¿Qué tiene que ver la ética en esto, Adri?

—Quiero centrarme en mi carrera, no te imaginas cuánto tiempo y esfuerzo he invertido en llegar hasta aquí.

—No iba a ser un obstáculo, Adriana, nunca lo sería. De hecho, me enorgullece todo lo que has logrado. Sabes que te apoyaría. Amo este deporte tanto como tú.

—Mi sueño es pitar la final de la Copa del Mundo, Kenneth, no se vería con buenos ojos que tuviéramos una relación. ¿Acaso te has

olvidado de lo que pasó con el vídeo de la pedida, como todos lo llaman?

—Sé que estuvo fuera de lugar, ya te pedí perdón. No pensé que…

—Ese es el problema, Kenneth, que no piensas en las consecuencias porque para los hombres esas implicaciones son diferentes a las de las mujeres. ¿Leíste los comentarios? Tú eras el pobre al que habían rechazado y roto el corazón, y yo la árbitra que había estado a punto de dejarse comprar con joyas caras. Si tuviéramos algo y se filtrara, cosa que no tardaría en suceder, no se hablaría de nada más. Darían igual mis méritos, mis premios o mis logros, todo se centraría en que tengo un lío con el capitán de los Lions. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo, pero… me pides que renuncie a algo que creo que es bueno. Sé que es bueno. Conectamos, Adriana, desde aquella primera noche en la que os conocimos lo hacemos. Lo sabes. Lo sientes también, no me digas que son cosas mías porque no es así. Lo noto cuando estoy dentro de ti: encajamos.

—Aunque todo lo que digas sea cierto, ahora mismo no puedo pensar en nada que no sea la próxima copa del mundo, Kenneth. Necesito estar concentrada para lograr mi sueño y no puedo permitirme una distracción tan… grande —añadió sin dejar de mirarlo—. Si he logrado llegar hasta donde estoy, ha sido entre otras cosas porque me he obligado a no tener distracciones —confesó, y era cierto. Aparte de alguna que otra relación corta y esporádica, no se había planteado nunca llegar a nada con nadie, quizás la culpa fuera de Kenneth, pero también de las reglas que se había autoimpuesto. Y él era el único capaz de hacerla desviarse de su camino una y otra vez—. Así que esto, por el momento, se tiene que terminar.

—No —replicó, serio.

—No es algo unilateral, Kenneth. No puedes decidir por mí.

—Pues es lo que estás haciendo tú, haces validar tu punto de vista sin importarte el mío —protestó.

Adriana no soportaba más la presión, ni sus ojos clavados en los de ella llenos de frustración y puede que dolor, así que se levantó de

la cama sin importarle que estaba desnuda.

—Kenneth, vete. Lo siento, pero no puedo dejar que esto vuelva a suceder, ni que entres en mi vida. Ahora no puedo pensar en nada que no sea el campeonato.

—Queda tiempo hasta el campeonato. ¿Y si te demuestro que soy capaz de mantenerlo entre nosotros?

—No, Kenneth, eres uno de los jugadores más mediáticos, la prensa te acechará si se huele que estás con alguien y los rumores podrán acabar con mi carrera. Y no lo voy a permitir.

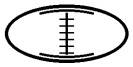
—Adriana —murmuró, acercándose a ella. Se daba cuenta de que cada vez estaba más lejos de él—. ¿Sabes? Ahora entiendo a la perfección algo que me dijo mi primer entrenador: el mayor enemigo de alguien no es el dolor en tu pecho por la falta de aire, ni el fuego en tus piernas por el esfuerzo, es la voz en tu cabeza que te dice que no puedes más. Cuando la vuelvas a escuchar gritarte que no puedes, empújala más fuerte, Adriana, y entonces esa voz te susurrará que puedes y ese es el instante en el que descubrirás la persona que realmente eres. Así que no dejes que esa voz te siga diciendo que no puedes, empújala, Adriana. Por ti, por mí, por los dos.

Adriana lo escuchaba con el corazón encogido, sabía que podía perderlo, pero en su cabeza lo único que de verdad tenía valor era alcanzar su sueño, por encima de todo, por encima de todos, incluida ella misma.

—Lo siento, Kenneth. Déjame sola, por favor.

Y sin más, se encerró en el baño y no salió de allí hasta que no escuchó la puerta cerrarse con suavidad.

Capítulo 18



Aunque doliera

Se arrepentía. Se arrepentía de haber ido sola. Más después de lo que había sucedido con Buchanan. Pero si algo tenía claro era que no iba a sacrificar todo por lo que había luchado por nadie. Ni siquiera por él. Aunque doliera.

Se miró una vez más al espejo del baño y se dio el visto bueno. Llevaba una falda larga en color verde oscuro, tornasolado y brillante, con bolsillos, y la parte de arriba era un corpiño con la espalda descubierta, de un verde más claro y con pequeñas piedras brillantes. El zapato de tacón alto llevaba por toda la superficie esas mismas piedrecitas, cuando lo vio, pensó enseguida en Cenicienta. La verdad era que se veía rara, muy rara. Más como si fuera a recoger un Óscar, aunque este premio era el equivalente a ellos en su deporte, si se hacía con él, claro.

El moño, bajo y ladeado, la hacía sentirse guapa y le quitaba un poco de sobriedad al conjunto, dándole un toque más informal. Por lo general, solía sentirse poco femenina, quizás por el deporte que practicaba, pero esa noche se veía femenina y delicada. Y le gustaba, a pesar de verse extraña.

—Bien, ya no puedes esperar más, quedan cinco minutos para que empiece la ceremonia.

Había decidido apurar todo lo posible el tiempo, no quería tener que estar mucho rato en la entrada, ni que le hicieran miles de fotos…, no, no era verdad. No quería darle la oportunidad a Buchanan de acercarse, de hablar con ella. Ni quería volver a escucharlo decir que quería que se dieran una oportunidad. No podía darle nada más allá de sexo esporádico.

Salió de la habitación al pasillo del hotel, vacío. Caminó agarrándose el bajo de la falda. Había perdido algo de peso, por lo que la falda no le ajustaba en la cintura y bajaba un poco más, lo que hacía que caminar fuera más incómodo porque tenía la sensación de que se la pisaría.

Llegó al ascensor y, al abrirse las puertas, se lo encontró de frente. Cerró los ojos y maldijo para sí misma. Estaba claro que el destino se divertía jugando con ella: no dejaba de chafarle todos los planes.

—Adriana —la saludó, mirándola de arriba abajo.

—Capitán —saludó ella de manera distante.

—Estás… preciosa —dijo tras titubear. No porque no supiera exactamente cómo se veía, sino porque no encontraba la palabra adecuada para describirla, de hecho, «preciosa» se quedaba muy corta.

—Gracias —susurró.

No le devolvió el cumplido, porque eso iniciaría una conversación que no quería repetir. Se colocó cerca de la puerta, dándole la espalda. No quería enfrentarse a él porque la pondría nerviosa y ya bastante lo estaba antes de la ceremonia.

—Tienes el botón del corpiño desabrochado —susurró—. Permíteme —pidió.

Aunque no era una petición. Y antes de que Adriana dijese nada, los dedos de Kenneth rozaron su cuello, tomando el botón y el delicado enganche, hecho con hilo del mismo color que el resto de la prenda, para cerrarlo.

La parte de arriba no tenía un gran escote por delante, lo más llamativo eran los brillos, sin embargo, por la parte trasera se cerraba al cuello con un botón que era igual a las piedras que adornaban y daban resplandor a la parte de arriba, solo que un poco más grande, y más abajo se abría en la espalda, dejándola al descubierto para volver a cerrarse al llegar a la cintura.

—Estás realmente preciosa, Adriana —susurró junto a su oreja. Sus manos se habían colocado en la cintura, que quedaba desprotegida al llevar más abajo la falda, y sentir sus malditos dedos sobre ella la hizo contener la respiración. No lo entendía, de verdad que no era capaz de comprender por qué ese hombre en concreto alteraba todo su cuerpo y su mente dejaba de funcionar. Se convertía en una muñeca entre sus manos, ansiosa por que jugara con ella y la trajera de nuevo a la vida.

—Gracias —murmuró sin apenas aliento.

—No me voy a rendir, lo sabes, ¿verdad? —musitó de nuevo junto a su cuello, pero a Adriana le sonó a amenaza, una que llevaba oculta muchas promesas, noches de pasión, momentos de risas, viajes, atardeceres junto a la playa, éxitos compartidos…, y eso era de lo que debía alejarse. De esas promesas que en el fondo anhelaba y que ahora mismo no podía permitirse.

Las puertas del cubículo metálico se abrieron y salió a toda prisa, tropezando con el bajo de la falda, algo que ya había imaginado que pasaría si no tenía cuidado, la mano de Buchanan la sostuvo con fuerza por la cintura y evitó que cayera de boca. Se recompuso a toda velocidad y le dio las gracias de nuevo antes de echar casi a correr camino a la sala de celebraciones, aunque, esa vez, tuvo la precaución de agarrar la falda para que no volviera a pasar algo así.

La sala donde se llevaría a cabo la entrega de premios era un teatro que el hotel usaba para este tipo de eventos, decorado con la sobriedad que tanto distinguía a los ingleses. El salón estaba repleto de mesas redondeadas donde se sentarían los invitados. Cada una cubierta con un mantel de un tono marrón oscuro que quedaba en sintonía con el rojo de la alfombra que lo cubría todo. Al menos, si volvía a tropezar y caía al suelo, la mullida moqueta amortiguaría el golpe, aunque no la vergüenza.

Las sillas eran de un tono igual al suelo y el escenario se veía diferente por las luces del techo, de un tono azulado, que impactaban sobre el panel que hacía las veces de pared y que era de un tono azul oscuro con puntitos plateados que simulaban un cielo estrellado.

Un joven esperaba en la puerta a los invitados; tras pedirle el nombre y comprobar que estaba en la lista, le pidió que esperara un segundo para acompañarla.

—Capitán Buchanan —saludó, mirando por encima de su hombro.

—Buenas noches. —Escuchó la voz de este a su espalda.

—Síganme, están en mesas contiguas —explicó el joven, que tomó la delantera.

Kenneth acompasó su paso al de ella, que tragó con dificultad. No entendía por qué la ponía tan nerviosa, pero esa sensación cuando estaba a su lado no la abandonaba. Ni con el paso de los años.

¿Quién seguía poniéndose así por un hombre tras tanto tiempo? Ella, desde luego.

El joven les indicó la mesa: a Adriana la habían colocado, como era de esperar, junto a los otros árbitros nominados. Justo la mesa de al lado era la de Kenneth; en ella habían colocado a los jugadores masculinos nominados a «Mejor jugador del año», entre los que se incluía.

Kenneth no dejó de mirarla de reojo durante todo el tiempo que pudo, incluso al comienzar la ceremonia, para la que atenuaron las luces. La sala estaba en silencio, todos escuchaban a la persona que abría la gala, un viejo jugador que había ganado el premio honorífico por toda su carrera el año anterior.

Adriana fingía que era tan interesante todo lo que contaba el hombre en el escenario que era capaz de hacerla obviar que Kenneth no dejaba de mirarla. Aunque, de vez en cuando, tomaba un sorbo de agua de la copa para evitar atragantarse con la saliva que se acumulaba en su boca a una velocidad de vértigo.

Los premios se iban sucediendo uno tras otro hasta que tocó el turno de los nominados a «Mejor jugador del año». En la gran pantalla mostraron imágenes de los nominados en sus momentos más impactantes en el campo. Cuando las imágenes de Kenneth ocuparon toda la pantalla, dejó escapar el aire. Ese hombre tenía algo que la hacía olvidarse de todo lo demás. Debería estar acostumbrada, lo había seguido por televisión durante toda su carrera, pero verlo ahí, sabiendo que lo tenía al lado, era demasiado incluso para ella por mucho que le fuera el juego duro.

Una joven despampanante comenzó a dar las gracias por todo a la organización, Adriana no tenía ni idea de quién era, pero por los comentarios a su alrededor supo que era una joven promesa de la actuación londinense.

—Y los nominados son… —dijo con su perfecto acento inglés a la vez que, una vez más, congelaban la imagen en la pantalla de cada nominado.

El silencio se hizo espeso cuando la joven abrió el sobre, leyó el nombre en el escrito y esbozó una gran sonrisa de satisfacción antes de pronunciar la frase.

—El premio a mejor jugador masculino es para… —se detuvo para crear más tensión todavía—, Kenneth Buchanan, capitán de los Lions.

Toda la sala estalló en aplausos. Sabía que Kenneth estaba bien considerado tanto por el público como por sus propios compañeros. Y la muestra era el estallido de aplausos y vítores, de las «felicidades» y

«enhorabuenas» que no dejaron de darle mientras apretaban sus manos el resto de nominados.

Entonces se giró hacia ella con una gran sonrisa. Adriana no estaba segura de qué hacer, así que por inercia se levantó para felicitarlo y Kenneth no dudó en darle dos besos y un abrazo.

—Te lo dedicaré a ti, Adriana.

—No se te ocurra, ya he tenido bastante con un vídeo viral.

La risa de Kenneth quedó flotando sobre ella mientras este se alejaba camino al escenario para recibir su premio.

—Capitán —lo recibió la joven, saludándolo con dos besos antes de hacerle la entrega.

Pudo ver que Kenneth le susurraba algo a la joven que le provocó una sonrisa que la hizo más bonita. ¿Se conocían? Lo parecía, desde luego. Y tras ese pequeño desliz entre presentadora y jugador, Kenneth procedió a dar su discurso.

—Lo primero que quiero es agradecer esta mención, es bonito que se reconozca el trabajo duro que hay detrás. Y, aunque he dar las gracias a todas las personas que me han acompañado a lo largo de mi carrera, tantas que no terminaría de nombrarlas ni para los premios del siguiente año —bromeó, sacando algunas risas—, lo cierto es que quiero dedicárselo a alguien en especial.

Adriana tomó aire, cerró los ojos y rezó para que no fuera a ella. Si lo hacía, todos sus logros como árbitra quedarían en nada porque, estaba segura, todos iban a presuponer que lo había conseguido gracias a él, aunque no fuera ni por asomo la realidad.

—Ese alguien especial —continuó— es mi viejo yo.

El público se quedó en silencio, confuso por una dedicatoria tan extraña.

—Sí, lo sé. No es lo habitual, pero he de agradecérselo a aquel joven que decidió creer en sí mismo cuando nadie más lo hacía, que decidió luchar pese a lo duro que fuera el juego. Porque amaba el juego duro, algo que, por suerte, no ha cambiado. Aquel joven que hizo oídos sordos a los «no lo conseguirás», «es muy complicado» y a los «no tienes nada especial que ofrecer». Ese yo que, pese a su juventud, no se rindió. Por eso, este trofeo va dedicado a él, porque me enseñó a tocar fondo para llegar a conocerme mejor, a coger fuerzas y empujar hacia arriba. Así que esta noche me van a permitir que este premio se lo dedique a mi viejo yo.

Adriana se limpió una lágrima que escapaba por sus ojos y rodaba por su mejilla, huyendo a toda velocidad. Y aplaudió. De verdad. Lo entendía. Todos tenían un «viejo yo» como el de Kenneth, todos tenían frases que perduraban en sus cabezas y en sus corazones, rebotando como viejos ecos que no encontraban paz. Y los demás la siguieron, porque había llegado a todos, porque todos tenía que agradecer mucho a sus propios «viejos yos».

—Gracias, capitán, un discurso muy emotivo sin duda. Pero no se vaya.

Le vamos a pedir que entregue el siguiente premio —informó la joven, deteniendo la huida de Kenneth.

Este la miró con sorpresa, le dio el trofeo para que lo sostuviera en su lugar y le entregó a cambio un sobre. Al leerlo, no pudo evitar sonreír y, a la vez, sentir la presión sobre sus hombros.

—Es una sorpresa, y todo un honor para mí, hacer la entrega del siguiente premio —dio paso a las imágenes.

Adriana se vio reflejadas en ellas y su corazón latió a mil. ¿Él iba a ser el encargado de dar el premio a quien lo ganara? Ahora estaba el doble de alterada. Por un lado, estaba nerviosa por si lo ganaba o no. Y por otro, porque, si lograba hacerse con el galardón, iba a entregárselo él.

—Quiero dar las gracias a la organización por elegirme para entregar este trofeo. Los árbitros son nuestros dioses en el campo de juego: nos cuidan, nos ayudan a que, aunque sea un juego duro, sea limpio. Nos guían para que todos, jugadores, espectadores, entrenadores, locutores… disfrutemos de él de una manera sana. Lo

que más me gusta de todo son nuestras charlas en el tercer tiempo, porque lo que pasa en el campo, se queda en el campo. Los valores de este deporte me han hecho ser el hombre que soy y me siento muy orgulloso de todo lo que este deporte aporta en su conjunto. Y, sin más dilación, el premio a mejor árbitro es para… —se detuvo unos segundos que a Adriana le parecieron eternos, Kenneth miró el nombre y esbozó una gran sonrisa— Adriana de Vera —anunció.

Adriana estaba impactada: no sabía si levantarse e ir a recoger el premio o salir corriendo de allí, tan nerviosa estaba. Había conseguido algo único de nuevo. Y eso la ponía muy alterada, y verlo a él, esperándola con los ojos brillantes por la emoción, más. ¿Por qué tenía que dejar tan claro que se sentía tan orgulloso de su triunfo?

—Enhorabuena. —Escuchó a los otros árbitros con los que compartía mesa.

—Gracias —murmuró, poniéndose de pie.

«Ahora, Adriana, ve paso a paso. Coge la falda y camina con decisión hasta allí. Te lo has ganado, te lo mereces, no te han regalado nada. Nada. Recuérdalo».

Caminó hasta donde Kenneth la esperaba con ese maldito traje que le sentaba como un guante y que dejaba adivinar con claridad el cuerpo que había bajo la tela y que ella bien conocía. Se le secó la boca y de pronto todo dejó de existir menos él. Se sintió, por un loco segundo, como si fuera una novia caminando al altar. Una novia enamorada para la que toda la parafernalia de la ceremonia desaparecía y solo podía ver al hombre con el que pasaría el resto de su vida.

Pero, cuando llegó a las escaleras, tropezó y perdió uno de los zapatos. Notó como el rubor bañaba sus mejillas y sus manos temblaban. Durante un segundo dudó sobre lo que debía hacer con el zapato, pero decidió que el espectáculo debía continuar y lo dejó olvidado en el escalón mientras caminaba sobre la punta de su pie descalzo para igualar al otro, hasta donde Kenneth la esperaba.

—Enhorabuena… —la felicitó acercándose a ella y dándole otros dos besos en la mejilla.

—Gracias —dijo en un susurro—. ¿Otros dos besos? —le echó en cara en voz todavía más baja.

—Claro, no iba a perder la oportunidad —contestó él con una gran sonrisa antes de alejarse y dejarla sola: era su momento.

Adriana miraba el trofeo, emocionada, todos esperaban que dijera algo, pero su voz parecía haber desaparecido dentro de su estómago. Kenneth apareció a su lado y se arrodilló frente a ella, eso hizo que Adriana cerrara los ojos. ¿Estaba loco? No iría a declarársele otra vez, ¿no?

—No irás a darme otra vez ese anillo, ¿verdad? —interrogó en voz muy baja, solo para que él la escuchara.

—Claro que no, ese anillo es muy especial para mí, era de mi abuela. La verdad es que no sé qué hubiera hecho si lo hubieses aceptado, tiene más valor que el diamante más grande que puedas imaginar —susurró a su vez.

Los murmullos de todos los allí presentes no tardaron en cobrar fuerza, hasta que se dio cuenta de que le tomaba el pie para colocarle el zapato que había dejado olvidado en las escaleras. Cuando se lo colocó, aprovechó para rozarla, una caricia en su tobillo que le provocó un intenso escalofrío.

—Gracias —dijo.

Y él se retiró de nuevo a un segundo plano. Una vez más se enfrentaría a todo: a solas.

—Muchas gracias. A todos —comenzó—. Lo cierto es que no he preparado nada porque no pensé hacerme con el galardón. Todos mis compañeros lo merecen tanto como yo, por lo que el haber sido la elegida lo hace aún más especial. Y, aunque no he preparado nada, me gustaría decir unas palabras. Y es que tengo mucho que agradecer, no solo a mi viejo yo

—dijo, mirando de reojo a Kenneth—, también a todos los que estamos en este mundo que tanto amamos. Y, en especial, a todas ellas. Sí, a ellas. A esas mujeres, muchas de ellas sin nombre propio, que no dejaron que el

«no» las detuviera. A todas las que fueron valientes, que siguieron adelante sin importarles las caídas, ni las zancadillas, ni la presión social. A todas aquellas que, pese a toparse con noes

enormes, siguieron adelante, sin dejar que nada ni nada se interpusiera entre ellas y su meta, que lucharon por sus sueños. A todas aquellas a las que la palabra «no» las hizo más fuertes, más seguras de sí mismas, más decididas. Las que tomaron valor y se dijeron que podían e iban a cambiar las reglas impuestas. Me gusta considerarme una de ellas, una de esas mujeres que han roto barreras y espero que, tras de mí, muchas otras lleguen. Gracias a todos —terminó el discurso, emocionada.

El aplauso llenó el teatro y Kenneth salió de su segundo plano, le ofreció el brazo, que ella no pudo rechazar, y se dirigieron juntos hasta las escaleras que separaban la zona de la entrega de premios de las mesas.

—Te lo has ganado. Lo mereces y, desde luego, eres todo un ejemplo a seguir, Adriana.

—Sabes que no todos piensan igual, ¿verdad?

—Caminar contigo del brazo después de lo que has logrado tú sola, gracias a tu esfuerzo y buen trabajo, es todo un honor para mí. Nunca me he sentido tan orgulloso como ahora, estando a tu lado en este momento: tu momento. Eres digna de los libros de historia —confesó con admiración.

—Gracias, Kenneth —susurró con apenas un hilo de voz.

—No es más que la verdad —insistió.

Bajaron las escaleras así, entre aplausos y felicitaciones de los asistentes junto a los que pasaban, hasta que Kenneth la dejó en su asiento y él ocupó el suyo.

El resto de la velada no pudo dejar de mirarla, era una mujer digna de admirar. Era una mujer con la que le encantaría pasar el resto de su vida. Tal vez la cosa no funcionara, pero estaba dispuesto a intentarlo porque sabía que ella merecía la pena.

Capítulo 19



Clavada en ella

Adriana estuvo el resto de la velada con un nudo en la garganta que apretaba más fuerte de lo necesario. Las palabras de Kenneth la habían afectado y, cada vez que miraba a su sitio, lo encontraba con la vista clavada en ella.

Quería ignorarlo, pero no podía. No había dudado en dejarle claro que tenía interés en ella más allá de un encuentro y eso la ponía muy nerviosa porque había soñado con él muchas noches, muchos días. Lo admiraba en lo profesional como a pocos y a eso tenía que añadir que lo conocía de forma íntima. Muy íntima. Y que juntos, en la cama, se entendían a la perfección.

Tal vez por eso se sentía tan confusa, y era algo que no podía permitirse. No quería distracciones en ese momento de su vida y Kenneth Buchanan lo era. La cena se dio por terminada y llegó la hora de los saludos al resto de invitados, hasta ese momento solo habían charlado e interactuado con los de su propia mesa.

Se levantaron para cambiar de sala, la parte distendida se llevaría a cabo en otro salón del hotel. Por lo que había escuchado de los demás asistentes, era un lugar con mesas y taburetes altos, música de fondo y bandejas repletas de bebidas. Esperaba que alguna de esas bandejas estuviera llena de cerveza.

—Enhorabuena. —Escuchó una voz desconocida decir a su lado.

Giró la cabeza y se encontró con uno de los jugadores que había compartido mesa con Kenneth, en concreto con Noah Hunter, jugador de los All Blacks.

—Muchas gracias, señor Hunter —dijo sin detener su paso.

—Adriana, ¿verdad? —preguntó con un marcado acento.

—Sí —asintió sin querer alargar la conversación, lo que menos necesitaba era otro clavo…

—Me gustaría invitarla a una copa.

—Muchas gracias, pero tengo un compromiso previo —se excusó, aunque sabía que de nada serviría.

Si iba a pasar un buen rato en el salón, siendo una de las pocas mujeres en él, sería complicado pasar desapercibida o encontrar a alguien con quien de verdad le apeteciera estar. Sí había uno, claro. Pero se había obligado a prometer que estaría lejos de él.

—Es una pena.

—Para mí no, Noah —intervino Buchanan.

—Los hay con suerte, dos premios en una sola noche.

—Es la recompensa por muchos años de trabajo —afirmó, sonriendo.

Adriana miraba a los dos hombres, desde luego que Noah Hunter era bien parecido, pero no podía compararse con el encanto del escocés—. ¿Vamos, Adriana? Quiero presentarte a alguien —aclaró, colocando su mano en la cintura para que lo acompañara.

—Gracias por la felicitación —se despidió del hombre—. ¿Adónde vamos?

—Quiero que conozcas a alguien…

—Kenneth, esperaba poder pasar un rato a solas contigo y… ponernos al día —los interrumpió la voz de la mujer que había entregado el galardón a Kenneth.

—Lo siento, Iris, pero no puedo, tengo asuntos que atender.

—Pensé que habrías echado de menos el anillo de tu abuela, veo que no, pero de todas formas te lo devuelvo —explicó, tendiendo una pequeña caja que Adriana conocía bien.

Miró a la mujer, a Kenneth y al anillo, bufó y se dio la vuelta. Era idiota, eso era. Tomó una copa de una de las bandejas, se la bebió del tirón y decidió que de esa fiesta lo único que le interesaba era su trofeo y ya lo tenía entre sus manos, así que se iría a su habitación.

Caminó hasta la zona de ascensores. La verdad era que nunca le habían gustado este tipo de eventos, pero, de vez en cuando, tenía que acudir a ellos. Escuchó unas pisadas apresuradas, pero no les prestó atención. Entró en el elevador y pulsó la planta en la que se encontraba su habitación.

—¡Adriana! —Escuchó que la llamaba.

Lo ignoró, pulsó otra vez el botón y las puertas se cerraron sin que él pudiera alcanzarla.

—Gilipollas. ¿Así que el anillo era importante? ¿Que tiene más valor que el diamante más grande que pueda imaginar? ¿Por eso se lo da a todas?

El ascensor la avisó de que había llegado con su timbre metálico y, cuando las puertas se abrieron, se encontró a un Kenneth jadeante esperando frente a ellas. Al verlo, echó un paso atrás para volver a meterse en el ascensor y apretó con rapidez, repetidamente, el botón para que la llevara lejos de allí.

Aunque no iba a tener suerte. Kenneth colocó su cuerpo entre las puertas y estas, al intentar cerrarse, toparon con la muralla y retrocedieron sin presentar batalla.

—¿Qué quieres, Kenneth? —gruñó.

Y, nada más hacerlo, se sintió mal. En verdad no eran nada, ella no había querido ser nada, ni intentar nada, ¿por qué, entonces, estaba molesta? No tenía derecho, ninguno.

—Que hablemos. No es lo que piensas… —comenzó.

Y esa excusa, manida por el paso del tiempo, la molestó más.

—Siempre que una conversación empieza con «no es lo que piensas…» es porque sí es lo que se piensa.

—No le he dado el anillo.

—De todas formas, capitán —dijo, mirándolo a los ojos—, no tienes que darme ninguna explicación. No somos nada —afirmó con rotundidad.

Kenneth parecía molesto y divertido a la vez. Metió el resto de su cuerpo dentro del reducido espacio, obligándola a echarse hacia atrás hasta que su espalda golpeó la pared del ascensor, y colocó sus manos a ambos lados de la mujer, que no dejaba de mirarlo, confusa. El sonido de las puertas al cerrarse fue suave, igual que el *ding* que sonó para avisarlos de que se ponía en marcha. ¿Adónde? No tenía ni idea; había dado a muchos botones al azar.

—¿No somos nada, Adriana? A mí me parece que somos, y mucho —susurró, acercándose a ella un paso más.

—No te equivoques, lo que ha pasado entre nosotros ha sido solo algo esporádico. Creo que te lo dejé claro anoche.

—Mientes.

—¿Miento? —repitió sin creer el descaro de ese hombre.

—Puedo ver en tus ojos el mismo anhelo que hay en los míos —confesó.

Adriana soltó un resoplido de malhumor que acompañó ladeando la cabeza para no mirarlo, además, por si no estaba clara su incomodidad, se cruzó de brazos—. ¿Crees que miento?

—Estoy segura de ello, Kenneth. Lo que no entiendo es el porqué. No tienes ninguna necesidad de mentir para llevarte a la mujer que desees a la cama. Estoy segura de que la chica del anillo está esperando la oportunidad.

—Parece que sí tengo necesidad de ello. No logro meter en mi cama a la única que quiero que se quede a mi lado…

—Si hablas de la periodista española, temo decirte que llegas tarde, está casada —soltó.

—Vaya, vaya…, así que no somos nada ni quieres nada conmigo, pero sientes celos de Iris y también de Yasnaia. Eso me hace muy feliz —susurró, acercándose más a ella.

—Me dejas sin aire —increpó.

—Me alegra saberlo —murmuró de nuevo, con esa puta voz ronca que le parecía lo más sensual del mundo.

Adriana tragó saliva. Cerró los ojos porque necesitaba pensar y verlo no ayudaba.

—Deja de malinterpretar lo que digo, Kenneth.

—Creo que no malinterpreto nada.

—Estás equivocado de nuevo, lo entiendes todo mal.

—Sé que te gusta el juego… duro —susurró, acercándose tanto que su sexo, duro como una roca, rozó entre sus piernas.

Adriana colocó las manos en el pecho del hombre para que le diera un poco de espacio.

—Creo que no eres lo bastante duro para este campo —soltó.

Y se arrepintió porque una vez más caía en sus redes.

«Esta será la última vez que te permitas ser débil frente a él, Adriana. La última».

—¿Me provocas, Adriana? Estoy dispuesto a jugar duro si es lo que quieres, o a dejarme ganar.

—¿No te esperan? —interrogó una vez más. No quería, pero no podía evitar sentir algo de… malestar en su interior.

—No, no me esperan. He tratado de explicarte que entre Iris y yo no hay nada. Absolutamente nada.

—Y, aun así, tenía el anillo de tu abuela. Creo que te pones de rodillas con mucha facilidad, Buchanan —escupió, molesta, usando esa rabia para alejarlo de ella.

—Ante la única mujer que me he arrodillado, Adriana, ha sido frente a ti

—susurró con voz seria, arrodillándose una vez más para su sorpresa.

Adriana no tenía ni idea de qué sucedía, de qué pretendía, ¿para qué se ponía sobre sus rodillas otra vez? Pero no tuvo la oportunidad de preguntar, Kenneth se coló bajo su amplia falda, la agarró por detrás, atrayéndola más hacia él y metió la boca entre sus piernas arrancándole un gemido profundo que la obligó a agarrarse a la barandilla metálica del ascensor.

—¿Qué demonios haces, Kenneth? —interrogó con apenas aire en sus pulmones.

—Jugar duro, *sassenach*.

Y notar su lengua sobre su ropa interior, que pareció fundirse por el calor que despertó en ella, acalló la queja que quería gritar; ahora esa protesta se había convertido en otra palabra: su nombre. Solo deseaba gritar su nombre, una y otra vez, hasta que el orgasmo la atravesara y apaciguara el calor que despertaba en ella cada vez que sus malditas manos la tocaban.

El ascensor se abrió y ella se forzó a abrir los ojos, estaba segura de que moriría si había alguien mirándolos, pero, para su sorpresa y desconcierto, llegaron a una habitación.

—¿Dónde estamos? —logró decir.

—En el sitio donde te voy a follar, *sassenach* —afirmó bajo la falda.

Kenneth abandonó ese lugar con esfuerzo; con delicadeza, había apartado la fina capa de tela que hacía de barrera y había deslizado un dedo en su interior para rozar con la lengua los húmedos labios de su vagina, el sabor de sus flujos era adictivo, pero no tenía prisa, pensaba tomarla con calma, besar y saborear cada centímetro del cuerpo de la mujer que lo hacía perder la razón como ninguna otra.

Qué ingenua era al compararse con las demás, ganaba a todas. Por goleada.

—Kenneth, yo… —balbuceó.

—Tú quieres esto tanto como yo, no entiendo por qué te resistes, Adriana. Lo veo en tus ojos, son un reflejo de los míos. ¿No ves cuánto te deseo?

—¡Claro que te deseo! ¡Maldita sea! Te deseo desde el primer momento que me topé con tus malditos ojos verdes, Buchanan, pero no puede ser. Ya te lo he dicho, no puedo distraerme con nada. Estoy a punto de lograr lo que he deseado por años, por lo que he trabajado por años: pitar el mundial.

—Lo entiendo, Adriana, lo que no entiendo es por qué estar conmigo afectaría a eso. No hay nada que prohíba…

—No, no lo hay. Legalmente, no lo hay, tienes razón, pero es por ética, Kenneth, ¿lo entiendes? ¿Cómo podría pitar con la cabeza clara un partido en el que jugaras? Si dejo que esto vaya a más, al final, mi arbitraje se vería afectado aunque no quisiera y, si tu equipo llegara a esa final que tanto deseo pitar, me vería obligada a rechazarlo, y no es lo que deseo, Kenneth

—confesó.

Estaban junto a la puerta de un ascensor que se había ido hacía minutos. Kenneth la miraba a los ojos, esos ojos que no había podido olvidar en años. Era sincera y la comprendía, bien sabía él todo el trabajo que había detrás para llegar a dónde habían llegado ellos, pero no quería perderla. Tenía que haber una solución. No quería perderla otra vez sin pelear y arrepentirse el resto de su vida. Acusarse de haber sido un cobarde.

—Lo entiendo, Adriana, de verdad que lo entiendo, pero ¿estás segura de que es solo sexo? No me malinterpretes, el sexo contigo es jodidamente genial, pero no es solo eso, hay… una conexión entre nosotros que no puedo ignorar. Y eso no quiero perderlo antes de saber a dónde podría llevarnos.

Adriana caminó unos pasos por la habitación. Estaba confusa, era cierto que ella también había sentido esa puta conexión, tal vez por eso lo siguió a lo largo de los años, tal vez por eso le costaba horrores resistirse a él. Quizás, incluso, su empeño por llegar a lo

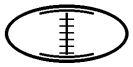
más alto del arbitraje estaba relacionado con él, para poder encontrarlo de nuevo. Estaba en una encrucijada y nunca había sentido tantas dudas. La elección era difícil: no sabía si alejarse para siempre o correr hacia sus brazos.

—Yo… no sé cómo solucionar esto, Kenneth —confesó con un suspiro ahogado.

—Es fácil, Adriana. Primero, aprende las reglas del juego y luego…, juega mejor que nadie.

Y sus manos agarraron el cuello de Adriana y la besó como si de verdad fuera el último partido, el que le daría la victoria o la derrota. Y que Dios lo compadeciera, porque sus labios tenían aún el sabor de su sexo y, al mezclarse con el de su boca, sintió que le fallaban las rodillas; esa mujer lo volvía loco de maneras que nunca creyó posible. Esa mujer lo hacía perder la razón. Y se rendiría. Se rendiría a su juego.

Capítulo 20



Jadeos

Jadeos. Solo era capaz de distinguir eso. La suite que había reservado en el hotel, situada en la última planta, estaba llena de los gemidos que escapaban de la boca de Adriana y que él hacía suyos. Porque si algo tenía claro era que nada lo iba a parar.

El cuello de la mujer a la que besaba, consumido por un frenesí que solo había sentido con ella, era suave como seda y los roces de la lengua femenina en su boca lo hacían sacar a la bestia que aguardaba en el interior. Esa misma que solo sacaba cuando el partido se ponía duro. Duro estaba él. Notar su cuerpo fuerte, firme y cálido a través de la ropa no hacía más que aumentar el deseo, la necesidad de despojarla de todo lo que llevaba. ¡Demonios! Le sobraba en ese instante hasta la piel. Quería llegar más a fondo; si era cierto que dentro de cada uno habitaba un alma, quería llegar a tocarla. A rozarla con sus manos, besarlas con sus labios, grabarse en ella. Dejar una marca perpetua en ese lugar al que nadie había llegado antes.

—Kenneth —comenzó a murmurar, aunque la detuvo.

—Chisss, no digas nada, ahora no. Luego, luego hablaremos, ahora es tiempo de sentir, no de pensar —susurró, y de nuevo se hizo con su boca.

Tras el largo e intenso beso que lo dejó sin aire, mordió el cuello de Adriana, justo en la zona en la que su corazón palpitaba con ímpetu bajo la piel, lamió la zona y gruñó. Esa mujer no tenía ni la más remota idea de los estragos que causaba en su cuerpo, ni en su razón.

—Adriana —susurró, bajando lentamente por su pecho, por su estómago, que quedaba descubierto, hasta volver a quedar de rodillas frente a ella.

Alzó la mirada para verla, era lo más hermoso que había visto nunca, con los labios entreabiertos, jadeante, con las mejillas enrojecidas por el calor que los traspasaba a los dos y con la mirada

nublada. Atrapada en esa red que el deseo sabía tejer con tanta rapidez que quedabas apresado en ella sin darte cuenta. En un parpadeo.

—Kenneth, para. Esto… esto solo me complicará más la vida.

—La vida siempre se complica, Adriana, por eso hay que saber elegir con quién complicársela.

Y no dejó que dijera nada más, desabrochó la falta, que cayó sin vida a sus pies dejando al descubierto esas piernas que tanto le gustaban. Verla de pie frente a él tan solo con los altos tacones y la ropa interior casi le paró el corazón.

Tragó la saliva que se había acumulado en su garganta y se levantó, preso de un deseo que no podía detener. La cogió en brazos y subió la escalera de caracol que había en su habitación y que llevaba hasta la planta de arriba. En ella, una gran terraza se abría solo para ellos, privada.

Las vistas los dejaron sin palabras, o tal vez eran ellos mismos los que lograban ese efecto en el otro. Frente a ellos se extendía Londres, una ciudad única. La dejó en el suelo y la colocó junto a la barandilla. Dio un paso hacia ella y colocó su pecho en la espalda de la mujer que, además de la ropa interior, solo llevaba ese delicado corpiño.

Con dedos torpes, como aquella primera vez que la hizo suya, desabrochó el delicado botón y sacó la prenda dejándola desnuda. Sus manos acariciaron con cuidado la curva de su cadera, su cintura, la piel bajo sus pechos. Gimió junto a su oreja. Un jadeo sensual que la hizo tiritar.

—He soñado tantas veces con esto —susurró.

—¿Con qué? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—Con tener un momento contigo. A solas. A oscuras. Desnudos. Sin más ruido que el de nuestras respiraciones.

—Kenneth —murmuró, girándose entre sus brazos, aunque sonó a súplica—. No tenemos ninguna oportunidad, por más que te empeñes, solo seremos un relato corto…

—Pues lo leeré para siempre —rugió, desatando al león que llevaba dentro.

No iba a rendirse antes de pelear, si al final perdía la batalla, que así fuera, pero no iba a darse por vencido hasta que el último pitido diera por finalizado el partido.

La tomó entre sus brazos, su cintura quedó encajada en la barandilla y su sexo se removía inquieto bajo una tela que sobraba. Su lengua saboreó su boca, sin dejar ni un milímetro sin explorar. Cada jadeo lo hacía estar más seguro de que ella era la indicada. Tal vez era una puta locura, pero otras veces había estado interesado en una mujer y no había sentido algo parecido a esto. Fuera lo que fuese.

A veces había que pensar, otras había que dejarse llevar y con Adriana los instintos eran más fuertes que la razón. Y los seguiría hasta el final.

Su boca dejó la de la mujer para cebarse con su cuello, Adriana alzó la cabeza y abrió los ojos, el cielo estaba plagado de parpadeos brillantes que la hicieron sonreír. Kenneth tenía algo que la hacía caer hacia su lado una y otra vez, aunque tratara de resistirse, quizás, por una vez, debía dejarse llevar. Disfrutaría de él y, con la luz del día, pensaría en el futuro.

—Kenneth —gimió con su nombre llenándole los labios.

—Adriana, me vuelves loco…, me vuelves loco… —repitió.

La tomó en sus brazos de nuevo y la dejó sobre una de las tumbonas que había en la terraza. La colocó dándole la espalda y besó sus hombros y la curva de su cintura, hasta que llegó a ese glorioso culo, que mordió como el animal en el que estaba a punto de convertirse.

Arrancó el encaje que la cubría y la dejó solo con los zapatos. Se colocó sobre ella y la acarició con devoción. Adriana sentía el peso del hombre, su polla rozando entre sus glúteos, la humedad que resbalaba por el sexo masculino y goteaba hasta su piel tersa. Sus pezones estaban inflamados, al igual que su propio sexo, que palpitaba, alocado, exigiendo más.

La tortura se acentuó cuando Kenneth comenzó a moverse sobre ella sin penetrarla, pero ella lo sentía todo como si lo tuviera dentro. Su polla jugaba con ella, se colaba entre sus piernas, la rozaba y

volvía a alejarse mientras las manos grandes del hombre la acariciaban sin parar.

No era capaz de pensar ni de hablar. Tan solo podía cerrar los ojos y dejar que los gemidos tomaran el control de todo. Siempre le había sucedido con él, no tenía que decir nada para que supiera qué quería en cada momento, a qué ritmo debía de ir o de qué manera la haría llegar al orgasmo. Tal vez sí que había una conexión entre ellos, pero era sexual. ¿Era suficiente para estar juntos y plantar cara a lo que viniera?

No lo tenía claro y esas dudas eran lo que la hacían no atreverse a dar el paso, no le permitían arriesgar lo que había conseguido por un hombre del que, en realidad, no conocía apenas nada, solo la punta del iceberg.

Dejó escapar un suspiro largo que arqueó su cuerpo, buscándolo, ofreciéndose a él. Kenneth aprovechó y la colocó de rodillas sobre el asiento. Se colocó detrás de rodillas y mordió y lamió su trasero a la vez que con sus dedos acariciaba su clítoris, describiendo círculos que la mareaban. Que la hacían desear más, que la hacían desear tenerlo dentro para siempre.

Los dedos del hombre se movían sin darle tregua y cuando su pene rozó la entrada de su vagina, no pudo hacer nada más que tumbarse sobre sí misma y exponerse ante él, entregándose por completo; solo quería que la penetrara de una vez y que esa deliciosa tortura diera paso a un intenso orgasmo que la dejara tiritando.

—Kenneth —susurró.

—Adriana —dijo su nombre a la vez.

—Quiero… quiero —se detuvo.

—Pídeme lo que quieras —la animó.

—Quiero que me folles.

Y, al escucharla pedirlo con tanta urgencia, no pudo resistirse y con una firme embestida la penetró haciendo que la mujer aullara su placer. Sus manos se aferraron a sus caderas para penetrarla con más fuerza. Necesitaba más, aunque parecía imposible.

Sus gritos de placer lo volvían loco, pero no le importaba vivir con esa clase de locura. Se movía más rápido, más fuerte, hasta que ella

gritó presa del placer que llegaba justo antes del orgasmo y golpeó su nalga. Eso la hizo excitarse más y, antes de poder frenarse, se corría en su interior a la vez que ella.

Juntos gritaban su placer, juntos jadeaban exhaustos, juntos se echaron abrazados, dejando que las últimas oleadas del goce se extinguieran.

Ninguno de los dos se movió, Kenneth abrazó a Adriana, que seguía de espaldas a él, aunque de lado. La apretó contra su pecho, que todavía retumbaba a la espera de que su corazón se calmara.

—Dios, ha sido intenso —murmuró sin fuerzas.

—Lo ha sido —aceptó sin más.

—Lo mejor de todo es tenerte así —susurró.

Adriana supo, por el tono de su voz, que estaba rindiéndose al sueño.

—¿El qué? —interrogó.

—Tenerte entre mis brazos. ¿Sabes? Me pasó la primera vez que te abracé y sigue sucediéndome ahora.

—¿Qué pasa cuando me abrazas, *highlander*?

—Cuando te abrazo así, fuerte, es como si se detuviera el tiempo —suspiró.

—Kenneth, apenas nos conocemos —repitió, más para sí misma, porque estaba empezando a dudar de todo.

—Tenemos toda una vida para hacerlo —replicó.

No podía verlo, pero lo imaginaba. Sus manos estaban agarrándola con fuerza, su pecho empezaba a tener un movimiento más suave, más rítmico, lo que le decía que estaba empezando a ganarle el cansancio.

—Esta será la última vez, Kenneth —pronunció las palabras sin convencimiento.

—No lo creo, todavía tenemos muchos orgasmos pendientes.

—¿Orgasmos pendientes? —repitió con una sonrisa en la boca.

—Hay pocas cosas en la vida de las que me arrepiento y una de ellas fue dejar que te fueras sin tener ninguna manera de mantener el contacto. No sabes cuánto traté de encontrarte a través de Facebook, pero solo tenía tu nombre, nada más. Fui un idiota, ¿a

quién no se le ocurre pedirle el teléfono a la única de su vida con la que ha tenido este tipo de conexión?

—Creo que has bebido demasiado —bromeó.

—Nunca he dicho algo tan en serio. ¿Estás temblando? —interrogó.

—Un poco.

—Eso es bueno.

—¿Es bueno?

—Por supuesto, dicen que, si te dejan temblando, es que fue buen sexo.

—Creo que tengo que darte las buenas noches.

—No, no te vas a ir. Vas a dormir aquí y mañana hablaremos de lo que vamos a hacer.

El silencio se posó sobre ellos como si fuera un halo protector. Kenneth tomó una manta que había en el suelo y los cubrió a ambos.

—¿No vas a darme las buenas noches, *sassenach*? —curioseó.

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque mis buenas noches te harían gemir.

Y lo hicieron, gimió, se apretó contra ella, hundió su cara en el cabello enredado de Adriana y se dejó arrastrar a ese sueño en el que esa mujer era parte de su vida.

Capítulo 21



Bajo las sábanas

Adriana parpadeó y se desperezó. Había dormido muy bien. Se incorporó, frotándose los ojos, y fue cuando se dio cuenta de que estaba en la cama, no en la tumbona de la terraza. Y los recuerdos regresaron a su mente, adormecida por el cansancio.

Ellos bajo las sábanas. El peso de Kenneth sobre ella, su calor, sus manos acariciando su cuerpo, colándose en su interior. Los suspiros que arrancaba a su pecho, el calor, el sudor de sus pieles mezclándose en uno solo para crear un nuevo aroma, único.

Se tapó la cara con las sábanas y sonrió. Estaba feliz, ¡maldita fuera! Lo estaba, como nunca. Y algo dentro de ella le rogaba que reconsiderara las cosas, que pensara bien si estaba dispuesta a renunciar a la posibilidad de que lo suyo funcionara.

Pero ¿qué garantía tenía? Ninguna. Sin embargo, el hecho de pitar en el mundial era real, más después de haberse hecho con el galardón a mejor árbitra.

—Buenos días… —la saludó, sentándose sobre la cama.

Adriana sacó la cara de debajo de las sábanas y lo miró, llevaba en sus manos una bandeja repleta de platos: huevos revueltos, pan, mermelada y mantequilla, huevos fritos, salchichas, beicon, un par de trozos de tarta, *scones*, té, zumo de naranja y café.

—Buenos días —saludó a su vez con voz ronca.

—He pensado que estarías hambrienta —susurró.

Y, aunque sus palabras no estaban fuera de tono, a ella le sonaron a provocación; debía estar volviéndose loca.

—Lo estoy, aunque no sé de qué tengo más hambre —confesó.

Kenneth abrió mucho los ojos, sorprendido. Ella había dado a sus palabras un doble sentido que no esperaba, pero le gustaba. Podía ver que ya no estaba tan segura con su decisión, que un rayo de luz se había abierto paso en el oscuro túnel. Ahora tenía una oportunidad, lo sabía y no pensaba renunciar a ella.

—Adriana, si me dices cosas como esta, me lo vas a poner muy difícil.

—¿El qué?

—Que renuncie a ti, a lo que sea que tengamos, a lo que podríamos tener…

—Kenneth, me siento mal porque no dejo de repetirte lo mismo, pero no es el momento adecuado.

—Lo entiendo, Adriana. He pensado mucho en ello, ¿sabes? Cuando nos conocimos, supe que eras diferente, pero no era el momento de complicarme la vida con una mujer, menos con una *sassenach* —sonrió.

—¿Y?

—Y ahora entiendo que no sea el mejor momento para nosotros porque interferiría en tu carrera, pero me niego a dejarte escapar otra vez sin saber si esto funcionaría. Así que he pensado en una solución.

—¿Has pensado en una solución para lo que sea que tenemos?

—Sí, ya te dije que quiero intentarlo, Adriana.

—Vale, te escucho —dijo a la vez que tomaba un trozo de pan y le untaba mantequilla.

—Vamos a dejar esto en pausa.

—¿En pausa?

—Sí, y cuando acabe la competición, lo retomamos. No eres la única que desea estar en esa final, yo quiero ser el primer capitán escocés en llevar a su equipo hasta la final de un mundial. Y ganarla. Nada me gustaría más.

—¿Así que el capitán de los leones todavía tiene metas por cumplir?

—Claro que sí, dos: una, llevar a mi equipo a la final, la otra eres tú.

Adriana casi se atragantó con el café. Lo miró a los ojos y pudo ver que estaba decidido, que hablaba en serio, y su corazón palpitó acelerado. No era un juego. Lo decía en serio y, donde ella solo veía obstáculos, él veía oportunidades.

—¿Hablas en serio? —interrogó.

—Claro que hablo en serio. Nunca una mujer me ha hecho hablar más en serio.

—Bueno, yo sé de otra que…

—Si lo dices por Yas —la interrumpió—, te diré que, aunque me gustó como mujer y quise intentarlo con ella, nunca sentí lo que siento por ti. Ni de lejos. Es más, no he sentido por ninguna otra lo que siento contigo desde aquella primera noche que nuestras miradas se cruzaron.

Un leve rubor cubrió sus mejillas, no debería, pero ahí estaba. De alguna manera eso la hacía sentir especial y la sensación le gustaba.

—¿Y la mujer despampanante a la que diste el anillo? —preguntó una vez más. Ahora quería saberlo.

—Es una vieja conocida, me he acostado con ella alguna vez, no voy a mentirte, pero nunca le di el anillo. A la vuelta del partido amistoso, quedamos para cenar. Me pidió ver el «famoso» anillo y lo olvidé sobre la mesa. Por eso lo tenía, lo olvidé y ella me lo devolvió. Nada más. Iris no es nada más. Si te preguntas si ha significado algo para mí, la respuesta es no.

Adriana asintió, se sentía mareada con tanta información y por todo lo que estaba sucediendo. Todo parecía ir a una velocidad vertiginosa que la dejaba atrás sin remedio por más que trataba de alcanzarla.

—No sé qué pensar, Kenneth, no… lo sé. En realidad, nunca fuimos nada…

—Nunca fuimos nada, pero siempre hubo algo, lo sigue habiendo.

Adriana dudó, tenía razón, bien lo sabía ella. No sabía qué hacer, nunca había sentido tanta inseguridad con respecto a algo. Se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos, a punto de dar el paso a su lado, de arrojarse al abismo para caer en sus brazos, ¿y si lo intentaba? ¿Qué era lo peor que podría pasar? Solo que no funcionara. ¿Y si era eso a lo que en realidad temía?

—Adriana —la llamó con la voz ronca—, ¿y si dejas de darle tantas vueltas y, simplemente, lo intentas?

Y la besó, y su beso la hizo olvidarse de todo, como siempre le sucedía. Esa sensación que tenía entre sus brazos la asustaba como

el mismo infierno. No le gustaba perder el control y con él sucedía con facilidad. La hacía olvidarse de todo… menos de él.

—¿Estás seguro de querer intentarlo?

—Te lo digo con cada mirada, es solo que no me miras de verdad —contestó, dejándola con el corazón acelerado.

Kenneth no podía respirar, intentaba aparentar que estaba en calma, pero nada más lejos de la realidad. Sentía que era su última jugada, la que decidiría el juego, no estaba listo para perderlo, pero era una posibilidad.

Y es que… ¿cómo rendirse sin pelear? Esa mujer era un puto tesoro: inteligente, capaz, atractiva, divertida, *sexy*… y su diosa en la cama.

—Está bien, *highlander*, tú ganas. Vamos a dejar esto, sea lo que sea en pausa y, cuando acabe el mundial, lo reto…

Pero no pudo decir nada más, la boca de Kenneth la calló por completo. Escuchó la bandeja caer al suelo, notó como el café, o el té, o el zumo, mojaban las sábanas, pero le daba igual. Cuando estaba con ese hombre, todo le daba igual.

Su beso la dejó sin aliento y calentó su interior con ese fuego que rugía con fuerza dentro de su pecho, un fuego eterno que nunca se extinguía y que Kenneth Buchanan era capaz de prender con solo una de sus miradas.

Adriana quería jugar, ser la que mandara. Le había dejado a él hacer las últimas veces, pero ahora era su turno. No solo era dura en el campo de juego, también entre las sábanas y quería dejarle claro que le gustaba llevar la iniciativa también en el sexo.

Con un ágil movimiento, se colocó sobre él, dejándolo tumbado bajo su cuerpo. Su rostro mostraba una sonrisa de sorpresa y expectación y sus ojos estaban nublados por el deseo. Igual que su polla, que no dejaba de moverse inquieta bajo ella.

Su boca se dirigió al cuello masculino, lo mordió y lamió, torturándolo. Su piel sabía a sal, a deseo, a él. Siguió besándolo tratando de saciarse, de apagar eso que tenía dentro del estómago. Pero nada parecía hartarla. Se entretuvo en su pecho, mordió uno de sus pezones, que se erizó al contacto con su húmeda lengua. Bajó hasta su torso, besó cada uno de esos músculos que tanto

había deseado lamer cuando lo veía a través de la pantalla y ahora los disfrutaba de verdad.

Era duro, igual que el juego entre ellos. Bajó un poco más, coló sus dedos por el pantalón de algodón que llevaba y el jadeo que escapó de su pecho le pareció el sonido más jodidamente *sexy* del mundo. Un gruñido gutural, antiguo, casi animal.

Sonrió sobre su pelvis, bajó un poco más y acarició su sexo, grande, erecto, húmedo y, sin pensarlo, lo lamió justo antes de acariciarlo con la boca. Su jadeo la atravesó, erizó el escaso vello de su cuerpo e hizo que el fuego se extendiera por cada centímetro de piel.

Escucharlo gemir y notar como su gran cuerpo se retorcía de placer con tanta fuerza que parecía a punto de partirse le provocaron una sonrisa maliciosa. Le gustaba saber que estaba bajo su control, que podía jugar con él, hacerlo sentir que no tenía voluntad, que solo era un muñeco sin vida hasta que sus manos se la regalaban. Repitió la caricia, dejando que su polla entrara y saliera de su boca.

—Adriana, me vas a matar… —susurró apenas sin voz.

—Eso quiero, matarte de placer… —musitó a su vez.

Siguió con la tortura, a la que se unieron sus manos, que acariciaron sus testículos a la vez que besaba esa parte de su cuerpo. Notaba como cada segundo que pasaba iba haciéndose más grande, más dura; lista para recibirla. Y no esperó más, se colocó sobre él, dejó caer su cuerpo y permitió que su sexo la atravesara. El placer fue tan intenso que la obligó a cerrar los ojos, alzar la cabeza hasta el techo y apoyar sus manos en el torso del hombre.

Se movía despacio, sin prisa, disfrutando cada roce, cada intrusión permitida. No podía negar que el sexo con él era, como él había dicho,

«jodidamente genial». Lo era. Lo había sido desde la primera vez.

Su cuerpo se movió con más ritmo a medida que la necesidad de explotar sobre él se incrementaba y, antes de darse cuenta, lo cabalgaba de manera salvaje, se inclinó hacia delante, colocó las manos tras su cuello para moverse mejor y, cuando el orgasmo la

atravesó, curvó su cuerpo, alzó la cabeza y gritó su placer frente a la cara del hombre que tantas emociones la hacía sentir.

Fue tan intenso que la saliva acumulada en su boca escapó por una de las comisuras. Notó como caía en el cuello del hombre y eso lo excitaba más, la agarró por las caderas y la ayudó a moverse con más rapidez. Con el orgasmo aún coleando en su cuerpo, las embestidas eran más placenteras, porque volvían a alimentar el placer que se negaba a desaparecer. Y cuando él se corrió dentro de ella, sonrió. Se sentía plena. Satisfecha y feliz.

—Ha sido… Adriana, no voy a dejarte escapar esta vez, tenlo claro.

—Recuerda que hemos decidido dejarlo todo como está hasta que acabe el mundial. Y para eso quedan meses, mucho puede cambiar todo en ese tiempo.

—No me importa esperar, esperaría por ti otros mil años si fuera necesario.

—Cuidado, capitán, suenas como un hombre enamorado.

—Tal vez lo estoy.

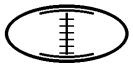
—No digas tonterías. Apenas nos conocemos, Kenneth.

—Te conozco, Adriana, he visto tu lado más íntimo, he visto tus ojos cuando no pueden mentir. Además, hablas como si se pudiera controlar el amor, como si no fuera un rayo que cae sobre ti y te deja en el sitio…

—¿Eso he sido para ti? ¿Un rayo? —preguntó bromeando.

—El único que me ha dejado clavado en el sitio.

Capítulo 22



Errores del pasado

Kenneth la acompañó al aeropuerto, no había excusas, quería hacerlo. No era un joven en busca de un futuro, ahora lo tenía y no pensaba caer en los mismos errores del pasado. Aparcó el coche y tomó la maleta de Adriana, caminando con ella hacia el interior de la terminal.

—Bueno, he de irme, Kenneth.

—Sí, aunque no como quisiera.

—Lo hemos dejado claro, ¿no?

—¿El qué?

—Nuestra situación.

—Sí, lo está. De todas formas, recuerda que es una pausa.

—No dejas que lo olvide, capitán.

—Si es así, significa que he hecho un buen trabajo —sonrió, tomándola por la cintura y dándole un beso suave y ligero en la boca.

—He de irme, Kenneth.

—No me dejes sin saber nada de ti —susurró, besándola, esta vez en la frente. Antes de que se alejara, apoyó la cabeza sobre la de ella, un último intento de retenerla.

—Nos veremos antes de que te des cuenta, al campeonato no le queda tanto para comenzar. Lucha, león, por tus sueños.

—Lo haré, siempre lo hago, ¿todavía no te has dado cuenta?

Adriana esbozó una gran sonrisa, se despidió de nuevo de él con la mano y se dirigió hacia la puerta de embarque. No quería reconocerlo, pero esa despedida le estaba costando más de lo que había imaginado.

Tras recibir el premio como mejor árbitra, no dejó de recibir invitaciones a programas de televisión y cadenas de radio, interesadas en algo tan poco peculiar como su profesión y los logros que había conseguido en esta.

Entró en un huracán de atención al que no estaba acostumbrada y, además, estaban los partidos que debía arbitrar y él. Al final del

día, sus mensajes de texto la esperaban para hacerle compañía.

Cada noche, aunque le costaba reconocerlo, esperaba con ansias a que su móvil vibrara al aparecer uno de sus mensajes de texto. Esa noche, cansada por una jornada que se había alargado más de lo normal, había perdido la noción del tiempo metida hasta el cuello en la bañera. Tenía los ojos cerrados cuando el móvil la avisó de que era un mensaje de Kenneth. Lo sabía, no tenía dudas porque le había cambiado el tono a sus mensajes para que sonara el rugido de un león. Una cosa de niños, lo sabía, pero le encantaba. Le recordaba a él.

Ahí estaba el mensaje, sabía que le llegaría. Él mejor que nadie sabía lo duro que era todo este mundo, sobre todo, cuando empezaban los campeonatos.

Adriana esperaba el mensaje, pero lo que recibió a cambio fue una llamada que la dejó desconcertada. ¿Para qué la llamaba?

—¿Qué sucede? —preguntó al descolgar.

—¿Crees que puedes decirme que estás dentro de la bañera, sin ropa, y que me quede como si nada? ¿Crees que soy un nabo?

—Bueno…, tienes uno entre las piernas —bromeó con una risa suave y ronca.

Kenneth apretó la mandíbula, la echaba de menos como no imaginaba que lo haría. Sabía que era de locos, que para muchos lo sería. Pero el tiempo que había pasado con ella lo había dejado enganchado de una manera que no esperaba. No podía compararlo a ninguna otra relación.

Sabía que ella había sido especial desde que compartieron aquella primera cerveza y ahora no iba a cejar en su empeño de saber si en realidad tenían un futuro juntos o no.

—Adriana —susurró su voz a través del teléfono.

Adriana, al escucharlo, tembló. El agua estaba muy caliente, aun así, su vello se erizó. Levantó un poco la cabeza y se dejó seducir por su voz, por el titileo de las velas, que lo llenaban todo de aroma a menta y de suaves parpadeos, del goteo del agua que caía todavía por el grifo hasta unirse al resto.

—Kenneth —suspiró a su vez tras un rato.

Era extraño, nunca antes le había pasado con nadie, pero sentía la tensión entre los dos a pesar de los kilómetros, a pesar de estar hablando por teléfono. A pesar de que solo había susurrado su nombre… y no había hecho falta más. Su corazón se había agitado, su estómago había dado un vuelco y el agua alrededor de su sexo hervía.

—Sabes que te echo de menos, ¿verdad?

—Lo sé, no dejas de repetirlo.

—Es que es cierto, no imaginé que lo llevaría tan mal, pero así es.

—¿Me echas de menos a mí o a estar dentro de mí? —interrogó siguiéndole el juego.

No podía dejar de pensar en lo excitante que era, mordía su propio labio inferior a la espera de esa respuesta, a pesar de que no tenía claro si le iba a gustar o no lo que dijera.

—Las dos cosas, Adriana, eres la primera mujer que me vacía y me llena

—gimió al otro lado.

—Kenneth, ¿te estás tocando?

—¿Y si así fuera?

Su pregunta la hizo gemir, un jadeo profundo que escapó por su boca, un suspiro que trató de ahogar sin éxito.

—Si así fuera… —se interrumpió tratando de tomar algo de aire—, me uniría a ti —musitó. Apenas un hilo de voz, notaba sus dedos sobre su sexo, acariciándolo a la espera de lo que diría ese hombre que la volvía loca.

—¿Te estás tocando, Adriana? —gruñó.

Podía imaginar su cara: los ojos cerrados, la mano bajo los pantalones, su movimiento rítmico, y eso la excitó más.

—La verdad, *highlander*, es que en mi mente es tu mano y no la mía la que me acaricia.

Un jadeo ahogado se coló a través del teléfono bajo su piel. El sonido que llegaba hasta ella solo logró excitarla más, y hundió el dedo en su interior. El gemido logró que Kenneth, al otro lado, respondiera con un profundo suspiro.

—¿Y… dónde… te acaricio? —logró articular.

—Dentro, *highlander*, muy adentro.

Las horas parecían segundos a su lado, así que cuando Adriana salió de la bañera, el agua estaba fría y su piel llena de pequeñas arrugas. Desde la última vez que se habían visto y llegado al acuerdo de dejar lo suyo en pausa, su relación había cambiado.

La distancia y esas llamadas interminables por las noches, los mensajes constantes y esa sensación de anhelo que no hacía más que crecer en su interior con cada cosa nueva que descubría de él habían dado lugar a una relación más… intensa.

Sonaba de locos, lo sabía. ¿Cómo era posible que la distancia los hubiera acercado más? Pero así era. Los días se habían convertido en semanas y después de esa sesión de sexo telefónico deseaba más que nunca volver a verlo.

—¿Sigues ahí? —resonó la voz de Kenneth al otro lado.

—Sí, sigo aquí, aunque me he ido… —bromeó.

La risa suave al otro lado la hizo imitar el gesto aún sin verlo.

—¿Vas a ir ya a la cama?

—Debería, son pasadas las dos de la madrugada.

—Cierto, ya es tarde. ¿Sabes qué me gustaría? —susurró la pregunta, lo que hizo que su voz sonara más ronca y sensual si eso era posible.

—¿El qué? —preguntó a su vez y sin saber por qué su corazón se aceleraba, y algo muy parecido al batir de unas alas se removió en su estómago.

—Me gustaría estar ahora contigo, abrazarte, y que los primeros rayos de sol me sorprendieran todavía dentro de ti.

Silencio. No podía decir nada. Estaba de nuevo húmeda y no por el agua que goteaba por su piel, sino por él. Por su voz. Por esas palabras que soltaba con tanta facilidad como si no parecieran una declaración en toda regla.

—Kenneth… —murmuró.

—Lo sé, estamos en pausa, o algo parecido. Pero eso no significa que no tenga deseos, que no te extrañe y, ¡joder, *sassenach*!, te echo de menos no sabes de qué manera…

—Kenneth, en breve empezará el campeonato. Cuando termine…

—Vale, es una promesa —la interrumpió—. Todo empezará después del pitido final.

Capítulo 23



No solo el campeonato

7 de septiembre 2023, Marsella.

El avión aterrizó con suavidad, aun así, el contacto de las ruedas contra el suelo la hizo regresar a la realidad. Llevaba días perdida en sí misma, preparándose para lo que llegaba. No solo el campeonato, sino él.

Llevaban meses sin verse en persona, aunque el contacto no había cesado. Cada día. Cada noche. Sin falta. Y ahora no sabía cómo encararlo cuando lo viera. Aunque se suponía que iban a dejarlo todo «aparcado», no había resultado así. No solo no habían dejado la relación en un segundo plano, todo lo contrario, esta había cobrado una fuerza que ahora la tenía descolocada.

Y eso era lo que más la asustaba, no era como si pudiera decirle algo como «llévate tus malditas mariposas, no las quiero», el sentimiento estaba ahí y ya era lo bastante mayor como para asumir que se había enamorado de Kenneth Buchanan, ese salvaje escocés que sabía lo que quería desde el primer momento, y ella también. Se había empeñado en negarlo, pero ¿a quién iba a engañar si había pasado todos estos años lamiendo la pantalla del televisor cada vez que salía al campo?

Cerró los ojos y se apoyó contra el respaldo, necesitaba hacerse a la idea de que iba a verlo y, más aún, necesitaba hacerse a la idea de que, durante el campeonato, no serían más que colegas. No serían más que un jugador estrella y una mujer arbitrando en categoría máxima masculina.

Nada más salir del avión se dirigió a buscar un taxi, al que entregó la dirección donde se hospedarían; un hotel cercano al Stade Vélodrome, donde arbitraría y donde jugaría él.

El calendario era apretado, tendría que trasladarse de ciudad en ciudad durante el campeonato, pero le hubiera gustado estar en París para el partido inicial, no había sido así. Tenía que arbitrar al día siguiente a la inauguración, en Marsella, por eso la organización

la había alojado en ese coqueto hotel cerca del estadio. También estaría él, lo sabía. Jugaba su primer partido el día 10 contra Sudáfrica. Y ella lo vería. Aunque fuera de lejos, aunque no pudiera lamer la pantalla del televisor al estar en vivo. Pero, en su defecto, podría sentirlo. Verlo pelear por hacerse con el balón.

Nada más entrar, se dirigió a la recepción y, tras la inscripción y la recogida de la llave de la que sería su habitación, caminó hacia el ascensor; tenía prisa por llegar y soltar la maleta.

Había pasado mala noche y el viaje la había dejado agotada. Sabía que Kenneth, de todos modos, estaría concentrado y, aunque por lo general solían alojarlos lo más cerca posible, no la había contactado en varios días, así que no tenía ni la menor idea de si estaba también en ese hotel o no.

El lugar era cómodo; la madera del suelo y las paredes en tonos tierra la hacía, además, acogedora. La cama, doble, ocupaba la mayoría del espacio y un pequeño mueble, situado frente a la cama y de tonos claros, servía de soporte a la televisión.

Justo a la entrada se encontraba un pequeño hueco en la pared que hacía las veces de armario y frente a este, el baño. Dejó la ropa en su lugar y se descalzó. Siempre le había gustado caminar descalza, era una manía que aún conservaba. No solo por el suelo de su casa, también por el del campo.

Le gustaba, cuando el estadio se vaciaba, quedarse unos minutos a solas y pisar, sin las zapatillas, el césped. Notar la fuerza que esa tierra albergaba, toda la que los jugadores habían sudado sobre ella.

Se acercó a la única ventana de la habitación y se sorprendió al ver la piscina. De repente, le apeteció tomar un baño nocturno, a solas, si se lo permitían. Se tumbó en la cama, era aún temprano para irse a dormir y para cenar, pero tampoco le apetecía salir a hacer turismo, así que optó por tumbarse en la cama y dejar la mente en blanco, algo complicado cuando todo el espacio dentro de ella estaba ocupado por él.

Tras mil millones de vueltas en las que deshizo la cama, decidió que ya estaba bien de pensar en Kenneth, así que se arregló el pelo, se colocó las zapatillas y decidió dar un paseo por la zona y cenar algo.

Kenneth estaba agotado. La concentración lo estaba dejando exhausto. Pronto tendrían el primer partido y el entrenador les estaba dando mucha caña y, además, estaba el hecho de su llegada. Era consciente de que pitaría un partido justo el día anterior a su juego y no podía sacársela de la cabeza; no veía el momento de volverla a ver. Había mal dormido solo pensando en que iban a estar juntos durante el campeonato. Aunque hubiera prometido portarse bien y dejar la relación, o lo que fuera que había entre ellos, en pausa.

Por fin, el ascensor se detuvo en su planta y, cuando las puertas se abrieron, se quedó sin aliento. Dentro, una Adriana tan sorprendida como él lo miraba sin pestañear. Sus mejillas estaban teñidas de ese tono rosado que tanto le gustaba porque le daba una apariencia inocente que contrastaba con la mujer que había en su interior. Esa misma a la que le gustaba el juego duro.

Adriana lo miraba sin saber qué decir, de repente se sentía insegura, tímida… ¿cómo demonios debía comportarse? Daba igual, no tuvo tiempo de pensar más. Kenneth había entrado en el ascensor y, sin previo aviso, la tomó por el cuello y la besó con todo el deseo que acumulaba dentro de su pecho y se extendía por todo su interior, golpeando con fuerza entre sus piernas.

Las manos del hombre en su nuca la dejaron sin aliento, el mismo que él se bebía sin darle tregua, dejándola con las piernas temblando y el corazón a mil por hora. Cuando el beso acabó, Kenneth apoyó la frente sobre la de ella y la miró con unos ojos empañados por el deseo que envolvía a ambos.

—¡Joder, Adriana! Te he echado tanto de menos… —susurró con apenas un hilo de voz.

—Kenneth… —murmuró a su vez, pero no pudo seguir articulando palabra.

Él, como si supiera que lo llegaba a continuación era un veto, volvió al ataque y la besó una vez más. Sentir los labios de Adriana, su sabor, el calor que intercambiaban con cada jadeo… lo hizo sentir extraño. Un sentimiento que brotó de su pecho sin previo aviso, uno animal, antiguo, que le exigía que la reclamara como suya. Que le

gritaba que era suya. Que lo había sido desde aquella primera vez, aunque el momento fuese el equivocado. Ahora no lo era.

Sus manos bajaron desde su cuello hasta la cintura de la joven, acariciando cada una de esas curvas que tanto había extrañado. Antes de darse cuenta, la levantaba usando la pared del estrecho ascensor como sostén y notar sus piernas enroscadas a su cintura, como seductoras serpientes que lo invitaban a pecar, lo hizo jadear con fuerza.

—Joder, Adriana… —susurró—, me vuelves loco.

—Loca debo estar, sí —musitó a su vez.

Kenneth la dejó en el suelo y se recreó en el roce de su cuerpo sobre su pecho al dejarla ir. Estaba preciosa y no pudo evitar recolocarle la melena en su lugar, ese cabello oscuro y sedoso que habían desenredado sus dedos.

—¿Acabas de llegar? —preguntó sin quitarle la mirada de encima.

Adriana solo asintió con la cabeza, se mordía el labio inferior, un acto que la obligaba a contentarse y no morder a ese hombre, lo que en realidad quería hacer. Marcar con sus dientes cada centímetro de su cuerpo para, después, lamerlo y besarlo. ¿Cómo era posible que le pareciera más atractivo, más sensual y más hombre desde la última vez que se vieron?

Kenneth sonrió, no podía hacer otra cosa para distraer su mente del rostro de Adriana, con los ojos abiertos, las mejillas coloreadas de rojo, la respiración acelerada y sus malditos labios inflamados por el beso que acababa de darle. Rozó con su pulgar el labio inferior y se apartó tras la caricia con brusquedad. El ascensor había llegado.

—¿Vas a cenar? —preguntó en un susurro.

—Kenneth, yo… —se interrumpió. Quería estar con él, pero también sabía que debía evitarlo durante el campeonato.

Si de nuevo se extendían rumores sobre ellos, la perjudicarían porque pondrían en duda su profesionalidad y era algo que no podía permitirse. Así que se quedó dentro del cubículo metálico y cerró los ojos con fuerza tras pulsar el botón de nuevo.

—Lo siento, yo… —pero su voz quedó interrumpida por la llamada de un hombre a Kenneth.

Este asintió, no hacían falta palabras entre ellos, no en ese asunto. Y mientras Kenneth observaba cómo desaparecía tras las puertas metálicas, Adriana se llevó los dedos a los labios inflamados y calientes y ese inocente gesto lo golpeó con tanta fuerza que lo dejó sin aire. Ya lo recuperaría más tarde, ya llegaría su momento. Ahora comenzaba el último juego y prometía ser duro como ningún otro.

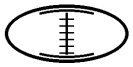
La noche la pasó en un duermevela que no dejaba de arrastrarla fuera de la cama a beber agua o a echársela por encima. Haberse topado con Kenneth así, de sorpresa, y ese beso que le había dado dentro del estrecho elevador donde apenas había espacio para los dos le habían robado la razón y el sueño. Estaba claro que lo suyo eran los ascensores…

Había perdido la cuenta de las veces que se había levantado de la cama, de las vueltas que había dado, de los sofocos que la habían consumido, de las veces que se había sorprendido con el teléfono en la mano dispuesta a teclear la palabra «ven» o la cantidad de veces que había pensado en salir e ir a buscarlo aunque no tuviera ni la más remota idea de en qué habitación estaba…, pero no podía. No ahora que estaba a punto de cumplir su gran sueño; habría tiempo después, todo el que él quisiera regalarle.

La mañana se despertó fresca y ella, tarde, cuando quiso darse cuenta, era pasado el mediodía. La larga noche le había pasado factura y lo notaba en los huesos, le dolía todo el cuerpo. Se levantó, se puso ropa deportiva y decidió usar el gimnasio del hotel para estirar todos los músculos. Tomó solo un bote de zumo de naranja que había en el minibar y se marchó hacia donde se encontraba ubicado el gimnasio. En verdad lo necesitaba.

Suponía que los chicos de la selección de Escocia estarían concentrados, esa noche se daba el pistoletazo de salida del campeonato. Al día siguiente, ella pitaba uno de los partidos y después jugaba Kenneth. Dejo escapar el aire, relajada, al entrar a un gimnasio desierto y se dejó la piel en las máquinas y el aire, en la cinta de correr. Tenía que sacar toda esa tensión fuera o explotaría.

Capítulo 24



Aguantar el tipo

8 de septiembre, Marsella.

Adriana se miró una vez más al espejo, era consciente de que en la sala común, donde la habían invitado a ver el partido de inicio, estaría él. Todos los que tenían algún tipo de relación con el *rugby*, alojados en ese lugar, estarían. Por eso estaba más nerviosa. Pero tenía que aguantar el tipo, sabía que iban a verse obligados a coincidir e incluso a convivir como era el caso y no podía esconderse como un avestruz o huir sin más.

Debía comportarse como la adulta que era, o que pretendía ser, y ser consecuente con sus propósitos, después de todo, la idea había sido suya. Aun así, saber que estarían en la misma habitación lo hacía todo más complicado porque en ese instante, sin siquiera tenerlo delante, su cuerpo no era más que un mar de nervios. Un mar sobrevolado por miles de mariposas que no dejaban de molestarla con sus insistentes aleteos.

—Vale, Adri, estás lista —susurró dándose ánimos y colocándose por milésima vez el cabello.

Se tiró del jersey una vez más, era amplio de un tono azul que quedaba genial con sus ojos, y se subió el vaquero. Llevaba, además, unas zapatillas cómodas y de un tono similar al del jersey. No quería ser el centro de atención por su atuendo, ya bastante iba a llamarla al ser de las pocas mujeres, si no la única, que estuvieran en la sala común. Tomó aire, guardó el móvil y la tarjeta en el bolsillo trasero y se dirigió a la sala.

Kenneth no dejaba de mirar una y otra vez hacia la puerta. Sabía que iba a venir, tenía que hacerlo. Todos estaban ahí reunidos para ver el inicio del campeonato y cenar juntos. Incluidos el resto de árbitros.

El hotel había preparado una cena para todos en la que había *pizzas*, canapés surtidos, bandejas con diferentes tipos de quesos, cerveza, vino y agua. Todo estaba distribuido a lo largo de una barra

y el resto de la sala estaba llena de sofás, sillones y bancos, situados frente a la gran pantalla. Le había reservado un sitio, a su lado. No pensaba perder ni una sola de las escasas oportunidades que se le presentaran durante el campeonato. Ni una. Aunque la tratara solo como a una conocida. Se jodería y aguantaría esas ganas locas de besarla y abrazarla que lo consumían a fuego lento. Ya tendría tiempo de desquitarse, de reclamarle todos los orgasmos que tenían pendientes.

Cuando la vio detenerse en la puerta de la sala, su corazón rugió con la fuerza del león que llevaba dentro. Sin pensarlo, se levantó y la llamó antes de que otro se le adelantara.

—¡Adriana, aquí! —gritó.

No imaginaba que su llamada fuera a despertar tanta atención, pero lo había hecho y de pronto todos los presentes dejaron de prestar atención al televisor para centrarse en ella.

El rubor que tan bien conocía Kenneth bañó sus mejillas y… ¡maldita fuera! Eso no hacía más que hacerla más deseable, ese rubor era una provocación en toda regla a sus sentidos. No podía ni imaginar qué estarían pensando los demás en la sala, pero le daba igual, era suya. Lo había elegido a él y lo enorgullecía que los demás valoraran a esa mujer. Sí, le inflaba el pecho saber que otros la deseaban, pero que lo había elegido a él.

Adriana miró hacia la voz y lo vio, al igual que vio a los demás pendientes de ella. Sabía que pasaría, era el problema de romper barreras, que siempre quedaban trozos que sortear.

Caminó despacio, saludando a los que se acercaban a saludarla con una gran sonrisa en la cara y palabras amables, en realidad le gustaba que los compañeros admiraran su tesón y valoraran su lucha hasta llegar donde estaba.

Se detuvo junto al grupo de árbitros, conocía a casi todos y los saludó con cariño, la gran mayoría la habían aceptado de buen grado, no en vano habían sido testigos directos de su esfuerzo y lucha para conseguir el puesto. De pronto, un rostro familiar se acercó a por ella.

—¡Adriana! —la llamó nada más verla.

—¡Aiden! —lo saludó a su vez; era uno de los compañeros de Kenneth, no solo en los Lions, también en la selección escocesa.

Era un buen chico con el que había conectado desde que se conocieron y, a pesar de haber coincidido en contadas ocasiones, entre ellos había nacido algo muy parecido a la amistad.

—Te estaba esperando para ver el partido y, además, nuestro seleccionador quiere conocerte. Te admira mucho y tu trabajo, también.

—¿Gregor Russel quiere conocerme? —interrogó con sorpresa. Aiden asintió sin más—. Es todo un honor —musitó—. Disculpadme —dijo a sus compañeros, despidiéndose con una sonrisa y acompañándolo—.

Cuéntame, Aiden, ¿qué tal todo? —preguntó al joven con una gran sonrisa.

—Bien, muy cansados por la concentración antes del campeonato, nada nuevo. ¿Y tú? Pitas el partido de Inglaterra contra Argentina mañana, ¿verdad?

—Sí, me sudan las manos nada más pensarlo.

—Dale caña a los ingleses… —susurró con una sonrisa gamberra.

Bromeando, llegaron al sitio que habían ocupado Kenneth y el resto de su equipo. Sus miradas se encontraron y Adriana tembló, luchaba sin parar contra el deseo de estar con él y la distancia que debía guardar de momento.

—Señorita Adriana, es un placer conocerla al fin —la saludó el seleccionador y entrenador de la selección escocesa, tendiéndole la mano.

Le gustó el hecho de que no tratara de besarle la mano ni nada por el estilo, porque se habría sentido muy incómoda. Tras las presentaciones, tocó el turno de Kenneth, que no dudó en saludarla con dos besos en las mejillas, lo que provocó una oleada de cuchicheos y bromas entre los jóvenes del equipo.

Adriana tomó asiento entre Kenneth y Aiden, los dos únicos a los que de verdad conocía y trató de relajarse lo que pudo. El partido estaba a punto de comenzar y quería disfrutarlo, la había jodido no estar presente ni arbitrando en el *kickoff4* inicial, pero a ella le había tocado arbitrar otro partido en otra sede del campeonato y se había

tenido que conformar, para suplir ese contratiempo le había tocado estar con Kenneth, aunque ahora, teniéndolo tan cerca que su calor traspasaba la tela de los vaqueros, no estaba tan segura de que «suerte» fuera la palabra más acertada, «tortura» se acercaba más.

—¿Una cerveza? —ofreció Kenneth.

—Sí, gracias —contestó ella.

—He pedido Alhambra, pero no tenían, lo siento.

—No pasa nada, que no me den buena cerveza lo compenso con la buena compañía —sonrió.

Y Kenneth sintió que se iba a volver loco, ¿cómo demonios iba a aguantar todo el puto campeonato ocultando lo que sentía por esa mujer si lo que deseaba era gritarlo a los cuatro vientos?

—Árbitro —la llamó uno de los chicos del que no recordaba el nombre

—. Menos mal que no aceptó el anillo —soltó haciendo referencia al maldito vídeo.

Kenneth miró al joven David con el ceño fruncido, tenía que haberlos advertido de que no sacaran el tema. Así que tomó un canapé y se lo metió en la boca para callarlo. Aiden se carcajeó y golpeó a su compañero en la espalda para que no se atragantara.

—Vamos, capitán, tú fuiste el que tuvo la brillante idea de ofrecerle el anillo de Claddagh a Adriana frente a todo el mundo.

—¿Ese anillo tiene nombre propio? —interrogó de nuevo el chico con la boca llena.

—Para los que somos de ascendencia irlandesa, o irlandeses, sí. Se suele heredar dentro de la familia, la mujer lo da a su hijo para que se lo ofrezca a su futura esposa. Y así ha sido durante años. No sé qué habría hecho el capitán si lo hubieras aceptado —se burló de nuevo.

—¿Tan especial es? —preguntó con curiosidad.

—Sí, el anillo Claddagh es importante no solo por tradición, sino por su significado —comenzó la explicación Aiden, que buscó en su móvil una imagen del anillo—. Las dos manos simbolizan la amistad, el corazón, el amor y la corona, la lealtad. Por eso solo puedes entregárselo a la indicada, a esa que consideres tu mejor amiga, a la que ames de verdad y a la que estés dispuesto a ser leal.

—Qué… bonito —murmuró David—. ¡Joder! Qué cursi he sonado —terminó con una carcajada y dando un trago a su pinta.

—¿Eso es verdad, Kenneth? —preguntó ahora, dirigiendo la mirada a él, que solo asintió con la cabeza dando un trago al botellín de cerveza.

—El capitán siempre ha dicho: «Solo me casaré con la mujer que me supere, que sea mejor que yo», aunque todos creemos que está condenado a pasar el resto de su vida atrapado en la caja porque, ¿qué mujer podría superar a nuestro capitán?

Adriana no podía creer lo que escuchaba, ese anillo tenía mucho más que un significado simbólico, era parte de la herencia de su familia. Ahora entendía que le hubiera dicho que era más valioso que el más grande de los diamantes.

—No tenías que haber bromeado con eso, Kenneth… —murmuró en voz baja.

—¿Quién dice que bromeaba? —susurró a su vez, solo para que ella lo escuchara.

Y el corazón de Adriana palpitó como loco.

—¡Ya empieza! —Se escucharon varias voces avisar.

Todos quedaron en silencio y fijaron la vista en la pantalla del televisor, al menos el volumen era alto, porque Adriana temía que todos los allí reunidos escucharan el estrépito que su corazón formaba bajo su pecho. Golpeaba con tanta fuerza que temía que la abriera en canal y escapara a las manos de Kenneth.

El Stade de France estaba a rebosar, no cabía ni una mota de polvo más. Adriana fijó la vista en la televisión y se obligó a no desviarla ni un milímetro hacia su derecha, el lugar donde él estaba.

La cámara hizo un barrido por todo el lugar, dejando ver cuánta afición esperaba ver el inicio del campeonato. De pronto, enfocaron las gradas y la imagen se congeló en Daniel Evans y su esposa, Yasnaia Lira. La verdad era que hacían una pareja espectacular, parecían los dos sacados de un anuncio de perfume.

—¿Habías visto alguna vez el estadio tan lleno? Parece que de un momento a otro va a colapsar —comentó Kenneth a su lado.

—Es que promete ser uno de los partidazos del mundial: Francia contra Nueva Zelanda, no querría perderme esto por nada en el

mundo. Ojalá me hubieran dejado pitarlo, hubiera sido otro sueño cumplido… —confesó, algo más relajada, a Kenneth.

—Habrá más partidazos que puedas pitar. Solo estás empezando, todavía te quedan muchos años en activo.

—Lo sé —afirmó dándole la razón.

—Tengo la impresión de que va a ser histórico. ¿Cómo te sientes, Adriana, al ser la única mujer arbitrando partidos internacionales? —preguntó el seleccionador.

Adriana lo observó con reverencia, lo conocía de su época de jugador. Había sido bueno, muy bueno, y todavía conservaba el atractivo de su juventud.

—La verdad es que genial, es todo un pago por mis años de esfuerzo —confesó, tragándose la emoción junto a un sorbo de su cerveza.

—Sí, lo es, y haces que las demás mujeres estén orgullosas y tengan un modelo en el que fijarse —añadió el hombre.

—Muchas gracias, lo cierto es que todavía no me hago a la idea de que pueda verse así…

—Pues así es. Ahora mi hija tiene un modelo que seguir, Adriana. Has logrado que muchas jóvenes pierdan el miedo a pelear por llegar a arbitrar en categoría internacional. Te admira muchísimo.

—Vaya, es todo un honor, entrenador Russel, la verdad es que me emocionan sus palabras.

—No es nada más que la verdad —afirmó, tajante, Kenneth a su lado.

Adriana se giró para mirarlo a la cara y, al hacerlo, se dio cuenta de que en sus ojos no había espacio para nadie más que para ella. Y eso provocó un retumbar en su corazón que pasó disimulado solo por el jaleo de la habitación.

Los locutores comenzaron a hablar sobre la alineación hasta que los equipos se plantaron en el campo, algo que agradeció, ya que la conversación la había puesto nerviosa. Y, de pronto, llegó la magia de los All Blacks. Todos en el estadio, y en el salón, se quedaron en silencio; estaban a punto de representar su haka.

El corazón de Adriana golpeaba con fuerza en su pecho y tentada estuvo de agarrar la mano de Kenneth para compartir a través de su

roce toda esa emoción que la embargaba por dentro, pero no podía, no estaban solos y lo último que quería era otra imagen de ellos, con las manos entrelazadas, corriendo por todo internet como la pólvora.

La haka dio inicio y sus murmullos eran como un hechizo que la dejaba clavada al sitio, la había visto varias veces y siempre le sorprendía la fuerza con la que impactaba en ella, como si fuera imposible acostumbrase a algo así. Incluso a través de la pantalla, incluso estando a cientos de kilómetros, su fuerza la traspasaba, llenándola.

—A mí también me sigue impresionando —dijo Kenneth en voz baja a su lado, al darse cuenta de que tenía la piel del cuello erizada.

—Siempre he querido saber qué significa…

—«Escuchen con sus oídos, los All Blacks somos uno con esta tierra.

Haremos vibrar esta tierra. Es nuestra hora, es nuestro momento. Eso nos define como los All Blacks. Es nuestra hora. Es nuestro momento. Somos los All Blacks. Nuestra supremacía triunfará y nos llevará a lo más alto.

Helecho plateado. ¡All Blacks, vivir o morir! ¡Todo o nada!».

La voz de Kenneth le traducía lo que los guerreros gritaban y sentía su cuerpo a punto de estallar, no era capaz de contener tanta emoción. Limpió con disimulo algunas lágrimas que rodaban por sus mejillas y sintió el roce de la mano de Kenneth junto a la suya.

Había apoyado esta en el asiento y Kenneth, con disimulo, hizo lo mismo. No parecía que fuera nada, sin embargo, lo era todo.

La cámara se desvió un segundo y enfocó a Daniel Evans, que tenía los ojos humedecidos también. Lo comprendía, era algo ancestral, algo que rascaba bajo la superficie y llegaba a ese lugar donde quedaban restos de sus ancestros, de todos los que habían peleado antes, de los que habían ido dejando una parte de ellos como herencia.

Y, cuando pensaron que la haka había terminado, llegó el revuelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Adriana sin dejar de mirar la pantalla.

Como si los cámaras la hubieran oído, enfocaron de nuevo a los All Blacks, que se acercaban a donde Daniel Evans, su antiguo

capitán, estaba sentado. Lo saludaron en maorí, o eso pensaba Adriana cuando comenzó un espectáculo que fue inesperado para todos.

—¿Qué… qué sucede? —inquirió Adriana fuera de juego—. ¿Qué dicen?

—preguntó a nadie en particular, ¿quién allí podría entender maorí?

—Ese joven, Darel Akara, es la joven promesa de los All Blacks, apenas ha cumplido la mayoría de edad, pero va camino de convertirse en leyenda

—aclaró Kenneth a su lado—. Es joven, rápido, inteligente, fuerte…

Recuerda su nombre, Adriana, porque va a dar mucho que hablar.

Adriana se fijó en el joven, lo cierto era que tenía un carisma mágico y su pelo largo y trenzado, recogido en una cola desordenada, y sus tatuajes maoríes adornando sus brazos, su cuello… no hacían más que enfatizar ese carisma.

Darel comenzó a dar órdenes en maorí. Susurraba palabras en voz baja y los demás lo seguían con los movimientos de su cuerpo, rodillas flexionadas, manos dobladas sobre la cadera, golpes en los muslos…

—Darel les dice en maorí que se preparen —explicó Kenneth en un susurro al que todos los allí reunidos prestaban atención.

Y, si todo era espectacular en el campo, más lo fue ver a Daniel Evans levantarse del asiento y empezar a hacer la haka frente a su antiguo equipo, que no dejaba de observarlo: se la dedicaban a él.

Daniel se unió a Darel en los susurros, dos capitanes al unísono, unidos por algo tan profundo que escapaba a la compresión de la mayoría.

Adriana se limpió las mejillas, tomó aire y trató de disimular esa emoción que la embargaba por dentro, sin dejar ni un solo lugar sin tocar.

—Daniel le dice que se preparen, que se lleven las manos a las caderas, que doblen las rodillas, que golpeen con sus manos los muslos y el suelo con sus pies lo más fuerte que puedan.

—¿Y ellos? —interrogó, sumida en esa vorágine que parecía magia negra.

—«Lo más fuerte que podamos» —contestó Kenneth.

—Es… mágico… No tengo palabras —susurró, emocionada. Y el roce de Kenneth la sacudió hasta los cimientos.

—¡*Ka mate*! ¡*Ka mate*! ¡*Ka ora*! ¡*Ka ora*! —gritó el equipo en el campo, situado justo frente al lugar que ocupaba Daniel.

—Muero. Muero. Vivo. Vivo. Soy el hombre valiente que fue a buscar el sol y lo hizo brillar de nuevo. Un paso hacia arriba, otro paso más, el sol brilla… —traducía Kenneth.

Y así se sentía Adriana, a punto de morir. Estaba presenciando un espectáculo único, junto a él. ¿Sabría Kenneth lo que significaba para ella eso?

Cuando todo terminó, el estadio quedó sumido en un silencio perturbador, las emociones de todos seguían a flor de piel y el equipo francés estaba tan impresionado como el resto de asistentes. Al igual que todos ellos.

Daniel Evans jadeaba con fuerza, sus facciones no parecían suyas, como si todos sus antepasados se hubieran manifestado a la vez, reflejándose en su rostro.

Y sucedió. Una primera palmada que nadie supo de dónde vino, a la que siguieron una oleada de ellas, un mar de pañuelos para borrar el rastro de las emociones que esa haka había despertado en todos.

—Eso ha sido… impresionante. No hay otra manera de decirlo. Los All Blacks ha interpretado la haka con la que suelen iniciar los partidos, pero también, para honrar a su antiguo capitán, han interpretado su antigua haka, la que reservan para ocasiones especiales y ha sido una puta pasada… —explicaba el comentarista.

Y tenía razón, lo había sido. Una. Puta. Pasada.

4 *Kickoff* es el arranque de un partido. Tanto al inicio de la primera parte como de la segunda, el oval siempre se pone en juego con una patada alta.

Capítulo 25



En su salsa

El resto del partido fue una gozada para Adriana, poco a poco se relajó comentando las jugadas, las intervenciones de los árbitros, el ambiente que se vivía en el estadio: estaba en su salsa y echaba de menos a su mejor amiga.

Cuando ya supo que todo estaba acabado para la anfitriona, que, aunque había hecho un gran partido, no se alzaría con la victoria, se levantó con la excusa de ir al baño, pero lo que de verdad quería era irse antes del final.

No podía quedarse a solas con Kenneth porque, si algo tenía claro, era que junto a él su fuerza de voluntad se desvanecía como humo en el aire. Así que prefería salir huyendo como una cobarde antes de tener que enfrentarse al dilema de decirle que no.

Solo consiguió calmar el latido de su corazón una vez que estuvo a salvo tras la puerta de su habitación, como si en realidad hubiera hecho algo malo.

El mensaje de Kenneth parpadeaba en su pantalla como si tuviera luces de neón. Tenía razón, lo sabía y lo cierto era que no le gustaba hacer las cosas así, pero es que con ese hombre nada era válido. Era como si todo se desvaneciera y solo existiera él: su boca, su voz, su risa, sus manos…

«Hay que saber cuándo una pelea está perdida de antemano. Y esta lo estaba», respondió con los dedos aún temblorosos.

—Ese mensaje solo empeora las cosas, Adriana. —Escuchó su voz resonar al otro lado de la puerta. No, no podía ser, ¿estaba frente a su habitación?

—Kenneth, mañana arbitro, por favor… —dijo en voz baja, aunque suficiente para que al otro lado la escuchara.

El ruido de la cabeza del hombre al apoyarse contra la puerta resonó con fuerza y su corazón dio un vuelco. Escucho el susurrar de sus manos sobre la madera, a pesar de estar separados por la rigidez de la superficie.

—Me estás matando, Adriana, el verte y no poder tocarte, ni abrazarte, ni hablar contigo a solas… Todo esto me está dejando sin vida poco a poco…

¿Por qué demonios sus palabras tenían ese efecto en ella? Antes de poder detenerla, su mano tomaba la manivela de la puerta, dispuesta a abrirla, pero se detuvo al escuchar sus pasos alejarse.

Dejó escapar el aire que durante tanto rato había contenido y se metió en la cama, el siguiente día era muy importante para ella y debía conseguir dormir fuera como fuese.

El día la sorprendió con los ojos cargados de sueño, pero la actividad fuera de su habitación era frenética y no pudo quedarse en cama por más tiempo. Esa tarde, a las nueve, pitaba el primero de los partidos que arbitraría en el campeonato del mundo.

No podía negar que la inquietaba y, por más que se empeñaba en repetir que era un partido más, no lo era. Era el primer partido como árbitra principal en un mundial y eso pesaba sobre sus hombros.

Se había preparado a conciencia, no solo física sino también mentalmente. Había comido muy sano, dormido bastante bien, unas noches más que otras, y repasado mil veces el reglamento.

Sabía que estaba preparada para hacer un buen partido, pero la variante de la ecuación, esa que tenía nombre propio, la había descolocado por completo porque no imaginó que volverlo a ver causara tal impacto en ella.

Se levantó y se unió al resto de árbitros para hacer deporte. En las competiciones importantes eran como un equipo más y tenían rutinas de entrenamientos, después tendrían una sesión de revisionado de vídeos para comentar y repasar jugadas.

Tras la larga jornada, regresó a la habitación y se duchó. Agradeció la paz que el sonido del agua al caer le provocó, bastante alboroto había ya dentro de su cabeza. Tras la ducha, se vistió y bajó para reunirse con los demás.

La organización les había preparado un pequeño *tour* por Marsella con comida incluida. Regresarían a la tarde, para descansar antes de la intensa jornada que los esperaba en la noche. Por lo menos Kenneth jugaba alrededor de las cinco del día siguiente, así que podría dormir todo lo que quisiera.

Una vez reunido todo el grupo, se dirigieron al primer lugar que no fue otro que Puerto Viejo: antiguo motor económico de la ciudad y uno de los puertos más importantes de todo el Mediterráneo desde la época griega.

Había leído que hoy en día se usaba como puerto deportivo y que era uno de los grandes atractivos turísticos de la ciudad, ya que conservaba los antiguos talleres y el Faro de Santa María.

Y así fue, la impresionante vista que se expandía ante sus ojos la dejó sin palabras: los barcos anclados, los edificios frente a ellos y, en la cima de la colina, el faro. Era precioso y le recordó a unos años lejanos en lo que todo era diferente.

El paseo por el lugar les tomó más de lo esperado, pero perderse por las calles cercanas al puerto, dejarse seducir por los olores, por el color que rodeaba todo el pintoresco lugar fue tan fácil que hizo que todo el grupo se olvidara de lo demás.

Se sentaron a comer en uno de los variados restaurantes que plagaban las calles y pidieron, por consejo del camarero que los atendió, la bebida local anisada que tenía el peculiar nombre de *pastis* y, para acompañarla, un plato de *bouillabaisse*, el plato más famoso de la ciudad, que consistía en una espectacular sopa de pescado.

Antes de darse cuenta, estaban de regreso al hotel y todos despidieron a Adriana, que debía prepararse para su momento, deseándole suerte. Antes de pestañear, estaba en el campo del Vélodrome, viendo cómo el capitán de Argentina lanzaba la moneda al aire, ganaba la elección y decidía quedarse con el *kickoff* en vez de con la elección de campo, que recaía sobre el rival: Inglaterra.

Tras el pitido inicial, una vez más, todo, excepto el juego, el campo y los propios jugadores, desapareció de su mente. Ahora estaba en paz. Solo *rugby*. Solo juego duro.

La tensión lo iba a matar, quería estar pendiente del partido, pero no era capaz, tan solo la veía a ella. Y el maldito y primitivo pensamiento de que estaba ahí, sola, en mitad de un campo de batalla lleno de hombres rudos, altos y fuertes que, en el mejor de los casos, hacían dos de ella.

Le sudaban las palmas de las manos y no dejaba de mascullar cada vez que los jugadores hacían una jugada que, en su cabeza, podría crear algún tipo de riesgo para ella. ¿Qué demonios le pasaba? Era su trabajo y lo hacía muy bien, sin embargo, esa parte protectora que ella había despertado lo hacía temer por su seguridad.

Y, de pronto, todo se volvió un caos. Argentina llevaba el balón, se giró para buscar a quién pasarlo cuando uno de los ingleses embistió desde atrás tirándolo con fuerza contra el suelo.

El jugador se quejaba sobre el campo y los jugadores ingleses iban a aprovechar la caída para hacerse con el balón, pero uno de los pumas apareció y empujó al que iba a tirarse sobre su compañero herido. Y eso dio lugar a que los jugadores se enfrentaran unos a otros. Era una masa de músculos y fuerza descontrolada que ella tendría que aplacar. Un par de jugadores argentinos agarraron al jugador que había lastimado a su compañero por la camiseta y lo habían alejado del campo, a rastras.

El resto discutía en voz alta y Kenneth sabía que esa polémica jugada llegaría a las manos y, ¡maldita fuera!, estaba furioso. No podía ni imaginar qué sucedería si alguno de ellos le ponía, aunque fuera por error, una mano encima.

Nunca lo molestaban las concentraciones, estaba acostumbrado, sin embargo, en ese momento lo jodía como nunca no estar en el campo, aunque era lo mejor y lo más sensato porque, si estuviera en las gradas, ya habría saltado al campo para sacarla de allí.

Los compañeros comentaban la jugada, pero apenas les prestaba atención, tan solo tenía ojos para ella, que comenzó a caminar de forma segura hasta ellos. Con gesto serio y transmitiendo una seguridad que calmó un poco el frenético latido de su corazón, se metió en el centro del grupo de hombres y se plantó en mitad, separando con sus propias manos a dos de los jugadores: implacable.

Se quedó sin palabras, ahí estaba, apartando con sus manos a esas moles que podían aplastarla como si fuera una mosca, sin embargo, los ánimos se sosegaron y los jugadores detuvieron el

arranque de ira tan pronto como se había iniciado. La diosa llenaba el campo y su pecho.

—Vaya, ¡qué mujer! —comentó con admiración uno de los jugadores sudafricanos.

A punto estuvo el león que llevaba dentro de gruñirle como advertencia, pero no tenía derecho, además, era cierto. Era una mujer que ningún hombre con ojos podría ignorar.

Su presencia en el campo lo llenaba todo, no podían escuchar bien lo que les decía, pero estaba seria. Muy seria. Y tranquila. En ningún momento se la vio alterada ni asustada, a pesar de que cualquiera de esos hombres la arrugaría entre sus manos como papel de periódico.

—Primera jugada polémica del mundial —decían los comentaristas —, tengo ganas de ver cómo se las apaña la árbitra española en este momento.

A mí me daría miedo entrar ahí, pero ella parece que no teme nada.

—Sabe que está a salvo —comentaba el compañero—, por algo ella es la diosa del campo en este instante. Parece que los capitanes han vuelto a ser niños y que su madre los regaña seriamente —se burlaba.

—A mí no me importaría recibir un castigo de una mujer así… —soltó el primer comentarista.

Kenneth bufó, pero tenían razón: los capitanes de ambos equipos bajaban la cabeza, avergonzados. Tenían las manos entrelazadas por delante y la mirada, clavada en el suelo. Fuera lo que fuera lo que les estaba diciendo, ambos no podían ni replicar porque ella era dios en el campo y su diosa fuera de él. El corazón seguía latiéndole a un ritmo desbocado, pero ya no solo por el miedo, sino por el orgullo que sentía.

—La árbitra se interesa por el jugador argentino, parece que le pregunta si se encuentra bien.

—Me gustaría saber qué medidas tomará, ¿qué crees que sería lo más acertado? —interrogó a su compañero.

—Supongo que debería amonestar por obstrucción al jugador inglés.

Esperemos a ver cómo soluciona esta jugada.

Kenneth mantenía la respiración contenida; Adriana hablaba con el jugador argentino que había recibido el golpe, este cabeceaba sin abrir la boca. Después se acercó al jugador que había empujado al puma al suelo con tanta fuerza y sacó tarjeta amarilla5.

El estadio se levantó a la vez que gritaba, silbaba, protestaba, aplaudía… un revuelto de emociones, de opiniones dispares: unas a favor, otras en contra.

—¿Le ha sacado amarilla?

—Lo envía diez minutos al *sin bin*6, me parece justo. Ha sido una entrada muy peligrosa y rastrera. No tenía que atacarlo por la espalda —defendió Aiden a Adriana.

Y, antes de que pudieran decir nada más, Adriana se acercó al jugador que de manera tan brusca había sacado a otro de los jugadores ingleses del cuello de encima de su compañero y le dio el mismo castigo.

Y el estadio aplaudió por su decisión.

—Me parece que ha sido lo más acertado. Desde luego el premio por ser la mejor árbitra de la temporada ha sido merecido. No todo el mundo hubiera hecho eso, pero me parece lo más sensato.

—Una gran labor la de la árbitra. La entrada del inglés ha estado fuera de lugar, pero la intervención del argentino tampoco ha sido correcta. Así que creo que ha tomado la decisión más justa y equilibrada —alabó el otro.

Tras esa jugada, el resto del partido sucedió con normalidad y sin más incidencias, que agradeció Kenneth, ya no tenía edad para tanta tensión. Los ingleses se hicieron con la victoria en un partido reñido en la que la actuación de Adriana fue impecable.

—Es buena —afirmó Aiden a su lado.

—Lo es. La mejor.

—Ya te has arrodillado una vez ante ella y te rechazó. Así que ponte las pilas y no la dejes escapar. Es evidente que esa mujer te gusta.

—Es lo que intento hacer, pero me lo pone difícil —confesó. No tenía ningún sentido mentirle a su amigo, menos si era tan evidente para los demás.

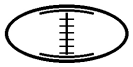
—Eso es lo mejor, un juego duro es mucho más divertido y satisfactorio que un juego fácil —bromeó Aiden, dándole una palmada en la espalda a su amigo y capitán—. Vamos a descansar, mañana nos toca a nosotros, qué pena que ella no sea la árbitra… —confesó.

Sin embargo, Kenneth lo agradecía porque estaba seguro de que su atención se centraría en ella y no en el balón.

5 Tarjeta Amarilla: un jugador es suspendido temporalmente cuando es amonestado en un partido por el árbitro y temporalmente excluido del perímetro de juego por el árbitro por un período de diez minutos de tiempo de juego.

6 El *sin bin* en los partidos es normalmente un asiento en algún lugar entre donde se ubica el personal del campo de juego y los reemplazos de los dos equipos durante el juego.

Capítulo 26



Tercer tiempo

10 de septiembre, Marsella.

Todo se solucionó en el tercer tiempo. La verdad era que le encantaba charlar y aclarar cualquier duda que hubiera quedado en los jugadores o en los entrenadores. Aunque fue un tercer tiempo extraño porque no dejó de pensar en él. Sabía que no podía verlo, al día siguiente jugaba y, además, no pintaba nada con ellos. Era un espacio para los equipos y los árbitros.

Tras recibir muchos halagos por su actuación y más de una disculpa, regresó a la habitación y miró, por primera vez en muchas horas, el móvil.

Leyó más de una vez el mensaje con el corazón acelerado, no había estado en el campo, pero la había visto. Una sonrisa bobalicona torció sus labios a pesar de lo agotada que estaba y tecleó:

El mensaje no se hizo esperar y Adriana sintió como su corazón se aceleraba. La verdad era que el tiempo de duración del campeonato se le iba a hacer eterno. No había contado con todo lo que lo echaría de menos, ni con cuanta fuerza iba a desear que ese hombre estuviera dentro de ella una vez más. Iba a ser una auténtica tortura mantenerse alejada de él.

Se despertó tarde y descansada. Estiró sus músculos y se dio cuenta de que se había dormido sin preguntarle a Kenneth cómo pensaba dedicarle los puntos ni desearle buenas noches. Pero el cansancio había ganado la batalla, una perdida de antemano.

El resto de la mañana lo pasó tranquila, esperando que llegara la hora para ver el partido de Kenneth. Se uniría a los demás en la sala común y disfrutaría de buen *rugby*. Tras una frugal comida en un local cercano, regresó con un café para llevar y un dulce en una bolsa de papel.

Era un poco pronto, pero no quería perderse nada del partido, ni los minutos previos. Al llegar, la sala ya estaba bastante concurrida y

se sentó en un sofá libre que encontró cerca del resto de árbitros que habían decidido unirse al espectáculo, al igual que ella. En la sala había varios jugadores de Argentina e Inglaterra, entre ellos el jugador argentino al que expulsó por esa mala acción hacia su compañero.

Todos la miraban y saludaron con un gesto de su cabeza, pero ninguno se acercó. Mejor así, no tenía ganas de hacer nada que no fuera ver el partido, pero la cosa se tensó cuando los murmullos empezaron a ser algo groseros, algo poco habitual en *rugby*, aunque de vez en cuando se daba.

Al darse cuenta de que no vería tranquila el partido y que sus compañeros de profesión se sentían incómodos sin saber si intervenir o no, se levantó y, despidiéndose de los demás, regresó a su habitación. Allí, a solas, podría gritar, molestarse, soltar tacos o lamer la televisión si era lo que le apetecía. Lejos de miradas. Lejos de susurros malintencionados.

El partido estaba a punto de comenzar, ver a Kenneth llevando con orgullo los colores de su tierra la hizo emocionarse. La camiseta era de un azul oscuro y en los costados llevaban una franja con tela de tartán en tonos azules y verdes. Ahí estaba su *highlander*, solo le faltaba el *kilt*, e imaginarlo así vestido le provocó tanto calor que tuvo que levantarse a por agua.

El partido dio inicio con el *kickoff* de Escocia, que puso el balón en juego. Los sudafricanos eran rápidos y fuertes y el primer punto estuvo muy reñido, pero se lo llevó el equipo escocés.

Adriana aplaudía la jugada cuando se dio cuenta de que Kenneth, a través de la pantalla, levantaba la mano como si sostuviera… ¿una cerveza? Y le daba un trago. Tomó el móvil y leyó el mensaje una vez más.

¿Era esa su manera de dedicarle el punto? ¿Brindaba con ella al igual que la primera vez? La idea de que fuera por eso, de que recordara con claridad su primer encuentro, tanta como ella, la hizo sentirse un poco mareada y zarandeada por todas las emociones que trataba de mantener a raya, pero que cada vez corrían más peligro de desbordarse y arrastrarla a su paso.

—¿Qué es lo que acabamos de ver, Pierre? ¿Acaso el capitán está dedicando el primer punto a alguien?

—No hay rumores sobre que Kenneth Buchanan esté en una relación…, aunque la verdad es que ese gesto va a dar mucho de qué hablar…

—¿Será que el león ha encontrado a su leona?

—¿Quién sabe? Pero me pregunto si la leona rugirá tan fuerte como él…

Adriana solo escuchaba retazos de la conversación y entonces volvió a suceder, Kenneth marcó otro tanto y repitió el gesto. Una vez más levantaba la mano como si llevara una pinta y, después, dio un trago.

El estadio enloqueció, no solo por el juego que estaban regalando ambos equipos, sino por el gesto que no dejó de ser el tema principal del partido. Todos teorizaban sobre qué podría significar y a quién estaría dedicado.

El partido terminó con la victoria para Escocia, que fue halagada porque había desempeñado un gran partido contra uno de los favoritos. También comentaron que sus rivales de grupo estaban haciendo unos partidos muy modestos, alejados de lo que de verdad podían hacer.

Un periodista a pie de campo se acercó a hablar con Kenneth, que tenía una gran sonrisa y los ojos brillantes, borrachos por la victoria.

—Capitán Buchanan —llamó la atención el periodista a Kenneth, que se giró para atenderlo—. Lo primero, darle la enhorabuena por la victoria.

—Gracias, ha sido un gran partido. Reñido y duro, como me gustan —contestó, jadeante.

—Hay algo que ha llamado la atención de todos y no se ha dejado de comentar durante el partido, ese gesto —se detuvo para imitarlo con las manos—, ¿qué significa?

—¿No está claro? Brindo por el punto.

—¿Está dedicado a alguien especial? Porque no ha pasado desapercibido que es la primera vez que lo hace…

—Sí, está dedicado a alguien especial. Le dije que cada punto lo celebraría y se lo dedicaría.

—¿Una mujer, capitán?

—La mujer —recalcó—. Pero no diré nada más hasta que termine el campeonato —aclaró.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó el periodista—. Estaré deseando que el campeonato termine para saber más —sonrió con la esperanza de una buena exclusiva llenando sus ojos—. ¿Y lo hace brindado con…? —prosiguió con su interrogatorio.

—Con cerveza, por supuesto —sonrió antes de alejarse para regresar con sus compañeros.

—Estás loco, *highlander*. ¿La mujer? —lo riñó con una gran sonrisa en la cara. Una que, sabía, duraría días—. Estás peor de lo que pensaba. —Pero su corazón latía a mil por hora y su estómago estaba lleno de mariposas.

Era tarde, pasaba la una de la madrugada, pero el golpeteo insistente la despertó. Se levantó y se acercó a la puerta, al mirar a través de la mirilla, se dio cuenta de que Kenneth estaba al otro lado.

Cuando abrió, se encontró con un hombre feliz y algo ebrio que se lanzó a sus brazos nada más verla. Adriana, con esfuerzo, cerró la puerta; no quería tener líos y, después de que confesara que había alguien especial a quien le dedicaba las anotaciones, tendrían que tener más cuidado todavía.

—Kenneth, ¿qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco? —interrogó. Aunque no estaba muy segura de si estaba en condiciones para contestarle.

—Te he echado de menos, ¡maldita sea! —murmuró casi molesto y con voz espesa debido al alcohol.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con apenas voz.

Estaba apoyada en la pared de entrada, con las manos a la espalda y los ojos muy abiertos. Sin poder parpadear, sin poder desviar la vista de ese hombre que la volvía loca.

—¿No lo notas…? —susurró la pregunta, acercándose a ella para tomar su mano y llevarla justo donde sus ganas apretaban.

Adriana gimió, vaya si lo notaba, y vaya si le tenía ganas, pero, por el momento, no podía permitírselo.

Kenneth no podía dejar de pensar en hacerla suya ahí mismo, en ese instante, sin reprimirse más y ella no tenía ni la más remota idea de cuánto le estaba costando reprimir todo lo que golpeaba bajo su pecho, queriendo estallar.

—¿No te das cuenta de las ganas que te tengo…? —siguió murmurando, con la voz enronquecida por el deseo y los ojos lleno de ella. Solo de ella—.

Y no estamos en edad de quedarnos con las ganas, Adriana —musitó junto a su oído.

Era un mar de dudas: su cabeza y su deseo no se ponían de acuerdo. Y ese hombre la hacía dudar y la volvía loca porque estaba justo ahí: entre sus ganas de arriesgarse y el miedo a enamorarse. Si no lo estaba ya. Tal vez lo había estado siempre porque ese hombre era un pecado en el que no le importaba caer una y otra vez…

Miró la sonrisa que esbozaba el capitán y no dejó de preguntarse si tendría la más mínima idea del desorden que dejaba en ella.

—Adriana…, no sabes cómo me estoy conteniendo para no caer… —susurró con los dientes apretados, colocándose cerca de ella, tanto que sus frentes se tocaban, pero nada más.

Entre ellos había una barrera invisible que parecía impedir que se rozaran excepto por esa zona en concreto.

—¿Caer? ¿Adónde, capitán? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—Sobre ti, porque, ¿sabes, Adriana? —ronroneó bajando más la voz, colocando los labios en su oído, provocándole miles de escalofríos que terminaban torturando su sexo.

—¿Qué? —preguntó en el mismo tono que él.

—Tú y yo tenemos muchos orgasmos pendientes… Y pienso cobrármelos todos.

Escucharlo le provocó un gemido que resonó dentro de la solitaria habitación. Cerró los ojos para tratar de contener todo lo que estaba sintiendo en ese instante. Todo lo que había ido guardando dentro durante esos meses que habían pasado separados. La puerta se

cerró y supo que se había ido. Estaba manteniendo el pacto, aunque ahora era ella la que dudaba de si tendría o no fuerzas para ello.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, parada con el corazón latiéndole como loco y la respiración acelerada, pero fue mucho. Tanto que perdió la noción de él. Cuando logró que su cuerpo se serenase, regresó a una cama que se le antojó más sola y fría que nunca.

Capítulo 27



Maldita noche

24 de septiembre.

Desde aquella maldita noche no había podido dejar de pensar en él, más que de costumbre. Pero sus horarios no cuadrarían hasta mucho más adelante. Él jugaría en Niza, luego en Lille y más tarde en París, y ahí podría verlo unos días, ya que después le tocaría regresar a Marsella a volver a pitar. Así que hasta el 20 de octubre estarían separados, después, el resto del campeonato estarían juntos en París si lograba pasar de fase.

Y era extraño pensar en eso porque, aunque estaba en el mismo lugar, los separaban tantas cosas que supo que había algo mucho peor que los kilómetros para una relación. Los mensajes y las llamadas habían sido casi inexistentes, Kenneth había estado de concentración y necesitaba precisamente eso: concentrarse. No en ella, eso no le requería ningún esfuerzo, sino en el juego. Y ella, por su parte, no había estado desocupada.

Así que se conformaría con verlo esa noche por la televisión. Estaba en su habitación, había tomado la costumbre de verlo jugar ahí, en la intimidad tras las paredes. De esa forma podía disfrutar de él y de sus dedicatorias, ¿lo haría de nuevo? No tenía ni idea, le había puesto un mensaje de wasap deseándole buena suerte hacía un buen rato, pero no había obtenido respuesta.

Y, como por arte de magia, pensar en eso hizo aparecer en la pantalla de su teléfono la respuesta que tanto anhelaba.

Los dedos de Adriana temblaron cuando teclearon «yo también», y es que para qué mentir si lo extrañaba a rabiar. ¿Cómo demonios había sucedido? El doble tic se puso en azul y supo que lo había leído, pero no obtuvo respuesta. No se molestó, sabía que estaría a punto de salir al campo y los locutores le dieron la razón cuando comenzó el jaleo en Stade de Nice y los dos equipos, Escocia y Samoa, se enfrentaban con la mirada en el centro de este.

—¡Dios! Está tan guapo que va a estallar la pantalla —murmuró para sí misma mientras se llevaba un puñado de palomitas a la boca.

El partido comenzó y Adriana disfrutó de cada segundo y, cuando Kenneth marcó y le dedicó el punto brindando con ella, desde su solitaria habitación, brindó con él. Alzó la lata de Coca-Cola y dio un largo sorbo.

El partido se lo llevó de calle Escocia, que se impuso sin esfuerzo, no se dejaba de hablar de que los *highlanders* estaban haciendo un gran campeonato, siendo el equipo sorpresa del mundial, ya que no estaba en las quinielas iniciales de nadie.

Al terminar, mientras celebraban una vez más la victoria, el periodista a pie de campo se acercó al capitán para entrevistarlo.

—Capitán Buchanan, lo primero, daros la enhorabuena, estáis haciendo un campeonato increíble —lo felicitó.

—Gracias, estamos trabajando muy duro y se está reflejando en los partidos —dio las gracias con una gran sonrisa mientras se colocaba con la mano el cabello húmedo hacia atrás.

—Hay algo que se pregunta todo el mundo, capitán. ¿Conoceremos pronto a la mujer a la que van dedicados todos sus brindis? ¿Cómo es la mujer que ha robado el corazón al capitán de los highlanders?

—Excepcional, siempre dije que me casaría con la mujer que fuera mejor que yo, que me superara, y la he encontrado.

—¿Escucho campanas de boda, capitán?—interrogó el periodista, alucinando con lo que le decía el jugador.

—Si ella me da el sí…, pero eso lo sabremos cuando termine el mundial

—añadió con una gran sonrisa que llenó no solo su cara, también la pantalla.

Y la entrevista terminó ahí, Kenneth se unió al resto de jugadores como si nada, como si no la hubiera dejado flotando sobre la cama porque las putas mariposas no dejaban de agitar las alas con una fuerza contra la que no podía luchar.

Tecleó sin aliento y, después, tiró el aparato a los pies de la cama. La cama empezó a vibrar y Adriana se dio cuenta de que tenía una llamada entrante. Se inclinó hacia delante para llegar hasta donde

había caído el dichoso teléfono, derramando a su vez algunas de las palomitas, y vio su nombre en la pantalla.

—¿Cómo te atreves a decir algo así frente a todos? —soltó nada más descolgar.

—Porque es lo que siento, Adriana —dijo, sereno y serio.

Y a Adriana esa manera tan natural de decirlo le provocó escalofríos que recorrieron toda su piel, y eso le trajo recuerdos de las manos de ese hombre sobre su piel. En su cuello. Sobre sus labios. Dentro de ella…

—Aunque sea así, Kenneth, no puedes decir algo así en directo. ¿Imaginas lo que pasará si descubren que hablas de mí? Ya te adelanto que lo del vídeo no va a ser nada comparado con esto —replicó.

—¿Por qué estás tan segura de que me refiero a ti, Adriana? —susurró.

Su estómago se congeló, al igual que su corazón. ¿Acaso había alguien más? ¿Aquella joven actriz que conoció en la gala? ¿Sería posible…? No sabía qué decir, se sentía muy avergonzada por haber dado por hecho que era la destinataria de todo eso que confesaba frente a las cámaras.

—Adriana, ¿sigues ahí? —la interrumpió su voz.

—Sí, pero voy a dejarte, estarás agotado y, además, tendrás que acercarte a disfrutar del tercer tiempo.

—¿Estás molesta? —inquirió al notar el cambio en la voz de la mujer.

Kenneth podía imaginarla, con las mejillas sonrojadas, molesta, mordiéndose el labio inferior…, y no pudo reprimir la sonrisa que se dibujó en su cara. Al menos estaba solo, sus compañeros habían terminado antes que él, que se había retrasado por la entrevista.

—¿Por qué debería estarlo? —replicó en defensa.

—Por creer que hay otra que no seas tú.

—Tampoco es que pueda pedirte fidelidad ni nada así, ¿verdad? Al fin y al cabo, fui yo la que te pidió una pausa durante el campeonato —expuso.

Lo cierto era que no sonaba para nada segura de sus palabras porque, al pensar en la posibilidad de que Kenneth estuviera viendo

a otra, le había dejado el cuerpo del revés. Tampoco sería tan extraño, era joven, atractivo, famoso…, y llevaban sin verse una eternidad.

—Me gustaría tanto que me lo pidieras… —confesó al otro lado.

La voz de Kenneth llegó suave, cálida, impregnada por la esperanza. Y Adriana sintió que se derretía; era un cubito de hielo bajo el sol de agosto.

—¿Qué desearías que te pidiera, *highlander*? —reiteró.

—Que no hubiera ninguna otra. Nunca más. Pídelo, pide lo que quieras porque estoy dispuesto a darte todo lo que desees.

—¿Sería capaz el *highlander* que llevas dentro a jurar lealtad?

—Lo llevo en la sangre.

—¿Y el león? ¿Sería capaz de aceptar a una sola leona?

—Te lo aseguro. No habría espacio para nadie más. Ya no lo hay, Adriana…

Y esas palabras fueron su perdición. Estaba aterrada, lo estaba de verdad. Como nunca. Y de nuevo la sensación de estar entre la espada y la pared aguijoneaba su cabeza.

—¿Qué piensas, Adriana? Di algo… —suplicó al otro lado.

—Pienso que… —se detuvo, no estaba segura de querer poner voz a esa sensación.

—¿Qué? —la animó al otro lado.

—Siempre es igual contigo, Kenneth —suspiró, rindiéndose—. Siempre me haces estar dividida entre mis ganas de arriesgarme y el miedo que me da enamorarme de ti.

Kenneth no puedo evitar soltar un jadeo. No se esperaba para nada esa confesión. Lo sabía, muy adentro lo sabía, pero no se había hecho real hasta que lo había escuchado de su propia boca. La asustaba enamorarse de él, pero ahí estaba ese sentimiento. No era solo algo que él sentía, era algo de los dos. Podía entenderla, había demasiadas cosas en contra, pero sortearía los baches del camino por ella, junto a ella.

—Acabas de condenarte, Adriana. Si tenía alguna duda, se acaba de disipar.

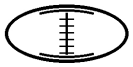
—¿De qué hablas?

—Acabas de confesar que tienes sentimientos por mí, es más que suficiente para que vaya a por todas y es lo que voy a hacer. Tal vez todavía estés insegura, pero yo no.

—Kenneth —trató de protestar.

—Tengo que dejarte, me buscan. Nos vemos pronto, *sassenach*.

Capítulo 28



¡Maldito highlander!

30 de septiembre.

La conversación con Kenneth la había dejado nerviosa, tanto que decir que no había pegado ojo era decir mucho. Le dolía el cuello por la cantidad diferente de posturas que había probado durante la noche, incluso en una de las vueltas que dio sobre la cama terminó en el suelo. Ahora, además, le dolía el costado por el golpe. Y la cabeza la tenía abotargada, como si despertara con una enorme resaca, solo que no era alcohol lo que la había embriagado, sino las palabras de Kenneth.

—¡Maldito *highlander*! —protestó al vacío.

A pesar de todo, estaba feliz, como nunca, y su estómago daba un vuelco cada vez que recordaba sus palabras.

La semana había pasado en un suspiro. Había tenido que viajar desde Marsella a Lyon, donde había arbitrado algunos de los partidos y el poco tiempo que tenía libre su cabeza se empeñaba pasarlo recordándolo.

Esa noche, agotada tras las largas sesiones de entrenamientos y de revisión de jugadas y partidos junto a sus compañeros, había decidido excusarse por no cenar con ellos y pedir algo al servicio de habitaciones. Como venía siendo costumbre, cada vez que jugaba Kenneth disfrutaba del espectáculo a solas. Era el único momento en el que desataba todo lo que sentía por él.

Esa noche tenía el corazón dividido. Por un lado, jugaba la selección española, por otro, el equipo de Kenneth, y no podía evitar desear que ambos ganaran, aunque tenía claro que el equipo escocés estaba haciendo mejor mundial que España.

Irlanda y Sudáfrica habían jugado unos partidos muy mediocres, a los que había que sumar varias bajas de jugadores por lesión o enfermedad, por lo que España tenía posibilidades de quedar muy bien situada dentro de su grupo. Había echado cuentas y, si ganaba

España, Escocia seguiría yendo primera de su grupo y España quedaría segunda.

Tocaron a la puerta y supo que era el servicio de habitaciones, se levantó descalza y abrió la puerta. Tomó la bandeja de las manos del joven que la sostenía y le dio las gracias junto con una pequeña propina. Cerró de nuevo usando el pie para empujar la puerta y se sentó en la cama con cuidado de no derramar la bandeja.

El sándwich era increíblemente enorme y las patatas fritas que lo acompañaban eran rizadas y eso le encantaba. Las roció de kétchup y mayonesa y se llevó una a la boca sin dejar de mirar la pantalla del televisor.

El estadio Pierre Maoury de Lille estaba a reventar, como todos lo habían estado todos los partidos. Los comentaristas bromeaban sobre las celebraciones del capitán escocés y se preguntaban si volvería a repetirlas.

Adriana miró la lata de cola *zero* y sonrió, tenía otra de repuesto en la mininevera por si no tenía suficiente con una para brindar con él. Kenneth no sabía nada, era su pequeño secreto y lo disfrutaba tanto…

Los equipos entraron en el campo y el público estalló en aplausos. Era una gozada disfrutar del buen rollo que había en el *rugby* la mayor parte del tiempo y ella se unió a los aplausos, aunque solo pudieran oírlos los huéspedes de las habitaciones contiguas.

—Cada día está más bueno, no sé cómo se las apaña, pero así es. Cuando vuelva a verlo, tengo que preguntarle qué coño hace para irse a dormir y despertarse al día siguiente más cañón —murmuró, dando un buen bocado al sándwich.

El resto del partido lo disfrutó de lo lindo. España jugó muy bien, lo que hizo que el partido estuviera muy reñido. Kenneth le dedicaba cada tanto que marcaba con su brindis. Y ella brindaba con él cada una de las veces.

Pero, al final, España, con una gran jugada en los últimos segundos, se impuso y ganó a los imparables *highlanders*. No estaba triste, Escocia seguía primera de grupo y España segunda, ¿se podía pedir más? Sí, claro, que Kenneth estuviera en su cama esa noche.

6 de octubre, París.

El avión por fin tocaba tierra, si no le bastaba ya con los nervios de volverlo a ver tras la conversación de hacía una semana, se le habían unido los nervios que el ajetreado viaje en avión le había provocado al pillar tantas turbulencias. Se sentía revuelta y algo mareada. No era que le encantara viajar en avión, pero tampoco le suponía un trauma a no ser que fuera un viaje como el que acababa de tener.

Dio la dirección al taxista, que la dejó justo frente al apartahotel que le habían asignado y que se ubicaba en el bonito barrio de Saint-Denis, cerca del Stade de France, donde se llevarían a cabo la mayoría de los partidos restantes.

El hotel de apartamentos era un edificio de tonos claros, situado cerca de la boca de metro y a un paseo del estadio. Un lugar idóneo para hacer turismo, aunque lo cierto era que Adriana ya había visitado París con anterioridad; siempre que regresaba conocía lugares nuevos o visitaba algunos otros que adoraba, como Montmartre, ese lugar era mágico. O pasear a los pies de la Torre Eiffel, siempre terminaba perdiéndose por sus alrededores. En esta ocasión no quería irse de París sin dar un paseo en barco por el Sena; la última vez no pudo ser y todavía recordaba el itinerario que ofrecía: una vista diferente de los Inválidos, el Parlamento, la Catedral de Notre Dame, todavía en reconstrucción tras el incendio, o el Louvre.

Nada más entrar, se topó con la pequeña recepción, en la que un joven muy atractivo de color la saludó nada más verla. Con un francés bastante oxidado, logró hacerse entender, aunque sabía que el joven recepcionista estaba haciendo un gran esfuerzo para agradecerle el intento de chapurrear su lengua.

Con la llave en la mano, se dirigió hacia donde le había indicado que estaba el ascensor, pulsó el botón y las puertas se abrieron al momento, era bastante estrecho, pero el lugar era un espacio que llevaba todo a la mínima expresión.

Pulsó la última planta y se apoyó contra la pared metálica cerrando los ojos, necesitaba hacerse a la idea de que iba a verlo y, más aún, necesitaba hacerse a la idea de que, durante los días que

quedaban, debía mantenerse alejada de él. Ahora más que nunca se sentía en peligro, sus defensas estaban al mínimo.

Echó un vistazo al apartamento y vio que tenía una gran cama doble, una pequeña sala de estar y cocina. Le agradaba, no era tan lujoso como otros hoteles en los que había estado alojada durante el campeonato, pero era acogedor. Y tener cocina era un alivio, estaba deseando poder prepararse algo casero de verdad. Algo con sabor español: una tortilla de patatas, por ejemplo.

Miró la hora tras cenar. Era tarde y mañana sería la prueba de fuego, tenía que arbitrar el partido que enfrentaría a Irlanda contra Escocia y la agobiaba pensar que no haría un buen partido porque Kenneth era uno de los jugadores. Porque sentía algo por él.

Se fue a la cama temprano, el día siguiente sería duro y tenía que tratar de relajarse y concentrarse para el que sería, casi con toda seguridad, el partido de su vida.

7 de octubre. Partido Irlanda-Escocia, París.

Despertó temprano y aprovechó la mañana para hacer una colada en la lavandería. Lo cierto era que buscaba rincones en los que no ser encontrada, sabía que el equipo escocés, entre otros, se alojaba en el mismo lugar y no estaba lista para toparse con Kenneth, no todavía. Ni siquiera tenía claro que pudiera mirarlo a la cara durante el partido, confiaba en su profesionalidad y se convencía a sí misma de que, cuando diera inicio el encuentro, todo desaparecería, como siempre, menos el juego.

Sacudió los pies y las manos. El Stade de France vibraba con intensidad, ella también. Era un partido importante para Escocia, lo sabía, y para ella. También lo sabía. Giró un par de veces la cabeza para liberar el cuello de la tensión que apretaba su nuca. Había comido poco, pero es que el nudo que tenía en el pecho no la dejaba ni respirar.

Los locutores empezaron la retransmisión y, cuando ambos equipos se situaron en el campo, se acercó a ellos con paso seguro, aunque no se sentía así. En ambos equipos había jugadores que conocía, pero pitar a los demás no la afectaba. Solo él. Siempre había sido él.

—Capitanes —los saludó—. ¿Quién lanzará?

—¿Qué dices, Buchanan? ¿Lanzo yo? —interrogó el capitán irlandés a Kenneth.

—Lanza. Elijo cruz.

—¿Eliges cruz?

—Sí, en las últimas semanas cargo con una, creo que me dará suerte.

Adriana se obligaba a no mirarlo de manera diferente, pero sabía que era imposible por lo que fijó la vista en la moneda. El capitán de la selección de Irlanda lanzó el metal al aire y salió cruz: Kenneth sonrió y la miró de reojo.

—Elegimos saque —informó.

—Nosotros campo, entonces —dijo a su vez el contrincante, y después se dieron la mano.

Adriana se colocó en posición y dio el silbido de inicio. Y, de nuevo, ese sonido obró su magia. Todo desapareció menos el balón y el campo. Ahora todos eran solo jugadores sin rostro, solo números sobre el césped.

El partido terminó con una victoria avasalladora para Escocia, que no dejó ni respirar a los oponentes ya tocados por alguna lesión que otra en varios de sus jugadores. Cada vez que Kenneth marcaba, le dedicaba el punto a ella, que trataba de luchar contra las ganas de unirse al brindis. Y lo agradeció, porque así, pasara lo que pasara, no podrían dudar de su arbitraje.

La victoria había sido clara desde el inicio porque Escocia jugó como nunca y Adriana, a pesar de analizar el juego con profesionalidad, no pudo evitar sentir orgullo por el partidazo que había hecho Buchanan.

Cuando llegó al lugar donde se celebraría el tercer tiempo, estaba nerviosa y se colocó las manos en el estómago, como si con ese gesto los pudiera hacer desaparecer. Sabía que su llegada despertaría atención, lo había vivido en los demás encuentros tras los partidos, aunque sabían que existía parecían no creerlo hasta verla en persona y escucharla hablar.

Como supuso, en cuanto puso un pie en el local, Adriana no dejó de saludar a todo el mundo, no podía hacer otra cosa. La hacían sentirse un poco como la atracción favorita de la feria y no dejaba

de charlar y estrechar manos a unos para, acto seguido, comenzar con los siguientes.

Se había propuesto ignorarlo, no, se había obligado a ello, a tratarlo como a uno más, pero nada había dado resultado, cada dos por tres se descubría a sí misma buscándolo con la mirada. Siempre pendiente de su voz, de su risa, de él. Y es que daba igual todo, tal vez Kenneth Buchanan no entraba en sus planes, pero lo cierto era que se había cruzado en su camino y se había olvidado de todo lo demás.

Quería saludar a algunos de los jugadores que conocía por ser compañeros de Kenneth en los Lions y que ahora estaban con sus selecciones, pero no dejaban de acercársele entrenadores, seleccionadores, árbitros y jugadores a conocerla y charlar un rato sobre los partidos que estaba pitando. Por lo que había deducido, sus partidos despertaban un interés extra gracias a que ella los arbitraba. Era solo su trabajo, así que le costaba acostumbrarse al revuelo que se formaba a su alrededor.

Tras una hora intensa en la que no dejó de hablar con todo el mundo, se dio cuenta de que necesitaba un respiro. Aire. Y huyó a escondidas para tratar de poner en orden todo, sobre todo, su cabeza: dentro de ella solo había ruido, uno específico, el de su voz.

Una vez en el pasillo, dejó escapar el aire. Solo unos días más y terminaría el campeonato. Habría pasado la tortura de estar tan cerca de él y sufrir por no poder tenerlo donde deseaba. Lo conseguiría; ahora, más que nunca, no quería distracciones, tenía que mantenerse fría para llegar a la final con la mente clara.

¿Pero quién podía mantenerse fría cuando el sol golpeaba sin compasión sobre uno? Ella, o eso esperaba.

—¿Te acompaño, *sassenach*? —La sacó de sus pensamientos la voz de Kenneth.

Verlo la alivió, lo que de verdad quería era cogerlo de la mano y largarse con él a su habitación, meterlo en su cama y pasar allí todas las horas que quedaban antes de que tuviera que regresar a Marsella para arbitrar su siguiente partido. Quería *sexcuestrarlo* y no pedir rescate. Eso quería, pero no podía.

—No creo que en París dejen que los hombres entren en los baños de mujeres, *highlander* —bromeó.

—¿Estás segura? Se me ocurren muchas cosas que hacer en un baño… contigo —ronroneó.

—Estoy segura, Buchanan —afirmó sin poder controlar el titubeo en su voz ni la sonrisa que dibujó su boca.

—Adriana —la llamó de nuevo.

—¿Sí?

—Mañana nos han dado el día libre como premio por habernos clasificado. Y tú te irás en un par de días a Marsella, ¿verdad? —interrogó, acorralándola contra la fría y solitaria pared del pasillo.

Adriana asintió, no podía hacer nada más, temía que, si abría la boca en ese instante, las mariposas escaparan por su boca y lo llenaran todo de aleteos.

—Escápate conmigo hoy. Nadie se dará cuenta. Quiero pasar algo de tiempo contigo, a solas —musitó, colocando un mechón oscuro tras la oreja femenina. El roce de sus dedos, en esa zona de su cuerpo, ardió—. Prometo portarme bien… —suplicó.

—Está bien, dame cinco minutos que vaya al baño y te acompaño.

—No, no tenemos cinco minutos, cuanto antes nos vayamos, más a salvo estaremos —la advirtió al ver que la puerta del salón de reuniones se abría.

Sin pensarlo, la tomó de la mano y salió corriendo con ella del local y no dejó de correr hasta entrar en la boca del metro: allí estarían seguros. Una vez dentro, se detuvo para recuperar el aliento.

Adriana sonreía, la carrera le había sentado bien, había liberado un poco de la tensión sexual que siempre sentía al estar a su lado. Y lo cierto era que también la divertía verlo tan cansado.

—¿No se supone que estás en una gran forma?

—Lo estoy, cuando quieras te demuestro que puedo hacer maratón durante toda una noche —la provocó.

—Ya habrá tiempo, *highlander*, ahora me muero de hambre —susurró, colocando sus manos en el pecho masculino para alejarlo un poco.

Lo necesitaba, su presencia la embriagaba hasta marearla y conseguir que dejara de pensar en otra cosa que no fuera él. Sin embargo, tenerlo cerca solo había conseguido aumentar su hambre y ahora no solo su estómago rugía, también el resto de su cuerpo; de anhelo.

—¿Qué quieres comer, *sassenach*? Porque yo tengo claro lo que comería ahora.

—¿El qué?

—A ti.

Adriana notó como su corazón se saltaba unos latidos para comenzar a latir a un ritmo frenético, tenía las palmas de las manos con una leve capa de sudor. En lo único que podía pensar era en besarlo, justo lo que debía evitar los días que quedaban de campeonato, que iban a ser un infierno, uno en el que deseaba arder. Hasta el alma.

—Adri —la llamó por primera vez así y le gustó—, ¿vamos a calmar esa hambre? —murmuró.

—No, no puedes, ¡maldita sea, Kenneth! —susurró, molesta—. No puedes decir cosas así y pretender que no suceda nada…

—Entonces, haré que suceda.

—¿El qué, Kenneth?

—Todo.

Capítulo 29



Deseo

Adriana no fue consciente de cómo llegaron a la puerta de su habitación ni de cómo pudo abrirla. Lo cierto era que estaban dentro y que Kenneth estaba sentado en el único sofá del apartamento.

—Voy a por agua, ¿quieres? —preguntó justo al pasar por su lado.

Pero no obtuvo respuesta, Kenneth tomó su mano y la arrastró hacia él, haciendo que perdiera el equilibrio y quedara sentada sobre él, que la acomodó en su regazo.

Adriana mordía su labio inferior mientras observaba cómo la miraba, con ese deseo que, aun sin tocarla, se expandía hasta sus piernas. Se movió en un acto reflejo para acomodarse y notó lo duro que estaba Kenneth bajo ella. El movimiento hizo brotar un gruñido del pecho del hombre que la hizo jadear en respuesta.

Los ojos de Kenneth no podían despegarse de ella, era la mujer más hermosa que había visto nunca y sin contenerse más acercó su boca al cuello de la mujer que tan débil lo hacía y la besó. Sus gemidos fueron todo el consentimiento que necesitaba.

—Te he extrañado tanto, león —susurró, perdida en el deseo que los llenaba.

Y saberlo, ser consciente de que ella también lo había echado de menos lo hizo perder la poca cordura que quedaba y se abalanzó sobre esos labios que se moría por besar desde hacía semanas. Su boca se apoderó de la de Adriana, ahogándose en ella. En el tacto de sus manos sobre la piel de su cuello, en ese sabor adictivo que solo tenía ella.

El beso se intensificó, la razón dejó de existir y solo eran sentimientos. Pasión que los nubló hasta el punto de no ser capaces de distinguir qué era arriba o abajo, dónde empezaba uno o acababa el otro: solo deseo.

Kenneth bajó la mano hasta sus piernas y acarició su sexo sobre la ropa. El gemido de Adriana, profundo y sensual, lo hizo repetir el gesto, muerto de ganas por volver a escucharla. Y frotó una vez esa

zona y en respuesta ella clavó sus uñas sobre la piel de sus hombros.

—¿Qué me estás haciendo, Kenneth? —susurró con voz ronca.

—¿Todavía no lo sabes, Adriana? Quiero hacerte mía —confesó cerca de su cuello.

Sin respuesta que darle, dejó que la colocara sobre él, a horcajadas. Sonrió porque no tenía claro si ese pequeño sillón sobre el que estaban sería capaz de sostener el peso de ambos.

La mano del hombre se coló bajo su camisa y pellizcó un pezón, que arrancó a su garganta un grito de placer que lo hizo endurecerse más. Verla sobre él, con los ojos cerrados por el intenso placer, era más de lo que su cordura podía soportar.

—¿Te gusta? —preguntó jadeando.

—Tanto que se siente como si mi pezón y mi clítoris fueran uno.

Y saberlo lo hizo ir más lejos y ahora mordió con cuidado la zona sensible y ella se estremeció en respuesta, moviéndose sobre él, aliviando el calor entre sus piernas con el duro roce bajo su pantalón.

—¡Oh, Dios! —jadeó, quitándole la camisa para dejar su torso firme y fuerte sin nada más que la bronceada piel para deleite de sus ojos.

—Maldito *highlander*, te he echado tanto de menos… —protestó en voz baja.

Kenneth sonrió al verla tan excitada, pero cuando sus dedos se pasearon por su pecho, cerró los ojos para gozar con la sensación.

—Estás yendo muy lejos, *sassenach*. Ya te dije que te tengo muchas ganas…

—Y que ya éramos muy mayores para quedarnos con ganas, ¿verdad? —jugueteó más abajo con sus dedos, hasta rozar la goma de su ropa interior.

Antes de darse cuenta, Kenneth le había arrancado la camisa y desabrochado el sostén, dejando sus pechos libres y listos para él. Para su boca, para sus manos. Los observaba con perverso placer y los agarró y besó, sin darle tregua, antes de que se arrepintiera de sus palabras.

Adriana estaba presa del placer que la boca de Kenneth causaba sobre sus pechos. Los mordía, los acariciaba, los pellizcaba y ella solo podía inclinar la cabeza hacia atrás y dejar que todo el placer que la hacía sentir la recorriera de arriba abajo, sin control. Sin poder retenerlo por más tiempo. Sin poder pensar o tener en cuenta las consecuencias. Se había colocado a un paso del abismo y se había dejado caer. Se había lanzado sin que nadie la empujara, solo por el placer de dejarse llevar, de caer en ese abismo al que tantas veces ese hombre la había empujado hacia el borde y al que ella se había resistido caer.

No había cedido ni un centímetro de terreno, hasta ahora. Y no había necesitado que él la empujara, se había lanzado al vacío, y solo podía esperar que la caída no fuera dolorosa.

—Tan hermosa… —susurró— que haces que todo lo demás deje de tener importancia, que desaparezca.

Y su boca atrapó la de ella, un beso intenso que terminó con su labio inferior entre los dientes del hombre, que parecía no poder contenerse más, a punto de estallar como lo estaba ella.

Adriana notaba la dureza bajo ella, se deleitaba moviéndose sobre él, frotándose para hacerlo gruñir, para verlo perder el control. Su mirada era hambrienta. Se retorcía y gruñía porque no podía soportarlo más. Necesitaba estar dentro de ella ya y ella también lo anhelaba.

Kenneth pareció adivinar sus pensamientos. Se levantó con ella, agarrándola por el trasero, con los ojos fijos en los suyos color mar. Adriana se mordió el labio, como si extrañara que fuera la boca de Kenneth quien lo hiciera y él lo atrapó una vez más y la besó sin piedad.

Las manos femeninas no dejaban de acariciar el cuerpo del hombre: sus hombros, su clavícula, la espalda, el torso…, hasta que llegaron a la gran cama y la dejó sobre esta para quitarle el resto de ropa y colocarse, sin dejar de mirarla, sobre ella.

—Kenneth, sea lo que sea esto… —empezó a decir, pero la mirada de Kenneth la acalló.

Su mano se deslizó por su costado y se detuvo en su cadera, se acomodó encima, dejando que la mujer notara su dureza, su peso,

su deseo.

—Adriana, te deseo. Eso no ha cambiado, pero no te mientas, esto ya no es «lo que sea», esto ya lo es todo. Es algo profundo, tanto como voy a penetrarte —rugió al entrar dentro de ella.

Adriana gritó por la sorpresa, por la impresión, por el placer…

—Kenneth… —suspiró.

—Quiero follarte, Adriana, y hacerte el amor para siempre.

Su confesión la dejó sin palabras. La mano de Kenneth agarró su muslo, lo levantó para poder penetrarla más a fondo, para que esa mujer tuviera claro cuánto la deseaba, no, no cuánto la deseaba, sino cuánto la quería. Porque, ¡joder!, quería a esa mujer. No tenía claro cuándo había sucedido, pero así era. El sentimiento de atracción, de deseo, había cambiado a uno mucho más profundo.

Sus movimientos eran suaves, fuertes, presionándola sin descanso. Empujando en su interior todo lo hondo que podía. Quería más. Necesitaba más, tocar su alma.

—Te quiero, *sassenach* —confesó sin poder acallarlo por más tiempo.

Y ella cerró los ojos, llena de esa sensación que acababa de llenarle el pecho, incapaz de contener tanto placer, tanto deseo, tanto amor. Tras sus párpados, estallaron estrellas y hasta ellas la llevó Kenneth cuando la hizo llegar al orgasmo.

Una mandíbula áspera raspó la delicada piel de su espalda. Los recuerdos de la noche pasada la golpearon con tanta fuerza que le costó respirar. Le dijo que la quería. ¿Sería solo algo del momento? Tal vez, pero, conociendo a Kenneth como lo hacía, lo dudaba. Sabía que no era un hombre que dijera palabras a la ligera, ni siquiera cuando el deseo lo consumía.

—Buenos días, *sassenach* —la saludó, acercándola más a su cuerpo para abrazarla con fuerza.

—Buenos días, *highlander* —susurró ella en respuesta.

—He pensado que podríamos pasar el día fuera.

—¿Adónde iremos? —preguntó con curiosidad.

—¿Importa?

Adriana se giró y lo miró a los ojos. A pesar de acabar de despertar, estaba impresionante y la certidumbre de que le gustaría

verlo al despertar cada mañana se clavó en su pecho. Kenneth la abrazó y la acercó más a su gran cuerpo, besó su frente y ronroneó de placer al sentir piel sobre piel.

—La verdad es que no, no me importa —confesó.

Y era cierto. No le importaba el lugar al que fueran, lo único importante era con quién estaba y ese no era otro que su león.

Al salir del metro, sus ojos se toparon con la Torre Eiffel. No pudo contener el esbozo de felicidad que se dibujó en su rostro. Le encantaba. Y siempre que visitaba París se acercaba a verla. Le parecía una obra diferente que había roto barreras, como ella. Quizás por eso le gustaba tanto, porque en cierta forma le recordaba a ella misma.

—¿Vamos? —volvió a preguntar, a pesar de que no esperaba respuesta.

Y se encontró paseando por una de sus ciudades favoritas de la mano de ese hombre del que no había podido dejar de pensar en los últimos meses. Tras pasear sin prisa por los alrededores y tomar algunas fotografías que, por supuesto, no verían la luz, terminaron en un pequeño restaurante a los pies de la torre.

Pidieron mesa para dos fuera del local, para así poder recrearse con la vista del monumento, y pidieron varios platos típicos como *foie gras*, *coq au vin*7, *confit de canard*8 o *ratatuille9* y todo, absolutamente todo, estuvo delicioso. Incluidos los postres que tomaron con el café, una bandeja surtida donde no faltaban los *croissants*, el *pain au chocolat*10, los *crepês* y *macarons* de todos los colores del arcoíris.

—Se te ha pasado el hambre —preguntó.

—A mi estómago sí —reveló, arrepintiéndose al instante, justo en el momento en que Kenneth esbozó una sonrisa de triunfo—. ¿Ahora qué…?

—preguntó para desviar la atención de su confesión.

—Ahora, señorita Adriana, vamos a dar un paseo en barco por el Sena.

La noticia la dejó sin habla, ¿lo habría adivinado? Que ella recordara nunca lo había mencionado, ¿o tal vez sí? No podía estar

segura después de tantas y largas conversaciones como habían mantenido durante las noches.

—¿No te apetece? Te has quedado un poco… seria.

—Sí, sí, claro que me apetece. ¡Me encanta! —exclamó al darse cuenta de que iban a pasear en barco por el Sena.

Kenneth pidió la cuenta y, cuando fue a pagar, ella lo detuvo, quería ser quien pagara.

—No, *sassenach*, no puedo dejar que…

—¿Qué no puedes dejar? ¿Que pague una mujer? ¿Que invite yo…?

Sabes que hoy en día una mujer no necesita a un hombre para nada, ¿verdad?

—Y yo no quiero que me necesites para nada, Adriana, pero sí que me quieras para todo —soltó, mirándola a los ojos con una intensidad que la abrumó.

Gracias que el camarero llegó con el datáfono y pudo pagar la cuenta para irse. A pesar de estar al aire libre, se había quedado sin oxígeno.

El barco estaba a reventar; parecían sardinas enlatadas. Lógico, ya que no solo era París, sino que se le sumaba el campeonato del mundo y eso siempre atraía a turistas. Se sentaron en la parte más discreta que encontraron y Kenneth le echó el brazo por los hombros, como si fueran una pareja más.

Adriana se recostó y se relajó, la verdad era que su reencuentro estaba resultando ser interesante como poco. Estar con él es igual que vivir perpetuamente en un vagón de montaña rusa: igual estaba por las nubes que a ras de suelo.

El barco comenzó su *tour* y disfrutó de lo lindo de una vista diferente de París, acodada junto al hombre que le aceleraba el corazón, la dejaba sin aire y provocaba incendios imposibles de extinguir entre sus piernas.

Como bien decía el panfleto, vieron los Inválidos, el Louvre, Notre Dame y muchos más lugares durante el recorrido, aunque Adriana no dejaba de admirar a otro monumento que tenía más cerca y que era de carne y hueso.

—Tenía ganas de verte, desde que llegamos el mes pasado no he hecho nada más que entrenar y entrenar… —se quejó, apretándola más contra él.

—También he estado muy liada con los preparativos. Pero no me quejo, es algo… único.

—Sí, lo es y me alegra poder compartirlo contigo.

—A mí también —reveló, y es que era algo sin sentido tratar de contener más lo que sentía por ese hombre.

—Estoy un poco asustado —confesó para su sorpresa.

—¿Y eso? ¿Algo no anda bien? —preguntó con un nudo en el estómago.

—Al contrario, todo va genial, por eso me asusta … —murmuró, agarrando su mano y entrelazándola a la de él.

—Al fin y al cabo, esa es la vida, Kenneth: unas veces todo va bien y otras todo va mal. Pero es el encanto de estar aquí, ¿verdad? Si todo fuera igual, siempre sería muy aburrido.

—La vida contigo no sería nada aburrida —sonrió.

—Supongo que tendríamos muchos temas de los que hablar —afirmó.

—Y estoy deseando que acabe el campeonato para empezar a hablar de todos esos temas —recalcó.

—No es tanto tiempo, solo quedan unos días…

—Es mucho tiempo, llevo esperando mucho tiempo, demasiado. Este campeonato está siendo el cielo y el infierno a la vez.

—Eres más exagerado que grande, y mira que eres grande.

La carcajada de Kenneth atrajo más de una mirada, y Adriana se acercó más a él, se acomodó y con una gran sonrisa continuó su visita por el Sena, que, a diferencia de en sus sueños, tenía un aliciente extra con el que no había contado: Kenneth Buchanan.

El paseo terminó y dibujó en Adriana una gran sonrisa en la cara, pasearon sin prisa por esa ciudad en la que no eran más que otra pareja entre la multitud y, cuando quisieron darse cuenta, la noche los sorprendió y esa hermosa ciudad se iba iluminando como si las estrellas hubieran bajado a ras de suelo, bañando con su luz todo a su alrededor.

Si París de día era hermosa, durante la noche te dejaba sin aliento. La Torre Eiffel iluminada era algo tan impresionante que ni siquiera había una palabra para describirla. Cenaron en un pequeño local en el que pidieron una típica *fondue* de quesos y una botella de vino blanco para acompañarla.

La charla entre ellos siempre había sido fluida y fácil. Cómoda. Así era estar con Kenneth, algo natural. Nunca se había visto en la necesidad de acomodarse o adaptarse a él, siempre era ella misma. Y tenía la sensación de que a él le pasaba lo mismo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo tras tomar un sorbo de vino.

Adriana lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Claro, otra cosa es que te responda… o no —lo provocó. Y eso lo hizo sonreír y morderse el labio inferior.

¿Se podía ser más atractivo? Lo dudaba, ese hombre lucía perfecto para ella.

—¿Por qué me miras así, capitán? —interrogó al ver que no decía nada, pero continuaba observándola con el labio inferior prisionero de sus propios dientes.

—Porque… —se detuvo, dudando. Habían pasado un día fantástico y no quería joderlo al final de la noche. Se había propuesto aprovechar todos los instantes que pudiera para seguir afianzando lo que sentían.

—Porque… —lo animó a continuar, inclinándose hacia delante con la copa de vino aún en la mano.

Kenneth la imitó, acercó su cuerpo al de ella. Lo único que los separaba era la mesa, aunque sus rodillas rozaban las de ella y le encantaba ese contacto.

—Porque me encanta lo que muestras, *sassenach*, pero me vuelve loco lo que escondes.

Adriana dio un sorbo a la copa de vino de inmediato, necesitaba tragarse el gemido que se había atascado en su garganta. Se moría de vergüenza solo de pensar en si lo hubiera dejado salir, y más todavía porque ese jadeo lo habían provocado solo unas palabras… ¿Solo unas palabras? La mayoría de las personas no se daban cuenta de su poder, podían hechizarte, hacerte llorar o ser la

persona más feliz del mundo. Las palabras tenían esa magia, la de hacerte sentir, y esa confesión la había hecho sentir muchas cosas. Tantas que no era capaz de calmar su corazón, que vibraba en la misma sintonía que el aleteo de las malditas mariposas que la llenaban por dentro a riesgo de ahogarla.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de un rato. Su silencio se había vuelto ruidoso.

—Sí, sí, es solo que… —balbuceó, colocándose el largo cabello tras las orejas.

—¿Qué? ¿No puedo decir cosas así tampoco?

—No, no puedes, ¡maldita sea, Kenneth! —susurró, molesta—. No puedes decir cosas así y pretender que no suceda nada…

—Es que quiero que suceda, ya lo sabes.

—Pero quedamos en que no sucedería nada hasta después de…

—Lo sé, lo sé, pero no puedo contenerlo más, *sassenach*. Aprieta justo aquí —confesó, señalando su corazón—, y no sé cuánto más podré contenerlo antes de que estalle.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes ser como la mayoría de los hombres que no dicen nada, que lo dan todo por supuesto, que no les gusta hablar de sentimientos?

—Soy como todos los hombres, hablamos de sentimientos con la chica adecuada, digo lo que quiero y pienso cuando lo tengo claro y que quiero estar contigo lo tengo claro desde hace tiempo; la que duda, la que frena, eres tú. No yo. Soy un hombre que está acostumbrado a ir a por lo que quiere con todo lo que es, y eso hago contigo: tengo toda la carne en el asador.

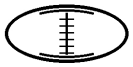
—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz alta, aunque era solo un pensamiento para el que no quería una respuesta.

—Te lo dije anoche. Te quiero a ti. Amanecer junto a ti. Porque si no es ahí, ya es muy lejos.

7 Pollo al vino. 8 Pato confitado. 9 Se trata de un plato a base de verduras: berenjena, calabacín, tomate, pimiento y cebolla, todo aderezado con una mezcla de hierbas aromáticas.

10 Napolitana de chocolate.

Capítulo 30



Silencio

Regresaron al apartahotel dando un paseo por la ciudad, el lugar estaba muy bien ubicado y el centro quedaba a buena distancia. Adriana había permanecido en silencio, tan solo disfrutando de un tiempo con Kenneth que llegaba a su fin. Él había dejado muy claro lo que quería, desde el principio, y ella cada vez estaba más segura de que su destino estaba unido a Kenneth, pero la sensación de que no era todavía el tiempo adecuado seguía molestándola en su cabeza para hacerla dudar.

Cuando divisaron la entrada, Adriana se detuvo.

—Kenneth —lo llamó.

Él la miró a los ojos y supo que todavía había dudas en ellos, se reflejaban con claridad y no se molestaba en ocultarlos. Le gustaba eso de ella: era una mujer directa y clara, aunque con respecto a sus sentimientos estuviera algo confusa.

—Dime, Adri.

—Mañana vuelo a Marsella de nuevo. Me han designado para pitar el Australia-Argentina de cuartos de final el día 14.

—Ese día juego los cuartos de final contra Nueva Zelanda.

—Lo sé. No me lo perdería por nada en el mundo, así que lo disfrutaré, aunque sea desde la pantalla.

—Me hubiera gustado más que me vieras desde las gradas.

—¿Sabes? Brindo contigo cada vez que anotas —confesó para su propia sorpresa, se había prometido no decir nada, pero ahí estaban las palabras, delatoras.

—Al menos me dejas claro que sabes que es por ti —farfulló, llevándose la mano a la nuca con una tímida sonrisa.

—Claro que lo sé, lo sabe medio mundo. No es que seas muy discreto con el tema. Por eso —lo interrumpió antes de que comentara nada—, quiero que sepas, el primero —recalcó—, que me han designado para pitar la final.

—Pero eso es… ¡Joder, Adriana! ¡Eso es una maldita bomba! ¿Sabes lo que significa? —preguntó, feliz por ella.

—Claro que lo sé, Kenneth, por eso necesito estar alejada de ti unos días.

No quiero tener dudas sobre si voy o no a ser imparcial. Es algo con lo que no todos los árbitros pueden soñar y, si llegaras a la final…, bueno, si doy un paso más…, todo podría irse por la borda y no estoy dispuesta.

—No es ilegal, Adriana. Tú y yo. No es algo prohibido. No es que estemos haciendo nada malo —replicó, un poco dolido.

—No, no lo es, pero no me parecería ético, Kenneth. ¿Lo entiendes? Por eso necesito que dejes de brindarme cada anotación, de decir que se lo dedicas a la mujer de tu vida y que se escuchan campanas de boda —explicó con la esperanza de que lo comprendiera.

—Pero es lo que siento, Adriana —musitó, colocando la mano de la mujer sobre su pecho—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo y pensaba, te juro que pensaba, que tú también.

—Puede, pero no ahora…

Y esas palabras le rompieron un poco el corazón a Kenneth. Sabía que su profesión era importante, pero, por otro lado, le hubiera gustado oírla admitir que tenía sentimientos por él en vez de que le pidiera que dejara de demostrar los suyos.

—También voy a pedirte que me dejes llegar primero a mí al hotel —pidió.

Lo último que quería era avivar esos rumores que ya incendiaron las redes sociales con ese vídeo viral en el que él parecía declarársele y, ¡joder!, se le había declarado esa noche. Una declaración de intenciones en toda regla.

Y ella estaba segura de que quería estar con él, pero no ahora, solo necesitaba un poco de tiempo más, solo un poco… No era mucho pedir, ¿o sí? Sin embargo, la mirada del hombre que tenía frente a ella había cambiado y sintió que algo no estaba bien, pero no era capaz de ver el qué. Solo esperaba que él entendiera que no era por él, que era por ella: una lucha consigo misma que debía librar por sí misma.

Quizás había pasado mucho tiempo sola, demasiado, o tal vez se había concentrado tanto en su carrera que se había olvidado de que

había otras cosas en la vida. Fuera como fuese, ahora no era el momento, y puso rumbo al hotel lo más deprisa que sus pies le permitieron.

Kenneth no le quitó la vista de encima hasta que hubo entrado. Tenía el corazón martilleando en su pecho con fuerza y se notaba alterado. Había hecho su parte, le había dejado las cosas claras. Quería estar con ella y tenía que estar seguro de que ella lo comprendía. Aunque después de esa despedida tan fría, todo parecía desmoronarse. Ese castillo que había construido no había resultado ser de piedra, sino de pequeños granos de arena que el viento arrastraba sin compasión, sin importarle lo duro que había trabajado para levantarlo.

No pegó ojo en toda la noche, tan alterada la había dejado Kenneth, y no solo alterada, le había dejado unas ganas de él que no era capaz de soportar. Se sentía febril y, cada vez que cerraba los ojos, su voz, sus palabras, su boca… aparecían en su mente y no llegaban solas, sino acompañadas de otras imágenes más sugerentes en las que ambos desordenaban la cama durante horas, hasta desgastar las sábanas y quedarse saciados.

El vuelo a Marsella lo pasó dormitando, algo que agradeció, estaba mareada de tanto vuelo. Al menos le habían vuelto a dar el mismo hotel, algo que agradecía con tanto cambio.

Los días volaron sin recibir noticias de Kenneth, no podía culparlo, ella le había pedido un poco de distancia tras lo que había sucedido y él la estaba respetando. En más de una ocasión se detuvo al empezar a escribirle o al buscar su número en la agenda para llamarlo, lo echaba tanto de menos… Aun así, se obligaba a permanecer firme, tenía que terminar el mundial y después, después, tendrían todo el tiempo del mundo si era lo que deseaban.

Kenneth parecía, más que nunca, un león enjaulado. Todos habían notado su cambio, aunque lo achacaban a los nervios del campeonato, se acababa y Escocia cada vez tenía más posibilidades de llegar lejos, más que nunca en toda la historia de su selección. Pero la verdad distaba mucho de los rumores, no lo preocupaba no hacer un buen papel en el campeonato, o no le había preocupado

hasta que Adriana se marchó de esa manera tan distante y desde aquella maldita noche no había vuelto a saber nada de ella.

Pero se mantendría firme, le había pedido espacio y tiempo y se lo daría, aunque lo estuviera consumiendo vivo. Y lo consumía con una rapidez que no se esperaba. Esa noche era un gran partido, decisivo, ya que se jugaban el paso a semifinales, y su rival era de los más fuertes: Nueva Zelanda.

No era la primera vez que se enfrentaba a ellos, todavía le dolía la lesión que la brutal entrada de Evans en aquel partido, hacía ya años, le había dejado de recuerdo. Esa noche tendría la oportunidad de devolverle algo de dolor a Evans si eran capaces de dejarlos fuera del campeonato.

Encendió la televisión y la vio. Estaba en mitad del campo a punto de dar inicio al partido y su corazón dio un vuelco. Por más que quisiera mantenerse frío y distante, no podía, no con esa mujer. Todavía recordaba, cada mañana al despertar, el calor de su cuerpo junto al suyo, el roce suave de su piel, su sonrisa, sus ojos azules secuestrados por el pesado sueño de la noche que se negaba a disiparse… ¿Y quién no se resistiría? Esa mujer era todo y más.

No quería despegarse del maldito televisor, que lo mataran si era lo que deseaba, pero tenía que marcharse, en unas horas jugaría uno de los partidos más complicados de su vida, porque, si Adriana le había dejado claro algo, era que el juego más duro era el que se traía con ella.

Adriana entró en el lugar donde se celebraría el tercer tiempo, nerviosa, se había acostumbrado a ver los partidos en los que Kenneth jugaba a solas, para poder recrearse en la fiereza que su rostro mostraba en los partidos, en la fuerza que ponía en cada jugada no dando nunca un balón por perdido.

Sin embargo, esa noche era diferente, el partido entre Argentina y Australia se había alargado y había tenido que lidiar con un par de jugadas polémicas que había solucionado de manera justa.

Nada más entrar, uno de los jugadores australianos se acercó a ella con una cerveza en la mano.

—Quería saludarla y presentarme formalmente —dijo, extendiendo la mano—. Liam McDermott —continuó con su

presentación.

—Sé quién eres, Liam y, por favor, tutéame —pidió con su perfecto inglés, siempre se sentía incómoda con la formalidad inglesa a la hora de expresarse.

—¿Así que me conoce? —preguntó con tono seductor.

Claro que lo conocía, intentaba saber algo de cada uno de los jugadores: era su profesión y, estaba segura, de haber sido hombre no lo habría preguntado como si fuera un hecho insólito o tuviera una connotación sexual oculta.

—Claro, es mi trabajo. Juegas como medio melé11: eres ágil pero fuerte.

Me gusta tu visión de juego, aunque a veces arriesgas más de lo que deberías, de ahí que la balanza se incline hacia lo negativo en cuanto a estadísticas se refiere, pero, por otro lado, eres aún un niño. Todavía tienes mucho que mejorar y tiempo para hacerlo.

Adriana aguantó la sonrisa que comenzó a formarse en su cara cuando vio la expresión del joven. No sabía si lo había conmocionado más que supiera todo eso de él o que lo hubiera llamado niño, algo que había hecho con toda la intención para que quedara claro que no tenía ningún interés en él.

—Ya veo… Un placer saludarla —dijo sin más, alejándose de ella.

Por suerte, el partido comenzó y tomó asiento junto a los demás árbitros. Nada más comenzar, los neozelandeses, guiados una vez más por Darel, interpretaron su haka y de nuevo sus sentimientos afloraron, era algo que no podía evitar, un estremecimiento primitivo que parecía activarse escuchándolos.

El equipo escocés se mantuvo firme frente a ellos, sin ceder ni un centímetro de terreno a pesar de los intentos de sus oponentes. Sin duda, eran guerreros frente a guerreros, y en el ambiente saltaban chispas.

La moneda voló lanzada por Kenneth, que sonrió cuando pudo escoger el saque inicial, y lo hizo. Brindó. Un leve rubor bañó las mejillas de Adriana, que tomó un largo sorbo a la cerveza para enfriarse. ¡Maldito Buchanan! Lo había vuelto a hacer, estaba segura de que se le notaba en la cara y eso era, precisamente, lo que quería evitar.

Tras ese brindis se sucedieron algunos más, Kenneth estaba imparable y, para sorpresa de todos, los *highlanders* dejaron fuera de juego a los neozelandeses, que no daban crédito.

Incluso una de las cámaras de televisión se enfocó en el antiguo capitán, Daniel, y todo el mundo fue testigo de su cara de sorpresa. El grupo reunido en el salón aplaudió al equipo escocés, que estaba resultando ser toda una sorpresa partido tras partido y los halagos al buen hacer del capitán no cesaron durante minutos. Al principio, achacaban la clasificación de

Escocia a las lesiones y mal hacer de sus compañeros de grupo, después, a la mala suerte que los cabeza de grupo estaban teniendo, pero, poco a poco, todas las dudas se disiparon dejando paso a la claridad, que no era otra que Escocia parecía estar tocada por alguna varita mágica que los hacía invencibles, sobre todo, su capitán, Buchanan, que no dejaba de sorprenderlos a todos con su agilidad y rapidez, que hacía sombra incluso a jugadores más jóvenes.

Cuando los equipos se saludaron tras el partido, Kenneth susurró algo al oído de Darel y ambos dirigieron la mirada hacia las gradas. Algo tenía que ver con Evans y eso la hizo esbozar una sonrisa. Se había quitado la espinita, estaba segura. Tal vez ahora ambos pudieran empezar de cero y dejar todo atrás de una vez.

Kenneth estaba pletórico, habían eliminado a los neozelandeses y se habían clasificado para las semifinales. No podía creerlo. No podía. Aunque supuso que era lo que tenía estar enamorado, lo hacía estar en una nube fuera del campo y dentro de este era un león rabioso que sacaba la frustración, de querer follarse a Adriana a todas horas y no poder, en el campo. Y lo peor de todo era que estaba loco por llamarla, por preguntarle si lo había visto y si lo extrañaba tanto como él a ella, pero no podía.

Salió de la ducha más relajado, estaba forzando la máquina a tope, era consciente, tanto como de que este sería, casi con toda seguridad, su último mundial. La edad se le echaba encima a una velocidad pasmosa y para el siguiente no estaría en tan buena forma. Además, quería retirarse, quería formar una familia. Con ella.

Quería un futuro con esa mujer que tan complicadas le ponía las cosas.

Caminaba hacia el tercer tiempo cuando su móvil vibró en el bolsillo, lo sacó sin esperarse que el mensaje fuera de ella. Eso hizo que su corazón se acelerara y que su estómago se encogiera o algo así, porque no tenía claro qué era exactamente lo que esa mujer le provocaba dentro, pero sí sabía que todo se revolucionaba en su interior cuando la implicaba a ella.

Y ahí se detenía. No decía nada más, sin embargo, fue más que suficiente para confundirlo. No sabía a qué atenerse con ella. ¿Le había cerrado la puerta o solo la había entornado? No tenía ni idea, tal vez estaba tan confusa como él en ese instante y necesitaba algo de distancia para ver las cosas con otra perspectiva.

Dejó escapar el aire que retenía y dio un par de vueltas sobre sí mismo sin saber qué hacer, sin tener claro qué debía responder o si debía hacerlo. No quería ser un obstáculo para ella y se sentía así. Como si el único que tuviera claras las cosas entre ellos fuera él, pero no se podía tener una relación de pareja siendo solo uno.

«Gracias», fue lo único que atinó a teclear. Y, después, la llamada de sus compañeros para celebrar el triunfo durante el tercer tiempo lo sacó de ese bucle en el que se perdía durante horas y que tenía nombre propio: Adriana.

11 El medio scrum (melé en español) es el encargado de dirigir el juego de la delantera. La función principal del medio *scrum* se desarrolla en las fases de *scrum* o melé, en las que se encarga de introducir el balón tras la señal de su hooker o de tratar de evitar la salida del mismo si introduce el equipo contrario. Asimismo, es el encargado de sacar la pelota de la formación de scrum o melé si se logra la posesión. También es el encargado de levantar el balón para jugarlo en los *rucks* o abiertas.

Capítulo 31



«Gracias»

15 de octubre, París.

Adriana miró el móvil una y otra vez durante horas y en todo ese tiempo no dejó de preguntarse cómo era posible que solo le hubiera contestado con un simple «gracias» y, por primera vez, el pensar que podía haber echado por la borda lo que tenía, fuera lo que fuese, la hizo sentir mal. Triste. No era lo que quería, quizás tenía que haber sido más clara con él.

La madrugada la sorprendió dando vueltas en la cama, estaba hecha un desastre, como todo dentro de ella. No quería perderlo, de eso estaba segura, pero tampoco quería perder la oportunidad de pitar la final de un mundial. Todo dentro de su cabeza era caos, un murmullo inconexo de voces de las que no entendía nada, solo una palabra: Kenneth.

Se levantó hecha un desastre. Miró el horario, tenía que hacerlo porque tanto vuelo y tanto cambio la traía de cabeza, y se dio cuenta de que su vuelo a París salía al día siguiente. Era 15 de octubre, el mundial llegaría a su fin en menos de dos semanas y ella volaría allí para terminar el resto del campeonato.

Serían un par de semanas duras porque tenía la intención de mantenerse alejada de él, aunque sabía que era una misión imposible incluso para Tom Cruise. Tras despejarse bajo la ducha, volvió a mirar el teléfono y el triste

«gracias» seguía solo, sin compañía. Y eso la estaba volviendo loca.

Con la maleta lista, esperaba a embarcar. El vuelo se le pasó «volando», sobre todo, porque se durmió en el trayecto: estaba agotada por la agitada noche.

Cuando llegó al apartahotel, lo buscó sin parar por todos lados, aunque sabía que sería complicado: estaría de nuevo concentrado para la semifinal, en ese partido se jugaban todo: o pasaban a la

final, o jugarían por el tercer y cuarto puesto. Y sabía lo importante que era para Kenneth llegar a la final.

Y lo último que quería era ser una distracción para él, si alguien tenía que comprenderla, ese era Kenneth. Eran adultos y podían separar el trabajo del placer, debían. O eso esperaba. Aunque la duda no dejaba de rondarla por la cabeza.

Kenneth sabía que Adriana debía de estar de regreso, por eso lo molestaba tanto no saber nada de ella, ¿de verdad no iba a decirle que había regresado? Podía entender que quisiera estar alejada unos días de él, no arriesgarse a que los pillaran y que ella se viera en una situación comprometida. Era consciente de que sería algo que la afectaría solo a ella, no a él. Así eran las cosas, por eso trataba de cumplir con su parte y no agobiarla, pero ¿por qué demonios no le había puesto, aunque fuera, un mensaje para decirle que estaba de vuelta y bien?

—¡Capitán, regresa de donde estés! —lo avisó Aiden justo a tiempo para parar un balón del entrenador que volaba directo a su rostro.

—¡Vamos, chicos! —gritó el entrador—. Sé que estáis agotados, pero solo nos queda el último empujón. El sábado se decidirá si jugamos la final o nos conformamos con el tercer o cuarto puesto. Y, puestos a elegir, quiero llegar a la final. ¿Vosotros no, equipo? —interrogó en voz alta.

—¡Sí, claro que sí! —corearon un grupo de voces.

—Buena captura, Buchanan —añadió como si nada.

—Gracias, entrenador.

—Ahora id a descansar. Y dormid bien porque mañana esto será el infierno —amenazó antes de retirarse para tomar una llamada.

Kenneth se quedó atrasado en el campo de juego. Todavía debía poner en orden sus pensamientos y estos no eran buenos, no dejaban de repetirle que ella no quería saber nada más de él.

—Kenneth —lo llamó Aiden.

Alzó la mirada e hizo el intento de esbozar una suave sonrisa que no llegó, quedando convertida en una especie de mueca.

—¿Es por la árbitra? —interrogó.

Kenneth le lanzó el balón que aún tenía entre las manos y afirmó sin pronunciar palabra.

—¿Cuál es el problema, Kenneth? No logro entenderlo, sois adultos y os gustáis —resumió de manera sencilla.

—No es tan simple, Aiden.

—Yo creo que sí.

—No, no lo es. Me vuelve loco.

—¿No es eso el amor? —lanzó la pregunta como si nada.

—No lo sé, la verdad es que lo que me hace sentir es algo que no he experimentado con nadie antes…

—¿Y ella lo sabe?

—¡Demonios! Claro que lo sabe —aclaró, recogiendo el balón que volvía a lanzar a Aiden—. Le he dejado claro que la quiero en mi vida. Si luego no funciona…, al menos no me quedaré con la duda.

—¿Entonces?

—Quiere espacio.

—¿Quiere espacio y no habéis ni empezado…? —inquirió con sorpresa.

—Quiere mantener nuestra relación, o lo que sea que tengamos, lejos del campeonato. Tiene miedo.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo, capitán?

—Sí, ¡demonios!, lo tengo. Tengo miedo de que no sienta por mí lo que siento por ella.

—Entonces, capitán, solo puedo darte un consejo.

—¿Cuál?

—Pregúntaselo. No des nada por hecho, pregúntaselo.

—Ha regresado y no me ha dicho que está de vuelta —soltó. Necesitaba contárselo a alguien y Aiden era uno de los pocos amigos que tenía allí.

—Quizás… deberías poner también tus reglas. Ella parece ser la árbitra en el campo de juego y fuera también.

El balón quedó preso entre sus manos, miró a su amigo y sopesó sus palabras, a lo mejor estaba en lo cierto y la había dejado poner las reglas desde el principio, como si fueran jugador y árbitra en vez de dos iguales.

Desde la ventana de su habitación lo vio llegar. Dudó, llevaba dudando desde que llegó en si ir a buscarlo o no, pero en dos días tendría el partido que podría llevarlos a semifinales y la idea de que no le haría bien un encontronazo con ella pesaba más que sus ganas de abrazarlo, de preguntarle cómo estaba… Así que una vez más se metió en una cama que parecía un desierto árido y seco y trató de dormir.

El sábado decidió largarse de allí, quería dar un paseo por París y despejar su mente de tanto Kenneth, no podía dejar de maldecirlo cada vez que se acordaba de él y decidió que pasar el día fuera sería lo mejor.

No era la primera vez, ni sería la última, que visitaba Montmartre. Y siempre le sucedía igual, cuando se colocaba en el inicio de la calle que la llevaría a coronar la cima, donde se encontraba el Sagrado Corazón, su corazón se aceleraba. Aunque era la primera vez que le hubiera gustado estar acompañada en vez de sola.

Las calles empinadas y empedradas eran como viajar en el tiempo: la atmósfera era diferente, relajada, sin el estrés al que hoy día estaban sometidos todos. Allí era como si se detuviera el tiempo.

Llegó a la Place du Tertre, repleta de artistas callejeros que pintaban escenas de la plaza o realizaban caricaturas a los turistas. Antes de continuar la visita hasta el Sagrado Corazón, se detuvo en uno de los restaurantes que llenaban el barrio. Su favorito se encontraba justo en la esquina y tenía unas mesas exteriores que te permitían disfrutar de la vista de la iglesia mientras degustabas cualquiera de sus platos: todos eran deliciosos.

Echó de menos a Kenneth y también a su amiga Laura. No sabía por qué estaba tan sentimental esos días, por lo general no solía estarlo. Sacó el móvil e hizo una fotografía de las vistas. Abrió el wasap de Kenneth y escribió:

Y añadió la imagen. Terminó la comida y pidió un café que bebió sin prisa. No dejó de mirar el teléfono, pero en ningún momento le contestó. Incluso comprobó si lo había recibido, pero permanecía a la espera. ¿Se había pasado de estricta? ¿Se había quedado corta en palabras? ¿Había dado por hecho que estaría ahí siempre, aunque ella se lo pusiera difícil una y otra vez?

Caminaba perdida en sus pensamientos cuando se dio cuenta de que estaba a los pies de la iglesia. Había subido todos los escalones a pie de manera automática, sin percatarse del gentío, del sol que se ocultaba bajo un manto de nubes traídas con el anochecer. Kenneth ocupaba demasiado sus pensamientos y supo, en ese instante, que debía hablar con él. Tenía que aclararlo todo, hacerle saber que tenía sentimientos por él, pero que tenía que dejarlos aparcados solo unos días más, poco más de una semana y después…, después lo compensaría.

Volvió a contemplar las vistas desde la altura, tener la ciudad de París a sus pies era algo único, igual que lo que había nacido entre Kenneth y ella, y no podía perderlo. No otra vez.

Llegó al hotel entrada la noche, tomó el ascensor y se descalzó mientras llegaba a su planta. Tenía los pies molidos por la larga caminata. Cuando llegó a la puerta de su habitación, dudó una vez más, no tenía claro si debía ir en su busca, pero recordó que él no dormía en una habitación solo y le pareció muy comprometido ir a buscarlo cuando sabía que iba a tener varios testigos.

Era algo que debía mantener en privado un poco más. Solo un poco más. El entrenador les había dado el domingo libre, gracias a Dios, y se habían reunido para ver los dos partidos que se jugarían. El primero: Francia contra España, y después se jugaría Inglaterra contra Gales. De ahí saldría el rival contra el que se enfrentarían en la semifinal, así que, tanto su equipo como él, estaban nerviosos.

Y esa ansiedad creció cuando la vio entrar en el salón del hotel en el que se habían reunido. No fue el único que se percató de su presencia, siempre que llegaba a alguna reunión las cabezas giraban hacia ella, como si tuviera dentro de su cuerpo algún imán cuya fuerza nadie era capaz de resistir.

La escena se repitió, parecía entrar en bucle, todos los que podían se acercaban a saludarla y charlar con ella, parecía que nadie creía todavía que fuera posible que hubiese llegado donde estaba.

Tras un buen rato sin dejar de buscarla con la mirada cada dos por tres, se concentró en el puto partido, que ahora le importaba una mierda. Molesto, miraba la televisión cuando Aiden se echó a un

lado en el sofá que compartían y otro peso, más liviano, ocupó su lugar.

—Hola, Kenneth —lo saludó.

No había girado la cabeza, y no lo necesitaba. Su cuerpo reaccionó a su voz. La tenía cerca y un súbito calor lo llenó todo de brasas ardientes. Era ella, había ido a su lado, de entre todos, lo había vuelto a elegir a él, eso debería significar algo, ¿verdad?

—Adriana, no sabía que habías vuelto —murmuró, girando la cara lo justo para verla.

Y se arrepintió de haberlo hecho, esa mujer tenía que usar algún tipo de brujería porque no era normal que estuviera más y más guapa cada día que pasaba.

—Te he traído una cerveza —susurró, tendiéndole una jarra.

—Gracias, pero está cerca la competición y no debería beber… —murmuró.

—Me la tomaré yo, árbitra —afirmó Aiden al mismo tiempo que le arrebataba la jarra de la mano.

Y ninguno dijo nada en lo que quedó de partido. La tensión era tan intensa que se podía ver. Y Kenneth estaba seguro de que el calor que emanaban sus cuerpos al estar cerca el uno del otro había subido la temperatura de la sala varios grados.

Adriana solo murmuraba cuando España hacía alguna jugada que les costaba perder ventaja y Kenneth solo sonreía cuando la cámara enfocaba a Daniel, molesto porque su equipo iba perdiendo.

—¿Crees que ganará España, Adriana? —preguntó Aiden.

—La verdad es que me gustaría, Aiden, pero lo cierto es que Francia está haciendo un partidazo y mucho me temo que se harán con la victoria.

—Yo quiero que gane Francia —reveló con sinceridad.

—¿Y eso por qué, Aiden?

—No me gusta Daniel Evans —afirmó, rotundo.

—Bueno, a mí tampoco, pero la tierra tira —bromeó—. Aunque he de reconocer que España lo ha hecho genial hasta ahora, llegar a cuartos de final es todo un logro y parte del mérito es de Evans.

—Está a punto de hacer una haka desde el banquillo a ver si su equipo remonta —murmuró una voz desconocida entre las demás.

Eso provocó risas y Adriana tuvo claro que Daniel Evans se había ganado más enemigos que amigos en su camino. Quizás por su forma de ser, que se acercaba más a la de un cromañón que a la de un hombre moderno, lo que intensificaba, aunque pareciera increíble, su atractivo indudable. O por la gran carrera que había tenido…, no tenía claro por qué, pero era envidiado, admirado y odiado a partes iguales.

—Supongo que ser así —señaló a la pantalla cuando volvieron a enfocarlo— despierta mucha envidia —lo defendió.

Y, sin saber por qué, Kenneth se levantó y se marchó de la sala. Adriana no sabía qué hacer, pero no podía dejar las cosas así, ¿se había molestado por el comentario hacia Evans? Sin pensar bien en lo que hacía, lo siguió fuera de la sala y lo frenó justo al final del pasillo.

—Kenneth, espera. ¡Maldita sea, Buchanan! —gritó—. ¡Espera!

Escucharla gritar lo hizo detenerse, se giró con las manos formando dos fuertes puños y la miró con una expresión que a Adriana le puso el vello de punta.

—¿Qué quieres, Adriana?

—¿Que qué quiero, Kenneth? Quiero saber cómo estás, por qué demonios no has contestado mis mensajes y por qué demonios te has largado de la sala de esa forma. ¿Sabes cuánto me estoy jugando por ti?

La risa de Kenneth la pilló desprevenida. No se esperaba esa reacción, que la dejó clavada en el lugar, sin poder moverse.

—¿De qué… —se detuvo para tomar aire—, de qué te ríes, Kenneth?

—Me hace gracia que digas que te estás arriesgando por mí o que me eches en cara que no te he devuelto los mensajes, ¿qué quieres, Adriana?

Porque yo sé lo que quiero, pero no sé qué quieres tú, ¿acaso lo sabes?

—Kenneth… —susurró.

—Me pediste espacio, tiempo… y te lo di. Me has exigido que me mantenga al margen, que no dé lugar a habladurías, me has dejado claro que no soy lo primero para ti…, ¿y todavía te extraña que no te

conteste un maldito mensaje? ¿Cuántos días llevas aquí, Adriana? —preguntó, dolido.

Adriana dudó, apretó las manos hasta clavarse las uñas en las palmas, sabía que él tenía razón.

—Varios días, Kenneth.

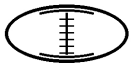
—Y he tenido que enterarme de casualidad. ¿No me merecía al menos saberlo por ti?

—Yo…, yo pensé que sería mejor no vernos, no quería distraerte antes del partido.

—Ese es tu problema, Adri, que crees saber qué es lo mejor para mí. Y, ¿sabes? No tienes ni idea; lo mejor para mí eres tú, pero está claro que no puedo tenerte.

Y se marchó, dejándola sola y confusa. Dolida y no con él, sino consigo misma, porque tenía razón. Él tenía razón y ella había estado equivocada desde el principio.

Capítulo 32



Cierra las fauces, león

20 de octubre, París.

Kenneth estaba nervioso, se jugaban mucho. Nada más y nada menos que el pase a la final, y, además, no había dejado de pensar en ella ni un segundo. No había tenido noticias suyas y eso lo ponía furioso y a la vez, triste. Se sentía de manos atadas, pero ya no podía hacer nada más que esperar a ver cómo resultaba todo cuando acabara el mundial.

Ahora solo podía pensar en el partido, en vencer a Australia. Del otro encuentro que se disputaba saldría el otro finalista: Francia o Inglaterra. Salió al campo y los australianos se llevaron el pase inicial, pero no podía perder. Tenía que llegar a la final, ya casi rozaba con los dedos su sueño y no estaba dispuesto a renunciar a él.

Adriana estaba sentada entre el público, no podía perderse ese partido ni la emoción que llenaba todo el estadio. Si otros partidos habían causado expectación, este se llevaba la palma, ya que de aquí saldría el primer finalista. Los resultados del mundial la traían de cabeza: el partido de España, que nadie imaginó que llegara a cuartos de final, había terminado con la victoria del país anfitrión, Francia. Y el encuentro de Inglaterra contra Gales había dado como resultado la victoria de Inglaterra. Así que las semifinales habían quedado con Escocia enfrentándose a Australia y Francia que se enfrentaría a Inglaterra.

No se atrevía a hacer cábalas, porque ese mundial, si algo le había dejado claro, era que todo era posible y ella esperaba con el corazón en un puño: había tomado una decisión inamovible que había sopesado durante horas y, dependiendo del resultado del partido, actuaría de una manera o de otra.

El partido estuvo de infarto, los dos equipos demostraron su valor y su fuerza hasta el último momento. Kenneth no brindó cuando

marcó ni una sola vez y eso la puso triste, pero, al fin y al cabo, se lo había pedido ella.

Cuando el silbato del árbitro marcó el final del mismo, se levantó y dejó el estadio para dirigirse al hotel; al día siguiente tenía mucho que hacer.

Kenneth no dejó de mirar hacia la puerta de la sala común, esperando verla entrar de un momento a otro para ver la semifinal entre Francia e Inglaterra. De ahí saldría su rival para la gran final. Estaba contento por haber logrado lo que ningún otro capitán escocés había conseguido y todo el mundo hablaba de la imparable Escocia. Y eso lo llenaba de orgullo.

Pero el partido terminó y Adriana no dio señales de vida y eso lo hizo sentirse triste. Era la constatación de que ella no sentía por él lo mismo. Así que saber que se enfrentaría a Inglaterra, rivales desde hacía cientos de años y no solo en el *rugby*, no le provocó la alegría que debiera.

Los días pasaron y no supo nada de ella. Aunque vigilaba el móvil constantemente en su tiempo libre por si llegaba un mensaje suyo, no ocurrió. Faltaban un par de días para la gran final y su entrenador les había dado tiempo, más relajados, para que los fisioterapeutas los pusieran al día.

—Capitán —comentó Aiden en una camilla cercana a la suya.

—Dime —masculló, relajado.

—He escuchado que el tercer y cuarto puesto lo pitará Adriana.

Eso lo sorprendió porque tenía asignada la final, ¿habría alguna baja de algún árbitro? ¿Por qué de repente pitaba también el tercer y cuarto puesto?

—Vale —dijo sin más.

—¿Vas a ir a verla? Tenemos libre ese día.

—No tengo entradas.

—Yo sí, me las ha pasado Evans.

—¿Daniel? —preguntó con extrañeza.

—Sí, ha pensado que te gustaría verla pitar.

—No tiene idea de nada… —masculló en voz baja.

—Yo creo que tiene idea de todo… —farfulló a su vez Aiden.

El partido estaba a punto de comenzar cuando llegaron a sus asientos, debería sorprenderlo, pero no fue así, que estuvieran junto a Daniel Evans. Puso los ojos en blanco, pero después decidió que debía darle, como poco, las gracias por las entradas.

—Evans, gracias por las entradas.

—De nada, pensé que te gustaría verla arbitrar.

—¿Por qué estás aquí?

—Quería disfrutar de un partido como espectador, ahora que estamos fuera del campeonato puedo darme el lujo de relajarme y disfrutarlo. Por cierto, enhorabuena. Habéis hecho un gran mundial.

—Gracias, ha sido mucho trabajo, pero estoy contento.

—¿Has pensado qué vas a hacer después?

—No lo sé, supongo que retirarme y luego… luego no lo sé.

—Estoy buscando un segundo de abordo.

—¿Me ofreces trabajo? —preguntó sin dar crédito.

Daniel asintió y Kenneth se quedó sin palabras.

—Al menos di que lo pensarás, por educación —masculló.

—Gracias, lo pensaré.

El partido dio lugar y Kenneth no dejaba de mirarla, embobado, no tenía ni puta idea de qué tenía esa mujer que lo cortocircuitaba por completo. Y, al parecer, no solo le sucedía a él, podía ver las miradas de los jugadores incluso desde donde estaba.

Por suerte para él y desgracia para ellos estaban justo tras el banquillo de los australianos. Daniel había pedido favores y el entrenador, un viejo conocido de Daniel, le había conseguido unas entradas para esa zona en la que podía ver todo el espectáculo de cerca.

Adriana no parecía estar al tanto de nada, solo del juego, y eso lo relajaba. Porque no tenía ni idea de por qué se sentía tan protector con ella.

—Cierra las fauces, león, puedo verte hasta los colmillos. ¿Vas a destrozarlos a todos?

—Ojalá pudiera —confesó.

—A veces no sé si de verdad estás ciego o no quieres ver —afirmó, rotundo.

—¿Por?

—Espero que sepas lo que significas para esa mujer y el sacrificio que ha hecho por ti —insistió Daniel mientras Kenneth lo miraba sin saber qué era lo que sucedía—. Así que… ¿no lo sabes? No te lo ha dicho para que no intentaras detenerla o hicieras alguna tontería… —susurró, esta vez para él más que para los oídos de Kenneth.

—No sé de qué demonios me hablas, Daniel.

—Ha rechazado pitar la final —soltó como si nada.

—¿Qué demonios…? —exclamó sin entender, pero al segundo de soltarlo por la boca, supo «qué demonios» había pasado—. Ha renunciado a pitar la final, ¿por mí? ¿Ha renunciado a su sueño por mí? —masculló una vez más.

—Ha dicho al comité que no le parecía ético pitar un partido cuando se había dado cuenta de que tenía sentimientos románticos por el capitán de una de las selecciones, la escocesa para más señas.

—¡Joder! —gritó, llevándose las manos a la cabeza, y es que no daba crédito.

Desesperado, se levantó del asiento y la buscó en el campo con la mirada. Todo a su alrededor era ruidoso. Los aficionados estaban como locos viendo el fin del partido, cuya victoria había logrado Francia, la anfitriona. El griterío en las gradas no dejaba que se concentrara y no podía encontrarla, ¿por qué no podía verla si era la árbitra? ¡Joder! Si tenía sentimientos por él, por un lado, estaba jodido de que hubiera renunciado a su sueño, por otro, pensaba en que no había una mejor forma de expresar lo que sentía. Los había puesto por encima de todo. Y eso lo abrumaba porque nunca le hubiera pedido renunciar a su sueño, era más, estaba dispuesto a no jugar si ella…

No, ahora no podía, ¿tal vez por eso ella no le había dicho nada? ¿Sabía cuál iba a ser su reacción?

—¡Joder! —gritó una vez más, y dejó que el león que llevaba dentro saliera.

Nadie sabía qué sucedía, ni por qué el capitán de la selección de Escocia, Kenneth Buchanan, corría como loco por el campo de juego en el final de un partido que no era el suyo.

Adriana escuchaba los gritos de asombro en las gradas, pero no tenía ni idea de qué era lo que sucedía, los silbidos se intensificaron y, cuando se giró para buscar qué era lo que todos miraban, lo vio a él.

Su león. Eso parecía. Un león oscuro, salvaje, atractivo, fuerte y seguro de sí mismo corriendo hacia ella. Imparable.

Al llegar a su lado, la tomó con brusquedad por la cintura y la besó. La besó sin que sus pies tocaran el campo de juego y dejó de escuchar los aplausos, los gritos, los vítores, dejó de escucharlo todo menos lo que él la hacía sentir, menos al latido de su corazón que se había adueñado de sus venas y podía sentirlo por todo el cuerpo, uno que temblaba sin parar.

—Kenneth —logró balbucear cuando el beso se hizo tan intenso que tuvieron que alejarse para no arder en llamas ahí, frente a todos.

—¿Por qué, Adriana? —preguntó sin dejarla pensar en nada más.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —interrogó a su vez.

—Yo…, ya sabes que hubiera renunciado a jugar, me hubiera quedado como suplente… —explicó.

—No, Kenneth, no es culpa tuya, ha sido decisión mía. Este será tu último mundial, pero no el mío —sonrió—. Así que quiero que ganes mañana, que mi sacrificio sea una victoria.

—Pero… son un gran equipo —susurró.

—¿Y? Torres más altas han caído, ¿no? Has vencido a equipos muy fuertes porque eres el capitán de los *highlanders*. Además, si hubiera pensado así, ¿crees que estaría ahora aquí? No, claro que no. Así que lleva mañana a tu equipo a la victoria, capitán. Hazlo por mí.

—¿Y después? —preguntó con la voz temblorosa.

—Después…, tendremos mucho tiempo para ver qué hacemos.

Capítulo 33



En pie

El estadio por completo se puso en pie. Adriana solo fue consciente de ello cuando los capitanes de los equipos a los que arbitraba se acercaron a darles la enhorabuena.

«¿Enhorabuena por qué?», pensaba aturdida hasta que cayó en la cuenta de que Kenneth la había besado frente a todo el mundo y, en esta ocasión, decir frente a todo el mundo era una realidad. Las cámaras no dejaban de enfocarlos, al mirar hacia una de las grandes pantallas repartidas por el lugar, se vio, con las manos de Kenneth aún en su cintura, y se tapó la cara con las manos, nunca había sentido más vergüenza en su vida.

Bueno, sí, la sintió cuando los comentaristas empezaron a ensañarse en lo que había sucedido.

—¿Habías visto alguna vez al león correr así?

—Creo que ha sido la jugada de su vida —decía el otro.

—Ahora sí podemos decir el nombre de la mujer a la que el capitán le brindaba cada anotación.

—Y déjame hacer hincapié en una cuestión, que no es otra que la profesionalidad de la árbitra. Su renuncia a jugar la final ha sido una noticia impactante que nadie entendía, ahora queda claro. No ha querido que se ponga en duda su imparcialidad. Eso se merece un aplauso. La carrera de Adriana de Vera dará mucho juego —añadió con una gran sonrisa.

—Sí, es cierto, además, voy a felicitar al capitán de la selección escocesa: no sé si ganará el mundial, pero se ha hecho con el trofeo más importante de su vida.

—Cierto, ¿escuchas?

—¿El qué?

—Suenan campanas de boda…

—¿Estás feliz, *highlander*? —preguntó, seria.

—Claro, ¿lo dudas?

—No, claro que no, te gusta dar el espectáculo y está claro que lo haces muy bien. No quiero ni pensar cuántas visualizaciones tendrá esta imagen…

—Espero que tantas como millones de personas hay en el planeta, quiero que todo el mundo sepa quién es la mujer que me ha robado la razón.

Y la besó de nuevo, y los aplausos y gritos llenaron las gradas. El estadio parecía al borde del derrumbe, como ella se sentía. Al borde del precipicio que era Kenneth Buchanan y al que se lanzaba cada vez con más facilidad. Sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en nada más que su roce o el sabor de sus besos.

—*Sassenach*, te dejo, no sé si has terminado el partido —se mofó.

—Maldito *highlander*… —masculló.

—Maldito o no, soy tuyo.

Y Adriana lo observó alejarse con el corazón a mil, los labios inflamados por sus besos y un anhelo entre sus piernas que la hacía arder. Y mientras lo observaba, solo podía preguntarse cómo demonios creía ese salvaje de las Highlands que iba a poder dar el pitido final.

Cuando sonó el silbido que daba fin al partido oficialmente, Adriana dejó que la tensión abandonara su cuerpo con un sonoro suspiro. El capitán de Francia, que se había hecho con la victoria quedando en un gran tercer puesto, bromeó sobre el asunto de que el escocés se le había adelantado, a lo que ella le contestó que siempre había sido él.

Australia quedaba en un cuarto puesto muy merecido, habían hecho un gran partido, pero Francia los había superado por poco, lo justo para hacerse con la victoria. Tras una ducha rápida y un cambio de ropa, se reunió para el tercer tiempo en la sala que solían usar para esta celebración. Y respiró más tranquila y a la vez más nerviosa al ver a Kenneth junto a Daniel y el seleccionador australiano, esperándola.

—Te estaba esperando —susurró al acercarse a ella.

La tomó de las manos, aunque dudó de si en darle un beso o no, había tanta gente…

—¿Qué sucede, Kenneth?

—No sé si besarte, hay tanta gente…

—Me tienes que estar tomando el pelo —bufó.

—No, ¿por qué lo dices, Adri?

—Te arrodillaste frente a todo el mundo la primera vez que nos volvimos a encontrar, has entrado como un león persiguiendo a una gacela en la final de un partido de un mundial frente a millones de personas para besarme, ¿y ahora dices que no sabes si darme un beso? Está bien, te daré una respuesta.

Y, tomándolo por la camisa, lo acercó a ella y lo besó en los labios. Un beso fugaz, sin profundizar, pero que avivó el calor que había dejado en ella con esa muestra de afecto y de amor hacía unas horas.

Y los asistentes aplaudieron de nuevo y ella sonrió junto a la boca masculina.

—Ve a descansar, mañana tienes la final y quiero un primer lugar —susurró.

—¿Crees que voy a poder dormir después de este beso?

—Sí, claro, ha sido un beso inocente.

—Siento decirte, *sassenach*, que en lo que a ti respecta nada es inocente.

Y sin pensarlo, dejando de nuevo que ese animal que llevaba en el corazón tomara el control, la cogió en brazos y la sacó del local sin que pudiera disfrutar del tercer tiempo. Los silbidos de sus compañeros le dejaron claro que aceptaban la actuación del capitán escocés, que no la soltó hasta no dejarla sobre la cama que compartiría con ella a partir de ese instante.

—Kenneth, deberías descansar, lo digo en serio, mañana tienes el «partido de tu vida» —insistió—. Es hora de…

—Es hora de que tú y yo desordenemos la cama. No me digas que no porque tienes miedo a lo que sucederá de ahora en adelante. Dime que sí, aunque te mueras de miedo, porque si no morimos los dos de ganas —susurró antes de besarla con una intensidad que la dejó sin razón.

Era cierto, la asustaba como mil demonios lo que sucedería de ahora en adelante, pero no iba a echarse atrás. Había visto un

retazo de su vida sin él y estaba segura de que no era lo que deseaba.

Sus caricias la dejaban sin aliento, sus besos, sin aire y el contacto de su lengua húmeda sobre su piel dejaba en ella huellas invisibles que quedaban grabadas por el calor que nacía por el roce de sus cuerpos.

Cuando Adriana tomó la iniciativa y se colocó sobre él, a horcajadas, y empezó a torturarlo con sus movimientos suaves, creyó morir.

—Vas a matarme esta noche, Adriana —confesó.

—Dime, entonces, qué necesitas para sobrevivir, *highlander*, porque te quiero muchas noches más en mi cama.

—Todo lo que necesito para sobrevivir esta noche y todas las del resto de mi vida, *sassenach* —susurró, mirándola a los ojos, con una de sus manos rodeando su estrecha cintura y la otra colocándole la desordenada melena

—, es tu piel húmeda —musitó, acariciando la piel de su cuello—, tus ojos hambrientos —añadió, acariciándole la zona cercana a ellos — y los jadeos de tu boca insaciable —terminó por rematar, pasando su pulgar por los labios de Adriana, gesto que casi la hizo correrse en ese instante.

—Joder, Buchanan, ahora calla y juega duro.

Adriana abrió los ojos y se encontró sola en una cama que dejaba claro que había sido campo de juego. Sonrió mientras se desperezaba, sabía que Kenneth tendría que estar concentrado todo el día porque jugaban la final. La final. Parecía increíble todo lo que habían vivido. Parecía increíble el tiempo que había pasado desde su reencuentro: un año.

Miró el móvil y enseguida le apareció el mensaje de Kenneth.

De pronto, ver esa palabra escrita lo hizo todo más real, sonrió más y apretó el móvil contra su pecho bajo el que latía su corazón alocado. Abrió la boca y dejó escapar las mariposas que la llenaban. Había tomado la decisión correcta, estaba segura. Él hubiera sacrificado todo por ella, lo sabía. A pesar de ser su última oportunidad, la hubiera sacrificado por ellos, por eso no pudo permitirlo. Ella tenía todavía una carrera por delante, tendría la

oportunidad de arbitrar en otras grandes competiciones, él no. Él se retiraría tras el mundial, se lo había dicho. Por eso no podía dejarle escapar su victoria, una conseguida con mucho esfuerzo.

Tecleó sin borrar una sonrisa que se había quedado fija en su cara y que duraría mucho tiempo, eso esperaba.

Kenneth echó un vistazo al móvil sin esperarse lo que vio, no imaginaba que Adriana le hubiera contestado tan pronto, y mucho menos lo que leyó al final.

—También me quiere… —susurró.

—¿Renunció a pitar la final por ti y todavía te sorprende que esa mujer te quiera? Estás fatal, amigo —se mofó Aiden.

—Sí, lo sé, pero verlo escrito ha hecho que sea más real.

—Vamos, tenemos que ganar ese trofeo como regalo de bodas.

Final del campeonato del mundo de rugby. San Denis, Francia. 21:00 horas.

Kenneth miró a sus compañeros, a todos esos jugadores que se habían dejado la piel para llegar a la final. Estaba orgulloso de lo que habían conseguido, orgulloso de haber llevado a su equipo tan lejos, un récord en la historia de su selección. Y nunca había tenido tantas ganas de rugir en el campo.

La lucha contra Inglaterra había sido impensable, sonreía cada vez que pensaba en el montón de apuestas que habrían tenido en contra y la cantidad de maldiciones que habría soltado más de uno, ahora estaban de nuevo en guerra. Una guerra que solo estaba en pausa.

—Compañeros —empezó con la emoción atascada en la garganta —, hemos llegado muy lejos y quiero más. El enemigo está fuera y tenemos que defender el trono una vez más, así que os voy a pedir que salgáis al campo con todas vuestras fuerzas, que invoquéis a los guerreros que os precedieron y los despertéis, no olvidéis que somos un pueblo de luchadores, de supervivientes y, una vez más, nos lanzamos al campo a pelear contra Inglaterra. Quiero ese trofeo, sé que vosotros también, pero también quiero que no olvidéis que el juego puede ser duro, pero siempre tiene que ser limpio. Ahora, vamos, a por el mundial.

Sus compañeros no aplaudieron, no gritaron ni silbaron, se unieron en un abrazo y salieron al campo como los guerreros que eran.

Adriana no podía contener los nervios. La habían dejado ver el partido desde la zona de los árbitros suplentes, aunque ella no fuera a pitar. Al verlo salir, su corazón se desbocó y pensó que no había un hombre más atractivo en todo el mundo que su león. Sí, sí lo había: el capitán Kenneth Buchanan cubierto por el barro tras un partido.

El partido comenzó y la primera entrada se la hicieron con dureza a Kenneth, Adriana se había prometido a sí misma que no iba a preocuparse por él, estaba acostumbrado a este tipo de juegos, pero fue inevitable. No podía dejar de pensar en la entrada tan dura de hacía años. Quería que ganara, pero no a cualquier precio.

El primer tanto de Kenneth llegó pronto y todo se detuvo cuando él la buscó con la mirada y brindó con ella, que le devolvió el gesto. El estadio estalló en aplausos, los comentaristas tuvieron de qué hablar para rato y ella sonreía cada vez que su león le dedicaba un tanto.

El primer tiempo terminó con una clara ventaja de los escoceses contra el equipo inglés, que parecía ir perdiendo fuelle a cada minuto que pasaba. Su león se había hecho con la sabana y la controlaba a su antojo. Nunca, jamás, lo había visto jugar así. Su pecho se sentía a punto de estallar por no ser capaz de contener tanto orgullo, estaba a unos minutos de conseguir el ansiado trofeo y ella deseaba, más que nadie, que lo lograra. Que cumpliera su sueño.

Quedaba poco tiempo para el final, Escocia seguía ganando, pero no con una ventaja suficiente como para acomodarse, Kenneth llevaba el balón, dos jugadores ingleses lo interceptaron, uno por las rodillas, el otro por la parte superior, derribándolo. Y sucedió. Kenneth estaba en el suelo, aullando.

Adriana moría de preocupación, no dejaba de morderse la uña del pulgar, sin saber bien qué demonios pasaba en el campo. Desde donde estaba no tenía una visión clara y el hecho de que todos se aglomeraran a ver qué había sucedido no la ayudaba.

Miró hacia la gran pantalla, en ella vio a Kenneth con la rodilla dislocada.

—¡Mierda! ¡Joder! —gritó, asustada, llevándose las manos a la cabeza.

—La entrada de los jugadores ingleses ha sido brutal, el capitán de Escocia está en el suelo con la rodilla dislocada. Creo que tendrán que sacarlo del campo y no podrá terminar el juego…

—Un momento, ¿qué hace? ¿Se recoloca la rodilla él solo con golpes?

—Maldita sea, ¡eso parece!

Adriana no podía creer lo que veía a pesar de que se desarrollaba frente a ella. Kenneth se había golpeado la rodilla hasta colocarla en su sitio, se levantó y el médico lo acompañó hasta el borde del campo. Tocó la rodilla de Kenneth, que la movió varias veces y caminó un poco, parecía que todo estaba bien. Pero lo que sorprendió a todos fue que se negó a quedarse en el banquillo y regresó al campo entre aplausos y murmullos de incredulidad. Estaba claro que ese hombre no era de este mundo.

—Y ahí está la prueba de que los jugadores de rugby *están hechos de otra pasta. Kenneth Buchanan, capitán de la selección de Escocia, acaba de dejarlo claro.*

Kenneth la buscó con la mirada, sonrió y brindó con ella, otro tanto diferente el que acababa de marcar, pero igual o más importante. Adriana le devolvió el gesto, más tranquila, y lo vio terminar el partido con la satisfacción de que Escocia se hacía con el trofeo del campeonato del mundo.

El equipo inglés recogía en orden su medalla, volvían a estar en la final como hacía cuatro años, cuando perdieron contra Sudáfrica, y el rostro de los jugadores que habían vivido aquella experiencia era triste. Dos veces tan cerca y a la vez tan lejos.

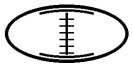
Adriana se emocionó cuando Kenneth, cojeando, apareció el primero de su equipo, saludando y recibiendo las felicitaciones de la organización, y cuando le colocaron la medalla de oro, no dudó en buscar a Adriana y dedicársela, era un triunfo de ambos.

Una vez que todo el equipo tenía su medalla de oro, se acercaron a recibir la copa, que Kenneth alzó hasta las estrellas, hacia esas

mismas a las que la llevaba cada vez que estaban juntos.

Adriana se limpió las lágrimas de felicidad que surcaban su rostro. No era el final, sino el principio de todo lo que vendría después. El principio de una nueva vida junto al hombre que amaba.

Capítulo 34



La noche del campeón

La celebración había terminado hacía más de una hora, pero los cánticos de los aficionados escoceses seguían llegando desde la calle hasta la habitación del hospital. Kenneth los escuchaba tumbado en una camilla, con la pierna inmovilizada, la medalla de oro sobre el pecho y una expresión de fastidio que no engañaba a nadie.

—Deja de mirar la puerta —ordenó Adriana desde la silla situada junto a él—. No vas a escaparte.

—No pretendía hacerlo.

—Claro. Por eso llevas diez minutos calculando si podrías alcanzar las muletas antes de que yo te detuviera.

Kenneth giró la cabeza para mirarla. Adriana ya no llevaba el uniforme de árbitra ni el vestido de la celebración. Se había puesto unos pantalones cómodos y una camiseta que había comprado de camino al hospital, aunque todavía conservaba el cabello húmedo por la ducha rápida y los ojos enrojecidos por la emoción, el cansancio y el susto que le había dado aquel animal al golpearse la rodilla hasta recolocarla.

—Soy el campeón del mundo —recordó él.

—Y yo soy árbitra. ¿Quieres que te saque una roja por conducta temeraria?

—No puedes expulsarme del hospital.

—Puedo pedir que te seden.

Kenneth sonrió. Aquella mujer acababa de renunciar a arbitrar la final de un mundial porque lo amaba, había regresado a su cama y lo había visto levantar el trofeo con el que soñaba desde niño. Aun así, seguía amenazándolo como si él fuera el jugador más indisciplinado del campo. La normalidad de su tono era lo único que impedía que la emoción lo desbordara.

El médico había asegurado que la articulación estaba de nuevo en su sitio, pero necesitaban pruebas para comprobar el estado de los ligamentos. El dolor se había vuelto más intenso al enfriarse el cuerpo y Kenneth no ignoraba la posibilidad de una operación,

aunque su carrera ya hubiera terminado oficialmente con aquel partido. Oficialmente.

La palabra le producía una sensación extraña. Había pasado media vida preparándose para el siguiente entrenamiento, el próximo rival, el campeonato que todavía no había ganado. Ahora tenía sobre el pecho la medalla que demostraba que había alcanzado el último objetivo y, al mismo tiempo, no tenía ningún partido al que dirigir la mirada.

Adriana debió de leer algo en su expresión porque dejó de bromear. Se levantó, se acercó a la camilla y tomó la medalla entre los dedos.

—¿Pesa? —preguntó.

—Más de lo que esperaba.

—Es oro.

—No hablo de la medalla.

Ella lo comprendió. La soltó sobre su pecho y le acarició el cabello hacia atrás con una delicadeza que contrastaba con la forma en la que le había gritado desde la grada cuando se golpeó la rodilla.

—Has ganado, Kenneth.

—Sí.

—Y te has retirado como querías: siendo capitán, levantando la copa y consiguiendo que medio planeta crea que los escoceses sois indestructibles.

—No lo somos.

—Me alegra que por fin lo admitas.

Kenneth atrapó su mano y besó la palma. El aroma de Adriana, limpio y familiar, hizo que el ruido de la calle pareciera más lejano.

—Mañana no tengo que entrenar —dijo.

—Mañana tienes una resonancia.

—No es lo mismo.

—No, desde luego. En una resonancia no puedes darle órdenes a veinte hombres ni hacerte el héroe.

—Puedo darle órdenes al técnico.

—Pruébalo y te dejo aquí solo.

Volvió a sonreír, pero la sonrisa desapareció pronto. Adriana se sentó en el borde de la camilla, con cuidado de no rozarle la pierna.

—¿Qué te preocupa de verdad? —preguntó.

Kenneth miró el techo. Nunca había sido un hombre que temiera decir lo que pensaba, pero aquello no era una estrategia de partido ni una declaración de deseo. Era una pregunta para la que no tenía una respuesta preparada.

—No sé quién soy mañana. Adriana no dijo nada. Esperó.

—Hoy soy el capitán de Escocia. El hombre que ha ganado el mundial, el jugador al que todos quieren abrazar y al que han sacado del estadio casi a la fuerza porque se negaba a dejar la celebración. Mañana… —Kenneth tragó saliva—. Mañana soy un exjugador con una rodilla destrozada.

—Mañana sigues siendo Kenneth Buchanan.

—Eso es muy filosófico, sassenach.

—Y muy cierto. No eres capitán porque lleves un brazalete. Llevas el brazalete porque sabes ser capitán. Has conseguido que esos hombres creyeran que podían ganar cuando nadie apostaba por ellos. Eso no desaparece al colgar las botas.

—No sé hacer otra cosa.

—Eres geógrafo.

—No ejerzo desde hace años.

—Sabes enseñar. Se te da bien explicar, ordenar, dirigir y hacer creer a los demás que tus ideas son suyas. Cualidades muy útiles para un entrenador.

Kenneth giró la cabeza hacia ella. —Daniel me ha ofrecido trabajar con él.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Yas me lo ha contado mientras te hacían las primeras pruebas. Al parecer, Daniel lleva días convencido de que aceptarás y habla de ti como si ya formaras parte de su equipo.

—Maldito Evans.

—Eso mismo he pensado. Pero también creo que tiene razón.

Kenneth pasó el pulgar por los nudillos de Adriana.

—Es en España.

—Soy consciente de la situación geográfica de mi país.

—Tú viajas constantemente.

—También viajaba mientras tú jugabas en Escocia.

—No quiero que cambies tu carrera por mí.

Adriana lo observó con una seriedad que lo obligó a callar.

—He renunciado a una final, Kenneth. A una. No a mi carrera. Lo hice porque pitarla habría significado poner en duda mi imparcialidad y porque tú no volverías a tener otra oportunidad de ganar ese trofeo como jugador. Volveré a arbitrar otras finales. No necesito que te sientas culpable ni que decidas tu futuro para compensarme.

—Quiero estar contigo.

—Y yo contigo. Pero no vamos a convertir el amor en una cuenta donde cada uno anote lo que sacrifica por el otro. Tú aceptarás ese trabajo si deseas entrenar. Yo seguiré arbitrando porque es lo que amo. Habrá aeropuertos, hoteles, semanas complicadas y discusiones. Y después volveremos a casa.

—¿A qué casa?

La pregunta quedó suspendida entre ambos. Adriana bajó la vista hacia sus manos unidas.

—Podríamos decidirlo juntos.

Kenneth sintió que algo se abría en su pecho. No era una promesa grandilocuente ni una declaración frente a miles de personas. Era más. Adriana, la mujer que siempre había defendido su independencia como si fuera un territorio sagrado, acababa de incluirlo en la palabra casa.

—Granada —dijo él. Ella alzó la mirada.

—¿Qué?

—Podríamos vivir en Granada. Daniel trabaja en España y tú siempre acabas regresando allí. Además, me debes una visita seria a la Alhambra. La última vez solo tuve tiempo de conocer la cerveza.

—No has estado nunca en Granada.

—He visto fotos.

—Eso no cuenta.

—Entonces tendrás que enseñármela.

Adriana sonrió, pero sus ojos se llenaron de humedad.

—¿Estás diciendo que quieres mudarte conmigo?

—Estoy diciendo que llevo nueve años perdiendo el tiempo sin ti y que no pienso desperdiciar otros nueve. No necesito que me

prometas que será fácil. Solo que, cuando discutamos, no volverás a desaparecer sin dejarme tu apellido.

—Ahora lo sabes.

—Adriana de Vera —pronunció despacio—. No pienso olvidarlo.

Ella se inclinó y lo besó. No fue un beso desesperado ni hambriento. Fue lento, cálido, lleno de todo lo que no habían sabido decirse cuando eran dos jóvenes convencidos de que una semana no podía cambiar una vida.

La puerta se abrió y una enfermera entró empujando una silla de ruedas. Se detuvo al verlos y carraspeó.

—El señor Buchanan debe pasar la noche en observación. Vamos a trasladarlo a una habitación.

—Puedo caminar —protestó Kenneth.

—No puede apoyar la pierna.

—Tengo muletas.

—Tiene una rodilla recién reducida, analgésicos en el cuerpo y una mujer que parece dispuesta a golpearlo si hace alguna estupidez —respondió la enfermera—. Siéntese.

Adriana soltó una carcajada. —Me cae bien.

—No me sorprende. Las dos disfrutáis dándome órdenes.

—Y tú desobedeciéndolas —replicó ella.

Kenneth se dejó ayudar, aunque convirtió el traslado de la camilla a la silla en una demostración innecesaria de fuerza que hizo suspirar a ambas mujeres. Cuando estuvo sentado, tomó la medalla y se la tendió a Adriana.

—Es tuya.

—No. Te la has ganado tú.

—La ganamos juntos.

—Kenneth…

—No voy a discutirlo. La llevo en el cuello porque la organización se empeñó, pero cada vez que marqué te busqué. Cuando la rodilla se salió de su sitio, lo primero que hice después de levantarme fue asegurarme de que seguías mirándome. Y cuando alcé la copa, quería que supieras que también era tuya.

Adriana tomó la medalla. La observó unos segundos y, en lugar de colgársela, la pasó alrededor de las manos de ambos, como un

lazo dorado.

—Entonces la guardaremos en nuestra casa.

Kenneth levantó las manos unidas. —¿Eso es una propuesta?

—No. Ya me han pedido matrimonio demasiadas veces en campos de rugby y no pienso devolverte el favor en un hospital.

—Todavía no te lo he pedido de verdad.

—Lo sé.

—¿Y si lo hiciera ahora?

—Te diría que estás drogado.

—Estoy perfectamente lúcido.

—Acabas de intentar negociar con una enfermera para saltarte una resonancia.

—Eso demuestra capacidad de liderazgo.

Adriana negó con la cabeza y se inclinó hasta quedar cerca de su boca.

—Cuando me lo pidas, capitán, quiero que lo hagas porque estás preparado, no porque acabas de ganar un mundial y temes que mañana todo sea diferente.

—Mañana todo será diferente.

—Sí. Y eso no tiene por qué ser malo.

La enfermera empezó a empujar la silla por el pasillo. Adriana caminó a su lado sin soltarle la mano. El hospital estaba tranquilo, muy lejos de los gritos del estadio, pero cada vez que pasaban junto a una ventana se escuchaban gaitas, canciones y voces celebrando la victoria.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó Kenneth.

—¿La rodilla?

—Que tenía planeado pasar la noche del campeón de una forma bastante distinta.

Adriana lo miró de arriba abajo con descaro.

—En tu estado, lo más duro que vas a jugar esta noche es una partida de cartas.

—Puedo demostrarte que algunas partes de mi cuerpo funcionan perfectamente.

La enfermera soltó una risa que intentó disimular tosiendo.

—Buchanan, compórtate.

—Has dicho que no querías que dejara de ser yo.

—Me estoy arrepintiendo.

Al llegar a la habitación, lo ayudaron a tumbarse y la enfermera salió después de advertirle que llamara antes de intentar levantarse. Adriana colocó la medalla sobre la mesilla, se quitó los zapatos y se acomodó en el sillón.

—No vas a dormir ahí —dijo Kenneth.

—No pienso dejarte solo.

—La cama es grande.

—La cama es de hospital.

—He dormido en lugares peores.

—Y mañana te quejarás de la rodilla.

—Me quejaré de todas formas.

Adriana lo observó unos segundos antes de levantarse. Bajó con cuidado la barandilla, se tumbó a su lado evitando la pierna inmovilizada y apoyó la cabeza sobre su hombro. Kenneth rodeó su cintura y dejó escapar un suspiro que llevaba horas conteniendo.

—Aceptaré el trabajo de Daniel —dijo.

—¿Estás seguro?

—No. Pero quiero intentarlo. Quiero descubrir quién soy fuera del campo sin alejarme de él. Y quiero hacerlo contigo.

—Entonces lo intentaremos.

—¿En Granada?

—En Granada. Aunque primero tendrás que aprender que la Alhambra no es solo una cerveza.

—Y tú tendrás que aceptar que un Buchanan siempre gana las discusiones.

—Acabas de empezar nuestra vida juntos con una mentira.

Kenneth rio y la abrazó un poco más fuerte. Cerró los ojos. Por primera vez desde que sonó el pitido final no pensó en lo que terminaba, sino en todo lo que estaba a punto de comenzar.

La medalla brillaba sobre la mesilla. La copa estaba en manos de su equipo. Su carrera como jugador había llegado al final, pero Adriana dormía junto a él y la palabra mañana ya no parecía un espacio vacío.

Mañana sería un entrenador en potencia, un hombre con una casa por elegir y una mujer a la que no pensaba volver a perder.

Y, por una vez, le pareció una victoria más grande que cualquier campeonato.

Epílogo



Cuatro años después. Final del campeonato del mundo. Anz Stadium, Australia. 21:00 horas.

Sacudió las manos y relajó el cuello, sentía una presión en el pecho que no podía describir con palabras. Hacía cuatro años que había renunciado a pitar la final del mundial por él y, ahora, el destino había vuelto a ofrecerle la oportunidad.

Miró a la árbitra suplente y le dedicó una gran sonrisa, tras ella habían llegado algunas más, pocas, pero poco a poco conquistarían más territorio hasta que llegara el día en el que la proporción fuera equitativa. El campo donde arbitraría la final, el ANZ Stadium, era impresionante, no había espacio en él para nada más que aire y este escaseaba por la alta concentración de los cuerpos que llenaban las gradas.

En el centro del campo, dos de los grandes: Australia, la anfitriona, que había estado imparable, y los All Blacks. Prometía ser un juego de infarto. Al poner el pie sobre el césped, la magia cobró vida, esa que siempre sucedía con el primer contacto. Caminó hacia su lugar sin dejar de mirar a los capitanes. Los conocía a ambos, Darel, la joven promesa maorí había crecido ante la mirada de espectadores, entrenadores, compañeros y árbitros y ahora estaba ahí, dejando claro que tenía el poder en sus manos, las mismas que habían llevado a su equipo a la final.

Del otro lado, el capitán australiano, más maduro, pero aún en su apogeo. Eso la hizo extrañar a Kenneth, su retirada había sido algo natural, aun así, lo echaba de menos en los campeonatos, saber que no estaba junto a ella como jugador, viviéndolo al máximo. De todas formas, por cosas del destino, había terminado como segundo entrenador en el equipo que entrenaba Daniel Evans, dos rivales convertidos en socios y amigos. Los milagros se daban después de todo…

La moneda voló por el aire, al caer, el capitán neozelandés sonrió al saberse vencedor. Elegiría abrir el partido, no hacía falta ser

adivina para saberlo. El *kickoff* inicial en una final del campeonato del mundo era único y las cosas únicas había que aprovecharlas.

Lo buscó con la mirada, sabía dónde se había sentado, Daniel había pedido el favor al entrenador de la selección neozelandesa de que les permitieran contemplar el partido desde el banquillo, y allí estaban ambos, mirándola sin pestañear.

La haka maorí había dejado a todos con el corazón acelerado y los sentimientos a flor de piel y había surtido el mismo efecto en ella, que, a pesar de las veces que la había contemplado, seguía emocionándola como la primera vez.

Esos segundos antes de que empezara todo le sirvieron para echar un vistazo a cómo su vida había cambiado junto a Kenneth; sonrió. Él había cumplido su sueño y ella lo estaba cumpliendo ahora, años después, pero no importaba porque todo lo que merecía la pena en la vida costaba esfuerzo y sacrificio: ellos lo sabían bien.

Dio el pitido que daría comienzo al partido, nada era seguro en las competiciones, nunca se sabía ni se podía adivinar un resultado. Como en la vida. No se podía dar nada por hecho porque de pronto el destino hacía una jugada inesperada y lo ponía todo patas arriba. Como le había sucedido a ella.

Lo buscó con la mirada y lo encontró enseguida. Sonrió. Él le devolvió la sonrisa, orgulloso. El partido siguió su curso normal, pero cuando llegó el descanso del primer tiempo, el león, una vez más, se adentró en el terreno de juego para sorpresa de todos.

Los comentaristas hacían apuestas para ver qué era lo que tenía planeado en esa ocasión el ex capitán de la selección escocesa y ex capitán de los Lions, sus vídeos eran virales y bromeaban sobre la cantidad de dinero que les habrían dado las visualizaciones, que se contaban por millones.

Adriana lo observaba acercarse sin poder respirar, nunca se había sentido más como un cervatillo hechizado por la fuerza y seguridad de un gran león oscuro. ¿Qué demonios se traería entre manos?

Kenneth se acercó hasta la mujer frente a él, su compañera, amiga, amante, la mujer a la que admiraba y que lo hacía tan feliz que no concebía una vida sin ella.

Otra vez se arrodillaba frente a ella, pero esta vez no era una broma ni una apuesta. Esta vez era un hombre diciéndole a la mujer que amaba que lo suyo era para siempre. Las voces de los presentes se mezclaban con los comentarios de los periodistas, los flashes de las cámaras no la cegaban, ni siquiera las veía. Solo a Kenneth, arrodillado frente a ella con el maldito anillo de su abuela en una cajita abierta para ella.

—Adriana —susurró.

—Pues claro que sí, maldito *highlander* —contestó a una pregunta que no llegó a hacerle.

Adriana lo cogió por la corbata que llevaba, tirando de él para levantarlo, y lo besó. Lo besó con todo ese amor que sentía por él.

—Adriana, ¿es un sí? —preguntó para asegurarse.

—¿Qué crees que puede significar si no? No sabes hacer las cosas en la intimidad, ¿no? Todo tiene que ser a lo grande —lo riñó cerca de su boca.

—Entonces, dame tu mano —pidió.

Adriana se echó un poco hacia atrás, solo un paso. Kenneth tomó su mano y colocó el anillo de su abuela en él. El azul de la piedra que adornaba el corazón entre las manos que formaban el anillo le recordaban al azul de sus ojos.

Besó la mano, justo en la zona en la que quedaba el anillo, y, después, sacó la medalla de oro que ganó en el mundial, entrelazó su mano a la de ella y rodeó ambas con el lazo dorado de la medalla.

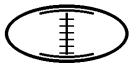
—Te he pedido matrimonio, o casi, con el anillo de mi abuela, para honrar mi ascendencia irlandesa, pero ahora te pido matrimonio como los guerreros de las Highlands lo suelen hacer. Soy uno de esos guerreros, peleo por lo que deseo, lucho por lo que quiero y no dejo que nada me detenga.

Por eso quiero que sepas que el matrimonio para mí no es solo la unión de dos personas, sino de dos almas que tras buscarse se encuentran para convertirse en una sola. Eso somos tú y yo, Adriana, dos almas que se han unido en una sola. ¿Te casarás conmigo, Adriana de Vera?

—Kenneth Buchanan, mi león, mi *highlander* —murmuró—, si hay algo que tengo claro, es que quizás no fuiste la primera, pero sí la mejor de todas mis historias.

Fin

Escenas inéditas



La semana que no pudo olvidar

Esta escena sucede después del capítulo 2.

La puerta se cerró y Kenneth permaneció inmóvil en medio de la habitación, con una mano todavía apoyada en el picaporte y la certeza absurda de que, si la abría con suficiente rapidez, encontraría a Adriana al otro lado. Tal vez riéndose de aquella despedida demasiado seria para una semana que había comenzado con una cerveza. Tal vez dispuesta a decirle que había cambiado de opinión, que perdería el vuelo, que podían regalarse otro día. Uno más. Solo uno. No abrió.

Escuchó sus pasos alejarse por el pasillo hasta que el ascensor emitió un sonido tenue y después no quedó nada. Ni su voz, ni su risa, ni la cadencia española con la que pronunciaba su nombre. Solo el silencio de una habitación que, de pronto, parecía demasiado grande para una persona.

—Ha sido un placer —repitió en voz baja.

La frase le supo a mentira. Un placer era una buena noche, una conversación divertida, un cuerpo que se recordaba durante unos días antes de ser sustituido por otro. Aquello no había sido únicamente un placer. Había sido una semana en la que se había acostumbrado a despertarse con una melena oscura sobre el pecho, a encontrar sus libros cambiados de sitio porque Adriana necesitaba espacio para dejar el móvil, a escucharla discutir sobre cualquier asunto como si el futuro del mundo dependiera de que él admitiera que ella tenía razón.

Siete días. Siete noches. Demasiado poco para conocer a una persona y suficiente para echarla de menos antes de que hubiera abandonado el edificio.

Kenneth se apartó de la puerta y recorrió la habitación sin saber qué buscaba. No había dejado nada. Ni una prenda olvidada, ni un papel, ni siquiera una horquilla de esas que aparecían en lugares imposibles cuando una mujer pasaba demasiado tiempo en una

casa. Adriana había recogido cada una de sus cosas con la misma decisión con la que había entrado en su vida: sin pedir permiso y sin dejarle tiempo para prepararse.

Se dejó caer sobre la cama. Las sábanas aún conservaban su aroma. Cerró los ojos y volvió a verla la primera noche, sentada en aquel taburete del pub, fingiendo que no necesitaba que nadie la ayudara. La vio alzar la botella de cerveza y brindar por sus genes. La escuchó llamarlo highlander hechizado, provocarlo hasta que ser un caballero dejó de parecerle una opción razonable. Y recordó, con demasiada claridad, el momento en el que sus dedos se entrelazaron mientras caminaban por Edimburgo y él pensó que podía acostumbrarse a aquello.

Era un imbécil. Había tenido una semana entera para preguntarle su apellido. Siete días para pedirle el número de teléfono, un correo electrónico, cualquier cosa que sirviera para localizarla cuando dejara de comportarse como si la distancia entre Escocia y España fuese un detalle sin importancia. No lo había hecho porque ambos habían establecido, sin decirlo, que aquello tenía fecha de caducidad. Preguntar habría significado admitir que no quería que terminara.

Kenneth cogió el móvil y abrió el buscador. Escribió «Adriana Granada Erasmus Ingeniería Edimburgo» y obtuvo una cantidad absurda de resultados. Perfiles sin fotografía, noticias antiguas, páginas de universidades y varias Adrianas que no eran la suya. Probó añadiendo «fotografía». Después «medio inglesa». Incluso «Alhambra cerveza», lo que le hizo soltar una carcajada seca al comprobar que internet no estaba dispuesto a obrar un milagro solo porque él acabara de descubrir que había dejado marchar a la mujer más fascinante que había conocido.

Se incorporó y llamó a la residencia universitaria en la que sabía que se alojaban muchos estudiantes extranjeros. No estaba seguro de que fuera la de Adriana, pero necesitaba intentarlo.

—Busco a una estudiante española que se marcha hoy —explicó cuando una mujer contestó—. Se llama Adriana y estudia Ingeniería.

—Necesitaría el apellido.

—No lo tengo. Hubo un silencio al otro lado.

—Entonces no puedo ayudarlo. Además, aunque supiera de quién habla, no podemos facilitar datos personales de los estudiantes.

—No quiero que me dé ningún dato. Solo necesito que le haga llegar mi número.

—Sin apellido no puedo saber a qué Adriana se refiere.

Kenneth cerró los ojos y se llevó una mano a la nuca.

—Claro, seguramente habrá miles de ellas… Gracias de todas formas.

Colgó y se quedó mirando la pantalla. Podía acudir al aeropuerto. Sabía a qué hora salía, o al menos creía recordarlo. Si se daba prisa, quizá llegaría antes de que cruzara el control. Se puso en pie de un salto, buscó la chaqueta y llegó a la puerta antes de detenerse. ¿Para decirle qué?

«No te vayas» era una petición que no tenía derecho a hacer. En unos días él también abandonaría aquella habitación. Terminaba la universidad, comenzaría la etapa más importante de su carrera y ni siquiera sabía en qué ciudad jugaría la siguiente temporada. Adriana regresaba a España para continuar con su vida. Ninguno podía prometer al otro algo que no estaba en condiciones de cumplir.

Podía pedirle el teléfono. Eso sí. Kenneth volvió a mirar la hora. El trayecto al aeropuerto, los controles, el tiempo que habría perdido desde que ella salió… No llegaría.

Soltó una maldición y golpeó la puerta con la palma de la mano. El sonido retumbó en la habitación. Una reacción infantil, pero no encontró otra forma de aliviar la frustración que le comprimía el pecho.

El móvil vibró y durante un segundo absurdo creyó que sería ella. No podía serlo; Adriana no tenía su número. Era Aiden, que llevaba días quejándose de que Kenneth hubiera desaparecido del mundo.

—¿Sigues vivo? —preguntó su amigo en cuanto respondió.

—Por desgracia.

—Eso suena prometedor. ¿Se ha marchado la española? Kenneth apretó la mandíbula.

—Sí.

—¿Y por eso pareces dispuesto a arrojarte desde Arthur’s Seat?

—No pienso arrojarme desde ningún sitio.

—Me tranquiliza. ¿Vas a venir a entrenar o tengo que decir que el gran Buchanan ha sido derrotado por una mujer de metro sesenta y poco?

—No me ha derrotado.

—Entonces, ¿por qué suenas así?

Kenneth miró la cama deshecha, el escritorio que aún no había recuperado el orden después de aquella primera noche y las dos botellas vacías de Alhambra que habían conseguido en una tienda especializada porque Adriana insistió en que no podía marcharse sin demostrarle que Granada también sabía hacer cerveza.

—Porque la he dejado ir sin preguntarle el apellido.

Aiden guardó silencio. Era una de las pocas personas capaces de comprender cuándo una broma debía quedarse para otro momento.

—Eso es bastante estúpido, incluso para ti.

—Gracias por el apoyo.

—¿Sabes dónde se alojaba?

—No con seguridad. He llamado a una residencia, pero no pueden ayudarme.

—¿Universidad? ¿La oficina Erasmus?

—Sin apellido no me darán nada.

—¿Redes sociales?

—¿Tú sabes cuántas Adrianas de Granada estudian Ingeniería?

—Ni idea, pero sospecho que demasiadas.

Kenneth resopló y volvió a sentarse. Aiden siguió hablando con una calma que lo irritó y, al mismo tiempo, evitó que estrellara el móvil contra la pared.

—La encontrarás si de verdad quieres hacerlo.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero el mundo no es tan grande como parece. Y tú vas a jugar al rugby profesional. Saldrás en la televisión, viajarás, conocerás a miles de personas. Quizá un día ella te vea.

—Eso no significa que vaya a buscarme.

—No. Pero tampoco significa que te haya olvidado.

Kenneth miró por la ventana. Edimburgo seguía igual. El cielo gris, las fachadas antiguas y la humedad en el cristal no sabían que algo había cambiado dentro de él. Que una mujer a la que apenas

conocía había convertido aquella ciudad en un lugar diferente y se había llevado una parte de la luz al marcharse.

—Tengo que ir a entrenar —dijo al fin.

—Eso quería escuchar. Media hora. Y, Buchanan…

—¿Qué?

—La próxima vez que una mujer te deje así, pregúntale al menos cómo se apellida.

—No habrá una próxima vez.

Aiden se rio antes de colgar, pero Kenneth no había bromeado.

Se duchó, cambió las sábanas y ordenó la habitación con una meticulosidad que no consiguió borrar la presencia de Adriana. Mientras recogía el escritorio, encontró bajo uno de los libros un recibo del pub de la primera noche. No tenía nada escrito, ninguna pista, solo la fecha y el importe de dos cervezas. Estuvo a punto de tirarlo, pero terminó doblándolo y guardándolo en la cartera.

No porque creyera en amuletos ni porque pensara pasarse la vida aferrado a una semana. Lo guardó para recordar una lección: algunas oportunidades no avisaban de que eran únicas. Llegaban, te miraban con unos ojos azules imposibles y se marchaban antes de que entendieras lo que habías tenido delante.

En el campo, el entrenador lo recibió con una reprimenda por el retraso. Kenneth pidió disculpas, se colocó la camiseta y dejó que el cuerpo hiciera lo que llevaba años aprendiendo. Corrió, placó, recibió golpes y devolvió otros. El rugby siempre había conseguido silenciar todo lo demás. Aquella tarde no.

Cada vez que alguien gritaba su nombre, escuchaba la voz de Adriana. Cada vez que el balón llegaba a sus manos, recordaba las de ella. Y cuando el entrenamiento terminó y todos abandonaron el césped, permaneció unos minutos más bajo una lluvia fina, respirando con dificultad.

Tenía delante una carrera. Un futuro por el que había trabajado desde niño. No iba a renunciar a él por una mujer a la que apenas conocía, igual que no habría permitido que ella renunciara a su vida por él. Sin embargo, tampoco iba a fingir que aquellos siete días no habían importado.

Sacó el móvil y abrió una nota nueva. «Adriana. Granada. Ingeniería. Fotografía. Ojos azules. Medio inglesa. Le gusta la cerveza Alhambra. Se ríe de los highlanders».

Leyó la lista y negó con la cabeza. Era ridícula y, aun así, la guardó.

No sabía cuánto tiempo tardaría en volver a encontrarla ni qué serían cuando sucediera. Tal vez ella estaría casada. Tal vez él también. Quizá se cruzarían en un aeropuerto y apenas se reconocerían. Pero, si el destino decidía ponerla otra vez en su camino, no volvería a cometer el mismo error.

La próxima vez sabría su apellido, conseguiría su número y, sobre todo, no permitiría que Adriana se marchara sin saber que para él aquella semana tampoco había sido únicamente un placer.

La boda del highlander

Esta escena sucede después del epílogo.

El viento de las Highlands llevaba toda la mañana empeñado en demostrar que nadie podía organizar una boda en Escocia sin pedirle permiso. Golpeaba los cristales, levantaba las ramas de los árboles y hacía ondear las cintas que decoraban la entrada de la antigua casa de piedra elegida para la ceremonia.

Adriana observaba el paisaje desde la ventana mientras una de sus primas trataba de sujetarle el velo.

—Como siga soplando así, voy a llegar hasta Kenneth volando —murmuró.

—Sería una entrada inolvidable.

—No necesito más entradas inolvidables. Mi futuro marido se ha arrodillado frente a mí en dos campos de rugby y me ha besado delante de millones de personas. Por una vez, me gustaría cruzar una habitación sin convertirme en un vídeo viral.

Yas, sentada en una butaca con una copa de agua en la mano, soltó una carcajada.

—Te has casado con el hombre equivocado para pedir discreción.

—Todavía no me he casado.

—Faltan veinte minutos. Ya no puedes escapar.

Adriana la miró a través del espejo. Yas llevaba un vestido verde oscuro y una sonrisa de quien disfrutaba demasiado con los nervios ajenos. Daniel estaba con Kenneth, junto a Aiden y varios antiguos compañeros de los Lions, lo que no ayudaba a tranquilizarla. Estaba segura de que, a esas alturas, alguien habría convencido al novio para entrar a caballo, interpretar una arenga de guerra o aparecer con una espada.

—¿Daniel te ha contado qué están haciendo? —preguntó.

—Me ha jurado que nada peligroso.

—Eso no responde a mi pregunta.

—También ha dicho que Kenneth está más nervioso que antes de una final.

Adriana bajó la vista hacia sus manos. Llevaba el anillo de la abuela de Kenneth y, junto a él, una sencilla alianza que todavía no

estaba bendecida ni acompañada por la de él. El azul de la piedra parecía más intenso bajo la luz gris que entraba por la ventana.

—No debería estar nerviosa —dijo—. Llevamos años juntos. Compartimos casa, armarios, aeropuertos y discusiones por quién ha dejado las botas en mitad del pasillo.

—Casarse no cambia lo que sois.

—Lo sé.

—Solo lo confirma delante de toda la gente que ya lo sabía.

Adriana sonrió. Quizá por eso la ceremonia la afectaba tanto. No porque dudara de Kenneth, sino porque durante años había vivido convencida de que amar a alguien significaba ceder una parte de sí misma. Con él había aprendido lo contrario. Kenneth no le había pedido que abandonara el arbitraje ni que se volviera pequeña para encajar en su vida. Había construido con ella una casa desde la que ambos podían marcharse a perseguir sus sueños y a la que siempre regresaban.

La puerta se abrió y su padre asomó la cabeza.

—Es la hora.

El corazón de Adriana dio un golpe tan fuerte que creyó que todas lo habían escuchado. Yas se levantó, le alisó la falda y le dio un beso en la mejilla.

—Ve a por tu highlander.

—Es él quien suele ir a por mí.

—Pues sorpréndelo.

La ceremonia se celebraría en un salón abierto al jardín, con las puertas de cristal recogidas a los lados pese al frío. Habían colocado estufas y mantas sobre los bancos, aunque la mayoría de los invitados parecía demasiado emocionada para notar la temperatura. Había flores blancas, ramas verdes y cintas con los colores del tartán de los Buchanan mezcladas con otras rojas y verdes elegidas por Adriana para recordar Granada.

Cuando empezó a sonar la música, su padre le ofreció el brazo. Adriana dio el primer paso y lo vio.

Kenneth esperaba al fondo, frente al celebrante, vestido con una chaqueta oscura y el kilt de su clan. Llevaba la espalda recta, las manos enlazadas delante del cuerpo y una expresión tan seria que

durante un instante no pareció el hombre que había convertido sus reencuentros en espectáculos deportivos. Entonces sus miradas se encontraron y todo cambió. Kenneth sonrió.

No fue la sonrisa segura del capitán ni la provocadora con la que conseguía hacerla perder la paciencia. Fue una sonrisa emocionada, casi vulnerable, que la devolvió a aquel pub de Edimburgo. Al joven que había fingido ser su novio para librarla de un pesado, al highlander que se jactaba de dormir bajo las estrellas y al hombre que, nueve años después, se arrodilló frente a ella porque una apuesta absurda volvió a colocarlos en el mismo campo.

Adriana dejó de escuchar la música. Caminó hacia él sin apartar la vista, consciente únicamente de que cada paso la acercaba al lugar al que pertenecía.

Cuando llegó a su lado, Kenneth tomó su mano y la besó.

—Estás preciosa, sassenach.

—Tú no estás mal para llevar falda.

Las risas de los invitados rompieron la solemnidad. Kenneth entrecerró los ojos.

—Es un kilt.

—Lo sé. Solo quería asegurarme de que seguías siendo tú.

—Puedo demostrártelo después.

—Buchanan —lo reprendió el celebrante, un primo mayor de Kenneth que conocía demasiado bien sus provocaciones—, intenta llegar a los votos sin escandalizar a nadie.

—No prometo nada.

Daniel, situado junto a él, negó con la cabeza. Aiden le dio una palmada en el hombro y los antiguos Lions sonrieron como si estuvieran esperando el momento en el que su capitán perdiera definitivamente el control.

La ceremonia avanzó entre lecturas, miradas y algún comentario en voz baja. Adriana creyó que mantendría la calma hasta que el celebrante pidió las cintas para el enlace de manos. Yas llevó una de color rojo oscuro; Daniel, una con el tartán de los Buchanan. Las colocaron alrededor de las manos unidas de la pareja y el celebrante explicó que no pretendían atarlos, sino representar la decisión de

caminar juntos sin dejar de ser dos personas completas. Aquello terminó con las defensas de Adriana.

Kenneth apretó sus dedos al notar que le temblaban.

—No llores —susurró.

—No estoy llorando.

—Claro que no.

—Es el viento.

—Estamos bajo techo.

—Cállate o me voy.

—No te atreverías.

Adriana lo miró, desafiante, y Kenneth sonrió con la seguridad de quien sabía que, esta vez, ella no pensaba marcharse.

Llegó el momento de los votos. Kenneth había insistido en escribir los suyos, aunque Adriana sospechaba que llevaría días memorizándolos como si fueran el discurso previo a una final. Cuando el celebrante le cedió la palabra, él respiró hondo y la miró directamente a los ojos.

—La primera vez que te conocí mentí y dije que era tu novio. La primera vez que te perdí fui tan idiota que no sabía ni tu apellido. Y la primera vez que intenté darte este anillo lo hice por una apuesta delante de dos equipos de rugby. No es el comienzo más elegante para una historia de amor.

Los invitados rieron. Adriana se limpió una lágrima sin molestarse ya en disimularla.

—Pero después aprendí algo —continuó Kenneth—. El juego puede ser duro y la vida también, pero contigo nunca quiero jugar sucio. Prometo preguntarte antes de decidir por los dos, escucharte incluso cuando esté convencido de que tengo razón y celebrar cada uno de tus triunfos como si fueran míos. Prometo no pedirte que renuncies a volar para que yo no tenga que echarte de menos. Y prometo que, estés en el estadio que estés, siempre tendrás una casa a la que volver y un hombre que estará contando los días para verte entrar por la puerta.

Adriana sintió que el pecho se le cerraba. Kenneth levantó un poco sus manos enlazadas.

—Hace años te dije que los Buchanan éramos casi reyes. Era una estupidez para impresionarte. Hoy no necesito una corona, ni un campo, ni una copa. Todo lo que quiero es seguir siendo el hombre que eliges cuando no hay nadie mirando. Te quiero, Adriana de Vera. Y esta vez conozco tu nombre completo, tu número de teléfono, tu calendario de arbitrajes y hasta la contraseña del wifi. No pienso volver a perderte.

Las risas se mezclaron con algunos sollozos. Adriana tomó aire cuando llegó su turno.

—Yo también preparé algo —dijo—, pero después de eso me parece una lista de la compra.

—Puedes improvisar. Se te da bien dar órdenes.

—No me ayudes.

Kenneth cerró la boca, aunque sus ojos seguían riendo.

—La primera vez que te vi pensé que eras un hombre hecho para pecar una noche. Me equivoqué: hicieron falta siete. Después creí que solo serías un recuerdo bonito de una semana en Escocia. También me equivoqué. Y cuando volví a encontrarte pensé que podía mantenerte lejos de mi vida si seguía recordándome que eras un jugador y yo la árbitra. Ahí cometí el error más grande de todos.

Kenneth dejó de sonreír. La emoción le oscureció la mirada.

—Tú nunca has sido solo un jugador. Eres el hombre que me enseñó que amar a alguien no significa dejar de ser libre. El que me espera en los aeropuertos, ve partidos que ya conoce solo porque yo los arbitro y presume de mis logros ante desconocidos hasta hacerme pasar vergüenza. Prometo recordarte quién eres cuando dudes, discutir contigo siempre que lo merezcas y no permitir que conviertas nuestra casa en un vestuario. Prometo regresar. Siempre. Aunque el calendario, los vuelos o el juego se pongan difíciles. Y prometo seguir eligiéndote, no porque seas mi león ni mi highlander, sino porque eres Kenneth. El mejor de todos mis errores y la mejor de todas mis historias.

A Kenneth le tembló la mandíbula. Adriana no supo quién se movió primero, pero terminaron besándose antes de que el celebrante les diera permiso.

—Todavía no —protestó este entre las risas y los aplausos—. Faltan las alianzas.

—Llevamos años esperando —replicó Kenneth sin apartar la frente de la de ella.

Daniel le tendió el anillo y Adriana colocó la alianza en el dedo de Kenneth. Él hizo lo mismo con la de ella y después besó el anillo de su abuela, como había hecho durante la propuesta.

—Ahora sí —anunció el celebrante—. Podéis besaros.

Kenneth la agarró por la cintura y la inclinó hacia atrás con una teatralidad que provocó silbidos entre los jugadores. Adriana se aferró a su cuello y le devolvió el beso sin preocuparse por las cámaras de los invitados ni por la posibilidad de que alguien lo publicara. Había pasado años tratando de controlar lo que sentía por él. A esas alturas sabía que era una batalla perdida.

La recepción se celebró en el gran comedor. Había platos escoceses, dulces de Granada y, para sorpresa de Adriana, botellas de cerveza Alhambra en cada mesa. Kenneth alzó una durante el primer brindis.

—A la mujer que me enseñó que Granada tenía dos maravillas con el mismo nombre.

—Una es un monumento —aclaró Adriana.

—Y la otra, una cerveza.

—¿Y yo?

—Tú eres la razón por la que pienso pasar allí el resto de mi vida.

Los invitados aplaudieron. Adriana le dio un beso corto antes de advertirle que no se acostumbrara a ganar puntos con frases bonitas.

La fiesta se prolongó durante horas. Kenneth bailó con ella, con Yas, con varias tías y hasta con una de las niñas de la familia, que terminó subida sobre sus hombros mientras él intentaba seguir el ritmo de una canción española. Daniel y Aiden pronunciaron discursos llenos de anécdotas que deberían haber quedado enterradas. Los antiguos Lions entonaron cánticos y alguien consiguió que el novio subiera a una silla para dirigirlos como si todavía estuviera en el vestuario.

Adriana lo observó desde la mesa, feliz. Seguía siendo el capitán incluso sin equipo. No porque diera órdenes, sino porque todos querían seguirlo.

Cuando la madrugada empezó a vaciar el salón, Kenneth apareció detrás de ella y rodeó su cintura.

—Señora Buchanan.

—No te emociones. Seguiré siendo Adriana de Vera profesionalmente.

—Lo sé.

—¿No vas a discutirlo?

—He prometido escucharte.

—Eso ha durado poco.

—No he prometido obedecerte siempre.

Adriana giró entre sus brazos. Kenneth tenía la corbata deshecha, el cabello revuelto y una expresión que conocía demasiado bien.

—¿Qué estás pensando, capitán?

—Que llevas demasiadas horas con ese vestido.

—A mí me gusta.

—A mí también. Por eso quiero quitártelo personalmente.

—¿Y abandonar a nuestros invitados?

—Daniel lleva media hora explicándole a un grupo de escoceses cómo se interpreta una haka. Nadie notará que nos hemos ido.

—Eso puede terminar muy mal.

—No es nuestro problema. Ya estamos casados.

Kenneth la tomó de la mano y la condujo por la escalera. Adriana trató de mantener la dignidad hasta que llegaron al pasillo de las habitaciones y él la levantó en brazos.

—Puedo caminar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—Porque la primera noche te llevé hasta mi cama sin saber que acabaría llevándote a todas las demás.

La frase la dejó sin respuesta. Kenneth abrió la puerta y entró con ella en brazos. Habían encendido la chimenea y dejado algunas flores, pero no había pétalos sobre la cama ni ninguna decoración

excesiva. Solo una botella de cerveza Alhambra en una cubitera y dos vasos.

Adriana soltó una carcajada. —Eres incorregible.

—Brindamos con una la primera noche. Me parecía justo hacerlo también hoy.

La dejó en el suelo y sirvió la cerveza. Chocaron los vasos.

—Por nosotros —dijo él.

—Por el juego limpio.

—Y duro.

Bebieron sin apartar la mirada. Después Kenneth dejó el vaso y pasó los dedos por la espalda del vestido, buscando el cierre con una lentitud que hizo que Adriana contuviera el aliento.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella.

—¿Cuál?

—La primera noche me preguntaste si estaba segura porque apenas nos conocíamos.

—Lo recuerdo.

—Hoy te conozco. Sé que dejas las botas en medio del pasillo, que finges no tener miedo cuando estás aterrorizado y que sigues creyendo que un Buchanan siempre gana las discusiones.

—Porque es cierto.

—También sé que eres el hombre con el que quiero despertarme el resto de mi vida.

Kenneth bajó el cierre. El vestido resbaló por el cuerpo de Adriana y quedó a sus pies. Él la contempló como si no hubiera visto nunca nada más hermoso.

—¿Estás segura, sassenach? —repitió las palabras de aquella primera noche.

Adriana se acercó, deshizo el último nudo de su corbata y tiró de ella hasta llevar su boca junto a la suya.

—Tanto como de que el sol saldrá mañana.

Kenneth la besó. Ya no eran dos desconocidos con una semana por delante, sino dos personas que habían necesitado años para encontrarse y aprender a quedarse. Sus manos recorrieron el cuerpo de Adriana con la misma hambre de entonces y con una ternura

nueva, nacida de conocer cada cicatriz, cada miedo y cada lugar en el que una caricia podía hacerla temblar.

Ella soltó una risa contra sus labios cuando comprobó qué llevaba bajo el kilt.

—Así que era verdad.

—¿El qué?

—Que los highlanders duermen con muy poca ropa.

—Te lo advertí la primera noche.

—También dijiste que dormías bajo las estrellas.

—Podemos salir al jardín.

—Hace un frío de muerte.

—Entonces tendremos que entrar en calor.

Kenneth la alzó y la llevó hasta la cama. Esta vez Adriana no pensó en vuelos, despedidas ni oportunidades perdidas. Solo en el hombre que se inclinaba sobre ella, en el anillo que brillaba en su mano y en la certeza de que ya no había una fecha de caducidad esperando al final de la noche.

—Juega limpio, Buchanan —susurró cuando él se acomodó entre sus piernas. Kenneth sonrió contra su boca.

—Siempre.

—Pero juega duro.

Y el highlander obedeció.

Juego Limpio

Tercer Tiempo III

¿Te ha gustado Juego Duro?

Sigue leyendo la serie Tercer Tiempo con Juego Limpio, la historia de Mara Quinn y Darel Akara.

A continuación encontrarás el prólogo y el primer capítulo.

Prólogo



El capitán no habla

Tres años antes

Mara Quinn había interrogado a deportistas capaces de mentir sin que se les alterase el pulso, a entrenadores que convertían una amenaza en un consejo y a directivos convencidos de que el dinero servía para cambiar la verdad. Ninguno había conseguido irritarla tanto como el capitán Darel Akara en los siete minutos que llevaba sentado frente a ella.

No parecía incómodo. Eso era lo peor. Ocupaba la silla con la espalda apoyada en el respaldo, las piernas separadas y las manos descansando sobre los muslos. La camiseta negra del equipo se tensaba sobre sus hombros y dejaba a la vista parte del tatuaje maorí que nacía en el brazo derecho y desaparecía bajo la manga. No había consultado el reloj, no había preguntado cuánto faltaba ni había tratado de convencerla de que aquella investigación era una pérdida de tiempo. Se limitaba a escucharla con una calma que a Mara le resultaba más provocadora que cualquier protesta.

—Voy a formularle la pregunta una vez más —dijo mientras giraba la carpeta para comprobar una hora que conocía de memoria—. ¿Quién estaba con Tama Rangi cuando abandonó el hotel?

Darel ni siquiera parpadeó.

—Ya he contestado.

—Ha dicho que no lo vio salir solo.

—Eso es.

—Lo cual significa que vio a la persona que lo acompañaba.

—Significa que no salió solo.

Mara dejó el bolígrafo sobre la mesa antes de terminar partiéndolo con los dedos. Habían reservado una sala de reuniones en las instalaciones de la federación, un espacio demasiado frío, con paredes grises y una ventana que daba a un aparcamiento casi vacío. Fuera llovía desde primera hora y el agua se deslizaba por el cristal en líneas torcidas. Dentro, el capitán de los All Blacks parecía

disfrutar de cada segundo que ella perdía intentando arrancarle una respuesta sencilla.

—Un jugador de su equipo está siendo investigado por facilitar información a una red de apuestas. Alguien lo acompañó hasta un coche vinculado con una de las personas implicadas. Estaba en el vestíbulo y lo vio.

—Sí.

—Entonces dígame quién era, capitán.

—No.

Aquella negativa, pronunciada con la misma naturalidad con la que cualquiera habría pedido un café, terminó de agotar la paciencia que Mara llevaba manteniendo desde que él había entrado.

—No estamos en su vestuario, capitán Akara. No puede decidir qué parte de la investigación le apetece respetar.

—Y usted no puede decidir que cualquier persona que aparezca junto a Tama es culpable de algo.

—No he dicho eso.

—Todavía.

Mara se reclinó en la silla. Tenía veintiocho años, una reputación que había tardado demasiado en construir y la desagradable certeza de que el hombre sentado al otro lado de la mesa sabía exactamente qué estaba haciendo. Darel no hablaba por impulsividad ni por miedo. Había elegido cada palabra, cada silencio y cada respuesta inútil para impedir que ella avanzara sin mentirle de forma directa.

—Su compañero ha admitido que tenía deudas —recordó—. También ha reconocido que habló con un intermediario, aunque asegura que nunca entregó información. Si hay alguien capaz de confirmar su versión, debería ser el primer interesado en que lo encontremos.

—Quiero que averigüe la verdad.

—Qué considerado.

La comisura de la boca de Darel se movió un poco. No fue una sonrisa completa, solo una señal de que había detectado su enfado y no le desagradaba.

—No parece que necesite mucha ayuda para conseguirlo, señorita Quinn.

—Necesito que responda, capitán.

—Eso no es lo mismo.

Mara lo observó durante unos segundos. En persona imponía más que en una pantalla. No solo por la altura o por la fuerza evidente de un cuerpo preparado para soportar golpes que habrían dejado a cualquier otra persona en el suelo. Permanecía quieto, atento a cada movimiento, con una seguridad que no necesitaba exhibir para llenar la habitación. Darel Akara estaba acostumbrado a que los demás lo escucharan. También a decidir cuándo merecía la pena hablar. A ella le daban ganas de obligarlo.

—¿Está protegiendo a Tama?

—Estoy protegiendo a mi equipo.

—No siempre es lo mismo.

—Para mí sí.

—Ese es el problema.

La respuesta borró el amago de diversión de su rostro. Darel inclinó un poco la cabeza, como si acabara de escuchar algo que por fin merecía una reacción.

—No tiene ni idea de lo que mantiene unido a un equipo.

—Y usted no tiene ni idea de lo que puede destruirlo. Si alguien ha utilizado a uno de sus jugadores, ocultarlo no es lealtad. Es dejarlo solo con el problema.

—No lo estoy dejando solo.

—Lo está dejando sin defensa.

Darel apartó la vista por primera vez. Fue un segundo, quizá menos, pero Mara lo vio. También vio cómo se tensaban los músculos de su antebrazo y cómo el pulgar rozaba una de las líneas oscuras del tatuaje. No había tocado una herida por casualidad; acababa de encontrar el punto exacto en el que la seguridad del capitán dejaba de ser férrea. Volvió a abrir la carpeta.

—La persona que salió con él no está siendo investigada —añadió con un tono más sereno—. Ni siquiera sabemos si pertenece al equipo. Solo necesito confirmar dónde fueron y por qué.

—No puedo darle un nombre.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo.

—Eso es nuevo.

—No significa que vaya a explicárselo.

Mara respiró despacio. Podía solicitar una orden, revisar registros de teléfonos, ampliar las declaraciones y terminar llegando a la misma persona. Darel lo sabía. Su negativa no impediría la investigación, únicamente la retrasaría. Y esa era la parte que no comprendía: si Tama era inocente, el capitán debería estar ayudándola a demostrarlo.

—Se está arriesgando a que incluya en el informe que ha obstruido el procedimiento.

—Hágalo si es lo que cree que debe hacer.

—No parece preocuparle.

—Me preocupa que condene a alguien por estar en el lugar equivocado.

—Yo no condeno a nadie. Investigo hechos.

—Los hechos no llegan solos a su mesa, señorita Quinn. Se los lleva alguien y los analizan desde su lado.

Mara cerró la carpeta con más fuerza de la necesaria.

—Y por eso hablo con todos, incluso con hombres empeñados en no decirme nada.

—Le he dicho bastante.

—No ha dicho una sola cosa útil desde que entró por la puerta, capitán.

—Ha descubierto que no me intimida.

—No estaba intentándolo.

Darel recorrió con la vista la chaqueta oscura, la camisa blanca abrochada hasta el segundo botón y el cabello que llevaba recogido en una coleta baja. Lo hizo sin prisa, con una atención tan evidente que Mara notó un calor absurdo bajo la piel. No era la primera vez que un hombre la miraba durante una entrevista. Sí era la primera en la que tuvo que recordarse que estaba trabajando antes de pedirle que dejara de hacerlo.

—Claro que lo estaba intentando —murmuró él—. Y lo hace muy bien.

Mara apoyó los antebrazos sobre la mesa y redujo la distancia entre ambos.

—Escúcheme con atención, capitán Akara. Su fama, su cargo y la cantidad de personas que gritan su nombre cada fin de semana no significan nada en esta sala. Si creo que está escondiendo información relevante, lo escribiré. Si descubro que ha mentido, también. Y si su silencio termina perjudicando a Tama, tundra que vivir con eso mucho después de que yo cierre este expediente.

Darel no retrocedió. Estaban lo bastante cerca para que ella distinguiera una pequeña cicatriz junto a su ceja izquierda y el tono casi negro de sus ojos. También para notar que su respiración había cambiado, aunque no sabía si se debía al enfado o a la misma tensión que había empezado a concentrarse en el centro de su cuerpo.

—También debería escucharme, señorita Quinn —contestó—. Tama no vendió información y la persona que salió con él no tuvo nada que ver con las apuestas. Encontrará la prueba si hace bien su trabajo —señaló. Mara no daba crédito al descaro de ese hombre, esbozó media sonrisa—. Hasta entonces, no voy a entregarle a alguien que no ha hecho nada para que lo convierta en un titular.

—No trabajo para la prensa —aclaró.

—Eso no impide que alguien les cuente lo que escriba.

Mara se quedó callada. Habían tenido una filtración dos días antes. Solo cuatro personas conocían el contenido del primer informe y ninguna había admitido ser responsable. Darel no podía saberlo con certeza, salvo que Tama se lo hubiese contado o que alguien dentro de la federación estuviera informando al equipo.

—¿Quién le ha hablado de la filtración?

—No he dicho que hubiera una.

—No hacía falta.

Por primera vez, Darel sonrió de verdad. Fue un gesto breve, atractivo de una forma que a Mara le pareció ofensiva, y le hizo comprender que había caído justo donde él quería.

—Es buena —admitió.

—Y usted insoportable.

—Ya me lo habían dicho.

Un golpe suave en la puerta anunció que el tiempo reservado para la declaración había terminado. Mara miró hacia el cristal opaco y distinguió la silueta de su superior al otro lado. Podía prolongar la entrevista, aunque sabía que Darel no cambiaría de postura. Al menos de momento. Recogió los documentos, los alineó dentro de la carpeta y se levantó.

—Volveremos a hablar, capitán.

Darel hizo lo mismo. De pie, la diferencia de altura resultaba todavía más irritante. Mara se negó a echar la cabeza hacia atrás más de lo necesario.

—Lo imaginaba.

—Y la próxima vez va a contestar. ¿Lo imaginaba también? —soltó con un resoplido.

—Eso es lo que desea. Lo que tengo que decidir —susurró acercándose a ella más de lo aconsejable— es si quiero darle ese placer.

Mara ahogó un gemido, apretó y las piernas y se dio la vuelta en dirección a la puerta. Abrió la puerta sin responder, ese hombre la había dejado sin palabras. Esa frase rebotaba en su cabeza con un eco insistente. Era tan atractivo como insoporable y odia que provocara esas reacciones involuntarias en su cuerpo.

Su superior esperaba en el pasillo con expresión impaciente, acompañado por el abogado del equipo. Darel intercambió unas palabras con ambos mientras Mara se dirigía al ascensor. Tenía que revisar otra vez los registros del hotel, solicitar las imágenes de una gasolinera cercana y descubrir quién demonios había salido con Tama. También necesitaba dejar de pensar en la forma en que Akara había pronunciado su apellido. Pulsó el botón y escuchó pasos que se detenían detrás de ella.

—No me diga que también va a negarse a compartir el ascensor —dijo sin girarse.

—Depende. ¿Va a interrogarme durante el trayecto?

—Solo si se detiene entre plantas y tenemos tiempo —escupió.

Las puertas se abrieron. Mara entró y Darel la siguió. El espacio era estrecho, revestido de acero y con un espejo en el que podía verlo sin mirarlo directamente. Él se colocó a su lado, demasiado

cerca para que fuera necesario, y pulsó la planta baja. El ascensor comenzó a bajar.

—La persona que busca no está en peligro —dijo Darel.

Mara giró la cabeza.

—Eso no es una respuesta.

—Es lo único que va a conseguir hoy.

—Entonces ahórreselo.

—No parece una mujer a la que le guste que le ahorren nada.

—Y usted no parece un hombre incapaz de quedarse callado cuando ya no tiene delante una grabadora.

—Con usted me cuesta.

La frase podría haber sido otra provocación, aunque el tono había cambiado. Darel la miraba con una intensidad que no tenía nada que ver con Tama, las apuestas ni el informe. Mara sintió el impulso absurdo de apartarse y otro, mucho peor, de comprobar qué ocurriría si no lo hacía.

—No confunda una investigación con interés personal —advirtió.

—No lo hago.

—Bien —susurró, nerviosa.

—El interés personal estaba antes de entrar en esa sala.

Mara notó cómo se aceleraba su pulso. No permitió que se reflejara en su cara.

—Qué mala suerte, capitán.

—Mucha.

El ascensor frenó en la segunda planta para recoger a alguien, aunque las puertas no llegaron a abrirse. Después de unos segundos, continuó descendiendo. Darel se había acercado un poco más o quizá era ella quien no había recuperado la distancia. El dorso de sus manos casi se tocaba.

—En otras circunstancias, podría haberme gustado, señorita Quinn —murmuró.

Mara se obligó a sonreír.

—En otras circunstancias, podría haber contestado a mis preguntas.

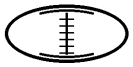
—Eso habría estropeado la diversión.

—No me estoy divirtiendo.

—Miente peor que yo.

Las puertas se abrieron en la planta baja. Mara salió antes que él y caminó hacia la entrada sin volver la cabeza. La lluvia seguía golpeando los cristales y el aparcamiento se había oscurecido con la llegada de la tarde. Solo cuando alcanzó su coche se permitió respirar con normalidad. Darel tenía razón en una cosa: volverían a hablar. Lo que Mara no estaba dispuesta a permitir era que la próxima vez él consiguiera desordenarla de aquella manera.

Capítulo 1



El resultado

El teléfono sonó a las cinco y diecisiete de la mañana.

Darel abrió los ojos antes de que terminara la primera vibración. Llevaba demasiados años pendiente de convocatorias, lesiones y cambios de horario como para ignorar una llamada a esas horas, aunque la pantalla iluminada sobre la mesilla le produjo una inquietud que no supo explicar. El nombre del doctor Hale aparecía en ella. No era el médico que lo llamaba cuando había que adelantar un entrenamiento ni cuando algún compañero necesitaba que el capitán interviniera. Moana Hale era la responsable médica del equipo y solo telefoneaba de madrugada cuando algo no podía esperar. Se incorporó, apartó la sábana y respondió.

—Dime.

Al otro lado hubo un silencio breve. Darel miró hacia las puertas de cristal de su dormitorio. Auckland seguía a oscuras y el reflejo le devolvió la imagen de un hombre descalzo, con el pelo suelto sobre los hombros y el cuerpo aún a medio camino del sueño.

—Necesito que vengas a las instalaciones —dijo Moana—. Ahora.

—¿Ha pasado algo con alguno de los chicos?

—No. Están todos bien.

La respuesta no lo tranquilizó.

—Entonces habla.

—No por teléfono.

Darel se levantó. El suelo de madera estaba frío, aunque apenas lo notó mientras buscaba un pantalón deportivo y una camiseta.

—Voy para allá.

—No conduzcas si no estás despierto.

—Estoy despierto. Te has encargado de eso.

Colgó antes de que ella pudiera añadir nada. Diez minutos después salía de la casa con una sudadera negra y las llaves del coche en la mano. El aire húmedo de la madrugada olía a sal y a tierra mojada. Vivía cerca del agua porque necesitaba verla cuando

regresaba de una gira, como si el mar fuera capaz de devolverlo a su sitio después de pasar semanas entre aeropuertos, hoteles y estadios. Aquella mañana no miró hacia la costa. Solo pensó en la voz de Moana, en la pausa antes de decir que los demás estaban bien y en todo lo que podía esconderse detrás de una llamada que nadie quería hacer por teléfono.

El tráfico era escaso. Llegó a las instalaciones en menos de veinte minutos y encontró el aparcamiento casi vacío, salvo por el vehículo de Moana y otro que reconoció antes de bajarse. Daniel Evans lo esperaba dentro. Eso sí consiguió asustarlo. Darel atravesó la recepción, saludó al guardia de seguridad y siguió las luces encendidas hasta una sala de reuniones. Daniel estaba de pie junto a la ventana, vestido con vaqueros y una chaqueta oscura, con el cabello todavía húmedo. Sostenía un vaso de café que parecía haber olvidado beber. Había abandonado el campo años atrás, aunque seguían entrando en cualquier habitación como si el partido estuviera a punto de empezar y dependiera de ellos cambiar el resultado.

Moana cerró la puerta cuando Darel entró.

—Siéntate —pidió.

—Prefiero estar de pie.

Daniel se giró. Había sido su capitán cuando Darel era poco más que un muchacho al que la camiseta negra le quedaba grande en todos los sentidos. También había sido quien le enseñó que liderar no consistía en hablar más fuerte, sino en conseguir que los demás confiaran en que él seguiría allí cuando todo se complicara. La expresión que tenía esa mañana no se la había visto ni siquiera antes de una final.

—Hazle caso —dijo.

Darel tomó asiento. Moana colocó una carpeta sobre la mesa. No la abrió de inmediato. Se sentó frente a él y entrelazó las manos.

—El control que te hicieron el martes ha dado un resultado analítico adverso.

Darel tardó varios segundos en comprender las palabras. Las conocía, por supuesto. Todos los jugadores las conocían. Habían recibido charlas, firmado documentos y aprendido a desconfiar de

cualquier comprimido que no saliera de las manos del equipo médico. Un resultado analítico adverso significaba que la muestra A contenía una sustancia prohibida. Significaba suspensión provisional, investigación, titulares y una pregunta que perseguiría su nombre aunque consiguiera responderla.

—¿Qué sustancia?

—Ostarina.

Darel miró a Moana. Esperó que añadiera algo que diera sentido a aquello, que mencionara un error, una contaminación o una posibilidad remota de que hubiera escuchado mal.

—No tomo ostarina.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, no estaríamos aquí.

Evans dejó el vaso sobre la mesa y se sentó a su lado.

—Estaré aquí hasta descubrir qué ha pasado.

Darel no respondió. Revisó mentalmente los últimos días: los suplementos preparados por el equipo, las bebidas de recuperación, el analgésico que había tomado dos semanas antes por una contractura y hasta el jarabe que su madre le había obligado a beber cuando se quedó afónico. Todo estaba declarado. Todo había pasado por Moana. No compraba productos por internet, no aceptaba nada de un patrocinador sin revisar y llevaba años repitiendo a los jugadores jóvenes que una etiqueta limpia no garantizaba un contenido limpio. No había margen para una ostarina accidental. O no debería haberlo.

—Quiero ver el informe.

Moana abrió la carpeta y la giró hacia él. Darel recorrió las líneas, el código de la muestra, la fecha, la concentración detectada y el nombre del laboratorio. Las palabras se mezclaban sin que pudiera retenerlas.

—Solicitaremos el análisis de la muestra B —explicó ella—. Tienes derecho a estar presente o a enviar un representante. También necesitamos revisar todo lo que has consumido durante las últimas semanas.

—Ya lo tenéis registrado.

—Lo revisaremos otra vez.

—Hazlo.

Daniel se apoyó en el borde de la mesa.

—Hasta que tengamos más información, quedas suspendido de cualquier actividad con el equipo.

Darel alzó la cabeza.

—La convocatoria se cierra en seis semanas.

—Lo sé.

—El primer partido de preparación es en doce días.

—También lo sé.

—Entonces sabrás que no puedo desaparecer ahora.

Daniel no reaccionó al tono. Quizá porque habría dicho lo mismo en su lugar.

—No tienes elección.

Darel se levantó y comenzó a caminar por la sala. Necesitaba mover el cuerpo, hacer algo que no fuera permanecer sentado mientras otros le explicaban cómo iba a detenerse su vida. En la pared había una fotografía del equipo después de ganar un campeonato. Él aparecía en el centro, con la copa sobre la cabeza y la boca abierta en un grito que entonces había creído capaz de contener todo lo que importaba. A su alrededor estaban los hombres que confiaban en él para dirigirlos, los mismos que en pocas horas despertarían con la noticia de que su capitán había dado positivo.

—Nadie puede enterarse antes de que hablemos con comunicación —dijo Daniel—. Vamos a controlar el mensaje.

—No hay ningún mensaje que controlar. No me he dopado.

—Darel…

—No he tomado esa mierda, Daniel. Aunqeu está claro que tú sí, por eso has volado desde España.

La voz le salió más alta de lo que pretendía.

—Te creemos —afirmó Moana.

Darel la miró.

—Eso no va a servir de nada cuando lo publiquen.

—Servirá para nosotros.

Durante un instante estuvo a punto de responder que no necesitaba consuelo, que lo único útil era encontrar el error y devolverlo al campo. No lo hizo. Daniel había perdido partidos, una

capitanía y años de vida intentando pelear contra cosas que no podía controlar. Sabía lo que costaba que un titular se quedara pegado al nombre de un jugador. Los dos estaban allí antes de que amaneciera porque no pensaban dejarlo solo. Darel tomó aire y regresó a la mesa.

—¿Cuándo lo sabrá la federación?

—Ya lo sabe —contestó Moana—. El organismo de integridad recibió la notificación al mismo tiempo que nosotros. La suspensión se formalizará esta mañana.

—Necesito un abogado.

—Tenemos a Leo Grant en camino —dijo Daniel—. Y se abrirá una investigación independiente sobre el procedimiento, tus declaraciones y cualquier posible explicación del resultado.

Darel volvió a mirar el informe. El código parecía una burla. Una sucesión de números era suficiente para convertir años de disciplina en una sospecha.

—¿Quién la llevará?

Daniel y Mohana intercambiaron una mirada. Fue rápido, aunque Darel la vio.

—¿Quién? —repitió.

Daniel se pasó una mano por la barba.

—No te va a gustar.

—Eso ya lo había imaginado.

Mohana tomó la palabra.

—Mara Quinn.

Darel dejó de oír el zumbido del aire acondicionado. Durante tres años había conseguido no pensar demasiado en la mujer que lo había tenido sentado frente a ella durante horas, convencida de que la lealtad era una enfermedad que debía curarle. No lo había logrado siempre. Algunas noches recordaba el ascensor, la distancia mínima entre sus cuerpos y la manera en que Mara lo había mirado antes de marcharse bajo la lluvia. Después se recordaba que había escrito en su informe que él había entorpecido una investigación y el interés desaparecía con bastante rapidez. Casi siempre.

—No.

—No puedes elegir al investigador —aclaró Moana.

—Que la cambien.

—Está especializada en integridad y procedimientos antidopaje —dijo Daniel—. Es una de las mejores.

—También está convencida de que miento cada vez que abro la boca.

—Eso fue hace tres años.

—No ha tenido tiempo suficiente para olvidarlo.

Daniel ocultó una sonrisa detrás del vaso.

—A mí me parece que la recuerdas con bastante detalle.

Darel le dedicó una mirada que habría hecho callar a cualquiera que no hubiera sido Daniel Evans, excapitán de los All Blacks.

—Busca a otra persona.

—No depende de nosotros —insistió Daniel—. Y, aunque dependiera, ahora mismo necesitas a alguien que no vaya a darte la razón porque llevas una camiseta negra. Si hay un fallo en el procedimiento, Quinn lo encontrará.

—Y si no lo hay, disfrutará escribiendo que el gran Darel Akara era un fraude.

—¿Eso es lo que crees de ella? —preguntó Moana.

Darel volvió a pensar en la sala gris, en los ojos claros de Mara y en la rabia que había sentido cuando ella le dijo que proteger a un compañero podía ser otra forma de dejarlo solo. Al final había encontrado la prueba que demostraba que Tama no había vendido información. También había descubierto por qué Darel se negó a dar el nombre de la mujer que salió con él: era la terapeuta que lo estaba ayudando con su adicción al juego y había pedido confidencialidad hasta conseguir que Tama aceptara hablar. Mara no se disculpó por presionarlo. Él tampoco por haber callado.

—Creo que no confía en nadie —contestó.

—Entonces tendrá que confiar en las pruebas —dijo Daniel—. Y tú estás limpio.

Darel cerró la carpeta. Estaba limpio. Lo había estado siempre. Había jugado lesionado, agotado y con el cuerpo pidiéndole que se detuviera, pero jamás había tomado nada que no pudiera declarar mirando a los ojos a sus compañeros. Aun así, un laboratorio afirmaba lo contrario y la persona encargada de decidir qué versión

merecía ser investigada era la única mujer a la que no había conseguido olvidar del todo.

—¿Cuándo tengo que verla?

Moana consultó el reloj.

—A las nueve.

Darel dejó escapar una risa sin humor. Faltaban poco más de tres horas.

—Perfecto.

Daniel recuperó el café y le dio por fin un sorbo.

—Podría ser peor.

—¿Cómo?

—Podrías seguir sintiéndote atraído por ella.

Darel se volvió hacia él. Daniel levantó las manos.

—Solo intento encontrar el lado positivo.

—Hazlo en silencio.

Daniel se apartó de la mesa y abrió la puerta.

—Ve a ducharte, llama a tu familia y no hables con nadie más hasta que llegue Leo. A las nueve nos reunimos con Quinn.

Darel recogió el informe. Al salir al pasillo, el cielo comenzaba a aclararse detrás de las ventanas y las primeras personas llegaban a trabajar. Para ellos era el comienzo de una jornada normal. Para él, el día ya se había torcido antes del amanecer. Mara Quinn iba a entrar otra vez en su vida. Y esta vez no tenía la posibilidad de levantarse de la mesa y marcharse hasta que ella encontrara la verdad.

Agradecimientos



Otra vez más llego hasta aquí, hasta este huequito al final de la historia que guardo para decir gracias. Y, una vez más, he de agradecer tanto que las palabras se atascan en mi garganta, suerte que pueda escribirlas.

Primero, quiero dar las gracias a mi marido, Álvaro, por ser el puerto seguro en ese mar tempestuoso que es mi cabeza. Te quiero, sé que lo sabes, pero me gusta decírtelo.

A Alhambra Nievas, una extraordinaria mujer que ha logrado derribar barreras: un orgullo para las que luchamos por la igualdad. Gracias, Alhambra, espero que hayas disfrutado esta historia.

A mis hijos, que no dejan de confiar en mis historias y en mí. Por tantos abrazos que me reconfortan en momentos clave.

A mi familia, os quiero. A mi editora, Teresa, por confiar en otra de mis historias. Gracias. A Borja, por sus cubiertas, tan maravillosas como su sentido del humor. A mis queridas Laura, Maiki, Yasnaia, Naitora, Míriam y Noa, por estar siempre ahí. Gracias por tantos momentos únicos.

A mi querida Paola: si mi marido es mi puerto, ella es mi ancla. Te quiero.

A vosotros, lectores, porque sois los que, una y otra vez, dais vida a mis historias, a mis personajes, que se vuelven reales cada vez que os adentráis entre sus páginas.